

EXPECTACIÓN

LOS CABALLEROS DEL AMOR

– Novela de amor erótica –

Segunda temporada
(Expectación)

A.J. Blue

Edición Kindle – 16.Julio.2015

Derechos de autor

Revisión del original: MaKr
Traducción: Stefania Zanier

Datos de contacto: ajblue@web.de

Acerca del libro

En el día de su 29 cumpleaños, la vida de Carolina se le hace añicos. Su novio la deja plantada y se queda sin trabajo así que decide pasar la velada sola en un bar. Ahí conoce al carismático Liam y a sus dos amigos que le proponen dormir en la habitación de invitados de su vivienda. Sin embargo, lo que parece un gesto entre amigos esconde una segunda intención. Ocasionalmente, los tres hombres escogen a una mujer a la que pagan para que conviva con ellos y esté disponible para ciertos servicios...

Acerca de la autora

A.J. Blue es el pseudónimo de una exitosa autora alemana. *Los caballeros del amor* es su primera novela erótica y el inicio de una colección de novelas románticas sensuales.

Más información acerca de A.J. Blue y sus proyectos en la página de Facebook https://www.facebook.com/AJBlue

Tabla de contenidos

1

–¡Lina, qué bien que hayas llegado! –Al verme entrar en la sala de espera, mi padre se levanta de su asiento, se me acerca rápidamente y me cierra en un abrazo. Hace una eternidad que no oigo mi mote 'Lina'. Parece como si fuera otra vida.

Mi padre hace mala cara y tiene el pelo revuelto y los ojos hinchados, parece haber llorado.

–¿Cómo está mamá?

–No lo sé. La están operando.

–¿Pero qué es lo que pasó?

–Salió temprano a hacer *footing*. Todavía era de noche. Parece que el conductor del coche no la vio y la atropelló.

–¿Es grave? –Mi voz se rompe y empiezo a llorar.

–Saldrá de esta, ya verás. –Mi padre intenta aparentar optimismo, pero me doy cuenta de que no es así. Solo intenta protegerme.

–Nos tenías muy preocupados. Creíamos que volverías a casa para hablar de lo que había pasado con Tobías. ¿Dónde te habías metido? Tu madre me comentó que estás viviendo con unos compañeros de trabajo. ¡Pero si habrías podido venir a casa!

Trago saliva.

«Dios, si supieras» pienso y, de repente, me invade una muy mala conciencia.

Me he equivocado en todo.

Mi sitio está aquí, con mis padres, y no en casa de unos desconocidos que solo quieren follar conmigo. No tendría que haber ido a vivir al piso de los chicos. Es de locos. Nicole tiene toda la razón, tendría que recoger mis cosas cuánto antes y salir de ahí.

Aunque el poco tiempo que he pasado con los chicos ha sido lo mejor que he vivido en los últimos años. Los tres son algo muy especial, no solo en el ámbito sexual, también a nivel humano. Cada uno a su manera. Incluso Marcos tiene un carisma muy particular a pesar de su manera de ser.

Mi padre quiere saber más, así que le cuento una versión suavizada sobre la separación de Tobías; obviamente, sin mencionar los chicos del piso compartido. Al acabar mi relato, los dos nos quedamos ensimismados en nuestros pensamientos. Ninguno de los dos se atreve a decir algo sobre el estado de salud de mi madre, es demasiado doloroso.

Intento pensar en algo bonito, pero no paro de darle vueltas a lo de mi madre y a la situación en que me he metido entrando a vivir en aquel piso.

Apoyo la cabeza sobre mis manos, suspirando. ¿Cuánto más se alargará la operación? Se me antoja una eternidad el tiempo que estamos sentados en esas sillas amarillas de hospital.

–¿Señor López? Toda ha ido bastante bien. ¡Ya puede pasar a ver a su esposa!

La voz del médico me sobresalta. No lo he oído llegar. Esboza una sonrisa profesional, inclinando la cabeza hacia mi padre para animarle. Yo doy un brinco y casi pierdo el equilibrio, suerte que me agarro a tiempo al respaldo de la silla .

«No te desmayes ahora, Carolina –pienso– es lo que nos faltaba, a mi padre y a mí.»

–¡Usted no! –me increpa el médico, levantando la mano para que me detenga.

–Pero...

–Lo siento, pero solo pueden pasar de uno en uno. –El médico se disculpa encogiéndose de hombros–. ¿Tal vez le apetezca un café? –pregunta, preocupado–. Tiene pinta de necesitar un

tentempié.

Asiento con la cabeza, rendida, y el médico desaparece.

Me siento desamparada al ver como una enfermera le enseña el camino a mi padre y como desaparece tras la puerta de vidrio translúcido.

"*Todo ha ido bastante bien…*" Lo que acaba de decir el doctor suena esperanzador, ¿no? Aunque no crea en Dios, le envío una oración fervorosa hacia el cielo. Quienquiera que tenga las riendas ahí arriba: ¡Por favor, que mi madre se ponga bien! ¡Por favor!

Me vuelvo a sentar con cuidado en la silla de plástico y el mareo remite, menos mal. Para distraerme alcanzo una revista de la mesilla de enfrente y empiezo a hojearla. Noto que estoy tan aturdida que me es imposible leer: El texto se desdibuja creando un popurrí de letras blancas y negras. No soy capaz de descifrar ni una línea.

–Tenga. No sabía cómo le gusta tomar el café. –El médico me coloca una bandejita delante de mí con café caliente, edulcorante, un sobre de azúcar, una tacita de leche caliente y unas galletas.

–Gracias –le contesto murmurando. Levanto los ojos para mirar con atención al doctor: Pelo moreno con primeras canas en las sienes, facciones marcadas y una sonrisa amable que hace entrever unos dientes blancos y perfectos.

–No se preocupe, su madre se recuperará. Tiene una rotura del bazo de segundo grado, pero lo hemos podido solucionar bastante bien.

Odio cuando los médicos te hablan en su jerga de expertos. Muy probablemente no lo hará adrede, pero como persona de a pie una se siente muy estúpida por no entender nada.

–¿Qué quiere decir "de segundo grado"? –insisto.

–Perdóneme, cuando salgo del quirófano me olvido que no todo el mundo entiende nuestra jerga médica. –Se sienta a mi lado, suspirando–. A parte de alguna magulladura, su madre sufrió una rotura de bazo. Hemos podido parar la hemorragia con pegamento de fibrina y envolver el bazo en una red reabsorbente. No creo que haya más complicaciones. De todas formas, ha tenido mucha suerte. Si todo va bien, podrá irse a casa la semana que viene.

Estoy tan aliviada que empiezo a llorar.

–Tranquila. –El médico me mira compasivo, dándome palmaditas en el brazo–. ¡Todo se arreglara!

«Qué va –pienso– no tienes ni idea. Nada se arreglará. Mi vida es un puto caos».

Muy amablemente, el doctor me alcanza un pañuelo de papel.

–Gracias –sorbo limpiándome una lágrima.

–Tal vez no sea el mejor momento, pero cuando tenga ganas y tiempo para tomar un café conmigo en otro ambiente más amable, ¡llámeme, me haría ilusión! –Me pasa una tarjeta, despidiéndose–: Lo siento, pero tengo que irme, tengo pacientes esperándome. Encantado de conocerla. –Se da la vuelta y desaparece detrás de la puerta translúcida.

Miro extrañada la tarjeta que tengo entre manos. El bueno del doctor, ¿acaba de ligar conmigo?

«No me lo puedo creer» me digo a mí misma. ¡Hombres! Increíblemente imprevisibles.

Tal vez en otra situación me hubiera planteado aceptar la invitación del doctor. Me cayó simpático y era de buen ver, pero un hombre más en mi vida es lo último que me hace falta ahora. Ya tengo tres, al menos durante las próximas semanas.

Y ya estoy pensando otra vez en Liam, Álex y Marcos. Por una vez que estaba distraída…

Dios, ¡no sé qué hacer!

En los próximos días me tocará ayudar a mi padre.
Pero, ¿y luego? ¿De verdad quiero dejar el piso?
¿O quiero continuar dónde lo dejamos, los chicos y yo? Si es que fuera posible.

Aprovecha la ocasión y despídete elegantemente de los chicos. Recuerda qué impresión te dejó Nicole, de persona perturbada. ¡Mejor no acabar como ella! –dice mi cabeza.

¿Estás loca? No me puedes hacer eso. Si acababa de empezar a divertirme –se enfada mi feminidad.

Suspiro. Espero que mi padre vuelva pronto, necesito estar acompañada para no pensar continuamente en mis compañeros de piso.
De repente, revivo en mi cabeza la escena en la huerta del amor. Dios mío, qué sexy fue cuando me cogieron los tres. Nunca antes había vivido algo parecido. ¡Me encantaría volver a experimentarlo!

Qué mala eres Carolina, no tienes vergüenza. Pensar en sexo ahora, en esas circunstancias –me amonesta mi conciencia.

Tonterías, es justamente lo que tienes que hacer. Necesitas distraerte de alguna manera –susurra mi feminidad.

Muy poco a poco, la puerta translúcida se vuelve a abrir. Desde mi sitio intento averiguar quién está saliendo. Espero que sea mi padre y no el médico. Aunque fue muy prudente, en ese momento no aguantaría otro intento de coqueteo.
Liam no me hubiera hecho llegar su tarjeta de manera tan discreta, muy probablemente se hubiera hecho el interesante, aludiendo explícitamente a situaciones eróticas.
Ay Liam.
¿Habrá intentado llamarme? Han pasado más de tres horas desde que me dejó en la puerta del hospital. ¿Le interesará saber cómo estoy?
Lamentablemente, tuve que apagar el móvil. En esta unidad, están estrictamente prohibidos. Podría salir a la calle y llamarle, pero no quiero dejar mi asiento en la sala de espera…

–¡Ya estoy aquí! –La puerta acaba de abrirse del todo y veo mi padre que se me acerca. Si cabe, mi padre tiene aún peor cara que antes. ¡Espero que no haya pasado nada grave! Me invade el pánico y me levanto de un salto. Esta vez no me mareo, menos mal.
–¿Cómo está? –le pregunto alterada.
–Ha tenido mucha suerte –me contesta mi padre, cerrándome en un abrazo–. No sé qué habría hecho si tu madre se llega a morir. ¡No me puedo imaginar vivir sin ella!
Me arrimo a su amplio pecho. Es lo que necesitaba: En los brazos de mi padre siempre me he sentido protegida.
Quién sabe si jamás podré amar a alguien de esta manera, hasta tener la sensación de no poder vivir sin él. Hasta ahora creí en esto y mis padres me demuestran que es posible. Pero con Tobías me equivoqué tanto que ahora me pregunto si seré capaz de volver a confiar en una única persona. Tener tres hombres a mi disposición también tiene sus ventajas: Así una no se ve obligada a regalar el corazón a un solo hombre, pudiendo evitar así una amarga decepción.
–No te preocupes Lina. –La voz de mi padre tiene un toque positivo–. Se repondrá. Mamá es dura de roer. Ahora está descansando, pero mañana podrás verla. ¡Vámonos a casa!

Trago saliva. Adoro a mi padre y no le quiero dejar solo en esta situación, de ninguna de las maneras, pero no me siento del todo a mi aire en casa de mis padres. Mi madre y yo tenemos dos estilos completamente opuestos. A mí me gusta más bien el estilo clásico, a mi madre, el buen estilo alemán – o sea roble rustical. Además, la casa es bastante pequeña e imaginarme durmiendo en el sofá del salón durante los próximos días no es que sea una idea muy excitante, pero ¡no me quedará otra! ¿Qué dirá Liam? De entrada, nos perdemos dos días de estar juntos. Sin embargo, lo más importante son mis padres.

–De acuerdo, –asiento con la cabeza– ¡vámonos!

2

Jamás podré volver a subir a un ascensor sin recordar mi primer encuentro sexual con Liam. La imagen me asalta de inmediato, a pesar de que éste es el momento menos apropiado y para nada excitante, más bien todo lo contrario: En el ascensor estamos mi padre y yo, cuatro personas más vestidas de calle y dos pacientes. Y aun así, no logro disipar las imágenes de mi cabeza.

Si mi padre supiera en qué estoy pensando. Menos mal que no puede mirar dentro de mi cabeza. Porque si viera la escena…

Noto como me sonrojo.

El ascensor se para en la planta baja. Mi padre se dirige con paso firme hacia la salida. Ahora se le ve más relajado que hace unas horas. Camina erguido y con los hombros en su sitio. Aparentemente cree de verdad que todo volverá como antes.

«Qué optimista más incorregible» pienso con ternura.

–¡Carolina! –Oigo como alguien grita mi nombre, cuando estoy a punto de dejar el edificio. Me quedo parada, como si me hubiese alcanzado un rayo–. ¡Carolina, espera!

Me doy la vuelta.

No me lo puedo creer. A menos de diez metros, Liam se levanta de una silla y se me acerca. ¿Me habrá esperado aquí durante todo este tiempo?

–¿Lina? ¿Qué es lo que pasa? –Mi padre acaba de pararse, dándose la vuelta para ver dónde me había metido, y se encamina hacia mí otra vez.

¡Dios mío! En un instante, Liam y mi padre se verán las caras. Me quedo helada por el susto. ¿Qué hago? ¿Cómo explicar a mi padre la presencia de Liam? ¡Mierda!

Liam me alcanza primero.

–¿Liam? ¿Pero qué haces todavía aquí?

Ignorando por completo mi pregunta, pone mi cabeza entre sus manos, observándome preocupado.

–Caro, ¿estás bien? ¿Cómo está tu madre?

–Bastante bien –le contesto susurrando–. ¿Por qué sigues aquí?

–Perdone joven. ¿Quién es usted? –pregunta mi padre que acaba de alcanzarnos.

–Guillermo Aldeconde, soy un amigo de Carolina. La llevé al hospital y no quise desaparecer sin más. Por eso esperé para ver qué tal. –Liam alcanza su mano a mi padre, sin vacilar.

Debía imaginármelo que el señor “rebosa-autoestima” estaría a la altura de cualquier circunstancia.

Mi padre alcanza la mano de Liam, algo titubeante:

–Pues muchas gracias por haber llevado a Carolina –murmura desconfiado, para luego dirigirse a mí–: ¿De dónde conoces a este señor?

Me siento como en un interrogatorio, ¿por qué tiene que ser siempre tan directo?

–Es que yo… yo… nosotros… –balbuceo.

–Soy un antiguo compañero de trabajo –me corre en ayuda Liam, sonriendo.

Le doy un codazo sin que se entere mi padre. ¡Si es que lo ha hecho aposta! Hubiera tenido que vigilar mejor al hablar con mi madre por teléfono, cuando le dije que vivía con “antiguos compañeros de trabajo”. ¡Ahora me toca pagar los platos rotos! ¿Por qué dijo que es uno de mis compañeros? Seguro que ahora mi padre cree que convivo con él. ¿Qué diablos pretende con eso?

¡Eso sí va en contra de las reglas de confidencialidad!

–Entonces, ¿es usted uno de los compañeros que comparte piso con Carolina? –pregunta mi padre en el acto–. ¡Yo pensaba que estabas viviendo con una compañer**a**! –Las arrugas en su frente se acentúan un poco más, al mismo tiempo que arquea su ceja derecha. Noto como vuelvo a sonrojearme.

Liam prefiere callarse, solo sus ojos brillan socarrones.

Pues ¡muchas gracias!

–Pues, sí, Liam y yo vivimos en el mismo piso. Sus amigas y él fueron muy amables al dejarme vivir en la habitación libre que tenían –le contesto a mi padre, esperando que Liam tolere el cambio de sexo de sus dos amigos. No puedo explicar a mi padre que estoy conviviendo con tres hombres, no lo entendería. Y si encima supiera la razón del piso compartido, le daría un infarto. Mi padre es un hombre afable y cariñoso, pero una cosa así probablemente sobrepasaría su imaginación de buen burgués.

–¿Convive con tres mujeres? ¡Pobre! Seguro que es muy agotador –opina mi padre, regalándole una mirada compasiva a Liam.

Le envío una mirada asesina a Liam: ¡No te atrevas a decir algo comprometedor!

–Bueno, de hecho no es muy difícil –contesta Liam, mirándome divertido–. Tampoco estoy mucho por casa. Tengo otro piso y la habitación en la vivienda compartida solo la uso cuando tengo reuniones en la ciudad. Menos mal que estaba cuando llamó usted a su hija, así pude acompañarla rápidamente. Siento mucho lo que le ha pasado a su esposa.

A mi padre parece convencerle la respuesta de Liam. «Uf –pienso aliviada– ¡me fue de un pelo!»

Por un lado me parece muy bonito de su parte haberme esperado, pero por otro, hubiera podido imaginarse que la posibilidad de toparse con mi padre era muy alta y que luego se complicaría todo. ¿Por qué lo hace? Tal vez le excite. Y eso, ¿no va en contra de las reglas?

–Gracias –le contesta mi papá–. Mi mujer tuvo mucha suerte. Se pondrá bien.

Liam asiente con la cabeza:

–Si su esposa es tan tozuda como Carolina, seguro que no se quedará en cama durante mucho tiempo.

Mi padre se ríe con ganas:

–Sí, en eso, las dos chicas se parecen mucho. Por lo visto ya ha tenido la ocasión de conocer la testaruda que puede llegar a ser Lina.

–Y tanto que sí –se ríe Liam.

«A ver, ¿qué está pasando aquí? ¿¡Hola!? ¡Yo también estoy!»

Paseo mi mirada entre Liam y mi padre. Qué bien que estéis de acuerdo en eso.

–¿Ha venido en coche? –quiere saber Liam.

–No –mi padre sacude la cabeza–. Cuando supe del accidente, mi esposa ya estaba de camino al hospital. Yo estaba tan alterado que no me atrevía a conducir. Me llevó un vecino. Pediremos un taxi, Carolina y yo.

–Ni hablar –decide Liam con ímpetu–. ¡Les llevaré yo!

Abro los ojos de par en par, horrorizada. ¡Espero que no lo diga en serio! No es que sienta vergüenza por la casa de mis padres. La casa es pequeña y ellos tienen un gusto diferente al de Liam, pero se lo han currado todo muy duramente. No, no es eso. Me da miedo que Liam y mi padre sigan conversando. ¿Y si a Liam se le va la lengua? Eso es del todo inadmisible. ¡Ni hablar!

–Gracias Liam, es muy amable de tu parte, pero mi padre y yo pediremos un taxi. Seguro que tienes que seguir trabajando en tu presentación –le contesto rápidamente, enviándole una mirada suplicante.

–¿Qué presentación? –Liam no quiere entender de segundas.

–Pues aquella de la que me hablaste el otro día, ¿no te acuerdas? –le gruño.

–Ah sí, pero ya la tengo hecha. –Liam hace una señal con la mano para quitarle importancia al asunto, sonriendo desafiante–. Tengo tiempo, ¡os llevo encantado!

–Gracias, es usted muy amable –le contesta mi padre, enviándome una mirada de reproche que venía a decir: ¿Por qué eres tan poco cortés?

Me rindo. Cuando Liam se mete algo en la cabeza, es prácticamente imposible hacerle cambiar de opinión. ¡Y, de mí, dice que soy cabezota!

Pues que se salga con la suya y que nos lleve. Espero que sepa lo que está haciendo. Una pequeña parte de mí se alegra de que me haya esperado. Sin embargo, la otra parte, mucho más importante, se preocupa por dónde quiere ir a parar.

3

–¡Tenemos que hablar! –le gruño a Liam, agarrándole del brazo para que no siga a mi padre a la cocina.

Llevamos ya más de media hora en casa de mis padres, porque mi padre invitó a Liam a tomar una cerveza. Durante todo el trayecto no pararon de intercambiar opiniones sobre deportes y coches. En definitiva, sobre temas masculinos, mientras que yo, en el asiento trasero, me quedé con el aliento entrecortado, lista para intervenir en caso de que Liam dijera algo inapropiado. Mi padre estaba encantado con el deportivo negro de Liam. De hecho, tendría que alegrarme de que mi padre estuviese distraído con el coche y la conversación con Liam y que se olvidara durante unos momentos de lo de mi madre, pero tenía demasiado recelo de que a Liam se pueda ir de la lengua.

Mi padre se acaba de ir hacia la cocina para buscar otra cerveza y yo aprovecho la ocasión para pedirle cuentas a Liam.

–¿Se puede saber qué es lo que haces? –le espeto en voz baja.

–Pasar tiempo con vosotros, nada más –me contesta sonriendo Liam, con su mirada perruna de “no-hago-daño-a-nadie”. Esta vez no caigo en su trampa.

–Escucha, la verdad es que me pareció muy cariñoso de tu parte esperarme en el hospital, pero todo esto es demasiado. ¿Qué pasa con vuestra cláusula de confidencialidad? ¿Cómo quieres que explique a mis padres quien eres?

–Un antiguo compañero de trabajo…

–Déjalo ya. Si mi padre empieza a preguntar en qué empresa nos conocimos o si trabajamos en el mismo departamento, se dará cuenta rápidamente de que no le estamos diciendo la verdad. ¡No es tonto! –le susurro irritada–. No me gusta nada que sepa que vivimos juntos. Y tengo otros problemas, ¡mi madre está mal! –Ahora me enfado de verdad, ¿cómo pudo meterme en este lío?

–Bueno, aparte de nosotros dos hay dos chicas más que viven con nosotros –comenta socarrón.

Le doy un pellizco en su antebrazo, de los más fuertes que soy capaz de dar.

–¡Ey! –Inspira hondo, masajeándose el sitio dolorido– ¡Cuidado con lo que haces! Te lo devolveré en algún momento. Espérate a estar a solas conmigo, que le tocará a tu culito.

Aunque en este preciso instante no le tenga mucho aprecio, las palabras de Liam me causan una agradable tensión en mi bajo vientre. ¿Por qué demonios mi cuerpo tiene que reaccionar siempre tan intensamente ante él? No es precisamente el mejor momento. Sacudo la cabeza, contrariada.

–No creo que a Marcos y a Álex les entusiasmara saber todo esto –le gruño.

–¡No lo harás!

–¿Tú crees?

–Sí, porque me tienes afecto y porque te alegra ver que he traído a tu papá. Y porque eres una persona que necesita armonía y no te gustan las discusiones. Y porque si lo hicieras, sería muy probable que tuvieras que dejar el piso porque hemos infringido las reglas y no creo que lo quieras hacer. –Los dedos de Liam acarician mi espalda y suben hasta mi nuca–. Venga Carolina, no seas tan rígida. Solo quiero ayudar. ¿O crees de verdad que te he esperado durante horas en el hospital por diversión? –Me regala un beso en la frente–. Yo no diré nada a tu padre de nuestro piso y tú no contarás nada a Marcos y a Álex de que he conocido a tu padre. Sé como se siente uno cuando se tiene una persona amada en un hospital. ¡Sólo quería estar a tu lado!

Inmediatamente me invade la mala conciencia. Por lo visto Liam solo quiso ser amable. Antes

de que le pueda preguntar quién estuvo ingresado en el hospital, vuelve mi padre con dos botellas de cerveza y algo para picar. Rápidamente me aparto de Liam, para que no me pille a su lado.

–¿Tomará otra cerveza conmigo, verdad? –pregunta mi padre.

-Con mucho gusto –le contesta Liam, sacándole las botellas de las manos y colocándolas encima de la mesita del salón–. ¿Tiene naipes? ¡Podríamos jugar una mano de póker!

Dos horas y unas cuantas rondas de póker más tarde, mi padre empieza a bostezar con ganas.

–Creo que me voy a acostar. Fue un día bastante ajetreado y difícil. Carolina, déjanos preparar el sofá cama. Guillermo, encantado de conocerle.

No puedo contener la sonrisa. A veces, mi padre es muy directo: quiere que Liam se vaya.

–¿Me llamarás mañana Carolina? Me gustaría saber cómo está tu madre. Además tendríamos que ponernos de acuerdo para mirar eso de tu currículum –comenta Liam.

–Ah, está ayudando a Carolina a presentar su currículum? ¡Qué amable! Si tu madre está mejor mañana, tendrías que hacerlo cuánto antes. Carolina le llamará mañana.

Mi padre le alcanza la mano y se despide de Liam.

–¡Que sueñes con los angelitos! –me desea Liam, guiñando un ojo.

–Gracias –le murmuro.

«Qué cabrón más manipulador –pienso, sacudiendo la cabeza–. Has logrado que mi padre quiera que nos veamos mañana. Es increíble cómo incitas a la gente a hacer lo que tú quieres. Si solo no fueras tan sexy…»

Me vuelvo y revuelvo en el sofá. Mi cabeza maquina continuamente y no me deja dormir.

¡Ay mamá, ojalá te mejores pronto!

¡Ay papá, ojalá continúes tan optimista!

¡Ay Liam, ojalá estuvieses ahora a mi lado, necesito un abrazo!

Es la primera vez en días que me siento más sola que la una. Casi tan sola como el día en que me dejó Tobías. Parece que hayan pasado años luz. Los chicos han sido realmente hábiles en distraerme. En los últimos días, he estado en todo momento acompañada por uno de ellos. No he tenido ni un segundo para pensar en Tobías. Ahora, sola en el salón de mis padres, me siento incómoda.

¡Liam tiene razón, no quiero dejar el piso todavía!

Necesito a los hombres – a cada uno de ellos: a Marcos, por la disputa erótica, a Liam por los momentos increíbles y a Álex, por las experiencias sensuales. A Álex me gustaría conocerle mejor, con él he pasado menos tiempo que con los otros dos. Me intriga saber porqué Nicole está tan perdida por él. Seguro que tendrá algún que otro truco más en la chistera. También me está empezando a gustar la relación algo rara con Marcos, al menos con él no me aburro. Y Liam… interesante, malicioso y sexy son las palabras que se me ocurren para describirlo.

Un leve sonido me saca de mis soliloquios. ¿Un mensaje?

Me destapo, me levanto y enciendo la lámpara con el pie. Casi me caigo porque, sin querer, acabo de pisar el camisón de mi madre que me va demasiado largo. Recojo el camisón, alcanzo mi bolso y saco el móvil.

Efectivamente, acabo de recibir un SMS. Vuelvo al sofá y leo el mensaje.

¿Angelito, estás durmiendo?

Sonrío, parece que Liam tampoco puede dormir.

No, no puedo dormir. Pienso en demasiadas cosas…

¿En tu mamá? Confía en tu padre, se pondrá bien.
¿Piensas también un poco en mí?

Tal vez…

Si te tuviera a mi lado, te distraería un poquito ;-)
Ya sé qué te haría…

¿Ah sí?

Sí, primero te ataría y luego… tengo algunos juguetes sin dueño…
No te digo más ;-)

«Cabrón –me digo a mí misma– calentarme para luego dejarme caer, la disciplina favorita de Liam. Pero yo también soy capaz de hacer eso.» En Google tecleo "juguetes eróticos para hombres" y el primer enlace ya me lleva a un sitio web bastante picante, gráficamente muy bien logrado, sin pinta de barato. A ver qué encuentro por aquí.

Hago clic en "spanker". ¿Qué diablos será? Ah, un masturbador para hombres. El chisme es de diseño y todo. Con diferentes superficies de silicona para incomparables estimulaciones. ¡Ja, ahora le dejaré boquiabierto!

A mi también se me ocurren cositas. Como torturarte un poquito con un masturbador spanker…

Releo lo escrito y hago clic en 'enviar'. Durante algunos minutos no pasa absolutamente nada. ¿He logrado que Liam se quede sin palabras?

Maldita sea, Carolina, me sorprendes una y otra vez. Déjalo ya, si no, soy capaz de pasarme por casa de tu padre y secuestrarte. Llámame mañana. Quiero tu pompis – desnudo!

Que sueñes con los angelitos… le contesto sonriendo y apago el móvil. «A ver quién seduce a quién» –pienso, enrollándome en la manta de lana. No sé si podré dormir, el pequeño intercambio con Liam ha puesto en marcha el cine en mi cabeza, pero al menos lo intentaré.

4

–Buenos días Lina, te apetece desayunar? –La voz de mi padre me saca del sueño. Si es de noche todavía ¿o no?

–Hm, buenos días. ¿Qué hora es? –contesto murmurando.

–¡Casi las seis!

¿Las seis? Si es de noche todavía. No me acuerdo de la última vez que me levanté tan temprano. No empezaba a trabajar hasta las 9.00h y Tobías y yo no nos despertábamos nunca antes de las 7.30h. Me había olvidado de que mis padres siguen levantándose a horas intempestivas, aunque los dos estén jubilados.

–Papá, por favor. ¡Me gustaría dormir un poquito más!

–Ni hablar. Levántate que quiero ir a ver a tu madre antes de las siete y media.

«Maldita sea, –pienso, estirándome –estoy hecha un trapo. No he dormido más de tres o cuatro horas. Además soñé con cosas rarísimas. Pero cuando a mi padre se le mete algo en la cabeza, es casi imposible hacerle cambiar de opinión.»

–¿Me puedo duchar al menos? –pregunto resignada.

–Sí, pero date prisa.

Me dirijo hacia el cuarto de baño, bostezando. Alcanzo una toalla limpia de la pequeña cómoda, me desvisto y me pongo debajo de la ducha. Odio ducharme con agua fría, sobre todo por la mañana tan temprano, pero creo que sin agua fría no habrá manera de despertarme.

Brr… ¡qué cabronada!

Pero funciona, estoy un poco más despierta. Me paso la toalla y busco el secador de mi madre. No es que tenga tiempo para secar mi melena rubia, necesitaría una eternidad para hacerlo. Pero no quiero resfriarme ni quiero pillar una gripe o algo por el estilo y pasar lo que queda de mi estancia en el piso enferma, sería realmente una pena.

Mañana ya es martes. Cómo pasa el tiempo. El miércoles hará una semana que firmé el contrato.

Sólo me quedan tres semanas para que se acabe mi estancia. Si mi madre está mejor, quiero volver con Liam, y a mi madre iré a visitarla cada dos o tres días. Me acabo de decidir: quiero disfrutar cada minuto que tenga con los tres chicos. ¡Es lo que necesito!

–Dime, este joven Guillermo y tú, ¿qué hay entre vosotros? –Los ojos grises de mi padre me miran fijamente.

Por el susto me trago el café con leche. Me acerco una servilleta a la boca y hago ver que me estoy ahogando para ganar tiempo. ¡Maldita sea! Mi padre tiene muy buenas antenas. En temas interpersonales, no hay quién le gane. ¿Qué le contesto? No soy buena mintiendo.

–Perdón –murmuro, limpiándome la boca–. ¿Qué te hace pensar que hay algo entre nosotros?

Ja, qué parada. Contestar a una pregunta con otra es una maniobra hábil para salir de una situación comprometedora sin tener que mentir, ¿no?

–¿Por qué otra razón sino, el joven te hubiera esperado tanto tiempo en el hospital? No estoy ciego, parece que le caigas bien.

–Tal vez… –le contesto, cautelosa.

–Seguro que sí. Y tal como lo miras tú, parece que también te caiga bien a ti. No es de extrañar,

es un tío muy atractivo. Pero piénsatelo bien si de verdad quieres empezar una nueva relación. No es muy aconsejable salir de una relación para meterse en otra. Y aún menos si estáis compartiendo piso y en el que además viven dos chicas más… parece todo un poco complicado.

–Papá, Liam y yo no somos pareja. Nos caemos bien como amigos. No hay más. –Tampoco le estoy mintiendo, Liam y yo, realmente no somos pareja.

–No te preocupes, no me meto de lleno en otra relación, me quiero dar una pausa. –«Con tres tíos que me follan hasta dejarme inconsciente y que me mantienen distraída», le añado mentalmente. Tampoco me quedaré mucho más en este piso, solo he firmado un contrato para un mes–. «Y qué mes. Si lo llegas a saber ayer, hubieras matado a Liam, seguro.»

–Tú sabrás qué haces. De todos modos, tendrías que buscarte un trabajo, lo antes posible. Encontrar un empleo en el ámbito del marketing no es muy fácil. Habrías tenido que hacerme caso y haber estudiado derecho. Siempre hacen falta abogados.

Suspiro. «Para ya, papá. No vuelvas a sacar otra vez este tema.»

Mi padre fue abogado, y el padre de mi padre, también. A mi padre le hubiera gustado verme trabajar en el ámbito jurídico. Pero no es lo mío.

–¿Nos vamos? Seguro que mamá ya nos está esperando –digo para cambiar rápidamente de tema. Me había olvidado completamente de lo pesado que podía llegar a ser mi padre. No me gusta que me siga tratando como una niña pequeña. Ya no lo soy.

Soy una mujer adulta, que se deja follar por los tres chicos más calientes del mundo mundial.

–Dios, mamá… ¿qué te han hecho? –Me llevo las manos a la boca por el susto. Mi madre tiene un aspecto horripilante: Tiene la cara y los brazos llenos de contusiones y rozaduras.

–¿A que me queda bien? –contesta, incorporándose–. Me han dicho que el azul está de moda. ¿No me das un abrazo?

Suspiro aliviada. Si tiene ganas de bromear está mejor del aspecto que tiene. La abrazo con prudencia.

–¿Cómo estás cariño? –quiere saber.

–¿**Tú** quieres saber cómo estoy **yo**? ¿Cómo estás tú? –le contesto, sacudiendo la cabeza. Esta es mi madre: Siempre pensando primero en los demás. No conozco persona más social que mi madre.

–Mala hierba nunca muere. Estoy bastante bien. Si hubiera llevado un chubasquero con reflectantes, probablemente no me hubiera pasado nada.

–Nos has dado un buen susto –le digo, dándole un beso en la frente con mucha cautela.

–Lo sé. Al salir volando pensé: Ya está, te vas a morir. Pero parece que tenía un ángel de la guarda. Estoy bastante bien. Los médicos han hecho un buen trabajo y los analgésicos son una maravilla: no tengo nada de dolores.

Llaman a la puerta y una enfermera se asoma a la puerta:

–Cinco minutos más y tiene que salir de la habitación. La paciente necesita tranquilidad.

–¡Sí señor, sí! –susurra mi madre, haciendo girar los ojos.

Me río.

–Explícame algo de ti. ¿Tobías ha vuelto a contactar contigo? ¿Sigues viviendo en casa de tus compañeros de trabajo? ¿Ya has empezado a enviar currículums?

–Sí, no te lo creerás, pero Tobías ha vuelto a contactarme por correo electrónico. Pero no me ha facilitado ninguna explicación ni se ha disculpado. No entiendo como he podido dejarme

engañar por un imbécil como él. Tendría que haberte hecho caso. Tú sí que te diste cuenta de seguida de que era un fantasma, ¿verdad?

–Pues sí –asiente mi madre–, me pareció horriblemente superficial. Pero nunca me habría imaginado que pudiera llegar a ser tan descarado. Cuando una está enamorada, no ve el lado negativo del otro. Esta experiencia hay que vivirla cada una por su cuenta. De todas formas, tú sí que te mereces alguien mucho mejor, cariño. Alégrate de haberte quitado de encima a Tobías.

–Gracias –refunfuño.

Muy probablemente cualquier mujer merezca alguien mejor que un tío como Tobías. Hasta la embarazada de eco-Ana. Menos mal que no soy *yo* la que espera un niño de Tobías.

–De todas formas, estoy bastante bien –continuo mi relato–. Mis compañeros son muy simpáticos y hoy mismo empezaré a enviar currículums con la ayuda de un amigo. Además tengo dinero ahorrado. No tienes que preocuparte por mí. Lo más importante es que tú te pongas bien.

«No es del todo mentira» pienso. No es que haya ahorrado dinero, pero los chicos me pasarán 'mi sueldo' a final de la estancia y con esto, ya iré tirando una temporada. Aunque me siga molestando lo del 'sueldo', lamentablemente lo necesito.

Lo más importante lo he conseguido: hacer que se tranquilice. Lo que importa es que no se altere y que ni ella ni mi padre lleguen a saber nunca de mi relación con los tres chicos. No me lo perdonarían nunca. Aunque les quiera mucho, mis padres siguen perteneciendo a la "burguesía bien acomodada".

–Se acabó la visita. ¡La paciente tiene que descansar! –El ayudante del sheriff en bata blanca nos interrumpe sin contemplaciones. Pero tiene razón, mi madre necesita dormir, hace cara de cansada.

–Volveré mañana –le prometo, regalándole un beso en la mejilla moteada de azul.

Cierro la puerta con cautela y envío un SMS a Liam preguntándole si me puede recoger. Luego busco a mi padre que ya estuvo con mi madre antes y que quería esperarme. Lo encuentro delante de la máquina de café.

–Yo me voy a casa. ¿Y tú? ¿Qué haces, me acompañas? –me pregunta.

–Prefiero volver al piso y buscar algo para cambiarme –le contesto, tirando de mi ropa, algo desarreglada después de todo un día en las sillas de plástico de hospital–. Le he dicho a mamá que volvería mañana.

–De acuerdo. Yo me voy, tu madre me ha dejado todo un listado de encargos –me dice, fingiendo irritación–. Ayer en la sala operatoria y hoy dando órdenes. Ya está en su salsa–. Sonríe.

–Y por eso la quieres. –Le devuelvo la sonrisa y abrazo a mi padre–. Te quiero. Te llamo para decirte a qué hora paso a ver a mamá.

–De acuerdo. Y ¿Carolina?

–¿Sí?

–¡Cuídate!

Sigo con la mirada a mi padre mientras se dirige hacia la salida del hospital. ¿Por qué me habrá dicho "Cuídate"?

¿Tal vez sospeche que tengo más problemas de los que quiero confesar?

Sacudo la cabeza. No será tan fácil combinar las dos vidas. Quiero ir a ver a mi madre y, al mismo tiempo, divertirme con los tres hombres. Pero solo me quedan tres semanas en el piso. Me las tendré que ingeniar de una forma u otra.

5

–Hola angelito, ¿todo bien?

Levanto los ojos, sorprendida. Estaba sentada en un banco delante del hospital, disfrutando del sol y jugando con el móvil mientras esperaba a Liam. Me había hecho a la idea de que Liam necesitaría por lo menos una hora. Sin embargo, no ha tardado ni veinte minutos.

–Madre mía, ¡qué rapidez! –le comento asombrada–. ¿Has venido volando?

–Claro, acabo de aparcar el helicóptero detrás del hospital.

–Tonterías –le rebato. Aunque… con él nunca se sabe.

–¿Tu padre sigue aquí cerca? –quiere saber.

–No, ya se ha vuelto a casa.

–Si es así… –Me agarra de la mano y con un único tirón me atrae a su pecho musculoso. Sus manos se apoderan de mis nalgas mientras me besa con tal intensidad que me deja mareada.

–Dios, como te he echado de menos –susurra con voz ronca.

–Si solo fue una noche –le contesto sonriendo.

–Una noche en la que me hubiera encantado atarte y follarte hasta dejarte inconsciente –me rebate socarrón, mordiéndome levemente los labios.

–Ay –me quejo.

–Un pequeño aperitivo… de todo lo que tenemos que recuperar. Venga, mi helicóptero de cuatro ruedas nos está esperando.

–¿Cómo está tu mamá? –me pregunta Liam, después de que haya cogido asiento en el sitio del copiloto de su deportivo negro y hayamos salido del parking.

–Bastante bien. Ya me ha hecho muchas preguntas y a mi padre le dejó todo un listado de recados. Me gustaría ir a verla mañana otra vez. ¿Cómo lo ves?

–Qué bien, me alegro. Claro que puedes ver a tu madre. Te llevaré yo. Como se trata de una situación de emergencia que no está reglada en el contrato, Álex tendrá que aceptar que mañana no estés durante unas horas.

–¿Álex? –le pregunto, extrañada.

–Sí, nos vemos esta tarde con él en una recepción y volveremos juntos al piso. Has tenido descanso toda la noche, tiene que ser suficiente. Espero que estés lista otra vez. –Me guiña un ojo.

«Dios mío» pienso. Sus palabras provocan una fuerte tensión en mi bajo vientre y el cine en mi cabeza proyecta imágenes explícitas en mi córtex visual. No me esperaba la presencia de Álex. La tarde promete, hasta ahora no he podido disfrutar de la constelación Liam-Álex todavía. Espero haberme despejado hasta entonces porque noto el cansancio después de la noche corta e inquieta pasada en el sofá. Lo único que me puede ayudar es un chute de adrenalina.

–¿Conoces alguna tienda erótica por aquí cerca? –le pregunto, pestañeando con cara de inocente.

–¿Cómo? –Liam gira la cabeza y me mira con tal cara de sorpresa que me hace sonreír.

–Mira hacia delante –le ordeno, indicando la carretera–. ¿Conoces una tienda erótica por aquí cerca, sí o no? ¿O quieres que le pregunte a Google?

–¿Quieres ir de compras conmigo? –pregunta Liam alegre.

–Sí. Prometí torturarte un poquito. Quiero comprar un *spanker*. Yo mantengo mis promesas –le rebato fresca.

–Ay querida. Yo también. Tengo algo para ti –me contesta con voz ronca, girando la cabeza hacia mí otra vez. Sus ojos azules brillan peligrosamente.

Trago saliva. Maldita sea, porqué tiene que ser tan sexy.

–Mira hacia adelante –le repito, pero esta vez, mi voz no es tan firme.

–¿Hoy las órdenes las das tú? –pregunta Liam.

–¿Por qué no? –le contesto, cruzando los brazos detrás de la cabeza–. Creo que es hora de que toque a mí.

–Vaya tía –opina Liam sonriendo–. ¿Qué te parece si nos repartimos el día: Ahora buscamos lo que necesites y hasta esta tarde hago todo lo que tú me digas. Luego, para lo que quede del día, cambiamos de rol y tú harás lo que yo te diga. –El semáforo delante de nosotros se pone rojo. Liam para el coche y me alcanza su mano:

–¿Trato hecho? ¿O tienes miedo?

«Carolina, tu siempre tan bocazas», me digo a mí misma. No creo que en juguetes eróticos logre estar a su altura. Si pienso en todo lo que vi en sus armarios…

Con solo imaginar lo que podría hacer conmigo noto un fuerte cosquilleo en mi vientre, pero aun así no quiero quedar como una cobarde.

–¡De acuerdo, trato hecho! –le contesto, intentando dar un tono firme a mi voz. Liam me agarra de la mano, apretándola levemente.

–Muy bien –me sonríe–. Tengo mucha curiosidad…

Antes de que pueda dejar su mano otra vez en el volante, la agarro fuertemente y me llevo su pulgar a la boca. Lo chupo muy poco a poco, regalándole la mirada más seductora de la que soy capaz. Mi mano se busca camino hacia su entrepierna y empiezo a frotar su pene que reacciona al momento a mis caricias. «Yo también te he echado de menos» me digo a mí misma.

–Será mejor que pares –refunfuña Liam–. Si no, detengo el coche y te follo en el asiento de detrás.

Dejo de chupar su dedo. Paso mi mano una última vez encima de su pene erecto y me recoloco en mi asiento.

–**Tú** ahora no decides nada– le rebato, indicando el semáforo–. Se ha puesto en verde. ¡Arranca!

–No veo la hora de intercambiar los roles y de que me toque a mí –gruñe Liam, sacándose un mechón rebelde de su cara–. ¡Espérate y verás!

–¡A callarse y a conducir! –le ordeno. Quiero centrarme en mi breve ‘mandato’ y no pensar en todo lo que puede hacer conmigo. Aunque me cueste mucho: Las imágenes que invaden mi mente son tan sexy que noto como me humedezco. Adoro nuestro pequeño *tour de force*: me pone.

Diez minutos más tarde, llegamos a un centro comercial exclusivo.

–Aquí es –me informa Liam.

–¿Aquí hay una tienda erótica? –le pregunto sorprendida.

Me imaginaba una de estas filiales de tiendas eróticas que, ubicadas en carreteras nacionales, intentan atraer a clientes con letras luminosas y productos explícitos en el escaparate. De hecho, no me gusta nada este tipo de tiendas: tienen un aire barriobajero y no invitan a entrar. Hasta el día de hoy solo he pisado una única vez a una tienda erótica, en compañía de una amiga. Probablemente todos lo hayan hecho ya alguna vez después de una tarde pasada en compañía de amigos y de alcohol. Pero en un entorno como éste, no me podía imaginar una tienda de estas características.

–No sueles ir de compras de juguetes eróticos, ¿verdad? –pregunta Liam socarrón.

–No, la verdad es que no –le contesto. No gano nada con mentir a un experto como Liam. Se daría cuenta de seguida de que no soy cliente fiel de tiendas de este tipo.

–Esta tienda te gustará, ya verás. Está muy bien montada –me comenta, agarrándome de la mano–. Ven.

De hecho, me tocaría a mí decidir qué hacer, pero de momento no me opongo a que me agarre de la mano y me lleve hacia la tienda. Es una sensación muy agradable caminar por las calles cogidos de

las manos. Qué lástima que se acabe pronto. Sacudo la cabeza para no darle más vueltas. No pienses Carolina, ¡disfruta!

–¿Estás bien?

–Sí, perfectamente. ¿Por qué preguntas?

–Porque estabas sacudiendo la cabeza. ¿He dicho algo malo? Solo quiero que mi dueña esté contenta –opina, haciendo una mueca y abriendo mucho los ojos.

«Dios mío, qué guapo eres. Incluso cuando haces muecas» pienso sonriendo.

–No, no es eso –le contesto.

–¿Entonces qué es lo que pasa?

–Me encanta pasar tiempo contigo.

–A mí también.

–¿Pues entonces cómo haces para olvidarte tan rápidamente de tus compañeras de piso. Las mujeres ¿somos todas intercambiables? –Mierda. No hubiera tenido que decirlo, se me escapó. Sin embargo me interesa saber cómo lo hace, tal vez pueda aprender algo.

Liam para de golpe.

–¿Crees realmente que te podré olvidar así, sin más? –me pregunta, mirándome a los ojos.

–Es lo que pone en vuestro contrato: fuera lo viejo para que entre lo nuevo –le rebato obstinada, estirando el mentón.

Agarra mi cabeza con las dos manos:

–Deja de pensar tanto. Todavía estas aquí, ¿no? –me dice, besándome en la boca–. Disfrutemos del día.

«Qué fácil lo pones, querido» me digo a mí misma, pero mantengo el pico cerrado.

Me viene a la cabeza una de estas frases hechas que alguien me escribió en mi álbum de poesías:

Quién añora el pasado y planifica el futuro, desperdicia el presente.

(Autor desconocido).

Será mejor atenerse a esta frase, solo así seré capaz de disfrutar del tiempo con los tres chicos. Pero me resulta tan difícil, vivir solo el momento.

–¡Es aquí! –interrumpe Liam mis pensamientos, indicando una tienda pequeña.

Miro con asombro el escaparate. Tenía razón, la tienda es realmente muy cuca, nada de barata, si no refinada y con estilo. A primera vista hubiera dicho que se trataba de una tienda de decoración y no de una tienda erótica.

–No sabía que también había tiendas eróticas selectas –le comento.

–Y tanto que sí. El sector está en movimiento: la gente es más abierta a juegos eróticos que hace algunos años y espera encontrarse con un ambiente adecuado y de diseño sugestivo. Y los vendedores son muy amables y abiertos. Entra y verás.

«¡Qué guay!» pienso al cruzar el umbral.

Luces de cristal, refinadas estanterías de madera, música de fondo y el personal en ropa elegante hacen olvidar al visitante que se halla en una tienda erótica.

–Ahora vuelvo, también necesito comprar algo –me susurra Liam, desapareciendo hacia la parte trasera de la tienda. Parece conocerla muy bien. Empiezo a deambular por el espacio.

–¿Le puedo ayudar? ¿Busca algo en concreto? –El joven en traje negro podía pasar también como modelo. Es de buen ver. No tanto como Liam, pero aun así, muy apetecible.

–Hm, pues, sí. Busco un *spanker* –tartamudeo. A pesar de la atmósfera agradable, me siento algo insegura.

–Perfecto, ¿me acompaña por favor? Le enseñaré unos cuantos. –El modelo se dirige hacia unas estanterías y yo le sigo intrigada. En Internet el *spanker* tenía buena pinta. A ver como es en realidad y si me sirve para tener un poco en vilo a Liam.

–Mire, aquí hay todos nuestros modelos. ¿Lo quiere más suave o un poco más duro? –El vendedor me indica un sinfín de ganchos en los que cuelgan correas, *paddles* y otros juguetes de sadomaso.

–Angelito, ¿te estás buscando algo para la segunda parte? Qué bien, así me ahorro trabajo. De la nada aparece Liam a nuestro lado. Sus ojos azules brillan socarrones mientras que el vendedor intenta suprimir una sonrisa, pero sus comisuras se mueven sospechosamente hacia arriba. Me pongo colorada en el acto.

–Me parece que es un malentendido –refunfuño, irritada tanto por Liam y el vendedor como por mi cohibición–. No estoy buscando instrumento de *spanking*, sino un masturbador *spanker* para hombres.

–Pues, discúlpeme, le he entendido mal. Los masturbadores los tenemos allá. –El vendedor vuelve a ser dueño de su mímica y me lleva a una estantería justo en frente. Ignoro mis mejillas encendidas e intento mantenerme profesional. «Dios Carolina, te tiras a tres hombre a la vez y tienes vergüenza a la hora de comprar juguetes eróticos», me digo a mí misma.

Al parecer no estoy del todo acostumbrada a mi nuevo rol de devora hombres y no soy tan dura como pensaba.

Menos mal que encuentro fácilmente el masturbador que vi en Internet.

–Estaba buscando precisamente éste –. Saco la pieza de la estantería y la observo desde todos los lados. Tiene muy buena pinta, a ver si sirve para mi objetivo.

–Me quedaré con éste –le digo al vendedor, alcanzándole el ejemplar.

–Muy bien. ¿Necesita alguna cosa más? –me pregunta con tono profesional. Muy probablemente quiere enmendar su media sonrisa.

–Gracias, nada más. Tengo todo lo que necesitaba –le contesto, dirigiéndome con la cabeza bien alta hacia la caja. El vendedor-modelo me sigue con afán. «¿Ves como eres capaz?» me elogio a mí misma.

–Qué interesante. –De repente, Liam me agarra de la cintura–. Todo junto por favor –dice Liam, colocando un objeto más en el mostrador. Al ver de qué se trata respiro hondo.

–¿Estás loco? –le riño, señalando el *paddle* en forma de corazón rosa–. Esto no nos lo llevamos.

–Sí que nos lo llevamos –me rebate socarrón, poniendo una mano en mi culo.

Noto como me vuelvo a sonrojar.

Sin embargo, no me deja tiempo para seguir protestando, sino que saca su tarjeta de crédito.

–Póngalo todo en una bolsa –se dirige al vendedor. «¡Qué cabrón! ¡Espera y verás!» le amenazo para mis adentros.

–Cariño, ¿en serio? ¿Esta vez un corazoncito? –le susurro como un gorrión–. Si normalmente te gusta que te castigue con motivos menos llamativos.

La mirada asombrada de Liam… no tiene precio.

«¿Ves como eres capaz de ser ingeniosa si te lo propones?» vuelvo a elogiarme.

Saludo con la mano al vendedor y salgo de la tienda sin darme la vuelta para ver si Liam me sigue.

Unos segundos más tarde tengo a Liam a mi lado con una bolsa de papel de color negro. Sus ojos azules brillan alegres.

–Buena parada, angelito –sonríe socarrón sacando el *paddle* de corazón–. Para ti, en vez de flores.

–Te encanta enredar a personas en situaciones grotescas, ¿verdad? –le pregunto, observando el

juguete en mi mano.

–Tal vez –me responde sonriendo–. Pero tal vez iba en serio en lo que dije.

–¡Olvídate! Ya te dije que no me gustaba el sadomaso –resoplo de indignación.

–Bueno, creo que zurrar un culito como el tuyo no se puede considerar sadomaso. El otro día, cuando lo hicimos a cuatro, tampoco te quejaste –me dice, mirándome tan intensamente a los ojos que en mi bajo vientre se expande inmediatamente una tensión bien conocida–. Cuando cambiemos de rol esta tarde, estoy seguro que me pedirás de rodillas utilizar el regalito color rosa.

–Eso nunca. Pero si no te callas, lo inauguraré contigo –le rebato, estirando la barbilla–. Mientras tanto, lo puedes volver a guardar. No es tu turno. ¡La que manda soy yo!

–De acuerdo –me contesta divertido, volviendo a guardar el *paddle* de corazón–. En este caso, vámonos a casa. Tengo mucha curiosidad.

6

Lo que me apetecería es repetir nuestra primera escena, la que tuvimos en el ascensor. Pero fue idea de Liam y yo necesito algo nuevo. Como si me hubiera leído los pensamientos, Liam, con su dedo, empieza a dar vueltas encima del botón de parada.

–¿Le doy?

–No –le contesto, sacudiendo la cabeza–. Quítate la camiseta y déjate los pantalones puestos.

–¿Quieres que me desnude aquí?

–Sí.

–¿Y si sube alguien?

–No es mi problema. Me dijiste que hay que atreverse a hacer cosas diferentes, por eso: ¡Desnúdate! ¿O es que acaso no te atreves?

–Para nada –me gruñe, mientras se quita la camiseta y la guarda en la bolsa de papel.

Dios, cómo me encanta este ascensor. Las paredes espejadas me permiten una vista de 360º grados al vertiginoso torso de Liam. Sus músculos moviéndose levemente debajo de la piel morena y su mirada desde unos ojos azules brillantes en combinación con su pelo negro cayéndole por la cara, le convierten en el hombre más sexy que conozco. Marcos y Álex también son muy guapos, pero Liam, Liam es el no va más. Y durante las próximas horas, una servidora puede hacer con él lo que le dé la gana. Es la locura hecha realidad. No creo que haya mujer en este mundo que no me envidie por eso.

–Bésame –le exijo, poniendo mi mano sobre su abdomen musculado. Con la otra, le acaricio su polla a través de los vaqueros.

–Cabrona –gruñe, pidiendo paso con la punta de la lengua. Me besa con fuerza, yo se lo devuelvo con la misma intensidad, mientras sigo masajeando su pene. «Qué bien», pienso, al notar como empieza a crecer su virilidad.

Llegamos al ático sin parada.

«Lástima –me digo a mí misma al salir del ascensor– me hubiera encantado ver como habría reaccionado ante una situación imprevista, como por ejemplo el encuentro con uno de nuestros vecinos. Quien sabe si habría descolocado por una vez al señor “yo-puedo-con-cualquier-situación”.»

Cierro la puerta de un golpe y dejo caer mi bolso al suelo.

–Quítate todo –le exijo, cruzando los brazos.

–Lo que mi reina ordene –me sonríe Liam y, a cámara lenta, empieza a desabrocharse los vaqueros.

–¡Los he visto más rápidos!

–Si es lo que deseas…

Asiento con la cabeza y Liam se quita lo que le quedaba de ropa, hasta presentarse en todo su esplendor delante de mí, con su pene aún erecto.

«Qué belleza» –pienso, intentando grabar todos los detalles de su cuerpo en mi memoria. Quiero quedarme con esa imagen para mis futuras horas solitarias.

–¿Y ahora qué? –pregunta Liam.

–Quédate así. –Paso mis dedos encima de sus abdominales duros como el acero. Qué sensación más agradable… Me pongo de rodillas delante de él, beso sus ingles y engullo su pene erecto. Con el pulgar y el índice encierro su tronco y estimulo su polla sin piedad, con mis dedos y mi boca. En pocos segundos, se vuelve duro como la piedra.

Liam tiene los ojos cerrados y gime en voz baja, pero no se mueve. Solo sus músculos se contraen

levemente. Hace dos días, hice lo mismo con Marcos, pero Liam controla mejor su cuerpo. Se contiene más, mientras que Marcos es altamente explosivo. «Que tres chicos atractivos como Liam, Marcos y Álex sean solo para mí… vaya locura», me digo a mí misma.

–Con esto basta –decido–. Ves a tu habitación, yo vendré enseguida. Antes quiero probar mi juguete nuevo.

Liam deja ir un gemido, pero hace lo que le mando y desaparece hacia su habitación. Ensimismada le contemplo por detrás. Ese culo… «Ya te está cayendo la baba Carolina» pienso sonriendo.

Seguro que después, cuando cambiemos los roles, me tocará pagar el doble y el triple por lo que le estoy haciendo ahora. Lo tengo asumido, pero es que también lo encuentro increíblemente sexy. Confío en Liam. Me prometió no hacer nada que no quisiera.

Dejo de lado el *paddle* color rosa y busco el masturbador en la bolsa de papel. Antes de poder torturar a Liam con ese chisme, tengo que saber cómo funciona. No quiero quedar como una idiota.

Lo desenvuelvo con cuidado: es ovalado y se deja abrir por el lateral, dando la posibilidad de colocar dos superficies de silicona. Las superficies se presentan en estructuras diferentes y para fines diversos. Escojo dos texturizadas y echo una hojeada a las instrucciones. ¡Hay que ver todo lo que hay bajo el sol! Tobías y yo vivíamos en Babia por lo que a juguetes sexuales se refiere. Es hora de que cambie la cosa y rápido. No puede ser tan difícil. Coloco las superficies, me desvisto y me dirijo a la habitación de Liam. «Espérate y verás» pienso socarrona.

–Angelito. –Liam está echado en su cama, la cabeza entre sus manos. Al verme, empieza a sonreír y se le marcan dos hoyuelos en las mejillas. «Quiero recordarte –pienso– exactamente así, como estás ahora.»

–Desnuda es cuando más me gustas –opina, mirándome de arriba abajo.

–Devuelvo el cumplido encantada.

–¿Y ahora qué?

–Ahora querido, ¡probemos eso! –le anuncio, jugueteando con el masturbador.

En los labios de Liam se intuye una sonrisa.

–¿Qué pasa? –le pregunto.

–Nada, eres muy dulce cuando intentas ser una mujer dominante.

–¿Dulce? –Me pongo con los brazos en jarra– ¡No te pases!

–Es que para mí es una situación un poco insólita. Por lo general soy yo quien llevo el control.

–¿Hasta ahora no has intercambiado nunca los roles?

–No, nunca.

–Quién lo diría –comento, sacudiendo la cabeza–. ¿Marcos y Álex tampoco?

–No. Vamos, no lo creo.

–Pues no haberme hecho entrar en el piso.

–Eres muy bocazas. No veo la hora de cambiar los roles. Para castigar tus impertinencias primero te zurraré en el pompis, luego te joderé hasta dejarte inconsciente y esta noche te follaremos entre los dos, Álex y yo. –Las palabras de Liam inmediatamente ponen en marcha el cine en mi cabeza. Noto como mi clítoris empieza a palpitar.

–¿Te he dado permiso para hablar? –le comento, dando a mi voz el tono más firme del que soy capaz. No puede ser que después de solo media hora deje ir las riendas otra vez. Tiene visiblemente más experiencia en *brainfucking* que yo. Las imágenes que evocan sus palabras bastan para que me humedezca. Muy probablemente me haría llegar al orgasmo con solo hablarme.

Sacudo con fuerza mi melena rubia y respiro hondo dos o tres veces.

–¿Estás bien? –Liam me observa divertido.

–No, si hablas, no me puedo concentrar. ¡Cállate de una vez!

–Lo que pasa es que, en el fondo, no quieres cambiar los roles. Adoras que te diga cuándo y cómo te follaré.

–A callarse –bramo, abriendo el cajón de la mesita de noche.

–¿Qué es lo que buscas?

–¡Ja! –Enseño triunfante un tubo de gel lubrificador–. Ya está, ¡ponte boca arriba! –le ordeno.

Los ojos de Liam brillan, si cabe, con más fuerza aún. Parece divertirse muchísimo.

«Vaya macho», pienso.

Sin embargo, Liam sigue mis instrucciones, poniéndose boca arriba y callándose de una vez.

Me arrodillo a su lado, meto su polla en mi boca y la estimulo hasta que se pone dura otra vez. Interrumpo mi labor para aplicar gel en el masturbador y colocarlo en su pene. Luego, con movimientos rápidos y enérgicos, estimulo su mejor pieza hasta que echa atrás su cabeza, gimiendo. Me paro en el acto.

–Joder Carolina –gruñe–, ¡qué bruja eres!

–A callarse –ordeno sonriendo y empiezo mi trabajo otra vez. La estructura texturizada parece aumentar el efecto. Es cómo me lo había imaginado. Quiero que me suplique que le deje correrse. Aumento la intensidad de mis movimientos y le beso con ímpetu. Al notar que está a punto de correrse, me paro en seco.

–¡Ah! –gime, agarrándome del pelo– ¡cabrona!

–Eso por meterme en situaciones comprometedoras, como las que me hiciste pasar con mi padre o en la tienda erótica.

–O sea, ¿que eso es un castigo?

–Así es –asiento con la cabeza, chupándome un dedo–. ¿Es esto lo que quieres? –pregunto, metiéndome el dedo rápidamente en mi vagina.

Liam agarra mis muslos y se incorpora.

–Échate –le exijo.

–Estás a punto de ser violada –me refunfuña.

–Aguanta Guillermo –le susurro–. O te ato y te dejo tirado una hora.

–¡Mira qué me he metido en casa! –dice, sacudiendo la cabeza.

–Una cosa es cierta, no a una muñequita. –Le regalo mi sonrisa más seductora y vuelvo a empuñar el juguete.

7

–No me puedo creer que un ángel rubio pueda convertirse en diablo.

Seguimos acostados en la cama de Liam, yo apoyada en su pecho desnudo, inspirando su fantástico olor y el acariciándome la espalda. Después de torturarle unos diez minutos más con el masturbador, acabé sintiendo lástima y lo redimí con una mamada.

–¿Por qué? –Hago pestañar los ojos con cara de niña buena–. Fuiste tú el que dijo que te gustaba que fuera tan naíf.

–Tal vez seas más cabrona de lo que pensaba.

–Y de hecho, te gusta, ¿verdad?

–Podría acostumbrarme. Nada mal para empezar.

–¿Nada mal? –Me pongo con los brazos en jarra, indignada.

–Sí, para una principiante sí.

Levanto el brazo y le doy un cachete bien fuerte en su culo musculoso. Pero no sé como, de repente me hallo boca abajo y Liam sentado encima de mí. Con mano férrea mantiene mis brazos juntos, por encima de mi cabeza.

–Esto, querida mía, ha sido la gota que colma el vaso. Ahora me toca a mí. Haré que aprendas buenos modales.

Sus ojos brillan peligrosamente.

Intento moverme, pero no tengo nada que oponer al agarre fuerte como el acero. Aunque me sienta algo incómoda, mi bajo vientre reacciona inmediatamente: noto como me humedezco. Me divertí excitando a Liam, pero me gusta más así. A mi vagina le encanta que sea él quien lleve el mando. Mi clítoris reclama atención, pero tampoco se lo quiero poner tan fácil.

–¡Suéltame! –refunfuño.

–¡Ni lo sueñes! – Me sigue manteniendo firme ayudándose con su torso y su mano izquierda, mientras que con la derecha hurga en el cajón de la mesita de noche. ¿Qué está buscando? Intento girar la cabeza, intrigada. Veo el destello de metal: unas esposas.

En un santiamén me tiene esposada y maniatada:

–¡Quédate quieta! –ordena, mientras saca tres cuerdas negras del cajón. Con mucha destreza enrolla la cadena de las esposas con una de las cuerdas, fijando los finales a cada uno de los armazones de la cama.

–¡Abre las piernas con los pies estirados! –sigue dando órdenes.

Sacudo la cabeza, no se lo quiero poner tan fácil.

Me abre de piernas con fuerza y me penetra con dos dedos. Estoy tan sorprendida que dejo ir un jadeo. Me penetra una y otra vez, frotando mi clítoris. Después de pocos segundos empiezo a chorrear.

–¿Harás ahora lo que te diga?

Asiento con la cabeza y me abro de piernas. Enlaza las otras cuerdas alrededor de mis tobillos, atándolos a los otros dos armazones. Me es imposible moverme.

Vuelve a hurgar en el cajón y saca un *tickler* con mango de silicona y largas plumas de ave.

–¡No!

–Sí, a ver cuánto aguantas.

Me coloca un cojín debajo de mi pubis de tal manera que mi pompis quede al aire. Hace bailar las plumas encima de mi espalda bajando poco a poco a mis nalgas. Con los dedos acaricia mi clítoris y con el *tickler* mi culo. Mi clítoris empieza a latir y por mis nalgas se expande una excitante sensación.

Le alcanzo mi culo.
–Quiero más –gimo.
–Bien pensado, me apetece un café. Tampoco he leído el periódico todavía. Quédate así que ahora vuelvo.
–¿Cómo? No… –gimo, girando la cabeza para verle mejor– no puedes irte ahora, así sin más.
–Sí que puedo –me contesta socarrón–. Adiós angelito. –Liam sale de la habitación.
–¡Vuelve! –le grito.
–Hasta ahora –le oigo saludar desde el pasillo.
¡Qué cabronazo!
Intento moverme, pero las ataduras me mantienen prisionera. No me queda otra, tengo que esperar a que vuelva.

Después de lo que se me antoja una eternidad por fin vuelve Liam.
–¿Te lo has pasado bien? –pregunta con tono sarcástico.
–¡Ja! ¡Ja! –le gruño enfadada. Si pudiera, le sacaría los ojos. Qué descarado, dejarme tirada tanto tiempo.
–Y sigue tan fresca –exclama Liam, fingiéndose horrorizado–. Pero tengo un remedio: ¡mira qué traigo! –se ríe socarrón, enseñándome el *paddle* de corazón.
–¡Olvídate! –protesto indignada.
–¿Y cómo lo quieres impedir? –me pregunta con ojos brillantes.
–No, por favor Liam, no quiero eso, de verdad. –Mi voz adquiere un tono de pánico. Me prometió no hacerme nada que no quisiera, pero estoy a su absoluta merced y no tengo posibilidad de detenerlo.
–Qué cobardica eres –me sonríe–. Solo lo haré si me lo pides.
–Eso, nunca –murmuro.
–Ya veremos. Te doy exactamente diez minutos –me rebate, empezando con su juego de ‘torturamos-a-Carolina’ que me desespera.

–Por favor, hazme tuya, por favor, no puedo más –lloriqueo poco después. Me ha dejado a punto de correrme ocho veces, utilizando dedos, lenguas y *tickler*. Noto como en mi bajo vientre la sangre pulsa en un violento staccato, mi vulva está hinchadísima y mi clítoris grita para que le hagan caso. Si no me puedo correr ahora mismo, me vuelvo loca.
–¿Quieres que te folle?
–Sííí, por favor.
–No puede ser.
–¿Por qué no? Liam, te ruego por favor.
–No sin eso –me rebate, con el *paddle* de corazón en la mano–. Solo te follo si al mismo tiempo me dejas castigarte por tus impertinencias.
–Por favor, fóllame, por favor, no aguanto más. –Me da completamente igual lo que quiera hacer, basta que me alivie cuanto antes.
Levanta el brazo y deja caer el *paddle* sobre mis nalgas desnudas.
–¡Ah! –Dejo ir un grito. Vuelve a levantar el brazo y me zurra tres veces más. Pero no son tan fuertes y estoy tan excitada que ni me duele, es más, me excita aún más. Un agradable hormigueo se expande por toda la superficie del culo.
–Cállate –me ordena, zurrándome dos veces más. Luego – por fin – me penetra. Estoy tan mojada que entra sin problema. Me clava con fuerza. Me agarra del pelo y tira la cabeza hacia atrás, mientras me la sigue clavando. Estoy tan aliviada que se me caen las lágrimas.

–Más, quiero más –gimoteo– ¡no pares!

Y no para, continúa follándome hasta que mi bajo vientre se contrae por la excitación. A los golpes de polla le añade un dedo, penetrándome simultáneamente con ambos: la polla me llena por completo mientras el dedo frota mi clítoris. Cuando por fin me corro, grito mi pasión a todo pulmón.

8

–Ves como tenía razón. Sabía que me implorarías que utilizase este juguete tan mono. –Liam se coloca a mi lado, indicando el *paddle* de corazón.

–Me mondo de risa –gruño. Pero tengo que darle la razón. Me encanta que le hagan caso también a mis nalgas, y los cachetes tampoco dolieron mucho.

–¿Tengo corazoncitos en mis nalgas? –le pregunto.

–Unos cuantos –me contesta sonriendo–. Pero te quedan muy bien. Lástima que de aquí a unas horas habrán desaparecido. Tal vez hubiera tenido que zurrarte un poco más fuerte.

–¡Ni se te ocurra!

–Te recuerdo que estás atada todavía. Ojo con lo que dices.

–¿Me podrías desatar? –le pregunto.

–No –me contesta acariciando mi culo palpitante–, todavía no.

–¿Qué estás tramando? –pregunto. No creo que ya pueda otra vez. Me ha dejado bien servida y mis partes están sobreexcitadas. Necesito una pausa.

–Ya que has renunciado a tu mandato y ahora soy yo quien manda, quiero seguir jugando contigo –me susurra al oído.

–Pero mi vagina necesita una pausa –me quejo.

–Si no me referiría a ella. Me tomo tu culito.

Abro los ojos de par en par, horrorizada.

–Estás tan mona cuando miras con ojos de espanto –se ríe–. Ahora vuelves a parecer un angelito inocente.

–Tienes suerte de que no me pueda mover –rechisto.

–Lo sé, lo sé, créeme. –Se levanta de la cama, riéndose con ganas.

–¿Qué haces? –pregunto, torciendo la cabeza para poder ver mejor.

Liam me regala una sonrisa y desaparece de mi vista. Oigo un ruido como de un clic. Tal vez haya abierto el armario de juguetes eróticos. ¿Qué demonios me hará?

Noto como la adrenalina se expande por mi cuerpo y que mi corazón late desbocado.

Tú tienes la culpa, Carolina. No haberle irritado y dejado que te atara. Ahora puede hacer contigo lo que le de la gana y no hay nada que tú puedas hacer –se queja mi mente.

Pero dijo que no me haría nada que no quisiera, ¿verdad? –rebate mi feminidad.

Veo que trae un objeto, pero, aunque me tuerza todo lo que pueda, no puedo ver de qué se trata.

–¿Qué es esto? –pregunto con voz de espanto.

–Relájate, es solo una pequeña ayuda… para más tarde –me contesta, arrodillándose entre mis piernas. Me pasa la mano sobre mis nalgas ardientes dejando caer un líquido frío en mi región anal.

–¿Qué haces?

–Sht –me manda callar, introduciendo un dedo en mi culo.

Tiro de mis cadenas.

–¡Quieres quedarte quieta! –me ordena, cambiando su dedo por algo más grande. ¿Pero qué es eso? ¿Un *plug* anal? Dios, nunca he llevado uno de estos chismes.

–Ya está –opina contento, desenlazando las ataduras–. Eso se queda ahí, no veo la hora de pasar la velada con Álex y contigo.

–Buenas tardes Sr. Aldeconde. –El chofer de Liam le saluda sonriendo. A mí, a penas me dedica un saludo de cabeza. Buenas tardes.

«No me extraña que no te acuerdes de mi nombre. En unas semanas habrá otra chica a su lado» – pienso y, de repente, me siento triste.

Hasta este mismo instante todo parecía en perfecto orden. Liam y yo nos quedamos un rato más en la cama, intercambiando arrumacos, para que me acostumbrara al plug anal. Luego nos pusimos de gala: el lleva un traje negro y yo un vestido corto con calados negros en los lados y… sin ropa interior. Es en lo que insistió Liam. Y, a pesar de mi cansancio, me sentí fenomenal… hasta ahora.

–Angelito, cuantas veces tengo que decirte que no frunzas el cejo –me dice Liam, observándome atentamente–. ¿Qué es lo que te pasa?

–Nada –le contesto sacudiendo la cabeza–. Estoy cansada. –Además, no quiero estropear la velada ni decir nada delante del chofer. Lo que está pensando de mí, lo leo en su mirada. No parece tener una buena opinión de las amantes de Liam.

Liam enarca las cejas, pero no insiste más en el tema.

El chofer nos abre la puerta y nos sentamos en los asientos traseros. Menos mal que la mampara está subida y que nadie nos puede estorbar.

–¿Tan cansada? –pregunta Liam.

–Hm –contesto.

Me ciñe del hombro y yo apoyo mi cabeza en su pecho y cierro los ojos. A pesar de la sensación extraña que me provoca el plug anal, me duermo en pocos segundos.

-¡Despierta angelito! Ya estamos.

Tengo dificultad para abrir los ojos.

–Has dormido casi media hora –me informa Liam, sacándome un mechón rebelde de la cara.

Bostezo con ganas.

–Perdona, pero es que la noche pasada dormí muy mal.

–Estabas realmente frita para haberte podido dormir con el plug anal metido.

–Sí –asiento con la cabeza–, es que el día de ayer fue muy duro.

–¿Estás mejor? Álex tiene ganas de verte.

–Tal vez si me acabas de despertar con un beso…

–Con mucho gusto –me sonríe. Empieza a juguetear con mis labios y me regala un beso, pero éste es diferente: no es salvaje ni sexual, sino cariñoso.

¿Cómo sería despertarme cada mañana con un beso así, pero pudiendo seguir acostándome con otros hombres?

No le des más vueltas Carolina, esto no pasará nunca. Disfruta de la velada con Liam y Álex.

–¿Pero qué te pasa? Pareces afligida. ¿Quieres que acabemos con nuestro juego? Si no quieres llevar el plug, no te preocupes. Pensaba que el juego te haría gracia. –Liam me mira con detención–. ¿O es por tu madre?

–No, no es nada. Y el juego solo lo quiero dar por acabado si voy a llevar el juguete en balde.

–No te preocupes, tengo también otros planes –me contesta–. Ya no tendrás que llevarlo durante mucho tiempo.

–No lo haré, no.

–Esto lo decido yo.

–A sus órdenes, mi señor –refunfuño, poniendo los ojos en blanco.

–Da igual si estás muerta de sueño o te dejan medio inconsciente por follar, siempre eres impertinente, ¿verdad?

–Pues sí, no te queda otra que acostumbrarte a ello –le rebato, abriendo el espejo en la mampara de la limusina para arreglarme mi aspecto exterior.

–Sigue así, me gusta –murmura Liam, apretándome la mano.

–Ves como de vez en cuando prefieres otra cosa que no sea una muñequita –le contesto–. No te preocupes, no pienso cambiar.

9

–Carolina, Liam, qué bien veros.

Álex se nos acerca y me cierra en un abrazo.

–Estás guapísima –me susurra al oído–. Me alegro poder pasar más tiempo contigo. A partir de mañana tengo unos días libres. Así, por fin, tenemos la ocasión de conocernos mejor. –Mientras me acaricia el dorso de la mano, sus ojos marrones se pierden en los míos azules. Noto la piel de gallina incipiente. La voz de Álex es muy sexy, tiene un timbre cálido y oscuro a la vez. En su traje negro está tan guapo como Liam. Álex es una de esas pocas personas en cuya presencia te sientes a gusto en el acto. Tiene un carisma increíble. Noto las miradas de envidia de las mujeres alrededor de nosotros. «No es de extrañar que Nicole haya perdido el oremus», pienso.

Me imagino a solas con los dos chicos. Dios, solo con pensarlo me pongo a mil.

–¿Te apetece tomar algo? –pregunta Álex atento.

–Con mucho gusto –asiento con la cabeza.

–Ven conmigo que pedimos algo en la barra. –Me alcanza el brazo y yo me doy la vuelta, buscando a Liam.

–Ningún problema, nos vemos luego.

Me cuelgo del brazo de Álex y me dejo llevar a la barra. No me acuerdo de haber salido nunca de casa sin ropa interior. Con cada paso que doy, noto aire fresco en mi chochito y el plug dentro de mí.

Y Álex sin saber nada …

«Te estás convirtiendo en una chica maliciosa» –me digo a mí misma, sonriendo para mis adentros.

Cruzamos una sala adornada fastuosamente: cortinas de terciopelo, arañas de cristal, grandes candeleros de plata y algunas mesas formando pequeñas islas que invitan a charlar otorgan a la sala un ambiente refinado. En el centro de la sala hay un piano de cola de color negro. Los invitados llevan atuendo selecto, las mujeres vestidos elegantes, los hombres traje. Al pasar cerca de un grupo de mujeres, éstas nos siguen con la mirada y juntan las cabezas cuchicheando.

–Las fans –opina Álex, girando los ojos.

–¿Fans? –pregunto.

–Bueno, algunas de ellas me acompañan a casi todos los conciertos, se les podría llamar incluso *groupies*.

–¿Conciertos? Creía que solo componías para empresas de videojuegos y luego tocabas en sus eventos.

–No, esa es solo una pequeña parte de lo que hago –se ríe–. Realmente no tienes ni idea de quien soy, ¿verdad?

–De hecho, no –admito.

–¿Conoces al violinista David Garrett?

–Me parece que es ese guaperas de pelo largo, el violinista virtuoso.

–Exactamente.

–¿Con eso quieres decirme que eres el David Garrett de los pianistas?

–Más o menos –asiente modestamente.

Le miro con ojos como platos. Ya me imaginaba que Álex es bueno en lo que hace, el concierto durante la fiesta de *El mundo de las almas* fue fenomenal, pero que lo fuera tanto…

«Dios mío, –me digo a mí misma– realmente, en temas de cultura soy un desastre. Álex viene a ser

una estrella y yo, Carolina, tengo el honor de poder tirármelo. Qué buena sensación.»

No es de extrañar que aquellas chicas me estuviesen mirando con recelo. Seguro que les encantaría poder tomar una copa con Álex.

Si supieran que además es muy buen amante y tiene una polla descomunal, fliparían.

–¿Un Apple Martini? –pregunta Álex, una vez instalados en la barra.

–¡Te has fijado!

–Tampoco fue muy difícil. En la noche que nos conocimos no tomabas otra cosa que no fuera Apple Martini, prácticamente te alimentabas de él.

–Ja ja. Sé que me pasé aquella noche, pero tenía mis razones.

–Lo sé –contesta Álex, acercándose hasta poder notar su aliento caliente en mi nuca–. Y hoy estás tan sexy como aquella noche– me susurra, pasándome los dedos por mi espalda.

Le regalo una sonrisa, halagada, haciendo pestañear los ojos:

–¿Qué dirías si te contara que no llevo ropa interior?

–Te diría que habrá que averiguarlo después del concierto. Es por eso que estáis aquí, Liam y tú, a mi me encanta tener sexo después de un concierto.

–En tal caso, ¿prefieres follarte a vuestra dama de turno antes que una *groupie*?

–Así se podría decir. Pero ahora solo me gustaría follarte a ti.

–¿Aquí mismo?

–Sí, sobre el piano, delante de todo el mundo.

–No hablarás en serio.

–No, claro que no –se ríe con ganas–. Déjate sorprender.

Es increíble como los chicos son capaces de desconcertarme. No tengo ni idea de que está tramando Álex, pero ¡promete, y cómo!

Pide un Apple Martini para mí y un Gin Tonic para Liam. Nada para él.

–¿No bebes alcohol? –le pregunto.

–Solo después del concierto. Mientras tanto prefiero quedarme sobrio, pero después me encanta pecar… en todos los sentidos –me contesta, guiñándome un ojo–. Me encantaría darte un pequeño adelanto, pero me temo que mis fans te harían puré. Tampoco es plan de despertar a la prensa. No quiero ver titulares como “La nueva chica de Álex Guillén”. –Hace una seña hacia un hombre apoyado en una columna, vestido de manera desenfadada y con una cámara en mano.

–O sea, ¿prohibido tocar? –pregunto con una sonrisa.

–Exactamente –se vuelve a reír con ganas lo que le marca dos hoyuelos en las mejillas. Qué dulce que es. Si encima te gusta la música que hace… creo que a muchos de los fans les encantaría estar en mi lugar.

–Te acompaño dónde Liam. Toco en diez minutos y aún tengo que prepararme –me comenta, tomando las copas para llevarlas a una de las mesas redondas en la que ya está sentado Liam.

–Su dama y las copas que me pidió. –Coloca las copas en la mesa y me endereza la silla–. Hasta ahora.

–*Go* Álex –le anima Liam, dándole una palmadita en el hombro–. Hasta ahora mismo.

–Hoy tocaré solo para ti, y luego te follaré –me susurra Álex al oído.

Noto el subidón de adrenalina en mi bajo vientre. «Joder, qué sexy –me digo a mí misma–. Todos quieren escuchar a Álex, pero él, solo toca para mí, y luego me quiere desnuda…»

Liam da palmaditas sobre mi mano:

–Respira Carolina –se burla de mí.

–¿Por qué lo dices?

–Estabas conteniendo tu aliento. Álex es muy bueno seduciendo. Espera a oírle tocar.

–Hm –refunfuño, tomando un buen trago de mi Apple Martini. Los chicos me dejan k.o. Sin ropa interior, con el plug dentro de mí y en vista a lo qué me espera, mis pezones se vuelven duros al instante.

–¿Estás despierta otra vez? –quiere saber Liam.

–Y tanto –le contesto. Estoy tan intrigada por ver qué pasa que ya no noto nada de cansancio.

–Perfecto, pues relájate y goza del concierto de Álex.

10

Me he preguntado más de una y más de dos veces, porqué hay mujeres que quieren ser la chica de algún jugador famoso. Qué es lo que les gusta de ver correr a los hombres a diestro y siniestro en pantalón cortos, animados por la gradería. Y porqué prefieren pasar su tiempo libre en el estadio en vez de hacer algo por su cuenta.

En este preciso instante, entiendo a estas mujeres. No me encuentro en ningún terreno de juego y el ambiente en esta sala no tiene nada que ver con el fútbol, pero ahora sé como se siente una, cuando todo el mundo idolatra al hombre con el que estás follando.

El pequeño concierto es sublime y Álex parece un hechizador, dejando al público encantado y exponiéndolo a las emociones más puras. El concierto del *El mundo de las almas* ya fue extraordinario, pero esto es: ¡maravilloso no, lo siguiente! Y yo, Carolina, podré tocarle y follar con él. Solo yo.

No hay palabras para describir esta sensación.

Álex levanta los ojos y busca los míos.

Mi clítoris empieza a latir. Le envío un mensaje con mis ojos:

«Sííííí, te quiero a ti. ¡Aquí y ahora!»

Vuelve a regalarme la sonrisa de hoyuelos, inclinando levemente la cabeza hacia mí. Me siento desfallecer.

Adoro hacer el amor con Liam, también Marcos tiene sus cualidades, pero en este preciso instante solo quiero a Álex, y si fuera posible, ahora mismo.

«Dios, ¿puede que sea capaz de correrme con solo escuchar su música y mi imaginación? Podría ser. El poder de la música sobre la mente es realmente desconcertante.»

Al desvanecerse la última nota, los aplausos rompen en un estallido que no quiere acabar y Álex se inclina varias veces antes de desaparecer.

Dejo ir el aire, había vuelto a contener el aliento.

–¿Te ha gustado? –me pregunta Liam.

–¿Si me ha gustado? No hay palabra para describirlo. –respondo entusiasmada–. Fue increíble.

–Muy bien –me sonríe socarrón– Así que estás animada. Ven que el maestro nos está esperando.

Sigo excitada a Liam que sale de la sala y sube la doble escalera que lleva al piso superior. A cada paso noto el aire en mi vagina y el plug dentro de mí. Estoy tan húmeda que me podrían follar ahora mismo.

Liam se para y llama a una puerta de madera de color blanco.

–Pasad –oigo la voz de Álex.

Liam me agarra de la mano y abre la puerta. Al cruzar el umbral, miro asombrada a mi alrededor. Álex es maestro en crear un ambiente exclusivo: Las velas de cuatro candelabros emanan una tenue luz; en una esquina hay un piano, muy probablemente de ensayo, y en la otra, una enorme cama de dosel, hecha de madera. Álex se ha quitado la americana y desabrochado la camisa, lo que me permite ver sus pectorales, su pelo negro está revuelto y en su mirada solo se ve puro deseo. Sus tiernos ojos marrones brillan en un negro azabache. Parece cambiado, casi peligroso.

–Tu recompensa –dice Liam, dándome un empujoncito.

–¡Ey! –refunfuño.

–Nuestro juego termina aquí –me susurra al oído–. A partir de ahora le toca a Álex.

Toda la escena es de un machismo insolente. Me siento un poco como una concubina de un harén que es llevada al sultán. Pero, de hecho, no me molesta. Al contrario, me excita. Estoy más que lista para follar con Álex.

Liam no puede ni acabar la frase que Álex ya se ha apoderado de mi muñeca y me atrae a su pecho desnudo. Me agarra del pelo, manteniendo firme mi cabeza y me besa con tal intensidad que me quedo sin aliento. Su lengua conquista mi boca y me siento desfallecer. Tan dulces que eran sus besos anteriores, este es todo el contrario: duro y salvaje.

«Dios mío, qué fue eso –pienso, cuando Álex me deja una breve pausa para respirar hondo–. ¿Acabo de tener un encontronazo con Dos Caras, o más bien con Dr. Jekyll y Mr. Hyde? ¿Dónde se ha metido el tierno de Álex? ¿Quién diablos es éste?»

Después de su concierto tan emocionante, él mismo no parece nada relajado. Este Álex es energía, pura y dura.

Desliza una mano bajo la falda:

–Hm –refunfuña mientras me acaricia las nalgas desnudas–. ¡Es verdad, no llevas nada! –Me penetra con dos dedos y se mueve dentro de mí. Me humedezco en un santiamén.

–Ven aquí –gruñe, empujándome hacia la cama de dosel.

No me opongo, todo mi cuerpo grita por sus caricias. Me lanza sobre la cama y sube el vestido, luego se quita la camisa y abre los pantalones.

Al ver su polla erecta se me seca la boca.

«Madre mía, qué ejemplar» –no salgo del asombro.

Nos lanzamos el uno encima del otro, como dos endemoniados. Toda mi energía retenida busca una válvula, exactamente como la suya. Me pongo a cuatro patas, el me agarra del pelo y tira la cabeza hacia atrás. Cuando me penetra, dejo ir un grito. Tengo la sensación de que me esté desgarrando. Es demasiado grande. El plug anal roza la piel y su polla. Gimo.

–¡Sht! –Se retiene y me deja tiempo para que me acostumbre al tamaño de su pene. Empieza a penetrarme más lentamente, para ensancharme, pero tengo miedo de que me desgarre. En mis oídos, brama una cascada cuando se mete de lleno. Se queda sin moverse, hasta que mi delicada piel se acostumbra a él. De repente, se retira y se coloca a mi lado.

–¡No! –me quejo.

–Tranquila –oigo la voz de Liam cerca de mi oído, retomando la posición de Álex. Noto como me quita el plug y dejo ir un jadeo. Su glande frota mi ano, el plug ha hecho un buen trabajo: me penetra con ninguna dificultad.

Dejo ir un grito cuando empieza a moverse dentro de mí. Me agarra de las caderas llevándonos en una posición lateral, sin salir de mí. Álex se coloca delante de mí, sujeta con una mano mi pierna y me penetra por delante.

Al empezar a moverse los dos a la vez, noto cada una de las células de mi cuerpo. Sus pollas rozan la piel delicada entre ano y vagina, masajeándola sin piedad. Estoy medio inconsciente y sobreexcitada a la vez. La ola de pasión que me engulle es tan violenta que me muerdo la lengua, noto sabor a sangre en la boca. Los dos chicos me follan con un ritmo perfectamente orquestado. Aumentan la intensidad y estimulan mi bajo vientre hasta que un orgasmo violento sacude todo mi cuerpo, dejándolo sin control. La intensidad del orgasmo me deja casi desvanecida y dejo ir un grito ensordecedor.

Después del sexo intensivo con Álex y Liam y el orgasmo vertiginoso sigo unos minutos en trance. Lo que me envuelve me parece irreal, mi corazón sigue a mil y respiro a sacudidas. Pero los dos hombres me arropan: cuatro brazos fuertes y musculosos agarran con fuerza mi cuerpo desnudo

dándome la seguridad que necesito después de la experiencia vivida.
–¿Estás bien angelito? –pregunta Liam, acariciando mi pelo con cariño.
Asiento levemente con la cabeza, incapaz de hablar.
–Fue muy bonito –susurra Álex con voz ronca besándome mi hombro desnudo–. Lo siento, pero no nos podemos quedar mucho más tiempo. Tenemos que dejar la habitación cuando acabe la recepción y antes tendría que dejarme ver por allí, aunque sean pocos minutos.
Dejo ir un suspiro profundo.
–No te preocupes, angelito. Nosotros no tenemos porque ir. Si quieres, vamos a casa. Álex vendrá más tarde.
–Oh sí, por favor –le rebato en voz baja, feliz de poder acostarme. La mala noche anterior y el sexo intenso me han dejado agotada. Me siento como si hubiera corrido una media maratón.
Álex me besa en la frente y sale de la cama. Observo su bello cuerpo, hasta desnudo parece muy elegante. Se mueve con soltura, recoge su ropa y vuelve a vestirse.
–No hay espejos en esta habitación. ¿Puedo ir así? –pregunta.
–Acércate –le digo y le paso mis dedos por su pelo marrón– Ahora estás mejor.
–Gracias. –Me besa con ternura en la boca–. Hasta luego cariño. *Ciao* Liam.

Le sigo con la mirada, todavía algo perturbada. Nunca hubiera imaginado que Álex tuviese dos caras, aunque no pueda decidirme por una de ellas. Adoro su ser comprensivo tanto como su lado salvaje con el que me acaba de follar. «Gran calma, señal de agua profunda» sonrío para mí misma.
Liam me besa en la mejilla:
–Vístete angelito que nos vamos a casa.
Me incorporo muy poco a poco e intento levantarme, pero mis piernas tiemblan tanto que tengo que sentarme otra vez.
–Contracciones musculares –comenta Liam socarrón–. Es lo que pasa por ser tan sexy, que te dejan bien follada.
–No le veo la gracia. No tuve ninguna opción. ¿Pero qué es lo que le pasaba a Álex? ¿Siempre es así después de un concierto?
–¿Qué quieres decir con “así”?
–Pues, así de salvaje.
–¿Salvaje? –Liam se ríe con ganas–. Si eso no fue nada. Espera a ver cómo puede llegar a ser, de salvaje.
–A mí me lo pareció bastante, comparándolo con otros momentos.
–Álex es un hombre de sentimientos y después de un concierto está lleno de energía, por eso le gusta follar después de una actuación.
–¿Y tú le garantizas la mercancía adecuada? –pregunto, arqueando una ceja.
–A veces. A Álex le encanta el sexo a tres bandas y a mí también.
–Estáis locos de atar, la verdad –resoplo.
–Y nos quieres por ello –me contesta fresco.
–Eso no lo he dicho nunca.
–Tú no, pero tu cuerpo sí –me rebate, guiñando un ojo–. Quédate sentada, busco tus cosas y te ayudo a vestirte. Soy todo un caballero.
–Aparentas ser uno, pero en verdad, eres un cabrón.
–Y tú, otra vez, muy fresca para alguien que dice estar muy cansado e incapaz de caminar.
–No lo creo –le rebato, enviándole un beso al aire.

Diez minutos más tarde la limusina nos lleva hacia casa. Mis piernas siguen temblando y me siento

requetebién follada.

«Follada y contenta» –pienso, apoyando mi cabeza en el hombro de Liam que acaricia mi nuca. Cierro los ojos y respiro su olor: una mezcla de perfume y sexo, hmhm.

Estoy tan agotada que Liam tiene que medio arrastrarme al piso.

–¿Dónde quieres dormir? –me pregunta.

–¿Puedo dormir contigo?

–Por supuesto.

Suspiro aliviada. Después de sexo tan intenso tengo una enorme necesidad de que me achuchen. Si me quedo sola, me siento como un náufrago en medio del océano inmenso. Necesito el contacto físico y la sensación de seguridad.

11

Un rayo de sol me obliga a parpadear. Abro los ojos poco a poco y veo que las cortinas están retiradas y que el sol calienta la habitación. Me doy la vuelta con la intención de abrazar a Liam, pero el otro lado de la cama está vacío. ¿No se habrá escabullido otra vez sin decir nada? Sería el colmo.

–¿Angelito, por fin despiertas? –Su voz resuena al otro lado de la habitación. Me incorporo, quitándome un mechón rebelde de la cara. Liam está apoyado en el cuadro de la puerta, con un café caliente en la mano, mirándome sonriendo.

–Duermes como un lirón. Mira, te traigo un café para que te despiertes.

–Ndía –le contesto dormida– ¿Qué hora es?

–Casi las diez

–¡Mierda! –Me despierto de golpe– ¿Tan tarde? Tengo que ir al hospital.

–Por eso te iba a despertar. Como Álex tiene alguna reunión te llevará él, a cambio te vendré a buscar yo.

–Perfecto. –Me levanto con ímpetu, pero de seguida me tengo que sentar en el suelo–. ¡Ups!

Liam me alcanza de seguida.

–¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

–Aún me siento las piernas débiles.

–Es que te falta entreno –se ríe, ayudándome a incorporarme–. A partir de mañana, eso cambiará.

–¿Qué es lo qué cambiará a partir de mañana? –pregunto alarmada.

–¿Qué día es hoy?

–Miércoles.

–Exacto. Hace exactamente una semana que firmaste el contrato. Esa noche, cuando vuelva Marcos saldremos juntos los cuatro y a partir de mañana entrarás en servicio.

«Entrar en servicio… es lo que dijo también Nicole, pero la verdad es que no le presté mucha atención. ¿Qué querrá decir con eso? Maldita sea, hubiera tenido que mirármelo con lupa, el maldito contrato.»

–No tienes ni idea de qué estoy hablando, ¿verdad? –comenta Liam, sacudiendo la cabeza.

–Pues no, la verdad –le contesto recelosa.

–¡Eres increíble! Cómo puedes firmar un contrato sin leerlo con atención.

–Es que estaba muy exaltada –me defiendo.

–Ay angelito, si yo prestara la misma atención a los negocios como tu a los contratos, me metería en la boca del lobo.

–Ya lo sé, ya…

–Me encanta que seas tan caótica y sexy a la vez. Pero te iría mejor leerte los contratos con más detención. Me imagino que ya no te volvería a pasar una cosa como con Tobías. Tu tan querido ex se ha aprovechado descaradamente de tu ingenuidad.

–Ya, ya. –Hago un gesto de desaprobación. No es mi tema favorito, odio todo lo que tenga ver con la burocracia. Ya me agobio con solo pedir la renovación de mi DNI. Tengo alergia a todo lo que huela a administración, inclusive a los contratos.

–¿Me explicas lo que quiere decir “entrar en servicio”? –le pregunto, planteándome leer cuanto antes el contrato en todos sus detalles. Quien sabe todo lo que me he saltado.

Sus ojos azulen se clavan en los míos.
–Hm. Mejor te lo explico con una imagen, para que te puedas ir preparando.
Menos mal que estoy medio desfallecida, porque de otra forma, lo estaría ahora: su mirada es tan sexy.
–Imagínate colocada en una tumbona especial. El sol da en tu espalda desnuda, pero no ves nada porque tienes los ojos vendados. Sin embargo notas el calor de los rayos en tu piel. Estás atada de brazos y piernas y no sabes qué pasará seguidamente, ni quién te follará. Lo que sí sabes es que serás follada durante todo el día.
Las palabras de Liam dan directamente en la diana de mi libido. Muy probablemente me será imposible borrar esta imagen de mi cabeza. Es lo que querían decir con “servicio”: me atan y me follan todo el día. Mis pezones se vuelven duros con solo imaginarlo. Al mismo tiempo me siento algo abrumada: ¿Qué pasa si llega el momento en que no pueda más, pararían si se lo pido?
Aparto mis ojos de los de Liam y jugueteo nerviosa con un mechón.
–¿Qué pasa si no puedo más?
–Ya podrás, ya. Te entrenaremos poco a poco. Además, tienes tiempo hasta mañana para recuperarte.
Me como el labio inferior, ensimismada. Liam parece darse cuenta de mi inseguridad:
–No te preocupes angelito. Te gustará. Hasta ahora no hemos hecho nada que no te haya gustado, ¿verdad?
–Hm.
–Pues deja de fruncir el ceño y vístete. Álex te está esperando para salir.

Bien vestida y bien peinada, me hallo poco después sentada en el asiento del copiloto de un Jaguar F-Type color blanco. No sabía que Álex tuviese su propio coche. Me alegro de que haya renunciado al chofer porque primero, no me cae bien y segundo, el F-Type es mi coche favorito. De hecho, no soy muy forofa de coches, pero éste me parece muy elegante. Lástima que nunca podré permitírmelo, pero por eso disfruto al tener, por lo menos, la posibilidad de viajar en él. Parece que Álex lo haya comprado hace poco, el interior emana el típico olor a vehículo nuevo.
Si se lo pido muy amablemente, quién sabe si me dejará conducirlo.
–¿Me harías un favor? –tiento mi suerte.
–Depende.
–¿Podrías pararte?
Me mira con asombro:
–¿Quieres sexo otra vez? A mí me encantaría, pero no tenemos tiempo, lo siento. –Se encoge de hombros, desolado.
–No, no quiero sexo. Lo que quiero es cambiar los asientos.
–¿Quieres conducir?
–Sí –exclamo– sería fantástico. Adoro el F-Type, me encantaría llevarlo.
–¿Y qué me das a cambio?
–¿Qué te parece una cita a solas? Solo tú y yo, con una sorpresa –intento engatusarlo.
–No sé, la cita la tendré sí o sí, todavía no hemos podido pasar mucho tiempo juntos. Es lo que quería remediar durante los próximos días. Pero si me preguntas con tanto encanto y además me quieres hacer una sorpresa…–sonríe–. De acuerdo. Cambiemos de sitios.
–¡¿De veras, me dejas conducir?!
–¿Por qué no? Si es lo que quieres.
–¡Fantástico! –exclamo, dándole un apretón–. Muchas gracias.

«Dios, qué maravilloso» pienso al llevar el coche por la autovía de la ciudad. Qué sensación de conducción tan fantástica, casi mejor que tener buen sexo. Aunque… no tanto como el sexo con los tres chicos, pero sí mucho mejor que con el idiota de Tobías.

–¿Te gusta mi coche? –me pregunta Álex dibujando una sonrisa.

–¡Sí, y no sabes bien cuánto!

–Me alegro. Llévanos hasta el hospital, será mi manera de darte las gracias por el sexo fantástico de anoche. Te lo quería agradecer ya ayer, al volver a casa, pero estabas profundamente dormida.

–Sí, estaba bastante agotada.

–Ya lo sé, Liam me explicó que la noche pasada en el sofá de tus padres no fue la más excitante. Pero tu madre está mejor, ¿verdad?

–Sí, es de armas tomar.

–Cómo tú.

–Tal vez –le contesto, levantando el pie del acelerador. Se me presenta otra ocasión para hacer preguntas–. Anoche, después del concierto, estabas diferente. ¿Siempre eres así?

–¿A qué te refieres?

–Bueno, a que fuiste muy tempestuoso.

Se queda reflexionando.

–Es difícil de explicar, pero después de una actuación me siento increíblemente fuerte. Eso se debe también a mis fans, y entonces, la energía necesita un escape…

–Y por eso te gusta follar.

–Exactamente.

–Sabes, no sabía que fueras tan conocido. Te he buscado en Google, pero excepto algunos enlaces relacionados con la música de películas no he encontrado nada que me pudiese indicar que fueras un pianista tan célebre.

Los ojos de Álex brillan socarrones.

–¿Me has buscado por Internet?

–Sí, quería saber con quién me liaba. Hubierais podido ser también unos asesinos en serie, unos desequilibrados.

Álex se ríe con ganas.

–¿Y eso te tranquilizó?

–Al menos no he encontrado ninguna noticia de crónica negra, pero tampoco mucha información sobre vosotros.

–Mira tú, nos hemos metido en casa una chica sexy, pero un poco fisgona. –Me guiña un ojo–. No, no encontrarás mucha información sobre Marcos, Liam o sobre mí. Pero si hubieras introducido mi nombre de artista, habrías encontrado muchísimas noticias.

Le miro asombrado.

–¿Tienes un nombre artístico?

–Claro –sonríe, colocando su mano en mi muslo–. Liam tiene razón, eres realmente muy dulce, tan ingenua.

Frunzo el ceño, contrariada. Solo por desconocer su nombre de artista no significa que sea ingenua. Me está tratando como si fuera naíf del todo.

–¿Me desvelas tu nombre de artista o solo me quieres tomar el pelo?

En vez de quitar la mano, empieza a acariciarme el interior del muslo, aumentando la presión.

–Y Marcos también tiene razón. Estás más mansa si te tomamos continuamente. Ya lo veremos mañana, cuando te follemos los tres, todo el día.

«Qué bien que compartís opiniones sobre mí» –pienso enojada, acelerando otra vez.

Y mi feminidad, aquella vieja traicionera, reacciona a las palabras de Álex. Noto una leva tensión en mi bajo vientre. Sacudo la cabeza, contrariada.

–Conducir sí que sabes –alaba Álex.

–Sí, mira por donde, la chica rubia es capaz de conducir –le rebato sarcástica–. Aunque no tenga idea de pianistas famosos.

–La verdad es que me encantas. Es mucho más excitante follar con una cabrona como tú que con chicas a las que les cae la baba. Y para que estés al corriente: mi nombre artístico es Alec Gibraldi.

–¿Quéeeee? –Doy tal frenazo que Álex se encoge por el miedo–. ¿Este eres tú? ¡Dios mío!

«Oh no no no no no, –pienso– no puede ser. Mi Álex es Alec Gibraldi, el mismo con el que mi mejor amiga Mona tuvo un ligue hace algunos meses. Solo sabía que era un músico y que tuvieron una noche inolvidable. Dios mío y ahora he roto una de las reglas más antiguas que existen:»

Never fuck a boy who has fucked your best friend.

–¿Pero qué haces? ¿Qué te pasa? Estás blanca como la muerte. –Álex me mira con detención–. Sal aquí –me ordena–, volvemos a cambiar.

Cómo un autómata, llevo el Jaguar hacia la próxima salida. Estoy tan consternada que se me ha ido la voz. Volvemos a cambiar los asientos. Clavo mi cabeza en el reposabrazos. «No puede ser, porqué he de ir a topar con un ex amante de mi mejor amiga. ¿En una escala de 0 a 10, qué probabilidad tenía?»

¡Dios Mona, me sabe tan mal!

Recuerdo que estábamos en su piso, tomándonos un vaso de vino, y ella me explicaba que había ido a un concierto y que después se había tirado al artista en el camerino. En ningún momento hubiera pensado que se podía tratar de Álex. Pensaba que había asistido a un concierto de rock. Me acuerdo que le tildé de “*groupie* caliente” y ella se descojonó diciendo que había valido la pena porque había sido uno de los mejores polvos de su vida. Y que yo la envidiaba en secreto, porque hacía tiempo que ya no tenía sexo con Tobías.

Álex se acostó con Mona, Álex se acostó con Mona –corroe mi mente.

–¿Carolina, pero qué te pasa, así de golpe? –quiere saber Álex. Parece desconcertado.

–No puedo hablar ahora. Tal vez más tarde. Déjame bajar aquí –le susurro, agotada.

–Pero si no hemos llegado todavía.

–Es igual, iré caminando o cogeré el bus.

–Caro, por favor, no entiendo nada. ¿Qué es lo que te he hecho? ¡Habla conmigo!

–Álex, por favor, necesito tiempo para mí, necesito pensar.

–¿Sobre qué?

–¡Álex, por favoorrrr!

–De acuerdo, lo que tu digas. Nos veremos esta noche. Tal vez me expliques entonces qué es lo que te pasa –me contesta a regañadientes. Para mi gran alivio hace caso a mi petición y para el coche.

–Gracias, –refunfuño, agarrando mi bolso y saliendo del coche. Necesito airearme.

12

Decido ir caminando hasta el hospital. Tardaré unos treinta minutos, pero es lo que necesito ahora, moverme para liberar mi cabeza.

«Ay Mona, –pienso– ¿porqué todo tiene que ser tan complicado?»

No tengo claro que a Mona le importara tanto. Es la persona más abierta que conozco, además de aventurera, independiente y con ganas de tener buen sexo. Ahora que lo pienso, sería la candidata perfecta para los tres chicos. De muy joven, mientras yo tenía parejas estables, ella probó de todo y yo, en secreto, le enviaba su espíritu libertino.

Si Mona supiera que estoy viviendo en un piso con tres hombres atractivos y que me acuesto con los tres, no saldría de su asombro. Es más que probable que me felicitara por atreverme a probar cosas nuevas. Sigo consternada por habernos acostado las dos con el mismo hombre. De alguna manera me siento sucia, pero no creo que Mona quisiera volver a ver a Álex. En su día se lo pregunté y me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, que para ella solo fue sexo fantástico de una noche y que no estaba tan loca como para enamorarse de un monstruo devora mujeres…

Me paro a pensar que Mona ya lleva cinco semanas en su viaje por los EE.UU. Por lo tanto, la semana que viene estará de vuelta. Pero para entonces sigo viviendo en casa de los chicos. No me puedo ver con ella, notaría enseguida que hay gato encerrado.

¿Y Álex? Seguro que pensará que estoy loca de atar. Tengo que decirle algo, pero Arrgghhhh ¿qué le digo?

Por lo visto, Álex tiene dos caras. Cuando hablaba de chicas babosas, se refería también a Mona, ¡qué malo!

Pero Mona tampoco fue muy amable cuando le tildaba de monstruo devora mujeres.

Dios, no le puedo decir a Álex que se acostó con una amiga mía.

¿Y ***yo***? ¿Seré capaz de seguir acostándome con él? No me quedará otra si decido quedarme en el piso, al fin y al cabo, he firmado un contrato.

¡Qué sencilla era mi vida anterior, cuando Tobías y yo estábamos bien! Aunque… ¿alguna vez hemos tenido momentos buenos o todo fue fruto de mi imaginación?

Estoy tan ensimismada que pierdo la noción del tiempo y, sin darme cuenta, me encuentro delante del hospital. Sacudo la cabeza haciendo volar mi melena rubia y respiro hondo varias veces.

«Pon cara de póker Carolina» –me ordeno a mi misma, encaminándome a la habitación de mi madre.

–Carolina, tesoro, ¡qué bien verte!

Mi madre está sentada en su cama como en un trono, hojeando una revista. Por lo visto parece estar a gusto. A su alrededor, en la mesita de noche y encima del alféizar, varios ramos de flores alegran la vista. Si no fuera por los moratones en la cara, nadie diría que está enferma.

«Al menos parece estar bien » –pienso aliviada, al darle un abrazo.

–Hola mamá, ¿cómo estás?

–Mucho mejor, gracias. Los analgésicos que tienen son fantásticos –se ríe–. A veces me siento colocada, pero la verdad es que como sensación no está nada mal.

–Cuántas flores… –le digo sorprendida.

–Qué bonito, ¿verdad? Dos ramos son de tu padre y esa mañana llegó con todos los demás, de nuestros amigos y conocidos. Al entrar esta mañana, tenía los brazos llenos de flores que casi no lo reconocía.

–Qué bonito que haya tanta gente pensando en ti.

–Siéntate –me invita mi madre, dando golpecitos encima de la cama–. Cuéntame de ti.

Trago saliva, no creo que quiera oír mis historias.

–¿Qué quieres saber? –pregunto cautelosa.

–Tu padre me explicó lo del joven de ayer, Liam. ¿Habéis podido enviar algunos currículums?

–Sí –le miento.

–¿Te gusta?

–Mamá por favor, solo compartimos el piso –suspiro. Espero que no empiece con la ronda de preguntas.

–Bueno, si son rosas florecerán, cómo dicen los italianos –me rebate de buen humor–. Lo importante es que hayas digerido lo de Tobías y que estés bien.

Si supieras…

–Sí, estoy bien, no te preocupes. Lo más importante es que te recuperes pronto.

–Pero no haces buena cara, estás algo pálida.

–¿Te puedo preguntar una cosa? –empiezo–. ¿Nunca has besado a un hombre que a su vez hubiera besado a una amiga tuya? Quiero decir, ¿sin que tú supieras que se había liado con él?

–¿Qué clase de pregunta es esta? –Me mira extrañada–. Claro que sí. En los años setenta iba muy lanzada. Todos se besaban a todas horas, daba igual quién besaba a quién. No le dábamos ninguna importancia. ¿Lo dices por ese Liam? ¿Estuvo liado con una de las otras compañeras de piso?

–No –le contesto, sacudiendo la cabeza–. No lo digo por Liam. Una amiga me pidió consejo esta mañana.

–Pues dile a tu amiga que no se preocupe, que no es tan grave. ¿Tú de dónde te crees que ha salido tu padre? Era el ex novio de una conocida mía.

Abro los ojos de par en par, sorprendida. No lo sabía. Hasta ahora nunca me había explicado nada sobre sus años locos de juventud. Tal vez hubiera tenido que preguntárselo alguna vez. Puede que sea mucho más abierta de lo que pensaba. ¿Qué diría mi madre de un convenio de convivencia como él que acabo de firmar?

–Pero solo me besaba con los chicos –suaviza su relato inmediatamente–. No me acostaba con el primero de paso. No sea que ahora pienses que era una chica fácil. Pero besuquearse, eso lo hacía todo el mundo.

–Ah claro –asiento con la cabeza. Me hubiera extrañado enterarme de que mi madre, algo conservadora, había sido una vampiresa devora hombres en su juventud.

No le puedo explicar nada del piso y del convenio, creo que superaría su imaginación. A lo mejor tenga razón y no haga falta que me ponga así por lo de Álex. Al fin y al cabo, no sabía que Mona había tenido una aventura con él.

Un cuarto de hora más tarde la enfermera comandante acaba con nuestra charla:

–Ya está bien, ahora toca la siesta.

Me despido de mi madre y le prometo volver a visitarla en los próximos días.

En la máquina expendedora de café me compro un capuchino y me siento en un banco situado al exterior del hospital, esperando a Liam.

–Hola, ¿qué tal? ¿Ha venido a visitar a su madre?

Me tapo los ojos con una mano y parpadeo para ver quién me está hablando. Oh no, el doctor, lo

que me faltaba. «Espero que pase de largo», imploro para mis adentros.

Mis suplicas se mueren en el acto.

–¿Me permite sentarme? –pregunta.

Me encojo de hombros, sin saber bien qué decir. No le quiero fastidiar, mi madre es paciente suya y quiero que la traten bien. Por eso asiento con la cabeza.

–Sí, claro.

–¿Ya ha podido hablar con su madre? Está mucho mejor, ¿verdad?

–Sí, realmente está muy bien. Muchas gracias por todo lo que ha hecho –le contesto.

–¿Qué me dice? ¿Le apetece tomar un café conmigo algún día? Su madre me comentó que actualmente no está comprometida. ¿O tal vez sí? –pregunta, regalándome una sonrisa.

«Maldita sea, mamá, ¿Porqué te metes donde no te llaman?» me digo a mí misma.

Eso es típico de mi madre, incapaz de tener el pico cerrado. Probablemente no haya podido resistir a la sonrisa encantadora del doctor. De hecho, parece ser un tipo simpático. Pero un ligue ahora, es lo que me faltaba, la verdad. Tarde y mal, Sr. Doctor.

–Lo siento. –Me encojo de hombros–. No es un buen momento.

–Lástima. Si cambiara de opinión, llámeme. –Me tiende la mano, yo alcanzo la suya. Me sujeta la mano más tiempo de lo debido–. ¡Hasta pronto!

–Eso, hasta pronto –le contesto, esperando no volver a toparme con él la próxima vez que venga a ver mi madre.

Le sigo con la mirada como entra al hospital y desaparece de mi vista. Suspiro aliviada.

Mi móvil empieza a sonar: Liam.

–Hola, ¿dónde estás? –le pregunto.

–En el parking del hospital. Mueve tu culito hacia aquí. –La voz de Liam resuena enfadada.

«¿Qué le pasa a este?» me pregunto, mirando hacia el parking.

Efectivamente, ahí está. Tiro el vaso de plástico en un cubo de basura y me encamino hacia el coche de Liam.

Al abrir la puerta del copiloto miro la cara airada de Liam, sus ojos brillan azul cobalto.

–Escúchame Carolina. No tolero que flirtees con otros hombres mientras estés en nuestra casa –me gruñe.

–¿De qué me hablas? –pregunto.

–No me tomes el pelo. Lo he visto con mis propios ojos como estabas haciendo manitas con ese de la bata.

–Fue él que me cogió de la mano. Intenté deshacerme de él, pero es el médico de mi madre, no quería ser descortés. Tampoco le podía decir: Lo siento, no me está permitido hablar con Ud. Sabe, es que estoy follando con tres tíos a la vez, pero los tres son tan machos que no me dejan ni hablar con otros hombres.

–No quiero que ligues con otros hombres mientras estés viviendo en mi casa –repite Liam.

–Pero qué pasa con Marcos y Álex, con ellos también flirteo.

–Eso es otra cosa completamente distinta. Vienen en el pack. Pero solo ellos, nadie más, ¿entendido? –Me agarra de la barbilla obligándome a mirarle a los ojos.

–Déjame –le riño–. Me haces daño. Además, yo no he hecho nada. Fue él que me abordó.

–No me lleves la contraria Carolina. O paro el coche y zurro tu culito.

Tengo la respuesta perfecta en la punta de la lengua, pero decido callarme. El día ya empezó raro, no quiero estropearlo más. Y lo último que me faltaba es pelearme con Liam.

–¿Se puede saber qué te pasa hoy? –Ahora el que riñe es él–. Me acaba de llamar Álex explicándome que, de repente, se te fue la olla y que querías bajar del coche a toda costa. ¿Se puede saber por qué? ¿Qué es lo que te ha hecho?

Respiro hondo. Qué más da. No quiero que Liam me considere una cabra loca, mejor que se lo explique:

–¡Álex se acostó con Mona!

–¿Con quién?

–Con Mona, mi mejor amiga.

–¿Qué? ¿Y cómo lo sabes?

–No conocía el nombre de artista de Álex. Me lo dijo esta mañana. Y Mona me explicó en su día que había tenido una aventura con Alec Gibraldi, el músico. Yo no sabía que Alec es en realidad Álex –le comento, jugueteando con un mechón.

Liam me mira extrañado:

–¿Y? Aunque fuera verdad, ¿qué hay de malo en eso?

–*Never fuck a boy who has fucked your friend* –le rebato–. No me acuesto con ex amantes de mis amigas. Eso no se hace.

–Pero ¿te das cuenta de las tonterías que dices? –comenta incrédulo, sacudiendo la cabeza–. Eres realmente increíble. De vez en cuando vuelves a la modalidad “patito feo”. ¿Lo dices en serio? En tal caso, yo tampoco podría acostarme contigo. Al fin y al cabo, follas con mis amigos.

–Eso no es lo mismo –le rebato.

–¿Ah no? ¿Y qué diferencia hay?

–Vosotros ya lo sabíais desde un principio.

–La verdad es que no sé qué pasa contigo, pero espero que te recuperes. Estás diciendo tonterías. No tiene ninguna importancia quien se acostó con quién, o ¿es que Álex se portó mal con tu amiga?

–No, por lo visto, todo lo contrario.

–Pues entonces, no sé donde está el problema. Tú no lo sabías y ahora da igual. Pensaba que querías ser más abierta. Dios Carolina, te estás comportando como una nena. Creo que el pobre Álex se merece una excusa. Le noté algo trastornado por teléfono.

–¡Olvídate! Yo no me disculpo. –Me pongo de morros.

–Sí que lo harás y ya sé cómo. Es hora de impartirte otra lección, sigues demasiado estrecha.

Me trago otra respuesta.

«Muchas gracias por tu comprensión» pienso, mirándole fijamente.

13

–Muy bien angelito, pues ya podemos empezar.

–¿Empezar con qué?

–Con tu lección –contesta Liam socarrón.

Sentada en la última fila de un cine, espero que empiece la película. A mi lado está Liam, después Álex y luego Marcos. Las otras butacas de la fila no están ocupadas. La sala está a más de la mitad. En cartelera decía algo de película de acción. A mí me da igual lo que dan, todavía estoy algo enfadada. Al llegar a casa, Liam de seguida explicó a Álex lo de Mona. No hace falta comentar que él tampoco mostró ninguna comprensión hacia mis problemas.

–Lo siento –opinó–, pero no entiendo como puede ser un problema para ti. Me he acostado con muchas fans. Ni siquiera me acuerdo qué pinta tenía tu amiga.

–Peor me lo pones –le contesté rabiosa.

–¿No estarás celosa? –quiso saber.

–No, pero antes de conoceros tenía mis principios.

–No seas ridícula –cortó, dando por zanjada la discusión. El universo del sexo masculino es bien distinto.

No se les pasa por la cabeza que me podría sentir rara la próxima vez que vea a Mona. ¡Ni siquiera puedo hablar con ella del tema por la maldita cláusula de confidencialidad!

Por primera vez, estuve contenta de tener mi propia habitación. Ahí pasé el resto de la tarde hasta que volvió Marcos que quiso verme.

Nunca pensé que me alegraría tanto ver a Marcos. Tampoco entendió bien cuál era mi problema, pero por una vez no se metió conmigo. Incluso me trajo un regalo de su viaje de negocios: un pañuelo de seda color azul oscuro, para “múltiples usos”, como mencionó sonriendo. Me pareció un gesto muy dulce.

Por mí, tanto Liam como Álex hubieran podido quedarse en casa. Pero no hubo manera de deshacerse de los dos. Y Liam todavía quiere impartirme una lección, sea la que fuere.

Se acaba la publicidad y la película empieza con una gran explosión y unos rascacielos cayéndose. No está muy bien hecho, la verdad. «Como en una película de clase B» me digo a mí misma, extrañada del mal gusto en temas de películas de mis chicos. Pensaba que tendrían más interés en películas de autor o por lo menos en películas técnicamente bien hechas. Tal vez pueda cerrar los ojos y dormir un rato, total no me voy a perder nada.

Sin embargo, Liam tiene otros planes.

–Bien. Carolina, empecemos. Quítate los vaqueros –me ordena súbitamente.

–¿Qué? –Abro los ojos de par en par, horrorizada.

–Que te quites los vaqueros.

–Lo dices en broma –me río.

–Para nada, venga, quítate los pantalones.

Busco el apoyo de Álex y Marcos:

–¿Me haríais el favor de quitarme de encima a este loco?

–No te pases –gruñe Liam.

–No. –Veo como Álex sacude la cabeza–. Marcos y yo compartimos lo que dice Liam. ¡Haz lo que te diga!

– No estáis hablando en serio, ¿verdad? ¿Qué es lo que pretendéis?

–Una nueva aventura –contesta Alex en voz baja–, en la que tú también participarás.
–También puedo empezar a gritar…
–No lo harás, te perderías lo mejor. ¡Confía en nosotros, por una vez!
«Uf –pienso–, los chicos realmente están como unas cabras». Sin embargo, todo eso me pone.
¿Qué estarán tramando? Vale, pues haré lo que digan. No quiero ser una aguafiestas ni tampoco quiero que me vuelvan a tildar de patito feo.
Me descalzo, desabrocho mis vaqueros, levanto un poco la pelvis y me quito los pantalones. Mi tanga solo cubre una pequeña parte de mi bajo vientre y noto la tela de la butaca en mis nalgas.
–Ves por dónde –refunfuña Liam contento–. Y ahora te disculpas con Álex con una buena mamada.
–Estáis locos de atar –le contesto en voz baja.
En un santiamén, Liam me pone la mano en mis bragas y empieza a acariciar mi clítoris con destreza:
–¿Por qué no te portas bien de una vez y confías en mí? –susurra con voz ronca–, ¡por favor!

–¡A callarse! –se oye una voz enfadada unas filas más adelante.
Me pongo al cubierto de seguida. Maldita sea, ¿qué demonios hacen los chicos conmigo?
Nunca en la vida he querido hacer nada en un cine, me daba demasiada vergüenza. ¿Y ahora quieren que me líe con los tres?
Menos mal que no hay nadie más sentado en nuestra fila. ¿A qué no es una casualidad? Es más que probable que Liam haya comprado todas las entradas de la última fila. Si hace algo, lo hace bien. Ya tuve ocasión de comprobarlo.
–¿Lo ves? Cállate y haz lo que te digo. ¿O quieres que todos se enteren de lo que estamos haciendo? –me susurra Liam al oído.
«No, todo menos eso», pienso, sacudiendo la cabeza. Qué cabrón que es, sin embargo, uno muy atractivo.
–¡Empieza! –me ordena en voz baja, indicando a Álex.
Asiento con la cabeza. Qué más da. Toda la situación es realmente muy erótica: no poder llamar la atención y tener que hacerlo en silencio. Es tan indecente.
Me arrodillo delante de la butaca de Álex.
–Espero que sepas callarte –le gruño abriendo los pantalones.
–No te preocupes, sé contenerme –contesta divertido.
«Ya lo veremos» –pienso y empiezo a mamarle la polla.
Su pene no tarda en reaccionar a mis caricias y ponerse lentamente en todo su esplendor. Álex empieza a gemir en voz baja.
–¡Te callas! –le refunfuño.
–¡Sube! –me ordena Liam. Coloco una pierna en la butaca y dejo la otra en el suelo. Me desplaza el tanga y me penetra con dos dedos, excitando mi punto G y mi clítoris. Me muerdo los labios para no gritar.
–Y ahora, ¡ponte encima! –Álex indica su polla, completamente erecta. Dios, espero que nadie se dé la vuelta ahora. Me deshago de las bragas y me dejo deslizar encima de su regazo. Toda la situación es de locos, pero al mismo tiempo me excita tanto que estoy mojadísima y el pene de Álex me penetra sin problemas, a pesar de su tamaño. Busca camino entre mi carne tierna, me empala.
–Acepto las disculpas –me susurra Álex con voz ronca. Pone las manos alrededor de mi cintura y empieza a moverse arriba y abajo.
Cierro los ojos y me acoplo a sus movimientos. De pronto noto más manos en mi cuerpo. Vuelvo a abrir los ojos: Marcos acaba de cambiar de sitio y está colocado al otro lado de nosotros. Las manos de Liam y Marcos me acarician los pechos a través de la tela de mi camiseta, los muslos

desnudos y mi clítoris.

–Ah –gimo.

–Sht, calla. Si nos pillan, nos echan –susurra Marcos, mientras abre su pantalón, agarra mi mano y la pone encima de su pene medio erecto. Le masajeo la polla con los dedos. Álex deja ir un gruñido sofocado y noto como se estremece dentro de mí y como su semen caliente se expande en mi interior. Me levanta y se retira de mí.

Marcos me agarra de la muñeca y me tira hacia su asiento.

–Ahora me toca a mí –refunfuña mientras me levanta encima de su regazo y me penetra en el acto. Me folla con fuerza. Para suprimir mis gritos me muerdo la mano. El dolor me ayuda a distraerme, menos mal que Marcos tampoco necesita mucho tiempo. Después de algunos minutos noto como sus dedos se clavan en mis muslos para no gritar mientras se corre.

Liam da palmaditas en sus muslos:

–¡Ven aquí!

Sus vaqueros ya están desabrochados y su pene duro. «No me extraña que estés empalmado con solo mirar» pienso mientras me introduzco su polla. Álex se compadece de mí y me acaricia el clítoris mientras Liam me folla. Cuando me corro, me muerdo con tal intensidad la mano que empieza a sangrar.

«¿Cómo se llamaba la película? –pienso sonriendo–. ¿Tres hombres, tres quiquis?» Me lamo la sangre de la mano. Todavía estoy tan llena de adrenalina que la herida no me duele. Creo que la modalidad “patito feo” pertenece definitivamente al pasado. ¡Bienvenida al universo de las cabronas!

–¡Estáis como unas putas cabras! –les digo a mis chicos al salir del cine.

Dios, están tan locos y tan sexy a la vez.

«Felicidades Carolina por tu primera orgía en un cine» –me río para mis adentros. Tal vez les proponga que durmamos todos en la misma cama. Después de esta experiencia tengo ganas de acurrucarme y no quiero tener que escoger entre ellos.

14

Estoy colocada en una especie de potro, como los de la escuela, completamente desnuda. Estoy atada de brazos y piernas y una venda cubre los ojos y no me deja ver. Noto la luz calurosa del sol en mi cuerpo.

En pocos segundos empieza mi ‘servicio’. Ahora sé qué quiere decir: que Liam, Marcos y Álex me pueden follar durante todo el día, siempre que tengan ganas de hacerlo.

Estoy templando por la excitación.

Dios mío, en qué me habré metido para variar. ¿Y si esta nueva aventura sexual no me gusta?

Relájate, a malas siempre te queda la palabra clave –me susurra la feminidad.

Estás loca de atar, dejarte de esta manera a merced de estos tres hombres –me riñe la mente.

Cállate la boca –rebate mi feminidad– *y disfruta*.

Luego no te quejes –contesta mi mente cabreada, callándose por fin.

–Angelito, tienes un culo fantástico. Habría que sacarle una foto y colgarla como póster en mi habitación. –Oigo la voz de Liam justo detrás de mí, sacándome de mis soliloquios.

–¡Ni se te ocurra! –le rechisto–. Está estrictamente prohibido hacer fotografías.

Un cachete en mis nalgas me hace estremecer:

–No me puedo creer que sigas tan fresca –gruñe Liam.

–Me parece que no nos queda otra que aguantarla. –Oigo comentar a Álex, con tono divertido–. Si no la amordazamos, su boquita seguirá soltando impertinencias.

–Ya sé como hacerla callar. –Esta es la voz de Marcos.

De repente noto unos dedos acariciándome la espalda. Primero unos cuantos, luego más, acarician todo mi cuerpo desnudo, cada centímetro de mi piel, de la cabeza a los pies. La sensación de tener treinta dedos encima de ti, acariciándote, no tiene nombre. Se me pone la piel de gallina al momento. Si no tuviera los ojos tapados, los cerraría en este preciso instante. Solo me falta empezar a runrunear como un gatito. A pesar de las ataduras que me impiden mover, me siento libre, tan libre como pocas veces en mi vida. Marcos, Álex y Liam despertaron mi feminidad, la liberaron de su cautiverio para regalarme lo más bonito que se pueda imaginar: la culminación sexual. Confío en los tres chicos, confío en que nunca me harían nada que no me gustara. Y el ‘servicio’, del que tenía mucho respeto, promete ser otra increíble experiencia más.

–Oh sí, cariño, así me gustas mucho más. Cuando te callas eres realmente muy dulce. –La voz de Marcos suena divertida. No sé si lo puede ver, pero no me puedo contener y le saco la lengua. Una mano me agarra del mentón:

–Supongo que tu lengua me quiere insinuar que quieres hacer una mamada –comenta.

–Tal vez –le contesto dulzona.

–Angelito, eres única –se ríe en voz baja Liam.

Yo también me río. Que esté atada no quiere decir que no pueda llevarle la contraria a Marcos, faltaría más.

–Si te atreves, querido Marcos. Pero puede ser que muerda –le provoco.

–No lo harás. Los chicos te mantendrán distraída.

En seguida, sus palabras ponen en marcha el cine en mi cabeza. No hace falta ver nada. Mi mente proyecta en mi retina las imágenes eróticas más bellas. Y con lo que estoy fantaseando basta para

humedecerme.

Algo caliente roza mis labios.

–Si no me haces daño, yo tampoco –me dice Marcos. Río para mis adentros, parece que se quiera asegurar.

Como si le fuera a morder. Me haría daño a mí misma. A veces me gustaría taparle la boca – me imagino que es un deseo mutuo – pero a su polla no la voy torcer ni un pelo. La necesito.

Abro la boca poco a poco y paso mi lengua sobre el glande y lamo el tronco de su pene.

–No te asustes, ahora notarás un cosquilleo. –Esta es la voz de Álex. ¿Qué está tramando? Paro con mi trabajo bucal.

–Tranquila angelito, te mimaremos un poco.

Noto dedos, muchos dedos, acariciando mi espalda. Pero además, vibran. Cada uno de los dedos vibra sobre mi piel desnuda y me regala suaves sacudidas.

–Relájate angelito. Álex y yo llevamos guantes de masaje con vibrador incorporado –murmura Liam.

De repente noto un líquido caliente sobre mi piel. ¿Qué será? ¿Aceite para masaje?

¡Qué buena sensación!

Veinte dedos vibradores repartiendo aceite sobre mi piel. Los dedos de Liam y Álex llegan a todos los lados y acarician mis lugares más sensibles. Cada caricia es como una pequeña descarga eléctrica de deseo. No sé qué parte tocarán seguidamente. Se me pone la piel de gallina y mis pezones se endurecen. Los dedos bajan por la espalda y se centran en mis nalgas. Me pongo de puntillas y levanto el culo todo lo que pueda. Inmediatamente, Liam y Álex se centran en mi bajo vientre. Uno de los dedos pasa encima de mi vulva, luego se le añade otro y otro más, mientras que los demás dedos siguen masajeando mis nalgas. Tengo el interior de los muslos mojado.

–Que alguien me folle, por favor, que alguien me folle –gimo como un perrito e intento levantar el pompis un poco más, pero no tengo mucha libertad de movimiento.

–Todavía no. Primero abre la boquita. –El glande de Marcos vuelve a pasar sobre mis labios. Le hago caso y engullo su pene, se lo chupo hasta que noto como se empalma.

Sus manos se hunden en mi pelo y mantienen fija mi cabeza. Seguidamente, empieza a moverse dentro de mí, mientras Álex y Liam siguen ocupándose de mi bajo vientre. Les quisiera implorar que me follen, pero la polla de Marcos me llena toda la boca y no logro articular nada más que un gruñido.

Si no me rediman ahora mismo, estallo. Cada milímetro de mi bajo vientre está bajo tensión.

Por fin noto que un dedo me penetra. Avanza vibrando para buscar mi punto G. Lo encuentra a la primera y empieza a estimularlo lo que me excita al máximo. Otro dedo se acerca a mi ano, da unas cuantas vueltas para luego apoderarse de él. El resto de los dedos acarician mis nalgas, mi clítoris y el interior de mis muslos. Gimo de deseo.

Mientras los dedos continúan estimulándome sin piedad, hago lo mejor de lo que soy capaz para poner a mil a Marcos. Chupo y lamo su pene hasta que empieza a gemir con más intensidad y me clava los dedos en el pelo.

«Por favor –imploro en silencio– necesito, ¡no! quiero ahora mismo otra polla dentro de mí. ¡Me estoy volviendo loca!»

Menos mal que alguien ha oído mis súplicas: el dedo que maltrataba mi punto G ha sido reemplazado por algo más grande, mucho más grande.

¡Álex! Me viene a la cabeza como un relámpago. Dios, su pene es tan enorme que siempre me

quedo medio inconsciente después de follar con él. Su palpitante espada de deseo trabaja mi carne tierna, otro dedo ensancha mi ano, mientras que los guantes vibradores siguen con sus caricias… nunca me habría imaginado que los chicos pudieran superar las experiencias eróticas vividas hasta ahora. Pero me acabo de dar cuenta de que sí es posible. Estoy literalmente hirviendo de deseo. Mi cuerpo empieza a convulsionar sin control y yo clavo las uñas en la piel del potro. Álex me la clava como un poseso, sin embargo, no noto dolor alguno, solo deseo ardiente y desenfrenado. La polla de Marcos empieza a convulsionar a su vez dentro de mi boca, pero antes de dar rienda suelta a su orgasmo deja libre mi boca. Grito toda mi pasión cuando por fin me corro.

Aturdida, reposo mi cabeza encima del caballete.

–¿Todo bien angelito? –Oigo la voz de Liam que está acariciando dulcemente mi cabeza.

–Sí –suspiro.

–¿Necesitas una pausa?

–¿Una pausa? –le pregunto algo asustada–. ¿Qué quieres decir con eso?

–¡Bueno, esto no ha hecho más que empezar!

–… no ha hecho más que empezar –le devuelvo como eco. ¿No lo dirá en serio, verdad? No creo que sea capaz de continuar. Después de un orgasmo tan intenso soy muy sensible a cualquier caricia.

–Claro, de aquí a poco continuaremos. Es la gracia de todo eso. Por eso te pregunto si necesitas una pausa.

–No creo que pueda otra vez –le digo en voz baja.

–Todavía no sabes muy bien de todo de lo que eres capaz –me rebate–. Hoy te enseñaremos que puedes mucho más de lo que crees. –Noto como desplaza un poco la venda y me veo obligada a pestañear por la luz. Tardo un momento en acostumbrarme a la luz del sol. Cuando vuelvo a ver con claridad, veo la cara divertida de Liam–. Ey, hola! –me saluda.

Ahora también Álex y Marcos entran en mi campo de visión. A diferencia de Liam, los dos están desnudos. Dios, qué guapos y qué sexys. No hay vista más bonita que dos guaperas como ellos, o tal vez sí: tres guaperas desnudos.

–¿Por qué no te desnudas tu también? –le pregunto a Liam.

Liam me mira con tal cara de desconcierto que Marcos empieza a reírse a carcajadas.

–La cabrona realmente me divierte. ¡Qué presa más rica nos has traído!

–Eres muy mona gatita –me sonríe Alex, desatándome–. ¡Me encantan tus comentarios!

«*Gatita*. Es la primera vez que me llama así. Me gusta cómo lo dice: tiene un tono muy erótico.»

Me incorporo con mucho cuidado, pero mis piernas me fallan. En un santiamén tengo a Liam a mi lado que me lleva en brazos hasta el sofá.

–Para que quede claro: ¡Hoy haces lo que decimos nosotros! –me amonesta Liam, mirándome a los ojos. Le aguanto la mirada, quiero que entienda el mensaje: os dejo el mando, pero no para siempre.

Liam arquea la ceja derecha:

–No te pases Carolina –me susurra–. Te buscaré un vaso de agua y yo decidiré cuando se acaba la pausa.

–Vaya macho –refunfuño. Menos mal que Liam no lo ha oído. El que parece haberse enterado es Álex, se sienta a mí lado con una sonrisa de par en par. Apoyo mi cabeza en su pecho desnudo. Qué bien huele, a sexo y a un aftershave acre. Marcos se sienta al otro lado, agarra mis pies y empieza a darles un masajito a mis dedos.

–Vaya gatita, solo le hace falta runrunear –se ríe Álex.

Tiene toda la razón. Hace mucho tiempo que no me sentía tan bien: tan fuerte, segura de mí misma, deseable y satisfecha. Por mí, esto podría continuar para siempre. ¿Quién no me envidiaría por los

tres chicos? Por Álex, el sensible con su lado oscuro, por Marcos, el tío más *cool* que conozca y por Liam, el sueño de hombre hecho realidad. Decidido: cuando acaben las cuatro semanas, me quedaré aquí y punto.

He perdido la noción del espacio y del tiempo. Mis ojos están vendados otra vez, por lo que no sé si fuera es todavía de día o si ha caído la noche ya.

A excepción de algunas pequeñas pausas, Marcos, Liam y Álex han cumplido con su "amenaza": Me han vuelto a poner varias veces sobre el caballete y excitado mi cuerpo hasta el éxtasis, pero han sido siempre muy cuidadosos en asegurarse que lo que estaban haciendo me aportase placer.

Estoy completamente agotada, pero al mismo tiempo del todo satisfecha. Nunca habría podido imaginar que mi cuerpo fuera capaz de tener tantos orgasmos.

La sensación de no saber qué te harán, quién de los tres conquiste tu boca, tu vagina o tus nalgas, fue indescriptible y comparable con nada de lo que haya experimentado hasta el día de hoy. Tengo la garganta ronca, tanto he requerido de la voz para gritar mi pasión. Liam tenía razón, mi cuerpo aguanta mucho más de lo que podía imaginarme. Pero ahora sí noto que mis fuerzas fallan, que todo mi cuerpo está tan sobreexcitado que se contrae al mínimo roce. Me duelen todos los músculos y mi vagina está hinchada y duele de tanto follar.

–Gatita, ya no puedes más ¿verdad? –Oigo la voz caliente de Álex en mi oído.

Sacudo la cabeza.

–Pues ya está bien, ahora te desato.

Suspiro aliviada.

Álex primero me quita la venda y luego me libera de mis ataduras.

–Espera, ¡yo te llevaré! –Con un brazo me agarro de su cuello, feliz de no tener que andar por mi cuenta. Mis piernas tienen convulsiones tan fuertes que sería incapaz de hacerlo. Desde el rabillo del ojo veo que Marcos y Liam están sentados en el salón, manteniendo enfrascados en una conversación animada.

«Vaya numerito –me digo a mí misma–. Mientras estaba sin poder moverme ni ver nada, los chicos muy probablemente se hayan relajado en el sofá.»

Bostezo con ganas.

–¿Tan agotada estás? ¿Quieres que te lleve a tu cama? –me pregunta Álex.

–Sí, por favor –susurro.

Con mucho cuidado me lleva a mi habitación y me deja en la cama. Cierra las persianas y me tapa con la colcha, y como despedida, me besa en la frente. Está a punto de salir de la habitación cuando le llamo:

–¿Álex? –refunfuño.

–¿Sí?

–¿Te importaría quedarte conmigo? No quiero quedarme sola.

–Claro que no –me contesta. Se echa a mi lado y se gira hacia mí. Con la espalda, me arrimo a su pecho desnudo y él me pasa un brazo por encima.

Si sus fans supieran que estoy enrollada en posición fetal con su ídolo, muy probablemente fliparían. Y si además supieran que convivo con dos chicos guapos más y que me acuesto con los tres, es más que seguro que me declararían como "persona non grata" en el acto.

«Todo esto es de locos» –me digo a mí misma mientras coloco mi mano sobre la suya. Como respuesta, los dedos virtuosos se enlazan con los míos. Contemplo el anillo de diamante azul que no me he vuelto a quitar desde que me lo puse el día de la firma del contrato. Qué regalo más bonito. Y no me refiero solo a la joya, sino a todo eso… lo nuestro. Cierro los ojos, dejando ir un suspiro de



felicidad. Caigo dormida en el acto.

15

Sueño con estar tumbada en un prado verde infinito. Hace mucho sol, los pájaros cantan y huele a hierba fresca y flores de primavera. Miro al cielo azul, con una sonrisa en la boca, estirando todo mi cuerpo desnudo en la cálida luz del sol. Todo es perfecto.

De repente, el cielo se oscurece y una ráfaga de viento me hace estremecer. Me incorporo abrazando mis piernas. La hierba ya no es verde ni suave. El viento azota los tallos contra mi cuerpo y empieza a llover. Al principio solo caen pocas gotas, luego la lluvia se intensifica y alcanza más intensidad. Miro a mi alrededor para buscar un árbol o una cabaña donde protegerme de las inclemencias, pero no hay nada, nada de nada, todo está lleno de hierba oscura y mojada.

De repente, aparece una mano de la tierra y agarra mi tobillo. Grito con todas mis fuerzas, intentando deshacerme del agarre férreo que me está tirando hacia abajo, hacia bajo tierra. Desesperada, intento aferrarme a la hierba, pero es demasiado resbaladiza y no encuentro apoyo. Sigo hundiéndome, me entran grumos de tierra en los pulmones. Intento gritar, pero no logro soltar tono. Noto como otra mano me agarra de la cabeza, girándola: delante de mí veo con horror la cara desfigurada de – ¡Tobías!

–¡Carolina! ¡Despierta! –Algo me sacude los hombros.

Abro los ojos y veo la cara preocupada de Álex.

–¿Estás bien? Estabas gritando en sueños.

Le miro desorientada

–Tranquila, todo está bien. –Me acaricia la espalda con suavidad–. ¿Has tenido una pesadilla?

Asiento con la cabeza. Y qué pesadilla más asquerosa. Todavía tengo la sensación de no poder respirar.

La puerta se abre de par en par y Liam entra precipitadamente. A pesar de su pelo revuelto, es para comérselo, en su pantalón de pijama y su camiseta de canalé blanca.

–¿Qué pasa aquí? ¿Por qué estaba gritando Carolina? Casi me caigo de la cama del susto.

–Tuve una pesadilla, soñé algo con Tobías –refunfuño nerviosa, incorporándome.

–Ay, pobre angelito. Por lo visto estás empezando a asimilarlo –me tranquiliza Liam, sentándose al otro lado de la cama–. Ven aquí.

Me lanzo a sus brazos y él me besa suavemente en la boca.

–Córrete hacia allá. Me quedo aquí, la cama es bastante grande para los tres–. Se echa a mi lado. Desde el otro lado, Álex se acerca otra vez. Los dos hombres me tienen entre sus brazos y mi tensión desaparece tan rápido como había aparecido.

«Qué sensación más agradable estar en los brazos de dos hombres» –pienso feliz, dejándome caer otra vez en un sueño profundo.

–Buenos días marmotas, parece que me haya perdido el festival de arrumacos.

Marcos está plantado en el umbral de la puerta, con solo una toalla en su cintura y nos mira divertido. De su cabeza mojada caen gotas sobre su torso musculado. Observo fascinada como una de las gotas baja por su vientre esculpido y desaparece en la solapa de la toalla. «Cómo en una publicidad para aftershaves –pienso–. ¡Muy erótico!».

A mi lado, Álex y Liam se recomponen. Por lo visto, en sueños los tres nos entrelazamos. Muy probablemente dábamos una imagen divertida. A mí me encantó: me sentí protegida y no volví a tener más pesadillas.

–Muy bien chicos, ahora nos turnamos: vosotros preparáis el desayuno y yo me ocupo de Carolina –ordena Marcos sonriendo.

–¡Olvídate! –le rebate Liam, lanzando un cojín en dirección a Marcos. Este lo levanta del suelo y lo arroja hacia Álex. Visto y no visto, estamos en plena batalla de almohadas. Se tiran almohadas como jovenzuelos, yo me escondo detrás de Álex. Marcos tiene que haber jugado a balonmano u otra disciplina similar porque con cada lanzamiento da en la diana.

–¿Os rendís ? –pregunta riéndose

–De acuerdo –contesta Liam, saliendo de la cama–. Ganas tú. Es tuya. Venga Álex, ocupémonos del desayuno.

–¡Un momento! –protesto–. ¿En qué momento he dicho que me preste como trofeo?.

–Es verdad, pero no sé porqué tendría que preguntarte –me rebate Marcos lanzándome un cojín a la cabeza.

–¡Espérate y verás! –Agarro mi almohada de una punta y me pongo en pie para dar vueltas como un lanzador de disco. Pero el lanzamiento nunca fue mi fuerte, fallo el blanco por más de un metro.

–¿Me estás desafiando? –me sonríe, acercándose–. ¿Qué te parece una pequeña pelea? Quien se caiga primero de la cama, pierde y tiene que hacer lo que el otro le diga.

–Me parece injusto. ¡Eres mucho más fuerte que yo!

–Mhm. Podrías vendarme los ojos, así tienes más posibilidades.

–No sé, ¡no estoy del todo despierta todavía! –Aunque, la idea de echar algunos cojines a Marcos me parece muy tentadora. Hubo más de una situación en la que me habría gustado darle un buen porrazo. ¡Y las pequeñas peleas de poder me ponen! Lo que me hace dudar es mi estado físico. Mi cuerpo ha digerido bien el día de ayer, mejor de lo que me pensaba, pero tengo agujetas y no me puedo imaginar que mi vagina se alegre de que la penetren otra vez. La tengo algo escocida.

–¿O tienes miedo? –pregunta Marcos, sarcástico.

¡Este tono de voz! Odio cuando me habla de esta manera tan despectiva.

–¿Miedo, yo? Si hay alguien que tendría que tener miedo, ¡este eres tú!

–Muy bien, pues entonces ¿qué te parece una pequeña ronda? –me pregunta socarrón, haciendo aparecer una venda de la nada. Por lo visto, los chicos tienen un equipamiento base en todas las habitaciones. Todavía no he inspeccionado con detención el armario. Cuando di con la ropa interior y los disfraces, lo dejé correr porque no me mola la ropa interior de segunda mano. Quién sabe cuántas han llevado esta indumentaria. Tal vez tenga que volver a mirármelo con lupa. Quién sabe todo lo que me he perdido.

–¿Y qué? –insiste Marcos, señalando la venda.

–De acuerdo –contesto encogiéndome de hombros. Le quito la venda de las manos–. Pero luego no me vengas a quejarte de que has perdido.

Por lo menos gano el rifirrafe, a Marcos no se le ocurre nada que rebatir. Solo sus comisuras se mueven sospechosamente.

Marcos se sienta en la cama y yo le coloco la venda. Su pelo aún está mojado, pero me da igual. Muevo la mano delante de su cara y observo su reacción. No se inmuta, por lo tanto, deduzco que no ve nada.

–¿Y ahora qué? –pregunto.

–Ahora nos ponemos de pie encima de la cama con una almohada como arma. Gana quien hace caer al otro de la cama.

Me doy un momento para pensar. Con los ojos vendados no ve nada, tampoco si me caigo yo primero. ¡Esta ronda la tengo prácticamente ganada!

–De acuerdo –contesto sonriendo.

–Espérate un momento, tengo que colocarme bien y además, necesito un cojín –contesta Marcos.

Le alcanzo uno:
–Aquí tienes.
De un tirón, Marcos se deshace de la toalla. Yo dejo ir un silbido.
Qué sexy que es. Todavía le siguen cayendo gotas de agua por su cuerpo desnudo. Eso no vale, eso es despistar al contrario.
–Cuento hasta tres, ¿de acuerdo? –Marcos agarra con fuerza la almohada.
–De acuerdo –le contesto, preparándome para el primer ataque.
A pesar de tener los ojos vendados, Marcos está bien colocado encima de la cama. Tiene un buen sentido del equilibrio. Yo en su lugar estaría moviéndome mucho más, como un barco a vela. Será mejor no subestimarlo.
–Uno, dos y…¡tres!
Voy al ataque: con todas mis fuerzas golpeo con la almohada su pecho. Pero él no se inmuta, ni se mueve siquiera. En cambio, visto y no visto, me agarra la almohada. Yo intento sacarla de sus manos, pero en un santiamén me hallo entre sus brazos, bien atrapada.
Mierda, ¿y ahora qué? Su táctica ha sido más inteligente que la mía: dejarse atacar para pillarme de esta manera. Intento desvincularme, pero Marcos tiene demasiada fuerza. Veo aflorar una sonrisa: Se deja caer encima de la cama, yo acabo encima de su pecho desnudo.
–Mira por dónde –se ríe. Me agarra de la cintura, me levanta y antes de que pueda darme cuenta de nada, ya me hallo de pie, al lado de la cama. ¡No puede ser!
–¡He ganado! –anuncia triunfante, sacándose la venda.
–¡Eso no vale!
–¡Y tanto que sí! A ver, qué puedo hacer contigo. –Sus ojos azules brillan audaces. Trago saliva, ¿por qué siempre tengo que ser tan bocazas?
–¿Qué tal una mamada? –propongo, esperando que acepte mi propuesta, así mi vagina y mi pompis pueden seguir descansando.
–No, muy poco imaginativo. ¡Ven conmigo! –Se encamina hacia la cocina, desnudo. Yo le sigo, como Dios me trajo al mundo. «¿Qué estará tramando?» pienso, con el estómago encogido. Con Marcos nunca se sabe.

–Ah, ya estáis listos–saluda Álex, cuando entramos en la cocina. Está poniendo la mesa, mientras Liam prepara un revuelto–. El desayuno está a punto. Poneros algo y a la mesa.
–Yo sí me visto –dice Marcos–, pero Carolina se queda como está. Tiene que saldar sus deudas de juego.
–¿Qué deudas? –pregunta Liam, mirándonos con interés.
«Era de esperar, de seguida todo orejas» –pienso para mí.
–Pues acabamos de tener una pequeña ronda de lucha libre y ella perdió, a pesar de que tenía los ojos vendados. Y ya sé cómo saldará sus deudas.
–¿Te has atrevido a luchar contra Marcos? –Liam se ríe con ganas–. ¿Cómo pensabas ganarle?
–Pensaba que si no veía nada, tendría alguna posibilidad –le contesto.
–Ja ja ja–Liam suelta una carcajada sonora–. No hay prácticamente nadie que tenga alguna posibilidad contra él. Aun estando atado de brazos y piernas, ganaría de alguna manera. De más joven era el campeón del patio.
–Gracias, habérmelo dicho antes. Esto es jugar sucio. Con lo cual creo que nuestro trato es nulo –le espeto a Marcos.
Este sacude la cabeza con fuerza:
–Nada de nada, monada. Las deudas de juego son una cuestión de honor. El trato se mantiene. Tú te quedas tranquilita aquí y esperas a que vuelva. Será un momento, me seco el pelo y me pongo algo.

–¡Eso es muy injusto! –Me pongo de morros, cruzando los brazos.
–Chicos, vigilad que no se me escape –advierte Marcos y desaparece hacia su habitación.
–No te preocupes –le grita Liam–. No se moverá ni un milímetro.
«¡Cabrones!», pienso enfadada, no me gusta nada que engañen de esta manera.

16

Poco después, Marcos vuelve, ahora en vaqueros y una camiseta de manga larga color negro. El pelo lo tiene aún húmedo y sus rizos caen en ondas alrededor de su cara. Tiene un aire de chico bueno, nadie sospecharía que tuviese otra cara.

Yo estoy de pie delante de la mesa del comedor, detrás de mí Álex me tiene abrazada. No sé muy bien si es para darme calor o para asegurarse de que no me escape. De todas formas, es una buena sensación estar abrazada por él. Aunque no tenga frío, hago ver que sí, y él me abraza con más fuerza. Qué bonito, podría quedarme así todo el día, abrazada a mi Álex/Alec.

–Muy bien querida –interrumpe Marcos mis soliloquios–, quiero que te estires encima de la mesa.

Le miro atónita. ¿Se ha vuelto loco? La mesa está puesta para el desayuno. ¿Quiere que me ponga encima de los platos?

Marcos sigue mi mirada, divertido:

–No te preocupes, ahora te dejo sitio. Liam, ¿te importaría ayudarme?

–Para nada –asiente Liam y los dos empiezan a mover las cosas de la mesa. La mirada divertida de Liam me indica que él ya sabe qué está tramando Marcos. A veces, el hecho que los chicos se conozcan desde hace años, es una desventaja para mí.

–¡Si fuera tan amable! –Marcos me invita a subir, dando golpes en la mesa.

–¿A dónde quieres ir a parar? –pregunto cautelosa.

–¿A ti que te parece?

Me encojo de hombros, sin saber bien qué decir.

–Tú saldas tus deudas y nosotros desayunamos.

–¿Y para eso tengo que estirarme encima de la mesa?

–¡Exactamente!

Me siento en el borde de la mesa, algo indecisa. Noto el frío de la madera en mis nalgas.

–Échate boca arriba –me ordena Marcos.

Suspiro. Si no queda más remedio. Aunque todo fue un juego sucio no me rajaré, pagaré mis deudas. Me estiro con cautela, intentando no desmontar nada.

–Muy bien, por fin podemos desayunar –comenta Marcos y los tres toman asiento: Marcos y Liam a mi derecha, Álex a mi izquierda.

–Para empezar, creo que me apetece algo dulce, tal vez mermelada de frambuesa. –Marcos alcanza el bote de la mesa, lo abre y hunde un dedo en la masa roja. Hago una mueca, ¿no es capaz de utilizar un cuchillo?

Se chupa el dedo con fruición. Seguidamente, levanta el bote y yo…. chillo por el susto al darme cuenta que está vertiendo la mitad de la mermelada sobre mi barriga y mis pechos.

–¿No os apetece también un poco de mermelada? –pregunta a los otros dos–. Me estoy muriendo de hambre.

–Qué idea más bonita, querido –se ríe Liam–, hasta podría ser mía.

–A mí me encanta la mermelada de frambuesa –opina Álex–. Y aún más con un panecillo tan apetecible.

«Me alegro de que lo estéis pasando tan bien –pienso, poniendo los ojos en blanco–. Estáis locos perdidos».

Marcos se acerca primero y con su índice, me marca una línea desde los pechos hasta la barriga, luego vuelve a chuparse el dedo:

–¡Qué rico!

Mientras tanto, Liam se ha levantado y colocado a mi lado.

–Creo que comeré directamente del plato –murmura. Su lengua baila sobre mis pechos, lame mis pezones hasta que se vuelven duros. Yo suspiro de placer. Este desayuno me está empezando a gustar. Álex también se acaba de levantar y me da un beso en la barriga. Se vuelve a incorporar, relamiéndose con una sonrisa en la boca.

–Ahora me apetecerían unos granos de uva. –Marcos da la vuelta a la mesa, alcanza la fuente de fruta y se coge un grano de uva verde. Lo mira con detención, desde todos los lados, para luego colocármelo encima del muslo derecho y subirlo a cámara lenta.

–Me gusta la idea –dice Álex, sirviéndose otro grano y empieza a acariciarme los labios con él. Abro la boca y agarro el grano con los dientes.

–¡Ey! –exclama Álex haciéndose el enfadado. Me quita el grano de la boca y me muerde levemente en un labio para luego regalarme uno de sus besos que dejan sin aliento, como el que me dio después del concierto.

Mientras tanto, el grano impertinente de Marcos halla su camino hasta mi entrepierna. Marcos le da un poco de presión pasando sobre mi clítoris. Álex deja libre mi boca y yo gimo levemente.

–¿Qué te parece? No está nada mal perder contra mí, ¿verdad? –pregunta Marcos divertido.

–Bueno, pero con la comida no se juega –le contesto.

–Con la comida tal vez no, pero contigo sí –me rebate, tirándome de las piernas hasta el borde de la mesa para luego dejar subir y bajar el grano de uva sobre mi vulva. Las caricias suaves del grano de uva en mis partes más íntimas en combinación con el jugueteo de Liam en mis pechos me hacen humedecer, a pesar de tener el bajo vientre escociendo. Marcos se pone el grano de uva en la boca y con la punta de la lengua abre camino entre mis labios y lo deja caer en mi agujero. Luego aprieta su boca contra mi raja, me penetra con la lengua con ímpetu y vuelve a chupar el grano hacia fuera. Yo gimo por la excitación. Marcos se vuelve a incorporar, masticando el grano de uva.

–¿Os apetece probarlo chicos? La uva está riquísima.

–Yo sí quiero –comenta Liam, alcanzando dos granos de uva e intercambiando el sitio con Marcos. No pierde el tiempo con los preliminares, sino coloca de seguida los dos granos en mi vagina chorreante. Me penetra con la lengua y dos dedos. Con la lengua mueve los granos dentro de mí y con los dedos impide que se adentren demasiado. Con la otra mano estimula mi clítoris, pellizcando la carne sensible. Mientras tanto, Álex y Marcos cubren mis pezones con queso quark. Álex se ocupa de un pezón, Marcos del otro. Los mordisquean y los lamen hasta que están erectos y duros. Gimo con más intensidad.

Liam chupa los dos granos de uva de mi vagina y se los come.

–Tienes razón Marcos, son realmente exquisitos –confirma. Luego tira de sus bóxers y su pene sale disparado. «Por las mañanas se empalma rápido» pienso, algo en pánico. No sé si ya estoy lista para que me folle otra vez. Pero Liam no parece darse cuenta de mis dudas y pasea su glande por encima de mi vulva.

–Liam, no creo que pueda otra vez. Necesito un poco más de tiempo para recuperarme –le susurro.

–No te preocupes, tendré cuidado. Relájate –me contesta. Dejo ir un gemido de dolor cuando me penetra. Se queda sin moverse para que tenga tiempo de acostumbre a él.

–Espera, la distraeré –comenta Marcos, desistiendo de mi pecho. Desde el rabillo del ojo veo como abre otro pote y como hunde una cuchara en él. Segundos más tarde caen gotas de miel encima de mis labios. Se inclina sobre mí y empieza a lamer la miel de mis labios. Cuando su lengua conquista mi boca, Liam empieza a moverse dentro de mí. Con mucho cuidado me va ensanchando, mientras Marcos juguetea con mi lengua y Álex se dedica a mi clítoris, estimulándolo suavemente. No me habría imaginado volver a sentir tanto deseo en tan poco tiempo, pero mi cuerpo me enseña que sí es posible. Una ola de deseo incontrolable inunda mi bajo vientre. Le alcanzo mi pelvis a Liam,

indicando que quiero más. Pero Liam para de golpe y se retira de mí.

–¡Cambiemos! Marcos, es tu premio. Creo que ya está lista.

–Encantado, gracias –dice Marcos, desabrochándose los vaqueros y bajándose un poco los bóxers. Su pene está medio erecto–. Ahora sí que me gustaría una mamadita– me invita. Asiento mientras me muevo hacia el borde de la mesa. Ya que estamos, quiero participar en el juego.

–Un yogur de fresa –exijo.

Marcos me mira aturdido:

–¿Cómo?

–Quiero un yogur de fresa, yo también quiero desayunar –le contesto.

Liam se ríe:

–Espera angelito, ahora te traigo uno –promete Liam y desaparece por la cocina. Marcos sigue algo turbado.

–Aquí tienes –dice Liam, alcanzándome un yogur de fresa abierto–. Que aproveche. –Liam dibuja una de sus sonrisas vertiginosas. Dios, cuánto me gusta su sonrisa. Es tan dulce y sexy a la vez. Liam se sienta en una silla, colocando las manos en la nuca. Creo que quiere disfrutar del voyerismo y observarlo todo tranquilamente.

En cambio, Álex mantiene mi bajo vientre entretenido. Me penetra con un dedo y continúa animando mi clítoris:

–Continúa así de excitada, gatita –refunfuña–. «Qué bien que lo haces, cómo quieres que no me excite. Eso es imposible.»

Decido intervenir también y empiezo a repartir yogur de fresa encima del pene de Marcos. Luego me lo pongo en la boca y empiezo a lamer y chupar hasta que el vaso de yogur queda vacío y la polla de Marcos, durísima.

–Date la vuelta –ordena Marcos–, te quiero coger por detrás.

Me pongo boca abajo. Lo que quedaba de la mermelada se extiende entre mi cuerpo y la mesa, formando una película untuosa. Es una cochinada, pero una muy cachonda.

–Liam, pásame el bote de Nutella por favor. –Liam cumple el deseo de Marcos en el acto.

–¿También quieres? –pregunta Marcos dirigiéndose a Álex.

–Encantado –le contesta.

A partir de este momento, el centro de atención de este desayuno entra "en otra fase": mi culo. Álex se dedica a mi nalga izquierda, Marcos a la derecha. Extienden una cantidad generosa de crema de chocolate en mi pompis y en la parte interior de mis muslos. Noto sus lenguas calientes sobre mi piel desnuda, paseándose sobre mi culo y lamiendo la crema de chocolate de mis muslos. Casi como por casualidad, de vez en cuando rozan también mi clítoris, hasta que les alcanzo mi culo gimiendo. Señal para Marcos para dedicarse exclusivamente a mi perla del deseo: con lengüetazos leves y suaves chuparrones casi me vuelve loca. Mientras tanto, Álex sigue ocupándose de mis nalgas, pero con más intensidad. Ha cambiado la lengua por los dientes, dándome leves mordiscos que no duelen tanto, pero sí aumentan mí libido aún más. Me retuerzo de pasión bajo sus caricias.

Al levantar un momento mi mirada, me encuentro con los ojos de color azul acero de Liam, clavados en los míos. Su mirada es tan intensa que me aprisiona y ya no me suelta. Como si de balas se tratasen, sus miradas entran directamente al centro del deseo. De hecho, no sé lo que me está poniendo más: si la mirada de Liam o lo que están haciendo Marcos y Álex con mi bajo vientre.

«Me da completamente igual si mi vagina aún está escocida, lo importante es que me follen con dureza, ahora mismo. Y mientras tanto pueda mirar a los ojos de Liam.»

Muevo un poco mi culo y Marcos lo interpreta exactamente como yo lo quería. Pero

aparentemente, él también quiere tratarme con cuidado y entra solo poco a poco. No noto nada de dolor, solo deseo salvaje y estoy tan húmeda que me lo trago en el acto. Mis ojos se pierden en los de Liam. Aunque sea Marcos que me esté follando, tengo la sensación de que lo estoy haciendo con Liam.

–Creo que la puedes coger con más fuerza –comenta Liam, interpretando mi deseo correctamente. Dios mío, eso no tiene nombre. Él me está follando mi mente mientras Marcos sigue sus indicaciones y empieza a clavármela con más fuerza, agarrándome de las caderas. De repente, Álex penetra mi ano con un dedo, lo que me hace estremecer y aunque Álex y Marcos me estén excitando al máximo, mantengo la mirada en Liam. La sensación de que me están follando cerebro y cuerpo a la vez, es sencillamente extraordinaria.

Justo antes de correrse Marcos, Liam hace una leve señal con la cabeza. Es como si hubiera esperado esa señal, porque ahora me dejo ir para que los duros golpes de Marcos me lleven al orgasmo.

17

Tras una buena ducha, más que necesaria después de haber cumplido con mis deudas de juego, estamos reunidos alrededor de la mesa. Yo ya completamente vestida y saboreando mi *latte macchiato*.

–Chicos, ¿cómo lo tenéis los próximos días? –pregunta Liam.

–¿Qué quieres decir? –pregunta Marcos.

–Es que se me ocurre una idea. –Los ojos de Liam brillan de entusiasmo.

–Dispara, somos todo oídos –invita Álex–. Casi siempre tiene buenas ideas –explica, dirigiéndose a mí.

Me acuerdo de la escena en la tienda erótica y sacudo la cabeza:

–No sé yo, tengo mis dudas...

–No te pases angelito, si no te follo hasta amansarte –amenaza Liam guiñando un ojo–. O tal vez lo haga Álex. Esta mañana, a ninguno de los dos nos ha tocado todavía.

Me trago la respuesta oportuna.

–¿Y qué? ¿Nos explicas de qué va? –pregunta Marcos con curiosidad.

Liam asiente con la cabeza.

–Estaba pensando que tal vez un cambio de aires nos iría bien a todos. Yo tengo todavía vacaciones hasta la semana que viene. Si os lo podéis organizar podríamos ir unos días a la playa. ¿Qué os parece? Relax en la playa, Carolina en bikini o mejor, desnuda, sol hasta torrarnos… no suena mal, ¿no? –Marcos asiente con la cabeza.

–¡Qué buena idea! Yo me apunto. ¿Y tú qué, Alex?

–No sé, el miércoles tengo que asistir a un evento. Pero vista la alternativa… creo que me lo puedo organizar. Si no, por una vez no pasará nada si digo que estoy enfermo.

Liam me mira, expectante:

–¿Y a ti, Carolina?

–¿Qué?

–¿Te apetece?

–¿Tengo posibilidad de elegir?

–De hecho, no.

–Ya me lo imaginaba –le sonrío–. Pero sí, me encantaría. Sería fantástico porque no me acuerdo de la última vez que me bañé en el mar.

–¿No ibas de vacaciones con Tobías? –me pregunta Álex, maravillado.

–¿Tobías y vacaciones? –resoplo–. Si casi nunca estaba, siempre de “viaje de negocios”. Ahora sé que en vez de estar de viaje follaba con esa Ana. Y tonta de mí, siempre me daba largas y no me di cuenta. No sé cuántos catálogos de viajes traje a casa, pero Tobías nunca tenía tiempo. *Eso, Carolina, lo hago por nosotros, por nuestro futuro* –le imito.

Pero antes de sulfurarme más sacudo la cabeza y expulso a Tobías de mi mente. No vale la pena dedicarle ni un solo momento de mi tiempo, ni que me enfade por él.

Liam, Álex y Marcos en bañador o, mejor aún, sin nada de nada, sus cuerpos mojados, sol en la piel, follar al aire libre… qué perspectiva. Les regalo una sonrisa enorme:

–¡Me encantaría ir de viaje con vosotros! ¿Cuándo nos vamos?

Liam se queda pensativo unos instantes:

–Mañana –concluye.

–¿Mañana? ¿Y cómo lo quieres organizar? –rebato extrañada.

–Déjalo que haga, nena. Es muy bueno en eso. Y en casos como este, el dinero ayuda, y mucho. –Mira por dónde, ese no parece Marcos, creía que aborrecía el lujo y el pijismo. Por lo visto, cuando se trata de vacaciones hace una excepción.

–La verdad Liam, creo que es la mejor idea que tuviste en mucho tiempo, excepto la de dejar vivir a Carolina en nuestro piso, por supuesto –opina Álex.

Le mando un beso por los aires. ¡Qué dulce de su parte!

–La verdad, todavía no sé si lo de Carolina fue tan buena idea, pero sí que tengo ganas de sol y playa. –Marcos me regala una sonrisa impertinente mientras se quita un mechón rebelde de la cara.

–¡Idiota! –refunfuño, tirándole un grano de uva.

Con mucha destreza lo pilla en el aire y le da un mordisco sonoro:

–Me encanta cuando me pones motes, nena.

–¿Quieres más? Pues mira: cabrón, pijo impertinente, canalla…

–Ay sí, pégame nena.

–Dios, vosotros dos solo tendríais que follar y dejar de hablar –interviene Liam, haciéndose el mosqueado.

–Te doy toda la razón –le apoyo empalagosa–. De hecho, Marcos no tendría que hablar para nada: Callado está más guapo.

–Y tú, mejor que cuides de tu culito. Tal vez tenga que zurrarte cada tanto, como señal de mi afecto –gruñe Marcos.

–Ah por mí, cuando quieras.

–¡A callarse los dos! Necesito que me ayudéis a escoger una destinación –acaba Liam con nuestra pequeña discusión–. ¿O queréis que os sorprenda?

–Yo prefiero que me sorprendas, me encantan las sorpresas –le contesto, tocando las palmas entusiasmada.

–Sus deseos son órdenes, señorita. ¿Verdad? –comenta Álex, mirando expectante a Marcos.

–De acuerdo –gruñe Marcos–, pero de hecho, la cabronceta no se lo merece.

Me hago la indignada:

–¿Cómo que no? Después de haberte dejado follarme sin estar todavía al cien por cien.

–Muchas gracias –Marcos se inclina irónico–. Pues en tal caso, me considero un privilegiado.

–Dios, me estáis volviendo loco –explota Liam– ¡Se acabó!

Me encojo del susto. Quién lo hubiera dicho: Liam es capaz de dar cuatro voces. Pero me encanta la idea. Las vacaciones con los tres chicos serán fantásticas. Aunque Marcos a veces me ponga de los nervios, adoro nuestras pequeñas disputas y me alegra poder jugar en el agua y tener contiendas eróticas con él. Además, pasar tiempo con Álex y Liam siempre es maravilloso. ¿Entonces? ¿Qué es lo que me impide alegrarme del todo?

–¡Dios mío, mi madre! No puedo irme sin más –exclamo–. Creo que a mi madre no le darán el alta hasta el lunes y puede ser que mis padres necesiten ayuda.

–Tal vez tus padres entiendan que te irían bien unas mini-vacaciones –alega Liam.

–Tal vez.

–¿Por qué no se lo preguntas? Seguro que se alegra de verte, ¿no ibas a ir hoy de todas formas? Quizás Marcos te pueda llevar, así os podéis seguir peleando. Mientras tanto, aprovecho el tiempo para organizarlo todo y te recojo más tarde. ¿Qué te parece?

Asiento con la cabeza. Sin embargo, Marcos no parece muy entusiasmado:

–¿No la podrías llevar tu, Álex?

–Lo siento –Álex se encoje de hombros–. Si quiero ir con vosotros de vacaciones necesito arreglar algunas cosas. Venga Marcos, ¿no querías pasar por tu piso? El hospital te viene de paso.

Le regalo mi sonrisa más bella, haciendo tintinear mis pestañas:

–Me portaré bien, prometido. No más comentarios impertinentes de mi parte. Marcos, ¡por favor!
–De acuerdo cabronceta. Prepárate, yo te llevo.

–¿Estás seguro de que llegamos hasta el hospital con la carga de batería que tienes? –pregunto cuando estamos en la autopista. Me encanta el coche de Marcos y me parece fantástico que sea tan considerado para con el medio ambiente como para conducir un coche eléctrico, pero no confío del todo en la fiabilidad del vehículo. Como son casi 180 km hasta el hospital, espero no quedarnos sin batería en medio de la autopista.
–Tranquila, nena. De todas formas, te hundirías conmigo.
–Por eso lo comento –le rebato en tono algo desesperado.
–¿No querías portarte bien? –me sonríe.
–Aunque no lo parezca, lo estoy intentando.
–Déjalo, no lo conseguirás. –Me guiña un ojo–. Me encanta pelearme contigo, hasta podría acostumbrarme a ello. Lástima que nos quede poco tiempo.
Bum. Una pequeña flecha venenosa atraviesa mi corazón, haciéndole encoger por el dolor. *Lástima que nos quede poco tiempo…*

No, no, no, no digas eso. No quiero ni pensar cómo será mi vida sin Liam, Marcos y Álex. Hace solo dos semanas que nos conocimos en el bar, pero el tiempo que he pasado con ellos ha sido tan intenso, que me parece que les conozco desde hace años.

«*Sabías que llegaría el día de dejar el piso* –se enfada mi cabeza–. *¿Por qué de repente te afecta tanto? Dijimos que no te involucrarías emocionalmente y que solo era para divertirte. ¿Quieres acabar como Nicole? ¡Hazme el favor de controlarte!*»

«¡Cállate! No siempre se puede planificar todo. Ya veremos dónde nos llevará. No hace falta que la confundas más» –riñe mi corazón.

Respiro hondo. «Todo está bien, Carolina, ¡relájate!»

–¿De verdad nunca os habéis vuelto a ver con una de vuestras damas? –pregunto, esperando que me conteste con un "Sí, claro". Pero lamentablemente, lo que dice es:
–No, nunca. No he vuelto a verme con ninguna, y que yo sepa, Liam y Álex tampoco. De todas formas, sería un abuso de confianza e iría contra las reglas.
–¡Pero no tiene ni pies ni cabeza! Si te llevas bien con alguien, lo más normal es seguir viéndose.
–¿Qué quieres decir con eso?
–Es que no me puedo imaginar que no haya habido ninguna que os hubiera gustado seguir viendo. Se pasan muchas horas juntos y uno se divierte… no creo que alguien se pueda olvidar de las personas así, sin más.
–¡Olvidarlas no, pero reemplazarlas!
¡Toma! Otra flechita que se me mete en el corazón. ¡Qué malo!
–O sea que para ti soy del todo sustituible –refunfuño resignada, cerrando los ojos. No quiero que vea el dolor que me causan sus palabras.
–No he dicho eso –contesta en voz baja–. Ojalá fuera así.
¿Cómo? Abro los ojos lentamente:

–¿Qué intentas decirme con eso? –pregunto con voz tomada.
–¿No te parece evidente?
Sacudo la cabeza.
Deja ir un resoplo, agarrando el volante con tanta fuerza, que los nudillos de sus manos se ponen blancos.
–¿Por qué crees que necesito distanciarme de ti de tanto en tanto y que no crea que sea buena idea que vivas con nosotros?
–No lo sé, explícamelo –pregunto cautelosa.
–Dios Carolina, me gustas. No es que me haya enamorado de ti, pero me encanta tu manera de ser, tu ingenuidad, tus ganas de sexo, tu cuerpo fantástico… ¿No puedes entender que esto es un problema? Normalmente, los roles están bien repartidos. Se convive durante una temporada, haciendo más o menos lo mismo que hacemos contigo, y luego nos separamos y cada uno sigue haciendo su vida. Pero tú, tú lo pones todo patas arriba. Duermes con Liam en su cama, de entrada, esto es más que insólito. Haces que Álex se invente motes cariñosos para ti y a mí, me vuelves loco. Nunca me 'peleo' con nuestras damas. Las respeto, pero me dan igual. Contigo es diferente y no me gusta que sea así. ¿Dónde nos llevará todo esto?
Una tercera flecha da en mi corazón, pero esta vez, por la excitación. Yo no soy sustituible…¡ja! Es lo que acaba de reconocer Marcos. Y me alegro de que me quiera. Aunque tengo que darle la razón, tampoco sé adónde iremos a parar. Pero sé que los chicos me sientan increíblemente bien y que quiero disfrutar cada segundo que tengo con ellos. Y creo que yo a ellos, también les siento bien.
–Tampoco lo sé –le contesto–, pero no quiero que me des la sensación de ser sustituible. Os agradezco mucho que me hayáis acogido en vuestro piso y no quiero prescindir de nada de lo que he vivido con vosotros. Tal vez tengas razón y fue un error no haber seguido el mismo guión de siempre, pero tal vez haya sido una buena decisión. Nadie puede vivir de manera tan indiferente e insensible. El sexo no lo es todo. A mí me interesáis también como personas. Ya veremos que pasará al final de las cuatro semanas. Yo me alegraría si no me borrarais de vuestras mentes y pudiésemos seguir viéndonos.
–Es que no lo quieres entender, ¿verdad? –Marcos sacude la cabeza, de mala gana–. Eso no es posible, no nos podemos volver a ver. Tienes que aceptarlo.
–Yo no tengo que aceptar nada…
–¡Sí! Es que no tienes ni idea. Hay unas cuantas cosas que todavía no sabes.
–Pues explícamelas.
–¡Déjalo! Y olvídate de todo eso e intenta comportarte lo menos sentimental posible. Créeme, solo te quiero proteger.

Ya estamos otra vez con el secretismo. Me molesta que los chicos creen hacerme un favor ocultando su vida personal. No necesito que me protejan. Soy capaz de cuidar de mí misma, ¿o no?

Lo que queda del trayecto lo pasamos en silencio. Cada uno está en su mundo. Esto realmente es extraño, porque Marcos y yo nunca nos hemos callado hasta ahora. Prefiero mil veces más las bromitas; el silencio entre nosotros es fantasmal. Me siento aliviada cuando por fin llegamos al hospital y puedo bajar del coche.
–Gracias por llevarme –murmuro.
–De nada, lo hice encantado –me contesta, mirándome con semblante serio.
Demasiado serio para un surfista.
–Escúchame Carolina, no te quiero mal, de verdad. ¡Créetelo!
–Hm. –gruño, no muy convencida al bajar del coche–. Hasta luego.

–Hasta luego –me contesta, mirándome mucho a los ojos.

Yo desvío la mirada y sin darme la vuelta otra vez, me dirijo hacia la entrada del hospital.

¿Qué es lo que quería decirme? Odio cuando son tan misteriosos e inaccesibles. Hay más de siete mil millones de personas en este mundo. ¿Por qué he tenido que ser yo quién se tope con estos tres frikis tan complicados y eróticos a la vez?

18

Al entrar en la habitación de mi madre estoy todavía dándole vueltas a la conversación con Marcos. Por eso, al decir “Hola” y no recibir respuesta, me quedo de piedra: La habitación está vacía. La cama está hecha y en la mesita de noche hay flores frescas. ¿Dónde está mamá?

Vuelvo al pasillo y me topo con una enfermera.

–Perdone, ¿me podría decir dónde está mi madre? La señora García, habitación 312.

–¿Señora García? Ah sí, quería merendar con su marido, en la cafetería de la quinta planta.

–¿Cómo? ¿Eso significa que vuelve a estar bien? –pregunto asombrada.

–¿Es usted su hija? –pregunta a su vez la enfermera.

–Sí –asiento con la cabeza.

–Su madre es una persona fantástica, alegre y positiva. Creo que no se deja hundir tan fácilmente –se entusiasma la enfermera, para luego mirarme con compasión–. Siento lo de su prometido.

«Aaaahh, mamá, ¡te mato!» –pienso. No me lo puedo creer. Seguro que mientras tanto, todo el personal ya sabe del desastre con Tobías, inclusive el doctor amable.

Adoro a mi madre, pero es tan bocaza. Menos mal que no sabe nada de Liam, Marcos y Álex. No lo quiero ni imaginar todo lo que se le hubiera podido ir de la lengua.

Me encamino hacia la cafetería, sacudiendo la cabeza, incrédula.

–¡Carolina! ¡Que agradable sorpresa!

Los ojos de halcón de mi madre me detectan de seguida. La veo saludar con la mano, sentada al lado de la ventana, con una tarta de chocolate y nata delante de ella. A su lado, mi padre que, al verme, se levanta y se me acerca.

–Lina –me saluda, abrazándome–. ¡Qué bien verte! Siéntate. ¿Te apetece un trozo de tarta de chocolate? Es realmente muy rica. ¡Tu madre se está zampando el tercero!

–Es para mi recuperación –se justifica mi madre–. Cuando una está enferma, necesita muchas sustancias nutritivas.

–¿En forma de tarta de chocolate? –pregunto sonriendo. De entrada, quería reñir a mi madre por explicar a todo el mundo mi historial amoroso. Pero no sé porqué, nunca le guardo mucho rencor. La enfermera tiene toda la razón: mi madre es una persona alegre.

–¡Y tanto! El chocolate levanta el ánimo. Te la recomiendo, está riquísima. Además, estás demasiado delgada.

–Veo que ya estás recuperada –comento encantada. Si mi madre vuelve a hablar de su tema favorito, entonces se encuentra realmente mucho mejor.

–Sí, estoy muy bien. Si tengo suerte, el lunes me darán el alta. El médico ha dicho que soy un milagro de la regeneración –explica orgullosa. De repente se calla, se levanta un pelín de su asiento, gesticulando con los brazos–. Mira qué casualidad. Ahí está mi médico. Hooolaa, señor doctor, ¿por qué no se sienta con nosotros?

«Oh no –pienso, dándome la vuelta–. Esperaba no volver a toparme con el doctor.» Aparentemente, el destino quiere otra cosa: el doctor devuelve el saludo y se dirige hacia nuestra mesa.

–¡Hola! –Me sonríe con ojos radiantes–. Me alegro de volver a verla –proclama, sentándose a mi lado.

¡Miércoles!

–Carolina, ¿por qué no quedas un día para comer con el señor doctor? Tiene muchas cosas interesantes que contar…

–¡Mamá! –Tengo que contenerme para no darle una patada debajo de la mesa. ¿¡Por qué se mete donde no la llaman!?

Menos mal que interviene mi padre y me salva:

–Tesoro, eso es decisión de los jóvenes –comenta, dándole palmaditas en la mano.

–Por mí, ¡encantado! –El doctor coge la ocasión al vuelo.

¡Socorroooo!

Si tuviera una vida normal, hasta aceptaría su invitación, parece realmente simpático. Pero mi vida actualmente es todo menos normal… y lo mejor es ¡que me está empezando a gustar! Salir solo con un hombre, ¡qué aburrimiento! Yo, Carolina, tengo tres guaperas a mano y a ellos no les gusta nada que haya alguien más.

Dios, ya soy completamente pervertida. ¿Quién sabe si nunca más tendré ganas de estar solo con un hombre?

–¿Cómo lo tiene el próximo jueves? Es mi día libre –comenta el doctor, sin hacer caso a mi mutismo.

–Es muy amable de su parte, pero ese día todavía estaré de vacaciones –alego una excusa elegante.

–¿Vacaciones? ¿Cómo? ¿Cuándo? –pregunta mi madre, abriendo los ojos como platos–. ¿Pero mi niña, seguro que te lo puedes permitir? ¿Te lo has pensado bien? ¿Y qué pasa con lo de buscar empleo?

Antes de que me pueda continuar preguntando, la interrumpo:

–Nos vamos todos, mis compañeros y yo. No será caro, me han invitado. Es que necesito un poco de diversión y al volver, seguro que tendré más ganas de buscar empleo. A no ser que necesitéis mi ayuda, entonces cancelería el viaje.

«Uf Carolina, estás mejorando cada día.» Y no estoy ni mintiendo. Al fin y al cabo, tampoco es tan difícil llevar una doble vida.

–Bueno Lina, no me parece del todo mal. Después de todo el revuelo te mereces un poco de descanso. Vete tranquila, tu mamá y yo nos apañaremos, ya ves que está mucho mejor –comenta mi padre sonriendo.

–No tienes que preocuparte por mí –opina mi madre, poniéndose otro bocado de tarta de chocolate en la boca–. ¿Verdad doctor? Estoy casi como antes.

–Bueno, necesita cuidarse todavía un poco –comenta el médico, amenazándola con el índice. Mi madre se deshace ante sus palabras. Dio mío, probablemente vea en él el yerno perfecto–. Pues entonces nos veremos cuando esté de vuelta. –Ahora el médico se dirige a mí–. ¿A dónde van?

–Ehm... –Miércoles, me acaba de pillar. Al fin y al cabo, llevar una doble vida no es tan fácil. ¿Y ahora qué le digo? Lo mejor será decir la verdad o aquello que se le acerca más–. La verdad es que no lo sé, las chicas con que comparto el piso me quieren hacer una sorpresa.

–¡Qué majas! ¿Por qué no nos las presentas? Y a ese Liam también. A tu padre le cayó muy simpático –rebate mi madre.

–¿Está viviendo en un piso compartido? ¿Con un hombre? –El médico me observa con asombro.

–Sí, sí –continúa mi madre locuaz sin dejarme la posibilidad de contestarle–, con un hombre y dos chicas más. ¡El pobre! Seguro que no es fácil para un hombre convivir con tres chicas.

–Depende de las mujeres. Si todas son tan encantadoras como su hija, me lo imagino muy agradable –opina el médico, mirándome a los ojos.

Noto como me sonrojo, no sé si por no saber mentir o por la mirada intensa que me regala delante de mis padres.

Maldita sea, por qué no es capaz de aceptar que no es un buen momento para ligar. Probablemente

sea culpa de mi madre. La conozco, le habrá contado las mil maravillas sobre mí y el doctor se sentirá obligado a quedar conmigo para no tener la sensación de perderse algo importante. «Ay mamá, eres de un imposible» –pienso, intentando encontrar una manera elegante para salir del apuro.

El busca del médico es mi salvación. Con un pitido intenso hace desviarle la atención.

–Lo siento, el deber me llama –anuncia, acabando rápidamente su café–. Convenceré a su madre de que me deje su número de teléfono y la invitaré cuando haya vuelto de sus vacaciones. –Sale de la cafetería sin esperar mi respuesta. Le sigo con la mirada, algo horrorizada.

–Mamá, ¿qué demonios les ha contado de mí?

–Solo lo mejor. Es majo, ¿verdad? ¿Por qué no quedas con él? ¡Haríais tan buena pareja! Mucho mejor que con Tobías. El señor doctor es un hombre hecho y derecho.

Miro a mi padre, en búsqueda de ayuda. Pero él se encoje de hombros y tuerce los ojos. Muy probablemente se haya tenido que tragar ya más de un elogio sobre el señor doctor. Intento cambiar de tema y pregunto a mi madre por el curso de su curación. Menos mal que doy en el clavo: mi madre empieza a explicármelo todo sobre su mejoría.

Seguimos charlando un buen rato hasta que mi madre empieza a bostezar con ganas:

–Creo que necesito una pequeña siesta de digestión. Carolina, ves de vacaciones, te sentirá bien. Llámanos cuando estés de vuelta y disfrútalo. Tal vez estés tan relajada que tengas ganas de quedar con el médico –opina, guiñándome un ojo. Mi padre se vuelve a encoger de hombros, sin saber muy bien qué decir.

–Descansa mucho, pequeña –me comenta, despidiéndose con un beso en la mejilla. Luego ayuda a mi madre a levantarse y le alcanza su brazo:

–Tesoro, ven que te acompaño a tu habitación.

Los sigo con la mirada, sonriendo. Qué bonito que después de tantos años de matrimonio se sigan queriendo tanto. La idea del matrimonio, ¿seguirá válida para mí también, ahora que conozco otras formas de relación?

Me encamino hacia los ascensores, pensativa.

Unos minutos más tarde me hallo en la entrada del hospital, escribiendo un SMS a Liam.

¿Hola, ya estás de camino?

Sí, estoy llegando. ¿Me esperas delante de la entrada?

De acuerdo. Gracias por recogerme ㅎ

*De nada, angelito mío:**

Estoy a punto de salir por la puerta principal cuando oigo mi nombre:

–Señora López, ¡espere!

No puede ser, otra vez el médico. ¿No tiene otra cosa que hacer? ¿Atender a una urgencia por ejemplo? No le deseo nada malo a nadie, ¿pero no hay nadie cerca que se podría romper un brazo o desmayarse?

Me doy la vuelta y sonrío reservada:

–¿Sí?

–¿Me promete salir conmigo a comer?

–Mire, seguro que usted es una buena persona y mi madre le adora, pero yo necesito tranquilidad. Todavía no estoy para esas cosas.

–Lástima. –Parece realmente decepcionado, pero enseguida, su cara se ilumina–. Después de sus vacaciones lo verá todo de otra manera. Ya verá, estará tan relajada que ya no pensará en su ex y tal vez me dé la posibilidad de conocerla mejor –Me regala su mejor sonrisa y un beso en la mejilla. Ha sido tan inesperado que no tengo posibilidad de reaccionar. Luego se da la vuelta, dejándome plantada. Sacudo la cabeza, desconcertada.

Al levantar la vista, me encuentro con los ojos de Liam. Apoyado en el marco de una de las puertas, me mira de arriba abajo, con desdén. Sus ojos brillan no de azul, sino de un negro profundo. Está enfadadísimo.

¡Mierda!

–Ven aquí –gruñe agarrándome de la muñeca.

–No es lo que parece… –balbuceo.

–¡Cállate la boca! –me increpa, aumentando el agarre.

–Me haces daño.

–Querida, este es solo el principio. Ya verás lo que es hacer daño de verdad.

–Liam, yo…

–¡Qué te calles! –Se dirige hacia la limusina negra tan rápidamente que no le puedo seguir el paso. Tengo mal presentimiento: Nunca lo he visto tan enfadado. Pero si no he hecho nada. Al menos tendrá que dejarme ocasión para que le pueda explicar todo.

Hasta su chofer, que normalmente no deja entrever sus emociones, arquea una ceja, sorprendido por el semblante de Liam. Pero no dice nada, sino que abre servilmente la puerta. No es que me caiga muy bien este señor, pero esta vez hasta me alegro de verle, porque así no estaré a solas con Liam. De alguna forma, me infunde bastante miedo.

Cuando se pone en marcha la limusina, Liam sube la mampara divisoria que separa el interior lujoso de la cabina del chofer.

–Liam, de verdad, entre el médico y yo no hay nada –empiezo.

–No me mientas –me reprende–. ¡He visto como te besaba!

–Sí, pero solo en la mejilla y seguro habrás visto como me cogió por sorpresa.

–Me da exactamente igual como fue. Lo que cuenta es que tú lo hayas consentido. Tus señales debían de ser muy explícitos para que se sintiera seguro de poder besarte. Ya te dije que no tolero que te toquen otros hombres mientras estés viviendo con nosotros.

–¡Estás *chalao*! –Sacudo la cabeza, contrariada–. No he hecho nada de nada, ni hoy ni otras veces. Fue mi madre a incitarlo y no tengo ni idea de qué le contó de mí. Por lo visto, a mi madre le gusta y está obsesionada con que quede con él.

Liam no reacciona. Aprieta un pequeño botón situado en el techo:

–Salga en la próxima área de descanso y haga una pausa –instruye al chofer–. Le comunicaré cuando hayamos acabado.

Trago saliva. Su tono de voz sigue siendo muy agresivo, y ¿qué querrá decir con “cuando hayamos acabado”?

Cuando veo como el chofer sale de la autopista y aparca el coche a una buena distancia de la cafetería, cavilo si bajar del coche y salir corriendo. Liam parece haber intuido mis pensamientos porque aprieta otro botón y deja cerrada la parte interior.

–¡Qué pasa! –le riño.

–Lo vuelvo a repetir una única vez: ¡Cállate la boca!

–¿Y si no quiero?

Me agarra del pelo tan de repente, obligándome a tirar la cabeza hacia tras, que me es imposible defenderme.

–¡Ey! Déjame. –Liam no me hace caso, sino que me obliga a mirarle a los ojos.

–Tienes dos posibilidades, angelito –gruñe–. O haces exactamente lo que te diga y entonces aún saldrás bien parada o continúas con tus tonterías, pero entonces te prometo que siempre recordarás el día de hoy.

Me invade un pequeño chute de adrenalina. Su semblante enfadado y sus palabras me desconciertan. Aun y así, este juego de poder me excita. Tal vez valdría la pena decidirme para la segunda opción.

–¿Qué quieres que haga? –pregunto vacilante.

–Quitarte pantalón y braguita y arrodillarte en frente del asiento. –Trago saliva:

–¿Y luego qué?

–¡Ya lo verás!

Dios, me encanta cuando está tan dominante. Mi clítoris empieza a latir en el acto y noto como me humedezco.

De acuerdo, si es eso lo que le pone.

Creo que mi bajo vientre está listo otra vez para que me follen con fuerza.

Me descalzo, abro mis pantalones y los dejo bajar poco a poco, pero mantengo mis bragas puestas. Luego me arrodillo encima de la alfombra suave y apoyo mis brazos encima del asiento delante de mí.

–¿Así es de su agrado? –Intento dar a mi voz un tono de autocomplacencia para enmascarar mi inseguridad. No quiero que Liam note que tengo miedo de él, esto nunca. No he hecho nada malo. Al contrario, me he comportado correctamente. No es mi culpa si al médico le ha dado por desbocarse.

–Sí, así está bien, no te muevas.

–¿Y ahora qué? –le pregunto. Si me pongo a su merced, quiero saber qué está tramando.

–Te lo acabo de decir: Te castigaré por tu comportamiento. Mira hacia adelante mientras te zurro en el culo.

–¿Qué? –Giro la cabeza y veo como se abre el cinturón sacándolo de un tirón de los pasadores de sus pantalones.

–¿Te has vuelto loco? –Me levanto horrorizada y me siento en el asiento en frente de él. ¿Se ha vuelto completamente loco? No me dejaré golpear, ¡nunca!

–Escúchame angelito. Has infringido una de las reglas de nuestro contrato. Mientras vivas en nuestro piso, los otros hombres son tabú. Si infringes dicha regla, tenemos el derecho a castigarte y yo he escogido esta forma. Resumiendo: o te vuelves a arrodillar y me quedaré con diez golpes o continúas oponiéndote y entonces te agarro y te golpearé hasta que no me queden fuerzas, y eso puede durar.

Trago saliva. Parece que esta vez va en serio. No puedo salir corriendo y si me pongo a gritar, nadie me oirá, el coche más próximo está bastante lejos.

–Pero si no fue nada –intento otra vez–. Creo que estas sobre reaccionando y me das miedo.

–Muy bien, que tengas miedo. –Me fulmina con su mirada–. ¡Arrodíllate!

–¡Ni hablar! –Sacudo la cabeza–. Creo que te estás pasando. Me gusta tener sexo duro contigo, pero no me dejo pegar, así sin más.

Liam sigue enfadado, pero aparentemente mis palabras le hacen reflexionar:

–O sea, ¿si te follo te puedo pegar? –pregunta con ojos brillantes.

–Si me apetece…

–¡Ja! Me da bastante igual si te apetece o no. Vale, te creo que no le hayas provocado a propósito. Estoy dispuesto a atenuar el castigo. –Se baja pantalón y bóxer de un tirón, soltando la polla erecta. El rol de dominador le ha empalmado.

Le miro, insegura.

–Ven aquí, siéntate –me ordena, enseñando su polla dura. Cambio de sitio cautelosa y me siento a su lado.

–Maldita sea, Carolina. Que te sientes encima de mí, no a mi lado –gruñe–. Haz lo que te digo o me lo pienso y me sirvo del cinturón.

–Pero no si no estoy húmeda todavía –le contesto, mirando dudosa su pene enorme y duro.

Liam hace una mueca, se lame el índice y el dedo mediano, abre mis piernas y me penetra con los dos dedos, encontrando, como siempre, el punto G a la primera. Con el dedo gordo estimula con fuerza mi clítoris. Mi cuerpo reacciona al acto a sus caricias y noto como me humedezco.

Vieja traidora –amonesta mi cabeza a mi feminidad.

¡Qué pasa! Es que me pone –contesta mi bajo vientre.

–Eso tiene que bastar –opina Liam, retira sus dedos y da palmaditas sobre sus muslos–. ¡Ven aquí!

Me pongo encima de su regazo y bajo mi pelvis poco a poco. Al rozar su glande me paro:

–Igual no tengo ganas –le digo sonriendo, con un asomo de megalomanía.

Como respuesta, Liam deja ir un gruño, apretándome hacia abajo y empalándome con tanta fuerza que dejo ir un grito. Me penetra hasta el tronco, clavándomela una y otra vez, sin piedad. Con su mano izquierda me levanta la nalga, obligándome a acoplarme a sus golpes despiadados.

–Basta de folleteo, pasemos al castigo. –Levanta su mano derecha para dejarla caer con fuerza en mi culo desnudo. Durante un tiempo que se me hace interminable, me folla con tanta fuerza como nunca lo había hecho, mientras me continúa zurrando. Grito por dolor y por placer, porque, a pesar de su brutalidad, siento mucha pasión. Mi culo arde y mi clítoris late de deseo y me lleva en poco tiempo al orgasmo. Pero Liam no piensa parar y sigue y sigue follándome y pegándome. Estoy segura de que esta vez me dejará huellas en la piel.

–No, no puedo más –me quejo, intentando bajar de su regazo. Pero él me tiene muy agarrada.

–Alégrate de que te folle. De otra forma, te dolería mucho más –me rebate, clavándola dos veces más. A la tercera, oigo come se corre con un gruñido.

19

No paro de moverme en el asiento. Uno, porque no encuentro la posición adecuada para no notar los efectos del castigo y dos, por no saber como comportarme con él. El sexo que acabamos de tener es diferente: bruto, violento y del todo desconsiderado. De hecho, no tengo ningunas ganas de hablar con Liam, pero deseo contacto físico, que me abracen.

«Dios, todo esto es de locos. Toda mi vida es de locos.

Sacudo la cabeza, contrariada.

Liam no parece o no quiere darse cuenta del dilema emocional en el que estoy metida. Tiene su portátil encendido y consulta los correos electrónicos, sin hacerme caso alguno.

¿Cómo se permite? ¡Después de lo que acaba de hacer conmigo!

Aunque haya renunciado al numerito con el cinturón, creo que ha sido demasiado duro conmigo.

¿Se hubiera enfurecido con todas las chicas? ¿O tal vez estas damas nunca le hayan provocado? ¿De veras es un tema de incumplimiento de contrato o tiene celos del médico? ¿Pero como puede tener celos a tiempo definido? Y cuando ya no viva con ellos y me ligue al médico, ¿le daría igual? Sigo sin entender la idea de base: Yo no creo ser capaz de hacer depender mis emociones de la duración de un contrato. Me siento humillada, tal vez fue esta su intención, que me sintiera mal.

«A veces eres un gilipollas integral, Guillermo Aldeconde», pienso contrariada, mientras estoy buscando mi móvil en el bolso. Yo también soy capaz de mirar mis mails.

Publicidad, publicidad, publicidad. Un mail de la señora Baena enviando la propuesta de mi certificado de trabajo y … otro mail de Tobías en el que me pregunta si podemos vernos.

Este también está chiflado.

Aparentemente, se han vuelto locos todos los hombres a mi alrededor. Doy al botón “Eliminar” y el correo desaparece a la papelera, donde tiene que estar.

Cuando el coche entra en nuestra calle dirigiéndose hacia el garaje dejo ir un suspiro de alivio: no hubiera aguantado ni un segundo más el silencio frío entre nosotros.

–Gracias –Liam se dirige al chofer que, muy cumplidor, le está abriendo la puerta, dándole una palmadita en el hombro–. Ya puede retirarse. Nos vemos mañana a las siete–. El chofer asiente con la cabeza, manteniendo abierta la puerta también para mí, aunque me siga tratando con desdén. «Muchas gracias» pienso molesta.

Al llegar al ascensor sin que hubiésemos dicho palabra, exploto:

–¿Me harías el favor de dejar de hacer eso?

–¿El qué? –pregunta, arqueando una ceja.

–De ignorarme. Odio que me ignoren.

–¿Mejor así? –pregunta socarrón, agarrándome de las muñecas y dejando caer una buena palmada en mis nalgas maltratadas.

–¡Ay! –le bufo, intentando darle un puñetazo en el estómago. Pero Liam es más rápido: me para el golpe y, de un tirón, me sujeta la mano a la espalda.

–Déjame – rechisto, intentando golpearle con un pie.

–Qué cabrona rebelde eres –me gruñe, apretándome con su cuerpo contra la pared del ascensor. Noto el metal frío en mi espalda y sus pectorales esculpidos en mis pechos.

Esperaba que me volviera a golpear o me mordiera en el cuello o algo por el estilo, por eso me

coge del todo desprevenida al besarme con dulzura. Sus labios rozan los míos como si de un tesoro valioso se tratasen y su lengua juguetea muy suavemente con la mía. Adoro los besos de Liam, pero este supera a todos los anteriores: está tan lleno de sentimiento que no puedo contener las lágrimas. Bajan por las mejillas, humedecen las comisuras de mi boca y le otorgan a nuestro beso un gusto salado.

–Sh, no llores –refunfuña Liam con voz tomada, besándome las lágrimas de las mejillas–. Lo siento, pero no pude aguantar ver que otro te besara.

Estoy demasiado revuelta para contestarle. No le acabo de entender. Como puede ser tan sentimental y frío a la vez. ¿Cómo haré para olvidarle? ¿Cómo podía creer que no me acabaría enamorando de él? ¿Cómo pude engañarme a mí misma? Marcos tenía toda la razón. Todo esto no puede tener un final feliz. Estoy a punto de enamorarme de mi vida nueva y de las personas que hay en ella. Y de una más que de otras…

Darme cuenta de esto me arrolla con tal intensidad que empiezo a llorar a lágrima viva.

–Angelito mío, no llores. Todo se pondrá bien –intenta tranquilizarme Liam, abrazándome.

–Nada –sobo–, nada será como antes. En unos días volveré a estar sola. ¿Cómo podré seguir sin vosotros… sin ti? –Mi arrebato de sentimientos no le parece coger por sorpresa.

–Lo podrás, ya verás –Me acaricia la cabeza –Sé que serás capaz. Estás algo desorientada y es por mi culpa, lo siento, de verdad.

–Exacto, solo estoy algo confundida. Todas las demás damas siguen vivas –le contesto con amargura. No puedo dejar de pensar en Nicole, la pobre. Si supieras…

–¿Y si no quiero seguir sin vosotros? –le pregunto.

Obviamente, no me da la respuesta que me hubiera gustado oír, al contrario:

–Sí que querrás, ¡créeme! –Por un momento me mira a los ojos y su mirada me da una punzada en el corazón. Parece triste, muy triste, pero luego sacude la cabeza y la mirada desaparece.

¿Qué querrá decir con eso? ¿Por qué querré desear salir del piso?

–¿Qué quieres decir con eso? –lloriqueo.

–¡Nada! –Vuelve a ser el Liam de siempre–. Siempre supiste que nuestro tiempo era limitado, no hablemos del futuro, disfrutemos de las vacaciones. Saldremos mañana, te gustará, ya verás.

Le miro desconcertada. ¿Cómo hace para apagar los sentimientos así, sin más, y hablar de vacaciones en un momento como éste?

–¿Siempre lo haces así? ¿Negar tus sentimientos, sin más?

–Sí –asiente con la cabeza, poniendo cara de impenetrable –Y es lo que tendrías que hacer tú también.

Jolines… Liam es ya el segundo que me aconseja que no me involucre emocionalmente. De hecho, sus palabras tendrían que desesperarme, pero es todo lo contrario, me enfurecen. Creo que le gusto más de lo que quiere admitir. Entonces, ¿dónde está el problema? Que le resulta imposible ser monógamo o ¿habrá otra cosa?

«*Oh no, Carolina, ¿qué haces?* –riñe mi mente–. *Baja del burro. Os gustáis, de acuerdo, ¿Y? No estás enamorada, no, no te lo puedes permitir...*»

Pero no es tan fácil.

Al llegar a casa me encuentro bastante desconcertada. Mi corazón está desbocado y estoy mareada por el caos emocional. Primero sexo duro, luego un beso superdulce… me hace perder el oremus, maldita sea.

Menos mal que Marcos no ha llegado todavía. Álex tampoco parece estar en casa. Me encierro en

mi habitación, quiero estar a solas, bueno no me queda otra, porque Liam se despidió con un “Todavía tengo que arreglar algún asunto” y se retiró a su habitación, dejándome plantada.

¡Idiota!

Me estiro en la cama, boja abajo. No me queda otra opción: lo intenté boca arriba y lo tuve que dejar de seguida. Liam ha hecho un buen trabajo. Tengo que admitir que me pone cuando Liam me zurra en el culo durante el sexo. Pero ahora, ya no es muy sexy, duele, y mucho.

«Gracias Liam, por tu culpa no solo estoy emocionalmente tocada, no, también me duele el cuerpo» –pienso, escondiendo mi cabeza entre los brazos. Sigo teniendo ganas de llorar.

–¿Gatita? –Se oyen golpecitos en la puerta–. ¿Estás bien?

Mira, resulta que Álex sí está en casa. Me hubiera gustado que fuera Liam a animarme, pero, mira por dónde, tengo alternativas. En este momento incluso prefiero a Álex, él nunca me ha tratado mal.

–Regular –refunfuño.

–¿Me dejas entrar?

Me levanto de la cama y le abro la puerta.

–Pero ¿qué te pasa? –Álex es capaz de coger al vuelo mi estado de ánimo. De los chicos, él es el único al que le queda una pizca de inteligencia emocional.

–¡Ven aquí! –Abre los brazos y yo me arrimo a su pecho. Con delicadeza, me acaricia la cabeza, pasándome sus dedos largos y finos por mi pelo rubio–. ¿Qué pasa? Liam está de mal humor. ¿Os habéis peleado?

–Sí, más o menos –le contesto.

–¿Quieres que hablemos?

–No –Sacudo la cabeza–, mejor que no.

Álex asiente con la cabeza, comprensivo. Es lo que me gusta de él, que no insiste, sino está para escucharme. De él también me podría enamorar… pero mejor no pienses en estas cosas Carolina.

–¿Te apetece escuchar un poco de mi música? –pregunta–. Estoy trabajando en una melodía nueva. Si vienes a mi habitación, te la toco.

Asiento con la cabeza. Escuchar a Álex tal vez me haga pensar en otras cosas. Solo espero que no sea una obra muy triste.

«Qué pasada» es lo que me digo a mí misma unos minutos más tarde. Álex es un genio. La breve pieza que me toca es muy bonita, pura energía y para nada triste, menos mal.

Me mira expectante:

–¿Y qué? ¿Te ha gustado?

–¿Si me ha gustado? ¡Es una locura!

–Me alegro –me sonríe–. Es que la compuse para ti.

«¿Qué? ¡No lo dirá en serio! ¿Alec Gibraldi ha escrito una pieza para mí? ¡Dios mío!»

Sus palabras me dejan tan descolocada que empiezo a tartamudear:

–Me, me estás to- tomando el pelo, ¿verdad?

–No, ¿por qué crees que te estoy tomando el pelo? ¡Me inspiras!

Eso sí que me deja sin palabra. Esto sí que es guay… aunque:

–¿Las otras chicas también te inspiraron a componer obras musicales? –Hago la primera pregunta que me ronda por la cabeza.

–Hubo otra, aparte de ti. Tú eres algo muy especial. Me encanta que seas tan natural y auténtica. La mayoría de nuestras chicas están bastante curadas de espanto. Seguro que de no serlo, no hubieran contestado a nuestro anuncio. A veces, pareces una gatita indefensa, y es lo que me gusta, aunque hay momentos que me preocupo por ti, por si al final serás capaz de llevarlo bien.

–¿Álex?

–¿Sí?

–¿No os habéis planteado nunca dejar vivir a una chica de forma permanente en este piso?

–No, porque no funcionaría.

–¿Por qué no?

–Porque actualmente, nadie de nosotros quiere perder su corazón por ninguna mujer y es lo que pasaría inevitablemente después de algún tiempo.

–¿Y tú crees que eso no puede ocurrir después de cuatro semanas?

–Tal vez sí, por eso es muy excitante también. Tener sexo con personas que te caigan bien es mucho más divertido. Sin embargo, no creo que en cuatro semanas pueda desarrollarse algo serio. Además, las mujeres normalmente no quieren compromisos. Son como nosotros, quieren diversión.

–¿Todas? –pregunto, arqueando una ceja. Sé al menos de una, Nicole, que no es así.

–Hubo una chica que acabó obsesionándose conmigo y que intentó contactarme pasadas las cuatro semanas. Probablemente fue culpa mía. También me inspiró, pero no porque fuera tan dulce e inocente como tu, sino porque era absolutamente imprevisible y estaba loca de atar. Nunca le di esperanzas. Creo que le gustaba porque soy famoso. Seguro que ya lo ha olvidado todo.

«Si supieras» pienso. Cómo que no dais esperanzas, Nicole tenía toda la razón: Los chicos son unos demonios. Pero yo ya soy adicta a ellos, no hay vuelta atrás. Solo espero que al acabar las cuatro semanas sea capaz de llevar bien la separación y no me convierta en carne de cañón de psiquiatra.

«Vaya día» –me digo a mí misma, cuando, de vuelta a mi habitación, estoy haciendo la maleta para el viaje. Los chicos pueden conmigo. Los tres me acaban de decir que conmigo, todo es diferente. Pero, en vez de alegrarme, creo que tenemos un problema.

¿Será por el buen tiempo o tal vez por las hormonas?

Necesitaría hablar con una amiga, pero no puedo, por la maldita cláusula de discreción. De todas formas, mi primera opción sería Mona, pero uno, todavía no ha vuelto y dos, se acostó con Álex. ¡Mi vida es un desastre!

20

–¡Despierta dormilona!

¿Cómo? ¿Qué me despierte? ¡Pero si es de noche todavía!

Me cubro la cara con la almohada y decido ignorar la voz a mi lado.

Anoche, cada uno de los chicos tenía cosas 'importantes' que hacer. Después de haberme tirado la tarde sola mirando la tele y que no se dejaran ver ni Marcos ni Liam, decidí dormir a solas en mi habitación. Me hubiera gustado hablar con Liam, pero no vi razón para ir detrás de él después de haberme tratado de esta manera.

Me costó dormirme porque le di muchas vueltas a lo que pasó durante el día y porque mis nalgas seguían doliéndome bastante.

–Venga angelito. Nos tenemos que dar prisa. ¡Levántate! –La almohada vuela por la habitación.

–Déjame, tengo mucho sueño –me quejo parpadeando, todavía medio dormida.

Liam está sentado en mi cama, ya vestido con unos vaqueros y una de estas camisetas ceñidas que habría que prohibir. Vaya vista, y eso por la mañana, pero no le diré nada. Todavía estoy enfadada por lo de ayer. Hubiera podido cuidar un poco de mí. Dejarme así tirada, después de todo lo que pasó, fue todo menos amable.

–¿Qué tal tu culo? –pregunta socarrón.

«Idiota» pienso, renunciando a una respuesta. Pero ya me ha puesto una mano por dentro de mis bragas, dejando las nalgas a descubierto. Estoy demasiado dormida todavía para defenderme.

–Ah, mira –opina fresco–, tampoco tan grave como pensaba. Se ven unas huellas, nada más. Parece que no te haya zurrado tanto como te merecías.

Le doy un pellizco en el muslo, tan fuerte como soy capaz.

–¡Ey! –se queja, encogiéndose.

–Espero que te quede al menos un moratón –le espeto–. Todavía estoy enfadada contigo. No me gustó nada que no me hicieras caso anoche.

–Para alguien que está media dormida tienes bastante fuerza –comenta Liam, fregándose el sitio dolorido–. Dejemos lo de ayer, ¿te parece? Vístete, no nos queda mucho tiempo. El chofer nos recogerá de aquí a media hora.

Me incorporo, sacándome un mechón de la cara. Puede que tenga razón y sea mejor olvidar el día de ayer. Mis nalgas ya no duelen tanto y la escena en el ascensor, mejor la olvide también. Así como los comentarios de Marcos y Álex. Hago como los chicos, con represión, porque la verdad, me hace mucha ilusión que salgamos los cuatro de vacaciones. Disfrutaré a tope del poco tiempo que me quede con ellos. Aunque haya dormido poco, me siento más segura de mí misma. Lo de ayer al final era solo un desliz emocional.

«*Muy bien Carolina, continúa así*» me felicita mi mente.

Mi corazón no puede contestar: lo acabo de amordazar.

–De acuerdo, me doy prisa –le contesto, saltando de la cama. Media hora es poco tiempo, todavía tengo que ducharme y meter cuatro cosas en mi bolso. No hay tiempo para pelearme con Liam.

Es la primera vez que viajo con los tres chicos en la limusina. Y la verdad, me hubiera gustado renunciar a ello. Los recuerdos del viaje de ayer aún son muy recientes y dolorosos. Sin embargo, Liam mantiene su promesa y no hace ningún comentario inapropiado, aunque se le note una sombra de sonrisa en su boca. Hago un gesto de desaprobación con los ojos al que él me contesta riñéndome con el índice. Marcos tampoco parece estar muy cómodo:

–¿No hubiera sido mejor pedir un taxi? –se queja–. Sabéis de sobras que no me gusta nada desplazarme en este tanque.

«Lo mismo digo –pienso–. Quién sabe si a Marcos tampoco le cae simpático el chofer»

–Relájate –le rebate Liam–. De esta manera es mucho más cómodo. Además, este “tanque” no es nada comparado con el medio de transporte que nos espera.

–¿Qué quieres decir con eso? –quiere saber Marcos.

–¡Sorpresa! –rebate Liam con una sonrisa–. Pero creo que os gustará.

Tres cuartos de hora más tarde nos hallamos delante de un jet privado, de color blanco y muy elegante. Me quedo boquiabierta: Dios mío, una cosa así solo la había visto en la tele. ¿Subiremos a este avión? Parece tan nuevo que me pregunto si ha hecho ya su vuelo inaugural. ¿Será de Liam?

–¿Y qué? ¿Os gusta nuestro medio de transporte? –pregunta Liam.

–Flipo –contesta Marcos encantado. «Como le gustan los aviones…–me digo a mí misma– le da exactamente igual de que se trate de una variante megalujosa.»

–¿No será tuyo, verdad? –le pregunto.

–No –me contesta riendo–, no tengo aviones. Es alquilado.

–¿Y porqué no volamos con un avión comercial? –sigo preguntando

–Por eso –contesta Liam, indicando la escrita roja que adorna el lado del avión.

Miro la escrita en letras arabescas: S AA

–¿SAA? ¿Qué línea es esa? –quiero saber. No he oído hablar nunca de una línea aérea con este nombre. No es que volara a menudo, con el miedo a las alturas que tengo, intento evitar todo lo que vuela por encima de los seis metros de alzada. Pero las aerolíneas más conocidas me suenan, es de cultura general.

Los ojos de Liam brillan socarrones:

–Álex, ¿tú lo sabes, verdad? ¿Le quieres contestar tú? –se dirige a su amigo. Éste asiente con la cabeza y se ríe:

–Oh sí. Ya tuve el placer de volar con este avión. SAA son las siglas de *Secret Amour Airlines*.

Marcos le da una palmadita en el hombro de Liam:

–Este es el avión *Miles High Club*, ¿verdad?

–Efectivamente –afirma Liam con una sonrisa, marcándosele aún más el hoyuelo de la barbilla.

¿*Aerolíneas Secret Amour*? ¿*Miles High Club*? Me suena haber oído hablar de este último, pero no me acuerdo dónde.

–¿Qué era lo de *Miles High Club*? –pregunto.

–Me encanta verte tan inocente –me contesta Marcos, ciñéndome amigablemente el brazo alrededor de mi hombro–. Para entrar a formar parte como miembro del *Miles High Club*, hay que haber tenido sexo a partir de una cierta altura. Creo que con este vuelo Liam te quiere otorgar un estado de Platino, una distinción especial, vamos. No creo que ningún miembro de este club tan selecto haya tenido sexo con tres hombres a la vez.

Sus palabras me provocan un chute de adrenalina que se instala directamente en mi bajo vientre. Era de esperar que Liam no se pusiera en viaje así, sin más. ¡Esto promete! Tal vez me olvide del miedo a volar. ¿Y la tripulación? No creo que estemos a solas a bordo. Espero que Liam no quiera follarme delante de las azafatas, o ¿tal vez sí? Dios mío, no estoy tan curada de espantos, al menos no todavía.

Jugueteo con un mechón, nerviosa. Pero antes de poderle preguntar más cosas, se abre la puerta del avión y aparece el capitán, seguido por dos azafatas de buen ver, en uniforme y con el logo de la aerolínea en el pecho. Todo eso me recuerda a un peliculón de Hollywood y no puedo contener una risa sofocada.

–¿Qué te parece gracioso? –quiere saber Liam, ayudándome, todo un caballero, con mi equipaje de mano.

–Es que todo eso me recuerda a una de estas películas de Hollywood –le contesto sonriendo.

–Angelito, las apariencias engañan, no es como en una película de Hollywood, sino como en una película erótica supersalida. Espérate y verás –me rebate, guiñándome un ojo, mientras sube la escalerilla.

–Espera que te ayudo. –Marcos me agarra de la cintura y me levanta, encima de su hombro, llevándome escalerilla arriba. Dejo ir un grito de sorpresa–. Quiero asegurarme de que subas al avión. –Su voz suena divertida–. De hecho soy el único que ha volado contigo y sé cómo te comportas.

–No es que hayas volado conmigo, sino que me has echado del avión –le rebato, pegándoles en la espalda con los dos puños–. Bájame ahora mismo. ¿Qué impresión damos?

–El que toca: tres ricachones se van de vacaciones con su concubina.

–Idiota –le refunfuño, pero me quedo quieta para que no perdamos el equilibrio y volemos escaleras abajo. No sería un muy buen inicio para nuestras vacaciones.

Cuando por fin llegamos a la entrada del avión, me recoloca en el suelo. Las caras del capitán, del copiloto y de las dos azafatas me miran divertidas y yo noto como me sonrojo.

«Vaya numerito» me digo a mí misma. Aunque, bien pensado, si se trata de un club erótico volador ya habrán visto de todo. No creo que sea nada extraordinario con mis tres gamberros.

–Bienvenida a bordo, espero que disfrute del vuelo –me saluda el capitán, haciendo una reverencia.

«Ja ja», me río para mis adentros. Más claro agua. El capitán me alcanza su mano para ayudarme a salir a bordo. Al menos es mucho más amable y atento que el chofer de Liam. Las dos chicas nos regalan una sonrisa de bienvenida. Yo sigo a mis chicos al interior de la cabina, algo nerviosa por lo que pueda pasar durante el viaje.

21

«Dios mío –pienso al entrar a la cabina de pasajeros–. Esto es mejor que cualquier película de Hollywood, ni James Bond ha tenido nunca una cosa así.» Dos sofás blancos enormes con cinturones integrados, un pequeño mueble bar, cinco butacas de cine, una pantalla descomunal y una cama gigantesca satisfacen todos los deseos imaginables.

Pero esto no es todo: ¡hay que ver las dos ventanas panorámicas en los dos lados del fuselaje! Hasta ahora solo había visto las ventanillas típicas de un avión. Estas sin embargo son de locura: abren la vista al exterior tanto desde la cama como desde el sofá. No sabía que existiesen cabinas con ventanales de este tipo. Creía que una vista así solo estaba reservada a los pilotos en la cabina de mando. Seguro que el vuelo valió una fortuna.

–¿Te gusta? –pregunta Liam sonriendo, al ver mi estado de asombro.

–¿Qué si me gusta? Es la bomba –le contesto entusiasmada.

Una de las azafatas se nos acerca, se apodera de nuestro equipaje de mano, comentando:

–Les invito a tomar asiento y abrocharse los cinturones. Despegaremos en pocos minutos.

–Tú te sientas a mi lado –decide Liam, agarrándome de la mano para llevarme a uno de los sofás.

–Perfecto –ratifica Marcos, tomando asiento en el otro sofá–. Si es el precio para que podamos disfrutar de este vuelo fenomenal, puedes quedarte con ella todo el rato. Me parece fantástico volar en este avión. Una vez más, te has superado a ti mismo.

–Gracias por el cumplido, pero no pensaba estarme quieto durante todo el vuelo –comenta socarrón–. Pensaba más en algo activo, ¿tú que dices?

–Me parece buena idea –rebate Marcos riendo–. Además, queremos que Carolina se convierta en miembro del *Miles High Club*.

–Lo mismo digo, Liam –comenta Álex al tomar asiento al lado de Marcos–. ¡Muy buena idea, Liam! ¿Nos desvelas a dónde volamos?

–¡No! ¡Dejaros sorprender! –contesta Liam. Por lo visto, está disfrutando de su rol de “agente de viaje”. Hoy parece muy relajado y sereno, todo lo contrario de ayer. Se ríe a carcajadas lo que hace reaparecer el hoyuelo en su mentón. Está guapísimo con sus *shorts* hilachosos, la camiseta blanca ceñida y sus *sneakers*, podría pasar por un modelo de moda deportiva. Además, esos ojos de azul intenso y el pelo negro tupido que le cae en la cara… Dios… no conozco hombre en la tierra que sea tan sexy. Excepto Álex y Marcos, obviamente, que también están para comérselos. Marcos viste como siempre de surfista y el pelo lo lleva algo mojado porque fue el último en saltar a la ducha. Álex va vestido de manera muy informal: unos vaqueros tipo short y un jersey con capucha que acaba de sacarse. Debajo aparece una camiseta blanca sin mangas que destaca sus bíceps y el vientre plano. El color natural de la piel de Álex es moreno, lo que confiere un bonito contraste con la indumentaria blanca. Si le pudiesen ver ahora sus fans, seguro que se le tirarían encima. Maldita sea, qué guapos mis hombres y qué maliciosos. Una mezcla perfecta.

«Al carajo las azafatas –pienso–. Lo que me gustaría ahora es follar con mis chicos, con o sin espectadores, me da exactamente igual». Solo con pensarlo se me endurecen los pezones.

Aun así, noto un inicio de pánico, cuando, unos minutos más tarde, el avión empieza a moverse. Pero lo atribuyo a mi miedo a volar y no a los comentarios sobre la afiliación del *Miles High Club*. Al despegar el avión, clavo mis uñas en el suave tapizado del sofá.

–Angelito, no tengas miedo. –Liam coge mi cabeza entre sus dos manos y suavemente, la hace girar hacia él–. ¡Mírame!

Me pierdo en sus ojos y por un breve momento, mi respiración se para. Su mirada está tan llena de

cariño que mi corazón da un brinco.

«Maldita sea Liam, si quieres que no me involucre con mis emociones, deja de mirarme de esta manera.»

Sin embargo, Liam no piensa desviar su mirada. Se me acerca y, con la punta de la lengua, empieza a dibujar los contornos de mis labios. Muy lentamente, entra con la lengua en mi boca y su beso es tierno y tranquilizador, no tan intensivo como el del ascensor, pero aun así, muy delicado.

–Liam, ¡deja que tome aire! –La voz de Marcos me hace volver a la realidad. Ahora se dirige a mí–. Lo has conseguido cariño, estamos arriba.

Respiro hondo y miro afuera. Efectivamente, ya estamos volando a una altura considerable. Las casas y las carreteras debajo de mí parecen juguetes. Noto que empiezo a tranquilizarme. Los despegues y los aterrizajes son para mí los momentos más horribles. Menos mal que gracias a Liam ni me he dado cuenta del despegue. Las azafatas entran a la cabina y sirven champán y delicias para picar. Hacemos un brindis y tomo un trago de mi copa. Necesito coger un poco de valor. Quién sabe lo que están tramando Liam, Álex y Marcos. No está de más tener un poco de alcohol en el cuerpo.

–Pues a ver si nos animamos un poco hasta haber alcanzado la altitud de vuelo –comenta Liam, desabrochándose el cinturón.

–¿Una película? –pregunta Álex.

–Exactamente –sonríe Liam–. Adoro que sepas siempre lo que quiero.

–Tesoro, yo también te quiero –rebate Álex con ojos brillantes.

–Chicos, ¿queréis que os dejemos solos? –pregunta Marcos, siguiéndoles el juego.

–Ya te gustaría, ya, pero aquí se comparte –le contesta Liam–. Ven angelito, he escogido una película especialmente para ti.

Me río con ganas. Adoro cuando se toman el pelo mutuamente. Además, la manera de tratarse demuestra una profunda amistad. Algo de locos por lo que concierne a la vida sexual, pero una se da cuenta de cuánto se admiran. «Envidiable –pienso–, amigos así se encuentran pocas veces en la vida.»

También me desabrocho el cinturón y me cambio a una de las butacas de cine. Solo con pensar en la última experiencia cinéfila con ellos me humedezco. Fue tan sexy y vicioso… a ver qué pasa ahora.

Me lo hubiera tenido que imaginar que para “animarse” no veríamos una película normal. En la pantalla aparece una mujer a punto de ser follada. Está acostada de espaldas, con las piernas estiradas hacia arriba, permitiendo la vista a su parte más íntima. Un hombre bien apuesto juguetea primero con los dedos, luego la penetra con su polla mientras que otro conquista su boca. La mujer empieza a gemir cuando los dos aumentan el ritmo de penetración.

No me gustan las películas porno, pero con la expectativa de lo que me está esperando me parece increíblemente excitante ver la película. Ninguno de los chicos muestra ninguna iniciativa para tocarme. Están sentaditos en sus butacas, mirando la pantalla. Eso me excita aún más y hace que se me humedezcan las bragas.

«Carolina, estás completamente degenerada –pienso maliciosa–. Hasta te excitan los pornos.»

El segundo hombre cambia de posición y se pone detrás de la mujer. Contengo la respiración al ver como empiezan a follarla entre los dos, por detrás y por delante.

–Esto lo sabemos hacer mejor, ¿verdad chicos? –Liam se dirige a sus amigos.

–¡Y tanto! De hecho, podríamos empezar, ya hemos alcanzado la altura necesaria –replica Marcos, señalando a un marcador digital colocado en una de las paredes de la cabina.

–¿Por qué altura correcta? –pregunto cautelosa. Si Marcos cree que voy a saltar otra vez de un avión ¡lo tiene claro! No lo volveré a hacer nunca más.

–Para convertirte en miembro del *Miles High Club* hace falta algo más que tener sexo en un avión,

tiene que ser a partir de una cierta altura –me explica Álex.

–¡Exacto! Y acabamos de alcanzarla –informa Liam. Su mirada pasea por todo mi cuerpo y yo noto como me sonrojo–. ¡Desnúdate! –ordena–. Ahora te demostraremos que somos mejores que los dos hombres de la película.

–Pero solo si os quitáis la ropa también –le rebato.

Álex se ríe:

–Gatita, eres única. Eres capaz de que el dominante de Liam llegue a su límite.

–Pues, has dado en el clavo –contesta Liam, fingiendo una mueca de desaprobación.

–¿Por qué no formáis un grupo de autoayuda? –propongo sonriendo

–Tal vez lo hagamos, pero no sé si acabaría bien para ti. Habéis oído a la señora chicos, ¡a desnudarse!

–¿De verdad? –Estoy tan extrañada que me paro en el acto–. ¿Hacéis lo que os pide?

–Excepcionalmente sí. Todo esto es por ti, nosotros ya somos miembros del *Miles High Club*. Marcos y yo no tuvimos tanta comodidad ni teníamos un avión privado, pero nos hicieron miembros de todos modos. –Liam se quita la camiseta ofreciendo la vista a sus pectorales–. Para Álex fue más fácil, también tuvo un vuelo privado.

Álex asiente con la cabeza:

–Exacto, pero yo, al contrario que Carolina, tuve el placer de estar acompañado solo por dos señoritas. Ella nos sobrepasará con un triple.

–Ya sé cómo hacerlo –refunfuña Marcos, sacándose la camiseta de un tirón. Se me acerca, agarra de mi pelo y tira mi cabeza hacia atrás para poder besarme el cuello. Mete una mano debajo de mi camiseta, abre el sostén y empieza a acariciar mi pecho hasta que los pezones se ponen duros. Me ayuda a deshacerme de camiseta y sostén para quedarme también con el torso desnudo.

–Ahora te toca a ti, Álex –le comento, indicando su camiseta.

–Me parece que necesito ayuda –invita.

–Ningún problema –le contesto y le desgarro la camiseta. Es uno de mis sueños: romperle la camiseta a un guaperas como Álex.

–Te apetece sexo duro, ¡eh gatita! –comenta, quitándome los vaqueros con una destreza que solo se consigue con mucha experiencia, dejándome con solo el tanga puesto.

–Oh lalá, ¿qué es eso? –pregunta Marcos, indicando mis nalgas. Miro hacia atrás y veo varios moratones.

–Has hecho un buen trabajo amigo mío –constata Álex, mirando con interés a mi culo–. ¿Habéis tenido una sesión de sadomaso o hubo otra razón? –quiere saber, mirándome con expectación.

–Pregúntale a Liam –le contesto, cruzando los brazos delante del cuerpo. Que lo explique él.

–Ayer pillé a Carolina en el hospital besándose con el médico ese y por eso la castigué –explica Liam, encogiéndose de hombros.

–Pero ¡qué dices! –refunfuño–. No fue así. El doctor me besó en la mejilla. Yo no hice absolutamente nada, al contrario, me pilló completamente de sorpresa. Y Liam montó un pollo descomunal y luego tuvimos sexo bastante durillo en la limusina.

A Álex, todo eso le parece divertir mucho. Las comisuras de su boca se contraen, pero los ojos de Marcos se convierten en hendiduras, tiene aire de estar enfadado. ¿Será conmigo? No tengo ganas de otro numerito de celos.

Sin embargo, por una vez parece tomar partido por mí.

–¿Liam?

–Es que tú no lo has visto. Va en contra de nuestras reglas que Carolina bese a otros hombres.

–Sí, es cierto. Pero si dice que no ha hecho nada…

–Deja, ya está –los interrumpo–. No es que no me haya gustado el sexo con Liam, aunque fue duro.

–«Peor fue su comportamiento después en el ascensor» –pienso, pero me callo. No quiero hablar del tema ahora.

La mirada de Marcos es impenetrable. Es como si le estuviera dando vueltas al asunto, pero finalmente sacude la melena rubia y se calla.

–Ven aquí –me invita Liam, ignorando a su amigo. Me atrae a su pecho–. Si te gusta un poco más duro, ¡cuando quieras!

Aunque su actitud de macho me parece más que al límite, sus palabras me provocan un agradable cosquilleo en el bajo vientre. Mi feminidad sí que está completamente perdida por él.

Su beso es tempestuoso, sus dedos desplazan mi tanga y empiezan a estimular mi clítoris, en pocos segundos estoy mojadísima. Me penetra con dos dedos y me excita hasta que gimo y pido más. De repente noto algo caliente en mis nalgas. Álex se acaba de desnudar y frota su pene a media erección en mi culo.

–Liam, Álex, ¿os apetece un *wallbanger*? La cama me aburre. –Giro la cabeza hacia donde oigo la voz de Marcos. El también está como Dios lo trajo al mundo, justo delante de la ventana panorámica.

Qué vistas… me grabo esa imagen bajo la etiqueta ‘las fotos más eróticas de todos los tiempos’: el cuerpo fabuloso de Marcos delante del imponente telón de fondo de las nubes.

–Me parece una idea fantástica. –Liam asiente con la cabeza entusiasmado. Dejo ir un grito de sorpresa cuando me hallo encima del hombro de Liam. Se dirige a la ventana dejándome delante de Marcos–. Empezad sin mí, prefiero mirar –propone, instalándose cómodamente en uno de los sofás. Me siento como una esclava entregada a la merced de los jovencitos mientras el rey observa la escena.

«Eso en cuanto a mi derecho de poder decidir también» –pienso.

Pero aún y así, me gusta. Me encanta cuando Liam quiere que me acueste con Marcos y Álex y él nos está mirando.

–Qué nena, ¿qué te parece una mamada? –pregunta Marcos, señalando su pene en estado relajado. Asiento con la cabeza, me arrodillo delante de él y pongo su pene en mi boca. Empiezo a chupar y lamer su polla, hasta notarla dura y pulsante en mi boca. Mientras tanto, Álex mantiene mi clítoris entretenido: abre mis muslos y hunde su lengua en mi chocho mojado, noto su aliento caliente en mis labios. Me lame lentamente y con mucho cuidado, chupa mi clítoris palpitante hasta que todo mi bajo vientre empieza a estremecerse de placer.

–Basta –gruñe Marcos, sacando su pene de mi boca–. Primer paso para la admisión– declara, ayudándome a incorporarme. En cuanto estoy de pie, me empuja contra la ventana fría. Su mano izquierda masajea mi pecho y su derecha me levanta el muslo. Me penetra con su polla dura con golpes violentos. Desde la ventana panorámica de enfrente puedo ver el cielo.

«Un polvo contra la pared con estas vistas, qué más quieres para iniciarte como miembro del *Miles High Club*.» –Es lo que me pasa por la mente mientras clavo mis dedos en la melena rubia de Marcos.

–¿Cambiamos? –pregunta Álex. Marcos asiente con la cabeza, sale de mí y cambia la posición con Álex. Todavía trago saliva cuando veo el pene descomunal de Álex. Que me pueda follar sin desgarrarme es un milagro, pero Marcos ha hecho un buen trabajo: Álex me aprieta contra la ventana, agarra mi muslo y me penetra sin dificultad. Su polla es tan grande que me llena por completo y frota contra mi pared vaginal. Me la clava una y otra vez, estimulando con destreza mi punto G.

Estoy a punto de correrme.

Pero Liam no me deja. Ahora sí quiere participar. Qué malo, ¿por qué ahora?

–Ahora sí quiero ir a la cama. Quiero encularte, pero de pie es demasiado complicado.

–De acuerdo –asiente Álex. Sale de mí y me lleva a la cama. Yo me tumbo sobre un lado y

envuelvo sus caderas con una pierna. Vuelve a penetrarme mientras Liam está ensanchando mi ano con sus dedos. Cuando por fin me la clava por detrás grito de placer. Ahora me follan en estéreo, como después del concierto de Álex, hasta noto como sus pollas se rozan entre ellas. Todo esto con vistas a las nubes y al cielo inmenso. Eso es la locura, fenomenal, sexy. Marcos se arrodilla delante de mi cabeza y pide atención. Engullo su pene y chupo con vigor. Él me agarra de la cabeza y me la clava en la boca, mientras Álex y Liam me dejan semiinconsciente. Noto esperma en la boca, en la vagina y en el culo, cuando nos corremos los cuatro a la vez.

22

El avión aterriza como una pluma. Estoy sentada otra vez al lado de Liam que me tranquiliza, dándome golpecitos en la mano. De hecho, no me hacía falta, porque estoy mucho más relajada que durante el despegue. Esto se debe a la experiencia fantástica acabada de vivir, pero también a la cantidad considerable de champán que bebimos para celebrar mi grandiosa admisión al *Miles High Club*. Siempre pensaba que era una leyenda urbana, pero aparentemente, el alcohol tiene efectos más intensivos en el avión o ¿puede que me lo esté imaginando? Sea como fuera, me siento algo bebida.

«Piripi, pero completamente satisfecha» –pienso y sonrío para mis adentros.

Miro hacia fuera, pero no sabría decir en qué país acabamos de aterrizar. Lo que veo es una pista de aterrizaje como las que se ven en el sur: hierba seca, piedras y palmeras. A lo lejos se entrevén montañas. ¿Dónde estamos?

–¿Qué? ¿Alguna idea de dónde estamos? –pregunta Liam expectante.

Sacudo la cabeza:

–No tengo ni la más mínima idea –le contesto.

–¿Álex?

–Lo siento, tampoco.

–¿Marcos?

–Yo sí sé dónde estamos. En Ciudad del Cabo y lo de ahí es la Montaña de la Mesa. He hecho escala aquí cuando venía a Sudáfrica para hacer seguimiento de mis proyectos.

–¿Ciudad del Cabo? –exclamo, dando palmas de alegría–. ¡Qué bien! Siempre quise visitarla.

–Espera a ver dónde nos alojamos –sonríe Liam–. Es un hotel pequeño y muy exclusivo con solo quince apartamentos de lujo. Cada apartamento tiene su piscina particular. Allí podremos follar todo el santo día. Además hay un spa con una piscina de agua de mar y diferentes saunas. Estoy seguro que te encantará.

Segurísimo. Serán unas vacaciones de ensueño. Es muy probable que no tenga nunca más unos días así, por eso estoy decidida a disfrutar cada minuto de mi estancia.

El avión acaba de parar sus motores y poco después podemos salir. La tripulación nos despide amablemente y a mí me regala una cestita llena de corazones de chocolates y un pin de plata con la escrita *Miles High Club*. Mi temor de que las azafatas nos pudiesen pillar en situaciones comprometedoras fue del todo injustificado. En ningún momento nos molestaron y solo acudieron si las llamábamos.

«Dos chicas muy profesionales –pienso–. El vendedor de la tienda erótica podría aprender algo de ellas.»

Al despedirme de la tripulación, mi mirada se queda enganchada en las solapas del uniforme: tanto las azafatas como los dos pilotos llevan el mismo pin *Miles High Club*. Todos hermanos y hermanas.

Después del vuelo fenomenal, dejarse llevar al hotel en un taxi normal y corriente viene a ser una amable diversión.

–Lo que no quiero es convertirte en una repipi –comenta Liam mientras estamos mirando algo desconcertados el pequeño maletero del taxi. Los dos taxis monovolumen que quedaban los acaban de pillar un grupo de turistas ingleses.

Tengo serias dudas de que podamos guardar todas las maletas en el taxi y además sentarnos

nosotros.

«Para que luego digan que las mujeres llevamos mucho bagaje» –me digo a mí misma, sacudiendo la cabeza. Mi maleta es la más pequeña, con diferencia. No sé que llevan los chicos, pero sus maletas parecen contener todo lo que se necesite para un mes de vacaciones.

–¿Se puede saber qué demonios lleváis? –les pregunto–. Seguro que tendremos buen tiempo y no hará falta tanta ropa.

–Como no sabía a dónde íbamos y esperaba poder hacer un poco de esnórquel me he traído todo el equipamiento, también algo para hacer surf –se justifica Marcos.

–¿Y vosotros? –La pregunta la dirijo a Álex y Liam.

–Bueno, yo algún traje y cosas para trabajar. Tendré que seguir con un proyecto, de otra forma no hubiera podido acompañaros –contesta Álex.

–Mi maleta está llena de juguetes eróticos, angelito –se ríe Liam–. Unas esposas, un *spanker* y algún chisme técnico…

«Cabrón» –le tildo para mis adentros, mientras le regalo una sonrisa. Adoro sus juegos verbales eróticos.

–No problema, no problema. –Nuestro conductor parece convencidísimo de poder guardar todas nuestras pertenencias en el taxi. Yo no veo cómo. Tal vez les proponga separarnos y agarrar otro taxi.

Después de cinco minutos intentando colocar el bagaje en el coche y después de que todas las propuestas de los chicos resultaran ser inútiles, me canso y propongo una alternativa:

–Me podría sentar encima del regazo de uno de vosotros y colocar unas maletas en el asiento trasero. ¿O qué os parece si pedimos otro taxi?

–Qué bien que nos acompañe una mujer con ideas prácticas –opina Liam–. Yo apuesto por un segundo taxi. Angelito, ¿vienes conmigo?

Asiento con la cabeza, contenta de que por fin se dé por zanjada la discusión. Además hace demasiado calor como para quedarse a pleno sol y discutir sobre cómo colocar las maletas. Tengo muchas ganas de una copa y bañarme en la piscina.

–¿Todo bien entre nosotros? –pregunta Liam cuando estamos en el taxi.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Por lo de ayer, no fue nuestro día.

–Si te refieres a mis nalgas… ya están recuperadas.

–¿Y por lo demás? ¿Crees que lo puedes llevar?

–¿El qué? Que seas un macho frío e impasible? No me queda otra.

–Ey, no digas eso –Tiene pinta de estar afectado–. No es que sea impasible, todo lo contrario. Solo que es algo complicado.

–La verdad es que sí –dejo ir un suspiro.

–¿Crees posible que podemos pasar unos días bonitos con los chicos?

–¡Seguro! Por mí, ningún problema –le contesto, intentando sonar lo más tranquila posible. El alcohol me confiere valor y le añado una contestación provocativa, porque creo que se lo merece:

–A propósito, te quería dar las gracias por el fantástico vuelo, fue una locura. Aunque… me hubiera gustado conocer un poco más de cerca al piloto, nunca lo hice con un piloto. No me hubiera importado si se hubiese añadido a nuestra orgía. Con esto hubiera hecho la mejor admisión en el *Miles High Club*.

–Cabronceta –refunfuña Liam–. La verdad es que te lo buscas, ¡que te zurren en el culo!

Le hago una mueca y cambio rápidamente de tema. Los minutos siguientes charlamos sobre cosas

menos comprometedoras.

–Dios mío, ¡qué bonito! –exclamo al entrar al complejo hotelero.

Nunca he visto un hotel resort como ese: quince bungalows blancos con piscina particular se agrupan alrededor de un edificio mayor, completamente cubierto por buganvillas. El jardín es enorme con céspedes extensos, palmeras de amplias ramas, plantas exóticas y loros multicolores volando libremente. ¡Sencillamente paradisíaco!

¡Y qué decir del apartamento! Tres habitaciones con camas *king-size*, un salón enorme con varios sillones, un televisor de última generación y un pequeño bar. En el baño hay una ducha de luna de miel: una cabina hecha de vidrio y piedra y con dos duchas, una en frente de otra.

–Nena, me entran ganas de tomarme una ducha contigo –comenta Marcos–. Esa ducha llama a sexo.

–Estoy absolutamente de acuerdo contigo –rebate Liam, dibujando una sonrisa insolente–. Es lo primero en que pensé cuando vi las fotos en Internet. Tarde o temprano haremos una sesión de ducha entre todos. Pero ahora creo que es mejor que deshagamos maletas.

–¿Cómo quieres repartir las habitaciones? –pregunto–. ¿Dónde quieres que duerma?

–Pensé que podrías dormir conmigo, para agradecerme la organización del viaje. ¿Estáis de acuerdo, chicos? –pregunta a sus amigos.

Álex asiente con la cabeza en el acto.

–Ningún problema, siempre que me la prestes si tengo ganas de acurrucarme con ella. Me parece un precio adecuado por proporcionarnos unas vacaciones fantásticas.

Marcos hace una mueca, no parece gustarle mucho la propuesta, pero asiente.

Como viene a ser habitual, el Señor Aldeconde no me pregunta si estoy de acuerdo. Sin embargo, estoy encantada. Me gusta dormir con él, siempre que no esté de tan mal humor como ayer. Me hace sentir segura y hasta ahora nunca he tenido pesadillas durmiendo a su lado. Además, es tan mono cuando duerme.

Después de haber ordenado nuestras cosas, paso un buen rato con Marcos en la piscina mientras Álex y Liam están sentados en tumbonas con sus portátiles, observándonos divertidos. Lo que se dice hacer tonterías, se hace mejor con Marcos. Parecemos dos niños mojándonos y ahogándonos mutuamente. El tiempo pasa volando y ya es hora de la cena que se sirve en la terraza del hotel. El menú de cuatro platos es un poema y el ambiente, un ensueño. Me recuesto en mi silla y disfruto del aquí y el ahora con mis tres chicos, tan diferentes y tan eróticos.

Después de la cena, Liam propone ir al *Discobar Sky* recién inaugurado en el flamante Portside Tower. Dice haber leído que se trata del lo más *in*. Al oír *Sky* ya vuelvo a sentirme mareada, espero que el edificio no sea tan alto.

23

Por lo visto, el bar está muy de moda: en cinco minutos he detectado a unos cuantos Vips. Además, las vistas a las luces de Ciudad del Cabo te dejan sin aliento. Pero lo de la altura no es lo mío, el piso 32 definitivamente está demasiado lejos del suelo.

Nos dirigimos al bar y pedimos unas copas. Me parece buena idea tomarme algo de alcohol, espero relajarme y que remita la sensación de mareo. Y, efectivamente, una copa más tarde estoy mejor. Decido tomar otra, por si las moscas.

–Toma angelito, tu Apple Martini.

–Gracias –le contesto a Liam, alcanzando la copa, pero Liam no me deja.

–Espera, te la tienes que ganar. –Liam toma un trago de mi copa, la deja en la barra y me arrastra a la pista de baile. Los ritmos latinos hacen que mis caderas se muevan solas. Liam me aprieta hacia sí y coloca una mano en mi culo. El beso sabe a Apple Martini.

–¡No queráis bailar sin mí! –Oigo la voz de Marcos detrás de mí y noto su aliento caliente en mi nuca. Se arrima desde atrás así que me quedo encastrada entre los dos chicos. La cadera de Marcos en mis nalgas y el pecho de Liam contra el mío… «Bailar puede ser tan erótico» –pienso sonriendo.

–Ves angelito, esa es una de las razones porque quiero que no lleves nada –refunfuña Liam con voz ronca, deslizando su mano debajo de mi falda. Empiezo a gemir al notar sus dedos en mi clítoris. El sol, la música, el meneo de cadera de mis chicos y la sensación de estar haciendo algo prohibido me excitan tanto que me humedezco en el acto. Liam me arrima aún más a él y me penetra con dos dedos. Mientras tanto, las manos de Marcos masajean mis nalgas. Dios, si continúan así, me corro aquí mismo, en plena pista de baile.

–¡Vaya numerito! –Álex acaba de dejar su asiento en la barra y se planta a nuestro lado–. ¿Qué os parece un cambio de escenario? Acabo de tener una idea.

Le sigo su mirada y me quedo sin aliento: ¿el ascensor panorámico? ¡No lo dirá en serio!

–Muy buena, tu idea –ríe Liam socarrón, agarrándome de la mano–. ¡Ven conmigo!

En mis zapatos de tacón vertiginoso, me es imposible seguir el ritmo con que los tres chicos se dirigen hacia el ascensor.

«¿Qué estarán tramando?» –pienso sintiéndome desfallecer.

Tengo miedo a las alturas y por eso les agradecí que al subir al Sky Bar, tomáramos el ascensor del edificio y no él de vidrio situado en la fachada exterior.

Al entrar al ascensor, me vence el mareo. Las paredes, el suelo, el techo… todo es de vidrio y permite una vista panorámica sobre toda la ciudad iluminada. Si no tienes mal de altura, seguro que es una experiencia fantástica, para mí eso es más bien la pesadilla hecha realidad. El pánico incipiente hace que me empiecen a sudar las manos.

–Angelito, ¿qué te pasa? –quiere saber Liam.

–No puedo, es demasiado alto –susurro, cerrando los ojos.

–Demasiado tarde cariño –contesta Marcos. El ascensor se pone en movimiento–. Ya no podemos bajar, el ascensor conecta el bar directamente con la planta baja y va muy poco a poco para que podamos disfrutar de las vistas. Tendrás que aguantar como sea los próximos diez minutos.

La adrenalina invade todo mi cuerpo y empiezo a temblar.

–¡Álex! –le grito vencida por el pánico–. ¡Fue idea tuya! ¡Haz algo! ¡Quiero salir, ya!

–Es lo que tenía previsto –me contesta, agarrándome de la cabeza con tal fuerza que dejo ir un grito. Me besa con ímpetu el cuello, con sus labios sigue el contorno de los míos y conquista mi

boca. Su beso es intensivo y exigente. Marcos levanta mi falda y deja mi culo al aire.

–No hay tiempo para preliminares –gruñe, abriéndome los labios con una mano y penetrándome sin más. Me la clava con la fuerza de un purasangre, con un ritmo perfecto: empieza lentamente para luego acelerar la cadencia cada vez más. El beso de Álex me roba el alma. Mis ojos siguen sellados.

–Mírame angelito –oigo la voz de Liam. Abro un poco los ojos y dirijo la mirada hacia Liam, veo las luces de la ciudad y me corro juntamente a Marcos.

–¿Alguien más que quiera bañarse conmigo en la piscina de agua de mar? –pregunto al volver al hotel. Después de lo del ascensor estoy tan acalorada que no tengo ganas de ir a dormir. Nadar en agua de mar es lo que más me apetece en este momento. La piscina del bungalow es bonita, pero demasiado pequeña para hacer calles.

–Prefiero tomarme una copa de vino y escuchar música –se disculpa Marcos.

–Yo también paso, quiero mirar mis correos– rebate Álex, encogiéndose de hombros.

–¿Y tú? –Miro a Liam expectante.

–Ok, me apunto –asiente suspirando.

Nos dirigimos a la piscina central en bañador. De hecho, no está permitido utilizar la piscina después de las 22h, por lo menos es lo que pone en un cartel. Pero pasamos del letrero, nos metemos en el agua y nadamos unas cuantas calles. No es que avance muy rápido, mi consumo de alcohol de hoy ha sido más de lo normal y me siento algo piripi. El agua fresca ayuda a airear mi cabeza.

Acabo de empezar otra calle cuando de repente me invade un dolor en la pantorrilla. Dejo ir un grito de dolor. Un calambre me deja sin poder moverme. Intento mantenerme a flote moviendo mucho los brazos, pero noto como empiezo a hundirme, me entra agua salada por la nariz y tengo la sensación de no poder respirar. Sigo sumergiéndome y ya no sé dónde está arriba, abajo, todo es oscuro… Noto como me invade el pánico y empiezo a gritar callada: ¡socorro, socorro, socorro!

Por fin dos brazos fuertes me sacan del agua y me hallo al lado de la piscina, jadeando aire y escupiendo agua salada. Aprieto mi pierna dolorida.

–Dios angelito, ¡qué haces? –Veo la cara asustada de Liam– ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza. No, nada está bien: mis pulmones queman y mi pierna duele muchísimo… Ayyy!

–Tienes un calambre, espera que te ayude. Dolerá un poco –me advierte Liam, estirando mi pierna y apretando los dedos del pie hacia arriba.

–Ay –me quejo, pero noto que la maniobra alivia el calambre.

–Dios, me has dado un buen susto. –La voz de Liam es tierna–. Te sumergiste como una piedra. Menos mal que estaba a tu lado, no quiero ni pensar qué hubiera podido pasar. –Me acaricia la mejilla mojada. De repente me entra un frío terrible y todo mi cuerpo empieza a temblar. Liam me arropa en una toalla:

–¿Estás mejor? ¿Quieres ir al médico?

–No, no hace falta –contesto sacudiendo la cabeza–. Es-stoy me-mejor –tartamudeo por el frío.

–Ven aquí. –Me levanta y me lleva al bungalow. Yo le pongo mis brazos alrededor de su cuello y me arrimo a su pecho.

–¿Qué ha pasado? –Los dos chicos se levantan sobresaltados al vernos entrar al apartamento.

–Carolina tuvo un calambre en la pierna y se hundió en la piscina. Pero está bien, la he repescado –explica Liam.

–¿No sería mejor que la viera un médico? –pregunta Álex.

–Creo que hay uno en el hotel –opina Marcos.

–No, no, no hace falta, solo quiero acostarme –decido.

Liam asiente con la cabeza y me lleva a nuestra habitación. Ahí me quita el bañador y me coloca

debajo de las sábanas. Todavía sigo temblando. Liam se quita también el bañador, se seca y se estira a mi lado.

–Yo te caliento –me dice, acurrucándome en sus brazos. Me arrimo a su cuerpo desnudo.

–Gracias por salvarme –le susurro.

–Bueno tampoco es para tanto –Se ríe en voz baja–. No creo que te hubieras ahogado. Pero a partir de ahora queda estrictamente prohibido bañarse si te has tomado una copa de más. No quiero que te pase algo. ¡Te necesito!

«¿Te necesito? ¿Acaba de decirme ‘Te necesito’?». Sus palabras aceleran el ritmo de mi corazón.

Yo también te necesito. No me conformaré con un estúpido contrato. Lucharé por ti.

24

Noto alguna cosita suave que me acaricia la barriguita, luego baja por la parte interior de mis muslos para acabar en mis nalgas.

Hmh... Qué buenas sensaciones. Todavía medio dormida alcanzo mis nalgas hacia las caricias.

–Por lo visto, tu culito se despierta antes que tú. –Oigo la voz divertida de Liam justo en mi oído.

Abro primero mi ojo derecho, luego el izquierdo. La luz del sol entra por las persianas medio cerradas confiriendo a la habitación una luz acogedora y caliente. ¿Qué hora será?

Anoche fue muy bonito dormirme en los brazos de Liam y despertarme en la misma posición es aún mejor.

–Hola –murmuro dormida.

–Buenos días angelito, ¿estás mejor?

Asiento con la cabeza y me arrimo a su pecho caliente y desnudo. El me besa la nuca y coloca su mano sobre mis nalgas. Suspiro feliz, no tendría nada en contra de despertarme todas las mañanas así.

–¿Te puedo ayudar a animarte? –pregunta con voz ronca, mordisqueándome el oído.

–Si te portas bien...

–¿Qué quieres decir?

Me doy la vuelta para mirarle a los ojos.

–Que tengo ganas de arrumacos.

–O sea que quieres un poco de sexo vainilla –pregunta sonriente.

–Si eres capaz de eso, pues ¡sí!

–Tst –contesta haciéndose el enfadado–. ¿Pero qué te crees? ¿Qué solo soy capaz de follar duro?

–Pues eso parece.

–¿Me dejas demostrarte lo contrario?

–¿De verdad quieres mi consentimiento?

–De hecho, no. Pero pensaba hacer ver que sí, para “ portarme bien”–. Me mira con sus ojos perrunos, pestañeando. Me hace reír. Aún tiene que entrenar su mirada de cachorro porque el diablillo le sale por todos los poros y el movimiento del hoyuelo en su mentón lo traiciona.

–De acuerdo, te dejo un intento –le contesto generosa–. ¡Convénceme!

–Pero sí ya lo hice, ya tuvimos sexo más dulce...

–Bueno, pero no lo aguantas mucho. Me encantaría tener la sensación de que existimos solo nosotros dos y que soy algo especial para ti, al menos por unos instantes.

Sus ojos de un azul maravilloso me miran pensativos.

–O sea que quieres una fusión nuclear. Angelito, no creas que no soy capaz. Pero ¿estás segura? Puede ser peligroso, lo sabes, ¿verdad?

«Dios mío Liam –pienso–. Es tan bonito escucharte. Solo con pensar qué querrás decir con ‚fusión nuclear’ me siento desfallecer.»

Carolina, ¿qué demonios estás haciendo? –me riñe mi mente–. *¿Estás loca? Quieres que te haga el amor. Tiene razón... es demasiado peligroso. ¡Para ya!*

No, no pares –gritan al unísono mi corazón y mi feminidad–. *No le hagas caso a la aguafiestas. ¡Queremos eso, queremos eso, queremos exactamente ESO!*

–No tengo miedo –me oigo contestar.

Pues entonces, ya no te puedo ayudar –contesta mi mente, resignada, dando por acabada la

discusión.

–Si tú lo dices... pero luego no me vengas con que no te avisé. –Liam me mira desafiante.
–Te crees muy seguro de ti mismo, querido. ¿Qué quieres que pase?
–¡Espérate y verás! –Su sonrisa es impenetrable.
–Me tienes intrigada –le contesto, intentando parece lo más relajada posible.
Se deshace del edredón y se sienta en el borde de la cama
«¿Qué hace?» pienso sorprendida.
–¿Qué, vienes? –pregunta, haciendo señas de sentarme encima de él
Le miro con recelo. La última vez que estuve encima de él el sexo fue duro y nada tierno. No estoy nada convencida de que en esta posición me pueda demostrar que puede ser también un amante tierno, pero le concedo esa oportunidad. Me siento en su regazo, vacilando.
–Pero esto solo funciona si te entregas. Cierra los ojos, angelito. –Su voz es tierna como el terciopelo.
Hago lo que me dice y, lentamente, cierro los ojos.
Yo esperaba que me acariciase los pechos, la tripa o los muslos, pero, de hecho, pasa todo lo contrario: Sus dedos, suaves como alas de mariposas, me acarician la cara, los pómulos, la frente y el mentón, pasando levemente sobre mis labios. Sus caricias son tan suaves que me provocan un tenue cosquilleo en toda la piel. Respiro su olor masculino y noto su aliento en mi oído. Realmente, es un buen inicio.
Me lleva la mano hacia su pecho y noto su corazón latiendo con vigor. El coloca su mano en mi pecho para que pueda percibir mis latidos.
–Respira conmigo, angelito –susurra.
Cojo aire e intento acoplar mi respiración a la suya. Sigo manteniendo los ojos cerrados. «Todo eso es muy meditativo –pienso–. Es muy bonito, pero no me excita.»
–Sigues pensando demasiado –comenta Liam–. Déjate caer.
Le tengo que dar la razón. Intento dejar de lado todos mis pensamientos y concentrarme solamente en sus latidos y su respiración.
Después de pocos minutos me siento del todo relajada. Una cálida sensación se expande por mi pecho y nuestros corazones empiezan a latir al unísono y respiramos al mismo ritmo. ¡Fantástico!

–Y ahora... ¡Abre los ojos!
Por un momento, su voz me desconcierta, pero abro los ojos. La mirada que me regala es tan intensa que mi corazón deja de latir. La mirada de Liam entra directamente en mi alma, como una flecha. Noto como me invade la adrenalina y necesito coger aire, jadeando. Intento esquivar su mirada, pero Liam no me deja. Me pierdo en sus ojos azules y en este preciso momento sé que estoy perdida. Mi respiración y mis latidos se aceleran y noto que su corazón también late más rápido. Su mirada es sensual y exigente a la vez y me roba el corazón. El cosquilleo se apodera de todo mi cuerpo y me provoca piel de gallina en el acto.
Ninguno de los dos es capaz de hablar, pero tampoco hace falta hacerlo. Cuanto más relajante y meditativo fue al principio, tanto más excitante e increíblemente erótico lo es ahora.
Mientras los dos nos excitamos más y más, continuamos mirándonos a los ojos y, aunque todavía no está dentro de mí, tengo la sensación de estar follando con él.
¡Dios mío, qué sexy!
Primero muy poco a poco, luego siempre más rápido su pene late contra mi vagina húmeda. Sin perdernos de vista, me agarra de las caderas, me levanta un poco y me penetra.
Es como si en mi bajo vientre hubiera una explosión. Yo ya no soy yo ni él él, nos fundimos en un

único cuerpo, nos movemos sincrónicamente y nos perdemos el uno en el otro. El color de sus ojos ahora ha cambiado a un azul oscuro por la excitación. Noto el rápido latido de su corazón, su respiración excitada en mi piel y su espada de placer dentro de mí, y pierdo también lo poco que me quedaba de control. Me hago toda suya, me fundo con él, llegando al mismo tiempo al orgasmo.

25

–Ey, ¿todo bien?

La voz de Liam me devuelve a la realidad tan de golpe que me encojo por el susto. Respiro hondo e intento recomponerme. Finalmente asiento con la cabeza:

–¿Qué te hace pensar que no esté bien? Esto ha sido .... ¡una locura!

–Es que estás llorando –me contesta, acariciándome la mejilla.

Tiene razón, estaba en otro planeta. Ni me había dado cuenta de que me están cayendo lágrimas. Sin embargo, no estoy triste, sino muy emocionada y mi corazón late a mil.

Dios mío… ¿Qué fue eso? Me he sentido como si fuéramos uno. Liam no ha hecho el amor a mi cuerpo, sino a mi alma. Tanto más duele la vuelta a la realidad y el hecho que me queda poco tiempo para pasar con él y los otros dos chicos. No creo que pueda volver a experimentar algo similar nunca más. Ahora sí que me entran ganas de llorar.

–Angelito –murmura Liam, besándome en la frente–. Creo que te he podido convencer, ¿verdad?

Soy incapaz de contestarle, tengo un nudo enorme en la garganta.

Tocan a la puerta y antes de que uno de los dos pueda reaccionar se abre de par en par y aparece Marcos.

–Buenos días, so dorm... –Marcos se interrumpe para mirarnos atónito–. ¿Qué es lo que pasa aquí?

La imagen tiene que ser más que desconcertante. Yo desnuda en el regazo de Liam, todavía alterada y la cara mojada por el llanto. De hecho, me siguen cayendo lágrimas.

–Nada. Está todo bien –contesta Liam, me levanta de su regazo para colocarme a su lado.

No tengo ganas de que Marcos me vuelva a reprochar no ser capaz de controlar mis sentimientos. Por esto me paso la mano por la cara intentando secar las lágrimas y esbozar una sonrisa. Pero no me sale tan bien como esperaba.

–¿Os habéis peleado? –quiere saber Marcos, mirándonos inquisitivamente–. ¿Por qué está llorando Carolina?

–No, no nos hemos peleado. Sólo le quería demostrar algo.

–¿El qué, si se puede saber?

–Que también soy capaz de ser un amante tierno.

Marcos frunce tanto el cejo que entre sus cejas se le marcan dos arrugas verticales, confiriéndole un aspecto furioso:

–Álex y yo queríamos ir a desayunar. Os esperaremos diez minutos más, sino iremos solos –nos espeta, dando media vuelta para salir de la habitación.

Yo me estremezco; de repente, me ha entrado frío. La magia entre nosotros se ha esfumado y yo me siento vacía. Estoy segura de que Marcos volverá sobre ello.

«No todo son ventajas, tener que ocuparse de más de un hombre a la vez» pienso suspirando. Me hubiera gustado disfrutar más tiempo del momento mágico con Liam…

Quince minutos después estamos todos sentados en la terraza del hotel. He tenido poco tiempo para arreglarme, llevo un vestidito sencillo y el pelo recogido de cualquier manera. Físicamente estoy presente, pero emocionalmente estoy en otra onda, todavía en el momento maravilloso con Liam. ¿Qué demonios fue eso? Hasta ahora nunca me he sentido tan cerca de un hombre. Eso es insuperable.

Ves, tenía razón. Te advertí que lo dejaras correr. Eso por ser estúpida, estúpida, estúpida –corroe

mi mente.

–¿Carolina? ¿Me escuchas o qué? –La voz de Marcos me devuelve a la realidad.
–Ehm, ¿decías?
–Increíble, pareces dormida todavía o ¿qué es lo que te pasa? Tal vez te tire a la piscina para que te despiertes y me hagas caso de una vez. –Marcos me mira por encima de su vaso de zumo de naranja, haciendo una mueca de enfado–. Si queríais estar a solas, no tendríamos que haber venido Álex y yo. Tengo otras cosas que hacer que estar implorando que me hagas caso.
Liam levanta las manos en señal de tregua:
–Tranquilízate. ¿Qué es lo que te pasa a ti? Nuestro angelito ayer casi se ahoga y por esto estuve más tierno con ella. ¿Qué te parece si hoy te ocupas solo tú de ella? –propone, alcanzando un panecillo.

«Claro, a mí no hace falta que me pregunten. Tanto si compartís un panecillo o como si lo que compartís soy yo… ¿a quién le importa?»
Cruzo los brazos, contrariada.
La idea de pasar todo el día con Marcos no es que me entusiasme mucho. Me temo que volverás a hacerme reproches. Además, me molesta mucho ver que aparentemente para Liam nuestro *intermezzo* no fue nada importante y me pasa a sus amigos, como si fuera la cosa más normal del mundo. Sé que lo de antes no fue solo un numerito más. Sé que él también sintió algo, una „fusión nuclear“ no funciona a solas.

«Maldito cobarde, sales corriendo, como siempre » –pienso frustrada.

¿Qué quieres que haga si no, Carolina? –pregunta mi mente irritada–. *¿Qué esperabas? Te dije que no te entregaras de esta manera. Mantente relajada, maldita sea.*

–A mí me parece una idea estupenda, que cada uno tenga una cita a solas con Carolina –interviene Álex, interrumpiendo mis soliloquios–. Así cada uno de nosotros tiene la posibilidad de disfrutar tiempo con ella. ¿Qué os parece si lo convertimos en un „Desafío Ciudad del Cabo“. Hace tiempo que no tenemos una contienda entre nosotros. Cada uno se esfuerza en organizarle algo especial y Carolina decide quién es el ganador.
La tensión en la cara de Marcos desaparece y una sonrisa asoma en sus labios:
–Me encanta tu propuesta –comenta.
–Me habría extrañado que dijeras lo contrario –contesta Álex–. No recuerdo que hayas rechazado nunca una disputa. ¿Y tú Liam? ¿Qué dices?
–Pues… por qué no –contesta, sorbiendo su café–. Puede ser una contienda interesante.
«Hasta diría que es una buena idea –pienso–. Eso me permite distanciarme de Liam. Además, hay cosas peores que tres hombres cortejándote.»
–Perfecto. Entonces hoy es el turno de Marcos, mañana el mío y pasado el de Liam. Después nos quedan dos días para pasar juntos antes de volver a casa. ¿Estáis todos de acuerdo? –quiere saber Álex.
–Sí –asiente Marcos.
–Yo también –opina Liam
–Si queréis una contienda, por mí, ningún problema –contesto, encogiéndome de hombros–. Pero no quiero ninguna cita que tenga que ver con la altura. Todavía me cuesta digerir lo del avión y el ascensor. Quien no se atenga a eso, pierde de entrada.

–Ah, las reglas ahora las fija la dama –comprueba Marcos.

De repente se me ocurre que Marcos no puede darme la lata con su tema preferido de “contrólate los sentimientos” ya que le quitaría puntos. Decido hacerle entender que está jugando con fuego.

–La dama es la que decide quién gana –le rebato–. Por tanto, más te vale comportarte bien, de otra forma no tendrás ninguna opción. El tiempo corre…

Por un momento, sus ojos azules se contraen y me mira desafiante. Finalmente, parece ganar su humor: echa la cabeza hacia atrás y rompe en una risa sonora.

–Eres muy astuta, cabronceta mía. No veo la hora de tenerte solo para mí. Déjame una hora para organizarlo todo. ¡Y prepárate!

–No me hace falta –le contesto melosa–. No creo que te hagas el chulo, querrás una posibilidad para ganar, ¿no?

–Esa la tendré sí o sí, espérate y verás. Además, ya tengo una idea. Te espero de aquí a una hora en mi habitación. –Le da un último mordisco a su rebanada de pan y continúa– Ruego me disculpéis, tengo que preparar una cita. Al levantarse, me mira directamente a los ojos y en su cara se dibuja una sonrisa sardónica.

«Qué es lo que estás tramando» –pienso, aguantándole la mirada. Es tan sexy, tan bien plantado, descalzo, en pantalón corto color negro con su camiseta blanca ajustadísima y el pelo rubio revuelto. En mi bajo vientre se extiende un cosquilleo por lo que le espera. Tengo curiosidad por ver cómo quiere ganar la contienda.

26

Una hora más tarde llamo a la puerta de la habitación de Marcos, en la que ha colgado imágenes de África.

–Un momento, ahora voy –Oigo su voz a través de la puerta. Suena como si se hubiera quedado sin aliento.

–Ningún problema –le contesto, sentándome en el suelo de madera del pasillo. Estoy muy intrigada por ver qué se le ha ocurrido. Mientras Marcos estaba organizando nuestra cita, Liam, Álex y una servidora estuvimos acabando de desayunar y luego fuimos a tomar otro café en el borde de la piscina. Con los pies en el agua, hemos mantenido una conversación muy amena. Yo he intentado relajarme y no pensar demasiado. Obviamente, el tiempo y la atmósfera acompañaban y fue todo mucho más relajado de lo que pensaba. En algún momento puse mi cabeza en el regazo de Liam que me acariciaba la nuca mientras Álex me masajeaba los pies. Fue tan relajante que me hubiera podido quedar horas y horas. Pero ahora toca Marcos.

Me parece muy ambicioso de su parte, querer planificar una cita extraordinaria en una hora cuando además tiene que competir con los otros dos chicos que tienen más tiempo para planearla. Pero si alguien es capaz de organizar algo muy especial en tan poco tiempo, este es Marcos. Que es bueno improvisando, ya me lo demostró en el espectáculo de magia en el centro de menores. Aún me río si pienso en mi audición de cante. Me gusta que sea tan niñero. De hecho, todo su compromiso social me impresiona, si no fuera por su manera respondona y tan poco empática cuando habla sobre el rol de las chicas, y del mío.

No me puedo imaginar que su comportamiento se deba solo a su niñez y a su terrible abuela. Debe haber alguna cosa más. En la vida de Marcos y también en la de Liam. Los dos se comportan de manera muy extraña: ambos reaccionan a veces con mucha emoción para luego volver a reprimirla.

Es todo muy confuso.

El único del que puedo entender la necesidad de compartir piso, y mujeres que van y vienen, es Álex. La historia de su ex y la pequeña Mia me ha llegado al alma y puedo entender que después de una historia así uno no se quiera comprometer otra vez tan fácilmente. Tampoco entiendo muy bien los diferentes roles de cada uno. Marcos a veces se comporta como una diva y los otros dos parecen aceptarle este lado sin más. Esta mañana por ejemplo no me gustó nada como se portó con nosotros, tenía la sensación de que estuvo celoso de Liam, aunque como dama de turno soy intercambiable. Y Álex secundándolo con la propuesta del desafío. La verdad, es muy raro que Marcos se pueda permitir comportarse como *primadonna* delante de Liam y Álex, siempre tan seguros de si mismos.

Marcos abre la puerta de golpe, lo que me saca de mis soliloquios y me hace estremecer.

–¿Mala conciencia? –pregunta socarrón.

–¿Debería?

–Sí, por ocuparte demasiado por Liam.

–Hubieras podido insistir en que durmiera en tu cama. Si no luchas por mí, no te quejes.

–No tenía la impresión de que tuvieras ganas de dormir conmigo. Y aunque compartimos nuestras damas, no le voy detrás a ninguna mujer que está perdida por uno en concreto y del que saldrá escaldada.

«Maldita sea –pienso–. Ya estamos otra vez con este tema. Es verdad que Liam me ha tocado emocionalmente, pero aun así no querría tener que escoger entre los tres. Sería de locos: ¿qué mujer en este mundo tiene la posibilidad de follar con tres hombres fantásticos a la vez?»

–¿Podemos dejar el tema? Me gustaría tener una cita agradable, sin pelearnos. Si no te tengo que restar puntos de entrada.

–De acuerdo, si crees posible centrarte también en mí. Se arrodilla delante de mí, se quita un mechón de la cara y me mira a los ojos. Le aguanto la mirada, estirando la barbilla. Agarra mi mano y se la lleva a su boca. Sin dejar de mirarme empieza a chuparme el pulgar. No creo que me hubiera excitado si lo hubiera hecho Tobías. Pero con Marcos es tan desvergonzado, que el cine en mi cabeza salta al primer chupetón y, en poco tiempo, los pezones destacan bajo la tela fina de mi vestido.

–Ves como sí –susurra contento, ayudándome a incorporarme–. Cuando te hayas cambiado salimos. Estoy ansioso por ver si te gusta lo que he organizado.

Le miro arqueando una ceja.

Me siento muy cómoda en mi vestidito y mis chanclas de perlas y creo que voy bien vestida tanto para hacer turismo como para ir a comer. Lo escogí justo por eso, para que se preste para diferentes situaciones.

–¿Por qué quieres que me cambie? ¿No te gusta como voy vestida? –refunfuño.

–Noooo, estás para comerte, pero lo que llevas no es lo más idóneo para lo que he planificado. Mejor que te pongas unos pantalones largos, una camiseta y unas botas. Como yo –me contesta, indicando su indumentaria. Justo en este momento, me doy cuenta que lleva vaqueros y botas.

Me descolocó tanto que no había reparado en como iba vestido. Además, lleva otra vez la camiseta debajo de la cual se intuyen cada uno de los abdominales, y me despisté por completo.

¿Pero pantalón largo y botas? ¿Tengo que preocuparme? No querrá subir a la Montaña de la Mesa con este calor. A mi me apetecería relajarme en la playa o en un velero y comer en uno de los exclusivos restaurantes de la ciudad. Pero por lo que lleva Marcos, creo que tiene planificado algo más deportivo.

–¿En serio? ¿Pantalón largo y botas? ¿No es un poco molesto para ir a la playa? –intento hacerle entender que no tengo ganas de actividad atlética.

Marcos se ríe con ganas.

–Nena, ¿en serio crees que solo daría un paseíto por la playa? Venga, date prisa, te gustará, prometido.

«Arrgg»

No estoy segura de que me vaya a gustar, porque no tengo ni idea de qué está tramando. Además, ya lo conozco lo suficiente como para saber que me obligará a ir al límite para variar.

Me tranquilizo al recordar qué dijo Álex durante el desayuno: que a Marcos le gusten las contiendas significa que tiene suficiente orgullo como para querer ganar. Con lo cual, habrá organizado algo que me guste de verdad, no querrá arriesgarse a perder puntos.

De acuerdo, me cambiaré esperando que la cita sea de mi agrado.

–Mucho mejor –asiente Marcos con la cabeza al verme aparecer poco después. Como señal de asentimiento, pone el pulgar hacia arriba.

Me encojo de hombros. El vestido me gustaba mucho más. Ahora llevo vaqueros, una camiseta azul con estampado blanco y unas zapatillas de tela azules.

–¿No llevas botas? –pregunta.

Sacudo la cabeza. Los *sneakers* son las únicas zapatillas que llevo, como podía imaginarme que necesitaría botas en la playa.

–Da igual, ya pasarás con éstas –comenta, cogiéndome de la mano–. Ven, tenemos que darnos prisa. El chofer acaba de llegar y no tiene todo el día para esperarnos.

Me da el tiempo justo a recoger las gafas de sol y ya estamos atravesando el jardín del hotel medio

corriendo, dirigiéndonos hacia la salida.

Odio cuando me arrastra cogida de la mano. Espero que no tenga que seguir todo el día con este ritmo. Mi condición física no es de las mejores y con el calor que hace, no lo aguantaría ni diez minutos más: ¡ya estoy resoplando como un fuelle!

–No no- ff –veo- fff- ni ff- ningún fff coche. –Al llegar a la entrada del hotel nos paramos por fin, pero no veo ni limusina ni taxi amarillo ni nada de nada. ¿Por qué tuvimos que venir corriendo?

–¿He dicho algo de coches? –sonríe Marcos señalando hacia el parking.

Me coloco las gafas de sol, cierro un poco los ojos para enfocar mejor, pero aun así, no veo nada, la luz del sol es demasiado fuerte y me impide ver bien. Intuyo algunos movimientos al final del parking.

Entre dos palmeras hay algo o alguien. Sea lo que fuere, definitivamente no es un coche, es demasiado pequeño y … Dios mío. Ahora, acercándonos, reconozco lo que es… ¡Caballos!

Son dos caballos de color marrón comiendo hierba, los ojos cerrados a medias y la cola, espantando a las moscas.

Al lado de los animales hay un lugareño sentado encima de un cubo puesto al revés. Lleva una gorra, tiene un cigarro entre los dedos y mata el tiempo jugando con su móvil.

Espero que no nos esté esperando a nosotros.

No tengo nada contra los caballos, me parecen animales elegantes y nobles, pero hasta ahora me he sentado como mucho cinco veces encima de uno. De niña unas cuantas veces y de mayor, solo una única vez y fue el viejo rocín bonachón del cual se ocupaba Mona. No creo que se pueda decir que sepa montar a caballo.

Pero todo indica que Marcos, efectivamente, tiene planificado hacer una salida en caballo conmigo. Se dirige directamente al señor con el cigarrillo en la boca.

«Eso va en serio» pienso alterada.

Ya siento lástima por el pobre animal, no tengo ni idea de como se lleva un bicho de esos, ¿no hace falta un carnet para montar a caballo?

–Escucha... –le digo en voz baja.

–¿Qué pasa?

–No querrás en serio que me monte en caballo, ¿verdad?

–Sí, claro –Marcos confirma mi sospecha–. He organizado una ruta muy bonita.

Parece tan entusiasmado que no me atrevo a decirle que su idea no me gusta mucho.

–Sabes montar, ¿verdad? –pregunta.

–La verdad es que no mucho –me sincero.

–Oh, pensaba que todas las chicas sabían montar a caballo, al menos un poco.

«Claro, como todos los chicos saben reparar coches, al menos un poco.»

El mundo de Marcos a veces es realmente algo limitado.

Pero no quiero ser una aguafiestas y los dos caballos tienen pinta de ser mansos. Ya me las apañaré. Al fin y al cabo, no puede ser tan difícil, ¿verdad?

27

–¡No tan rápido! –Me agarro con todas mis fuerzas a la melena de mi caballo. Después de haber recibido a toda prisa un cursillo relámpago en comunicación equina, nos pusimos en marcha con un mapa y una mochila como equipaje.

De manera prodigiosa, la comunicación con mi caballo funciona sorprendentemente bien. Marcos abre camino con su caballo algo más tempestuoso y yo dejo que el mío vaya detrás. La primera parte tuvimos que andar por una carretera, pero al menos no pasaban coche y hace nada que nos hemos metido en un camino. No es que avancemos mucho, pero a mí ya me va bien, así me siento más segura.

Poco después, a Marcos le da por cambiar la andadura, porque de repente, su caballo empieza a trotar. Visto y no visto, el mío se despierta también de su letargia e intenta alcanzar el caballo de Marcos. No tengo ni idea de cómo parar al animal. Tampoco me gusta el traqueteo, tengo miedo de caerme.

–Marcos, ¡socorro! Es demasiado rápido para mí –le grito con un tono tirando a pánico.

–Nena, como va ser rápido eso, si solo vamos al trote. Si vamos al paso como hasta ahora, no llegaremos nunca.

–Es que no encuentro los frenos –me quejo–. Es que mi caballo lo que quiere es adelantar al tuyo.

–De acuerdo. Descansemos –asiente Marcos, haciendo parar al caballo con un chasquido. El mío también se tranquiliza en el acto, yo tiro de las bridas y el caballo se queda quieto.

–Quería descansar más adelante, pero no sabía que fueras una principiante. Creo que es mejor si te despistamos un poco, ya estás otra vez pensando demasiado. Destiny es un caballo manso, confía en él.

«Destiny – Destino, *nomen est omen* »–pienso, sonriendo irónicamente. Sin embargo, dudo que el destino me sea propicio. Si no, no me hubiera encadenado a este caballo. Digan lo que digan, no creo que sea tan manso.

Marcos ha bajado ya, con una mano tiene firme los estribos de su caballo y con la otra, agarra los de Destiny.

–Baja, yo la aguanto. –Con la cabeza, me hace señas de bajar.

Yo asiento con la cabeza, agradecida. Dejo ir la crin de Destiny y me dejo deslizar al suelo después de haber pasado la pierna encima de la silla de montar. No es la manera más elegante, pero al menos he aterrizado sobre mis pies.

Marcos se ocupa de los dos caballos y los lleva a un pequeño calvero, un poco apartado del camino, y los ata a un árbol.

–Venga nena –refunfuña, quitándose la camiseta. De la mochila saca una botella de agua, toma un trago y vierte el resto del agua sobre su cabeza. Pequeñas perlitas se buscan el camino a través de su pecho y su abdomen desnudo.

«Dios bendito –pienso–. Habría que prohibirle hacer este numerito, hasta ahora lo tenía reservado para después de la ducha, cuando aparece completamente desnudo y con agua chorreando todavía sobre su cuerpo. Y lo que acaba de hacer es tan bueno o más. Lo hará para calentarme o realmente no sabe cómo es de sexy esa pose».

–¿También te apetece refrescarte un poquito? –pregunta socarrón.

«Anda que no lo sabe, Carolina –continúo con mis soliloquios–. La verdad es que sí soy algo ingenua.»

–Sí, por favor –le contesto, agarrando la botella. De repente, mi boca se ha quedado muy seca.

Seguro que es por montar a caballo con este calor, pero también porque Marcos es tan sexy que casi se me olvida de respirar. Ahora solo faltaría que se subiera al caballo con torso desnudo y se vertiera agua sobre su cuerpo. Sería una buena publicidad para una marca de vaqueros o una variante moderna del hombre Marlboro. Si no fuera tan rico ya, seguro que podría ganarse muy bien la vida haciendo de modelo. Tomo un largo trago de la botella.

¡Qué bien!

Me mojo las manos para pasarme un poco de agua por la cara. No pensé que se pudiera sudar tanto en una salida a caballos. Los vaqueros tampoco ayudan mucho. El vestidito hubiera sido más ligero, pero en él no hubiera aguantado ni una vueltecita para sacar una foto de recuerdo. Seguro que para la excursión de hoy no hubiera sido lo mejor, me habría desollado las piernas enteras. Desde luego, los vaqueros son más prácticos… Si no fuera por el calor.

–¿Tienes calor?

–No te lo puedes ni imaginar.

–Pues quítate la roba.

–Ya te gustaría, ya.

–Me gusta y te lo pido. De otra forma no puedo enseñarte lo que tengo en mente.

–¿Qué es?

–Desnúdate primero.

–¿Y si no quiero?

–Pues te echaré una mano.

Por un momento dudo si no sería mejor esperar y ver qué pasa. Entretanto, me encantan nuestras disputas; las encuentro muy refrescantes. Pero luego decido hacer lo que me manda y empiezo a desabrochar mis pantalones.

La cara de Marcos es todo un poema. Empiezo a reír.

–¿De verdad haces lo que te pido?

–No te alegres antes de hora, la verdad es que tengo mucho calor –le contesto fresca mientras me descalzo las zapatillas y me quito los vaqueros y la camiseta.

–¿Y ahora, qué pasa? –pregunto desafiante. Me planto delante de él, sin ropa excepto el conjunto de ropa interior de florecitas que cubre a penas mi bajo vientre y mis pechos.

–Quédate así. –De la mochila, saca una manta que desdobla delante de mí, encima del suelo leñoso.

–Princesa Carolina, ¿me concedería el honor de tomar asiento en esa manta sencilla?

–Sí, pero no se acostumbre –me apunto a la actuación y le alcanzo mi mano, con elegancia, pestañeando como una muñequita–. Sorpréndame con un delicado tentempié.

–Ja ja, te sale bien, la princesita –se ríe–. A ver si sigues tan bien cuando te enteres de qué estoy tramando.

–¿Y qué es lo que estás tramando?

–No seas siempre tan curiosota. Échate y relájate –me ordena.

–Espero por tu bien que la sorpresa me guste –le rebato, echándome encima de la manta y apoyando las manos debajo de mi nuca–. ¡Todavía no lo tengo muy claro con estos monstruos peludos!

Miro hacia los dos caballos que, debajo de la sombra, sacan algunas hierbas para comérselas con fruición.

Visto desde lejos, parecen muy inofensivos, pero no me fío del todo. A veces, los caballos pueden reaccionar a las cosas más extrañas. Por esto prefiero mantenerlos vigilados.

–Estoy seguro de que cambiarás de opinión. –Marcos me mira con una sonrisa en los labios.

–No creo –le contesto, estirando las piernas. Empiezo a notar la postura, para mí insólita, de ir a caballo. Mis muslos parecen dormidos, espero que las agujetas no sean tan graves.

–¿Y el refresco que prometiste? –pregunto. En el momento mismo de acabar la frase, me doy cuenta que me he equivocado de pregunta. Marcos agarra la botella y vierte su contenido sobre mi barriga.

–¡Cerdo! –Le insulto incorporándome de un salto.

–Perdona, no podía resistir –rebate Marcos, sentándose encima de la manta.

Me tiro sobre él, Marcos cae hacia atrás y yo encima de él, con mi torso mojado sobre su cuerpo desnudo. Se ríe y me abraza.

–*Touché* brujita –refunfuña, besándome la punta de la nariz.

–Hueles a establo –me quejo.

–Pues ya somos dos –contesta, colocando las dos manos sobre mis nalgas, lo que me impide levantarme. –Adoro tu culito. Lástima que me vea obligado a comportarme. Tal vez me arriesgue a perder la contienda y a cambio me ocupo un poco de tus nalgas.

–No lo harás.

–¿Ah no? ¿Estás segura? –pregunta, desplazando su mano derecha desde mi nalga hacia la tira de mi tanga–. Tal vez renuncie a ganar y a cambio me divierta más.

Con mucha delicadeza, empieza a acariciar mi perla. Su torso mojado se frota contra mi barriga y su mano izquierda mantiene mi culo firme.

–Qué malo eres –gruño, intentando desvincularme de su agarre–. Lo único que quieres es calentarme.

–¿Qué hay de malo en eso? Otras estarían felices si les calentara. –Lo dice con una sonrisa en los labios, hundiendo sus dedos de la mano izquierda aún más en la carne de mi nalga para que no me pueda mover.

–¡Ay, me haces daño!

–¿Qué te pasa hoy? ¿Algo sensible? Parece que Liam fue demasiado dulce contigo. No te acostumbres a numeritos vainilla.

Aunque pueda ser algo peligroso para mi bajo vientre, le hago la pregunta a la que llevo tiempo dando vueltas:

–¿Puede ser que estés celoso de Liam?

Sus dedos se clavan un poquito más.

«Mierda, ¡eso duele!» Pero no le daré esta satisfacción. Aprieto los dientes y aguanto su respuesta.

–Tal vez esté celoso de ti, cabrona. ¿Alguna vez has pensado en eso?

Me quedo tan atónita que hasta me olvido del dolor en mi culo. «¿Cómo? ¿Por qué tendría que tener celos de mí? ¿Por qué le caigo bien a Liam? ¿Qué relación más rara hay entre los dos? Esto es más que solo una amistad entre hombres.»

–¿Puede ser que te guste Liam? –pregunto frunciendo el cejo. Marcos abre los ojos de par en par:

–¿Estás loca? ¡Para nada! Es que para mí, Liam es la persona más importante en mi vida. Álex y él son la familia que nunca tuve.

Sus ojos que normalmente brillan como los de un niño travieso, ahora están cubiertos por un halo de tristeza.

De repente, siento pena por él y me doy cuenta de que tengo mucha suerte, teniendo unos padres fantásticos como los míos. ¿Cómo debía de sentirse Marcos, sin padres y con una abuela maligna como única familia, hallándose arrinconado en un internado?

Puedo entender que Marcos vea en Álex y sobre todo en Liam a su familia de sustitución.

–Escucha –le digo en voz baja, sacándole un mechón mojado de la cara–, no te quito a nadie.

–No lo tengo tan claro –me responde, sacándome de encima y abriendo la mochila–. Cambiemos de tema –continúa en tono tan firme que entiendo a la primera que no quiere seguir hablando del tema.

Es para tirarse de los pelos, la verdad.

–¡Es hora de un picnic! –Marcos no me deja ninguna posibilidad de seguir dándole vueltas al tema: De la mochila saca manzanas, uvas, algo para picar y una pequeña botella de cava y lo coloca delante de mí.

¡Esta vez no se saldrá con la suya! Despistar para no tener que hablar sobre temas personales.

Tal vez tenga realmente una misión. Intentaré sacarle más información esta noche. Aunque sea difícil sacarles los mocos a los chicos, creo que vale la pena. Ya sé mucho más de los tres de lo que mi predecesora Nicole jamás llegó a saber.

Mientras disfrutamos de la fruta y el cava, Marcos se las inventa todas para cambiar de tema. Me explica cosas sobre África del Sur y su trabajo en las casas de acogida en los países del tercer mundo. Es realmente impresionante todo lo que hace por los niños y cuánto le gusta su trabajo.

«Es más que probable que sienta tanta afinidad con los niños huérfanos porqué el mismo no ha tenido nunca una familia –pienso para mí–. Sabe qué quiere decir esto».

Cuando acabamos, Marcos lo guarda todo en la mochila y vuelve a ponerse su camiseta.

Yo también recojo mis vaqueros y mi camiseta para volver a vestirme cuando me agarra de la mano:

–Espera, te había prometido una sorpresa.

–Pensé que la sorpresa era el picnic.

–No –sacude la cabeza–, la sorpresa es esta–. Me alcanza una cajita negra.

La miro con interés. ¿Qué será? ¿Y cómo se las apañó para organizarla tan rápidamente? La cajita es demasiado grande para una joya. Además no creo que Marcos sea el tipo de hombre que regale joyas. Más bien un diente de tiburón o un cuchillo suizo. Tampoco creo que la idea de regalar un anillo fuera suya. Yo lo llevo desde aquella noche y no me lo he quitado ni una única vez. Me parece que es más bien idea de Álex o de Liam.

Muevo la cajita con precaución y oigo un ‘clong’ sordo: el objeto misterioso acaba de dar con las paredes de cartón. No tengo la más mínima idea de que podría ser, pero por la sonrisa socarrona de Marcos deduzco que tiene que ser algo indecente.

Me viene a la cabeza lo que dijo Marcos, que le encantaría ocuparse de mis nalgas. Menos mal que la caja es demasiado pequeña para poder contener un *paddle* o una fusta, pero no tanto para que no pueda tratarse de un *plug* anal.

Abro la caja algo desasosegada.

El objeto está envuelto en papel de seda de color negro y por eso, a primera vista, no entiendo qué es.

Al quitar el papel y ver de qué se trata, me quedo un momento sin aliento.

–Sabía que te gustaría mi regalito –se alegra Marcos–. Bolas del amor para mi Carolina predilecta. Las llevarás lo que queda del trayecto–. Marcos me mira divertido al ver mi cara de espanto.

–¿Qué? ¿Ahora? ¿Encima del caballo?

–Claro –asiente con la cabeza–, créeme, te gustará. Además te hará olvidar tus miedos a la pobre Destiny.

–Me parece que malentendiste algo de la contienda –refunfuño–. El objetivo es hacer que me divierta, no utilizarme como cobaya para experimentos raros.

–Nena, te encantará, prometido. Además, no te parece que es más tentador hacer cosas que no

habías hecho nunca. Dar un paseo en barco e invitarte a comer es demasiado aburrido. Dame al menos esa oportunidad.

–Claro, como aquel día que me hiciste saltar del avión.

–¡Exacto! Y no me vengas a decir que no te excitó el chute de adrenalina. Lo vi en tus ojos. Perteneces al tipo de mujeres que a veces hay que obligar a hacer ciertas cosas.

–Y tú, tú perteneces al grupo de hombres al que se conoce también como idiotas arrogantes –resoplo.

Es tan rápido en agarrarme del pelo y tirarme la cabeza hacia atrás que no tengo posibilidad alguna de defenderme.

–¡Déjame! –le espeto.

–Quédate tranquila –me ordena, manteniendo el agarre firme. Empieza a estimular mi clítoris y aunque quisiera, me es imposible resistirme a él. Mi bajo vientre lleva una vida independiente y reacciona inmediatamente a sus caricias y en un santiamén, estoy mojadísima. Me penetra con dos dedos y estimula mi punto G, mientras que con el dedo gordo frota mi clítoris hasta que me tuerzo por el deseo. ¡Qué malo que es!

–De acuerdo –jadeo–, me rindo, lo intentaré.

–Ves como sí –murmura Marcos, dejando libre mi cabeza. Con cuidado abre mis labios e introduce primero una luego la otra bola en mi vagina. Es la primera vez que llevo bolas del amor. Al principio no noto mucho, pero al moverme, las dos bolas empiezan a vibrar levemente. Es una buena sensación, pero tampoco tan intensa como para que me pueda llevar al orgasmo. Pero el plan de Marcos no es que camine con las bolas metidas, sería demasiado sencillo.

–Ahora vístete y sube al caballo. –Su sonrisa es tan pícara que me apunto a su hilaridad.

–Cuidadito si no me gusta –le amonesto con el índice.

–Te gustará –me contesta, besándome en la zona delicada entre cuello y clavícula–. ¡Seguro!

28

«Mierda» me digo a mí misma cuando vuelvo a estar encima de Destiny y ella empieza su andadura. El traqueteo del caballo provoca que las bolas dentro de mí empiecen a bailar. Además, la silla de montar entre mis muslos hace que la sensación sea otra: una mega loca y fenomenalmente erótica.

Marcos se da la vuelta y me mira con una sonrisa:

–¿Qué tal nena? ¿Estás bien?

–Ja ja, gracias por el interés –le contesto, apretando los dientes.

–Perfecto –sonríe satisfecho–, pues cambiaremos de andadura, si no, no llegaremos nunca.

Y ya ha puesto la segunda y su caballo empieza a trotar. Sin que hiciera nada, Destiny también cambia de andadura y le es bastante igual lo que quiera yo. Hace exactamente lo mismo que el caballo delante de ella. Aunque queriéndolo, no sabría como obligarla a ir más lentamente.

¡Maldito instinto gregario!

Sigo teniendo problemas para mantenerme arriba del caballo por el traqueteo. Pero efectivamente, no tengo tiempo para darle vueltas a si caigo o no caigo porque las bolas del amor dentro de mí necesitan toda mi atención. El movimiento me hace subir y bajar en la silla de montar y cada vez que reboto en la piel de la silla, las bolas estimulan mi punto G sin piedad, bailando samba dentro de mí.

¡Dios mío!

No sé si lo voy a aguantar mucho más.

Marcos gira la cabeza para ver como voy:

–Ves cómo sí nena. Aumentemos el ritmo.

–¡No! ¡Para! –le grito, pero él me ignora y suelta las riendas de su caballo para que pueda pasar al galope. Yo tiro de las riendas de Destiny, pero ella ignora por completo mis intentos y sigue el aire del otro caballo. El galope hace que los movimientos sean más suaves. Ya no salto hacia arriba y hacia abajo, sino que me bamboleo dentro de la silla. Mis labios frotan la silla, mi pelvis se mueve hacia adelante y hacia atrás mientras que las bolas me estimulan de tal manera que empiezo a gemir, clavando mis manos en la crin de Destiny. En la frente, se me forman gotas de sudor y me muerdo los labios para no gritar a viva voz. No quiero perder el control, ni sobre mi cuerpo ni mucho menos sobre el caballo, cuyos movimientos me vuelven loca. No quiero dar la satisfacción a Marcos de correrme con su juguete. Pero es que no puedo hacer nada. La sensación que hace estremecer mi bajo vientre es tan intensa que me encabrito, tiro la cabeza hacia atrás y me dejo ir del todo. Me muerdo los labios para no gritar.

Lo último que pienso es, no asustes al caballo, antes de que la ola de pasión me engulla y me apriete hacia la silla.

Dios mío, dios mío, no aguanto más.

–Mpff –Es lo único que dejo salir de mi boca.

–¡Sooooooo! –con una señal de la mano, Marcos logra parar a su caballo. Menos mal que Destiny también se para–. ¿Estás bien? –pregunta.

Lo único que logro hacer es sacudir la cabeza, suplicante, pero el cabrón se ríe, y con ganas:

–Creo que por el momento tienes bastante, tampoco queda mucho para llegar, seguiremos a paso.

Suspiro aliviada. Un galope más y me hubiera desbordado. Además me parece bastante peligroso perder el control encima de un caballo en pleno galope. ¿Y si me hubiera caído? Seguro que no se ha parado a pensar en ello, so yonqui de adrenalina. A veces está realmente loco de atar.

Desde que Destiny va a paso, las bolas ruedan más lentamente dentro de mí. Todavía me excitan, pero no tanto como si fuera a una andadura más rápida. Creo que llegaré sin problemas a la cabaña. Y ahí lo mataré.

–Dime, ¿te gusta? –pregunta Marcos poco después. Nos hemos parado en una pequeña meseta desde donde contemplo, sentada encima de Destiny, las vistas al mar.

–Es maravilloso –le contesto. Montada a caballo con solo el azul del agua delante de mí y la sensación de mirar al infinito más lejano, me siento como en una película romántica del Oeste.

–Pues espero que lo demás también te guste.

–¿Qué es lo demás? –quiero saber.

–Déjate sorprender. Ahora bajaremos y de aquí poco verás de lo que te estoy hablando.

«Oh no, otra vez, no» –pienso para mí. No sé cuántas sorpresas más podré aguantar en el día de hoy.

El camino que baja es bastante empinado. Aprieto los muslos y con una mano me agarro a la parte trasera de la silla. Si no lo hago tengo miedo de caerme del caballo. Por la presión de mis piernas, vuelvo a notar las bolas con más intensidad. Maldigo a Marcos para mis adentros.

Después de unos diez minutos que se me antojan una eternidad llegamos a una pista pedregosa que, por lo visto, es transitable también en coche, a deducir por las rodadas que descubro en el camino.

Finalmente, después de una curva se me abre la vista al final de nuestro trayecto: una calita de arena fina con una cabaña de madera y dos palmeras al frente.

«Qué bonito –me digo a mí misma–, parece una postal.»

Al llegar a la cala, nos paramos y llevamos los caballos a través de la arena hacia las palmeras dónde los atamos. Marcos llena un cubo con agua, colocado junto a un bidón de agua en un lado de la cabaña, y lo deja delante de los animales sedientos. Yo me dejo caer en la arena, exhausta.

–¡¿Qué?! ¿Cómo ha sido hacerse llevar al orgasmo por una chica? –pregunta Marcos con ojos socarrones. Mi mirada se desvía hacia Destiny que está sorbiendo agua del cubo.

–Ja ja –le contesto.

–Pero te gustó –constata sonriendo–. Ya me lo imaginaba, ya. Y de este modo, montar a Destiny fue mucho más agradable, ¿verdad?

–Prefiero callarme –le gruño.

–De acuerdo, no hace falta que digas nada –sentencia con una cara que lo dice todo sobre su autocomplacencia–. ¿Tienes hambre?

–¿De ti?

–Nooo, quiero decir si te apetece comer algo. Pero si me quieres como postre, estoy a tu disposición –contesta, guiñando un ojo.

–Ah, pues sí, tengo hambre.

–Entonces, ven conmigo –me invita, ayudándome a incorporarme. Le sigo intrigada a la cabaña. La puerta está entreabierta. Al abrirla del todo, me quedo sorprendida.

Aunque desde fuera parezca muy sencilla, por dentro está muy bien equipada: Un dormitorio con una cama enorme y cojines colorados, un salón con un sofá acogedor y una cocina integrada con encimera de gas y un comedor, un baño con pila y, en un patio interior, descubro una pequeña cisterna de agua y al lado, una ducha de lluvia. ¡Qué guay, la locura!

–¿Cómo has podido organizarlo todo en tan poco tiempo? –Estoy tan entusiasmada que pico las manos.

–Me he dejado aconsejar por la recepcionista del hotel quien me ayudó a organizarlo todo. Tuve suerte que la cabaña estuviera libre. Es del mismo propietario que los caballos. Vive de esto, de organizar excursiones hasta aquí. Nos ha llenado la nevera y todo. Vendrá más tarde para recoger los caballos.

–¿Entonces dormiremos aquí?

–Sí, pero no te preocupes, no tendrás que volver en caballo. Mañana nos recogen en coche.

–Pero si no tengo nada para pasar una noche fuera del hotel, ni siquiera un bikini.

–Nena, no te hace falta nada. Aquí no hay nadie más que nosotros dos. Hasta mañana por la mañana, este trocito de paraíso es nuestro. No haremos otra cosa que estar desnudos y yo te follaré todas las veces que me apetezca. Aquí nadie te oirá gritar.

Trago saliva. Creo que exagera, pero no estoy del todo segura.

–Piensa en la contienda. Si algo no me gusta, te restaré puntos –le recuerdo las reglas en un tono más firme posible. ¿Por qué diablos me dejo siempre desconcertar por él?

–¿Me restarás puntos por las dos últimas horas? –pregunta sonriendo, señalando mi bajo vientre.

–Todavía me lo tengo que pensar…

–Entonces intentaré compensar que la mala de Destiny te haya proporcionado un orgasmo –comenta de buen humor–. Te permito que te quites las bolas. Y ya que estás, quédate desnuda. Mientras tanto intentaré sorprender a tu paladar y no a tu vagina e iré preparando algo para picar.

29

Antes de que se lo vuelva a pensar y me proponga seguir llevando las bolas del amor, desaparezco al patio interior. Necesito arreglarme un poco. Mis vestidos están completamente enganchados a mi cuerpo por el sudor. Además, huelo a caballo. Ducharme al aire libre es lo que más me apetece en este momento.

Me quito las zapatillas, los vaqueros, la camiseta y la ropa interior y la dejo toda bien plegada encima de un taburete al lado del recipiente de agua y pongo en marcha la ducha. El agua que cae de la alcachofa es de una temperatura agradable.

«Muy probablemente hay placas solares en el tejado» –pienso mientras me pongo debajo del chorro y disfruto del agua refrescante sobre mi piel. También hay champú y gel de ducha, parece que haya todo lo necesario. Es realmente una muy buena idea pasar el día en una cala solitaria. Solo espero que nos llevemos bien. Intentaré ser amable y disfrutar del día con él, aunque no sea tan fácil, saltar continuamente de un hombre a otro. Si pienso en el sexo fantástico que tuve con Liam esta mañana se me pone la piel de gallina.

Sacudo la cabeza, contrariada.

Tengo que quitarme a Liam de la cabeza, al menos durante las próximas horas. Ahora toca Marcos.

Hoy le regalaré toda mi atención y así demostraré a los dos que no estoy pensando continuamente en Liam, si no que soy capaz de centrarme también en él y en Álex, si me lo propongo. Tal vez me explique él mismo que hay realmente detrás de sus celos, porque estoy convencida de que tiene que haber alguna razón más profunda para su comportamiento.

Me enjabono el cuerpo, luego me dedico a las bolas del amor y las quito con precaución.

Menos mal, ya me puedo mover con completa normalidad. ¿De dónde habrá sacado las bolas en tan poco tiempo? No creo que las haya encargado a la recepcionista…

–¡Nena! ¿Te falta mucho?

Dejo ir un chillido por el susto. No lo he oído llegar. Es una de las costumbres tontas de los tres… siempre tienen que acercarse a hurtadillas. Ya he tenido más de un susto al encontrarme a uno de ellos, así de repente, delante de mí.

–Mm, creo que te voy a comer como entrante, el resto puede esperar –murmura con voz ronca, quitándose la ropa de encima. En un santiamén lo tengo conmigo debajo de la ducha.

«No, otra vez el numerito del agua, no» –pienso y observo fascinada como el agua cae sobre su cuerpo. No estoy segura de estar lista otra vez después del sexo con Liam y la experiencia con Destiny, pero dudo que le interese en lo más mínimo. Además, desnudo y mojado está de muerte.

–No creo que aquí se pueda pedir una pizza –dejo caer, recordando la última vez que Marcos quería prepararme algo para comer. Estábamos tan ocupados el uno con el otro que nos olvidamos de la comida y se quemó todo. Al final tuvimos que tirarlo todo y pedir una pizza.

–No te preocupes, hoy no hay nada que corra riesgo de quemarse –se ríe–. Está todo listo para que más tarde podamos hacer una barbacoa. Además, acaban de recoger los caballos, o sea que estamos solos y tenemos tiempo, mucho tiempo–. Sus ojos brillan socarrones al alcanzar el gel y aplicar un poco encima de mis pechos:

–Tus pechos son bellísimos –susurra mientras me los masajea hasta que los pezones se ponen duros.

Yo también me sirvo un poco de gel y le enjabono el abdomen esculpido.

«Vaya cuerpazo» –suspiro para mis adentros, paseando mis dedos hacia abajo, hasta llegar a su pene. Le acaricio el glande y con la mano hueca recojo los testículos llenos y le masajeo el tronco. En un instante, su polla se pone erecta.

–Prepárate que de aquí poco estaré follándote –gruñe.

–Tal vez no me apetezca –le contesto.

–Tal vez me interese un pepino.

–No te olvides de los puntos –le recuerdo.

–Me la suda, la contienda. Hoy eres solo mía y te follaré hasta que me supliques que pare.

Sus palabras son duras y crudas, pero entran directamente como balas en mi bajo vientre y me excito.

Me pega su boca en la mía, obligándome a abrir la boca y a dejarme conquistar por su lengua. Su beso es de una exigencia violenta: Me muerde los labios y yo tengo sabor de sangre en la boca.

–¿Estás loco o qué? –le bufo.

–No me digas, ¿te he hecho daño? –susurra irónico–. No sabes cuánto disfruto teniéndote aquí, solo para mí. Por fin te puedo castigar por todas tus impertinencias.

Espantada, abro los ojos de par en par.

Noto como mi pulso se acelera: no lo dirá en serio, ¿verdad?

–Conoces la palabra clave, nena –me susurra al oído.

Suspiro aliviada, no es que me quiera hacer daño de verdad, solo quiere jugar a chico malo.

Cierra el grifo y me lanza una toalla:

–Sécate y ven conmigo.

Me froto cuerpo y pelo.

–Ya está bien –comprueba Marcos. Me levanta como si fuera una pluma y me lleva hasta el sofá.

–Inclínate sobre el brazo –me ordena.

Me quedo inmóvil, dubitativa.

–Haz lo que te digo –me gruñe, dándome la vuelta con un empujón y obligándome a inclinarme.

Pasa rápidamente por encima de mi clítoris para penetrarme seguidamente con un dedo. Un manotazo en mis nalgas me hace sobresaltar e intento incorporarme.

–¡Haz el favor de quedarte quieta! –Me zurra dos veces más, mientras que frota mi clítoris con el pulgar y con los dedos excita mi punto G.

–Ah, para –jadeo.

–¡A callarse! –me ordena, zurrándome una vez más.

En mis nalgas empieza a expandirse un dulce hormigueo. Gimo y clavo mis dedos en la tela del sofá. ¡Cómo he podido dudar de mi bajo vientre! Le encanta que le peguen y yo estoy otra vez tan mojada que me podría montar ahora mismo. Pero parece tener otros planes.

–¡Quédate así y no te muevas! Ahora vuelvo –me ordena.

No pienso hacer lo que dice ni en sueños, es lo que hace todo mucho más interesante. No tengo miedo y a malas siempre me queda la palabra clave. Podría ser interesante provocarlo un poco. Me incorporo y veo como desaparece a la habitación.

Busco una posición lasciva y espero. Reaparece poco después con una pequeña bolsa de plástico de color negro que me imagino llevaba en la mochila.

Al verme en otra posición, sus ojos se estrechan.

–¿No te dije que no te movieras?

–Es que no oigo bien…

–Entonces tendré que asegurarme que me entiendas mejor la próxima vez que te ordene algo.

Le miro desafiante. El pequeño juego de poder empieza a gustarme. Además me excita, ¡y cómo!

–Inténtalo –Le invito.

–Tú te lo has buscado, nena –me desafía, sacando algo de la bolsa: unas esposas–. ¡Manos a la espalda!

–¡No! –Sacudo la cabeza haciendo volar mi melena.

–Para que luego me digas que no te he avisado –suspira, agarrando mi muñeca y apretando un punto entre pulgar e índice. Un dolor intenso y súbito atraviesa mi mano. Observo con impotencia como me coloca las manos en la espalda y me coloca las esposas. Solo entonces afloja el agarre.

–Oye, ¿eres idiota o qué? –le riño, moviendo con cuidado mi pulgar–. ¡Eso me ha dolido mucho!

–No te pongas así –refunfuña, levantando mis brazos hacia arriba obligándome a inclinarme hacia delante–. Si ya te quejas por eso, ¿qué harás de aquí poco?

Resoplo indignada, pero no me queda otra que quedarme en esta posición, a la merced de Marcos.

Noto su pene en mis nalgas. Todo apunta que nuestro jueguecito no me excita solo a mí: su polla está durísima.

Con una mano me mantiene firme y con la otra hurga en la bolsa. Levanto la cabeza para ver qué es, pero mi campo de visión es demasiado pequeño.

–Cuando te suelte tú te quedas quieta –dice con firmeza, dándome otro golpe en mis nalgas. Me estremezco–. Para que te quede claro que estoy hablando en serio –me susurra al oído.

Sus dedos me acarician la espalda, bajan hasta mis nalgas ardientes para luego volver a estimular mi clítoris. De repente, noto un líquido refrescante en mi zona anal y un objeto que me roza.

–¿Qué es eso? –pregunto alarmada.

–Calla y relájate. Respira hondo. –Me penetra con el objeto. Aumento mi jadeo al notar que lo introduce hasta el fondo–. Es un masturbador anal, tamaño mediano. No quiero agobiarte del todo–comenta con tono divertido. Me zurra varias veces mi culo desnudo.

–¡Ah! ¡Para! –gimo. Como respuesta, sus golpes se vuelven más intensos.

–Di la palabra clave si no puedes más –me provoca, dejando pasar unos segundos para ver si digo algo.

No lo pienso decir ni en sueños. Aprieto los dientes, no quiero decirla. Quiero que me folle. Sus golpes y el masturbador me excitan tanto que tengo la vagina hinchadísima. Quiero su polla dentro de mí. ¡Ahora!

–Deduzco que me permites seguir –comenta con voz ronca, clavándome por fin su polla dura en mi concha mojada. Me deja unos segundos para que me acostumbre a su tamaño para luego empezar a follarme por delante y por detrás, zurrando cada pocos segundos mis nalgas.

Hundo mis dientes en un cojín y sofoco mis gritos en él. Dejo de pensar, me entrego al dolor y al deseo hasta llegar al orgasmo.

30

–¿Todo bien nena? –me susurra, acariciándome la cabeza.

–Sí –le contesto. Mi voz es ronca, ronca por los gritos sofocados en el sofá.

–Te voy a desatar. –Me abre las esposas y yo sacudo mis brazos y me incorporo. Pero mis piernas tiemblan, por la excursión en caballo y el sexo duro con Marcos, y me impiden mantenerme en pie, y más aun caminar.

–Espera, te llevaré en brazos. –Marcos me ayuda a incorporarme y yo le paso mi brazo alrededor del cuello, apoyo mi cabeza en su pecho y me dejo llevar al exterior.

Me deja en una de las dos tumbonas colocadas debajo de unas palmeras.

–Descansa nena, mientras yo preparo la comida.

Me estiro en la tumbona, agradecida.

–¿Marcos?

–¿Sí?

–¿De dónde has sacado los juguetes?

–Los he traído de casa. Álex, Liam y yo siempre llevamos algún que otro juguete encima.

No sé por qué pregunto. Parece que un *kit* básico forme parte de sus enseres imprescindibles para ir de viaje.

Le sigo con la mirada mientras pasea desnudo por la arena y vuelve a la cabaña. ¡Qué vistas! Me ha tratado con crudeza, pero me he divertido y al zurrarme se cuidó de que me excitara también. No como Liam que se quería vengar y me pegó por pegarme. Marcos sabía qué tenía que hacer para que los dos disfrutásemos.

Lo que me preocupa es que mañana con Álex, no le sirve para nada. De entrada, tendré agujetas. Me acuerdo de mi última excursión, con el caballo que cuidaba Mona. Después de aquella experiencia no pude andar durante tres días. Y hoy tuve además sexo duro. Mejor no piense cómo puedo estar mañana.

Me enrosco en un ovillo y cierro los ojos. Solo un momento de relax…

–Nena, despierta. La comida está lista. –Abro los ojos y veo la cara sonriente de Marcos–. ¿Tan cansada estás? –pregunta.

Me estiro con ganas:

–Sí, bastante.

–¿Y tienes hambre? –pregunta Marcos.

Ahora que lo dice me doy cuenta de que tengo mucha hambre.

–Sí, muchísima.

–¿Puedes caminar?

Me levanto de la tumbona, las piernas ya no me tiemblan. Tampoco tengo agujetas, solo noto una leve tensión en los muslos que anuncian lo que será mañana. Mis nalgas queman un poquito, pero creo que soy capaz de caminar.

–Creo que sí –le contesto.

–Muy bien, pues ven –me invita Marcos–. Cierra los ojos, te acompaño a la mesa.

Hago lo que me dice y, con cuidado, pongo un pie delante de otro. Es una extraña sensación caminar a ciegas por la arena caliente. Tengo la impresión de que me estoy bamboleando. Me

gustaría volver a abrir los ojos, pero no quiero ser una aguafiestas. Por lo visto, Marcos tiene que haber preparado la mesa fuera de la cabaña: solo noto arena y nada de madera.

–¡Ahora puedes abrir los ojos!

–¡Oh! ¡Qué bonito! –Me siento realmente emocionada.

Pico de manos por la alegría. Debajo de una sombrilla en la misma orilla del mar hay una mesa repleta de pescado a la brasa, verdura y más *delicatessen,* además de dos cócteles color naranja adornados con fruta.

–¿Todo eso es solo para mí? –pregunto conmovida. Qué idea más estupenda: una comida romántica en la misma playa. Hasta ahora, nadie me ha hecho nunca algo parecido.

–Pues claro –asiente con la cabeza–. Tengo que ir sumando puntos. Ven, siéntate.

–Gracias –Me siento en una de las sillas. Es una sensación poco habitual quedarse desnuda todo el rato. Será poco habitual, pero al mismo tiempo liberador y excitante, sobre todo si tu acompañante de enfrente es un guaperas como Marcos.

–¡Salud! –Marcos levanta su copa. Brindamos y yo me tomo un trago del cóctel.

–Hmh, ¿qué es?

–*Sex on the Beach* –me contesta con una sonrisa de oreja a oreja–. Me pareció más que adecuado.

–Muchas gracias por la comida, ¡todo muy rico! –He comido tanto que ahora tengo la sensación de que voy a estallar. Es que todo estaba riquísimo. Marcos es realmente un buen cocinero.

Si no fuera por sus momentos de gruñón, sería el hombre ideal: excelente en la cama, mejor cocinero y un sensual bailarín… ¿¡Mujer, qué más quieres!?

–Encantado –me sonríe–. Disfruta de las vistas, mientras tanto guardo las cosas. Y después quiero construir un castillo de arena.

–¿Un castillo?

–Sí o una mujer, con tetas enormes. Me encanta jugar en la arena.

–Ahora ya sé de dónde viene el nombre de *playboy* –le guiño un ojo–. Se lo inventaron para ti. De acuerdo, me apunto.

Hace una eternidad que no juego en la arena. Creo que la última vez fue de niña con mi padre. Pero construir una mujer de arena junto a Marcos me divierte mucho. Está ocupado formando las piernas, intentando que la arena no vuelva a derrumbarse.

«Marcos sería un muy buen padre» me digo a mí misma. Lástima que no tenga hijos. Aun de adulto sigue manteniendo vivo el instinto lúdico. Eso no se ve cada día. La mayoría de las personas no tiene nada que ver con los niños que fueron. Además, se lleva muy bien con los niños. La actuación como mago Magnus fue fantástica y los niños le comían de la mano.

–Ya está –exclama, incorporándose para apreciar nuestra obra–. Nada mal, nuestra mujer de arena. Me acompañas al agua, quiero deshacerme de la arenilla.

Le sigo hacia el mar. El agua tiene una temperatura muy agradable. Los días soleados de Ciudad del Cabo la mantienen bien caliente. Me meto en el agua con cuidado, pero cuando mi bajo vientre entra en contacto con el agua, gimo de dolor. El agua salada arde en mi vagina. Menos mal que Marcos me zurró con su mano. Si hubiera utilizado un *paddle* u otro objeto parecido, bañarse en la mar hubiera sido mucho más doloroso. Espero un momento, respiro hondo y me deslizo del todo. Marcos parece necesitar moverse, porque empieza a nadar estilo mariposa. Yo vuelvo hacia la orilla, me siento en el embate de las olas y le observo. Su cuerpo musculado aparece y desaparece entre las olas con ritmo sostenido. Qué bonito. Después de algunas brazadas más, Marcos vuelve a la orilla y se sienta a mi lado.

–Hola.
–Hola –le contesto.
Se me acerca y me regala un beso. Tengo sabor de mar en mis labios. Agarro su pelo mojado, tiro la cabeza hacia mí y le devuelvo el beso.
–Me encanta estar contigo –me susurra, sacándome un mechón mojado de la cara.
–A mí también –le contesto.
–¿Y no echas de menos a Liam?
–No, no le echo de menos –le contesto, haciendo una mueca. Además es verdad. En este momento no le echo de menos, para nada. Estoy disfrutando de la compañía de Marcos y la atención que me brinda. Espero que no vuelva a empezar con lo de Liam. Sería una lástima y estropearía el buen ambiente entre nosotros. Efectivamente, Marcos parece lo suficientemente listo para no insistir más en el tema.
–¿Qué te parece si nos sacamos el agua del mar de encima y hacemos una hoguera en la playa? –me propone–. Así podemos charlar y tomarnos una copa de vino mientras contemplamos la puesta de sol. Dicen que es la rebomba.
Me apunto encantada. Me gusta mucho su propuesta, un final digno de nuestra cita a solas.
Estoy encantada de que me haya enseñado también su otro lado. No es solo el tipo *ultracool* siempre dispuesto a soltar tonterías; si quiere, también puede ser muy romántico.

Sentada entre las piernas de Marcos, con la cabeza apoyada en su pecho y envuelta en una manta, observo la danza de colores que nos brinda la puesta de sol. Es realmente espectacular. El sol desaparece lentamente detrás del horizonte emanando destellos de luces de color amarillo, naranja, rojo y viola. A nuestro lado, la hoguera nos calienta, porque debajo de la manta, seguimos tan desnudos. Más romántico, imposible. Por eso no estoy del todo segura de si hacerle la pregunta que me ronda por la cabeza, para no estropear la atmósfera. Tampoco creo que tenga muchas más ocasiones de pasar un momento tan relajado con él.
«Ahora o nunca, Carolina» –me digo a mí misma, intentando mi suerte.
–Sabes –empiezo cautelosa–, me alegraría mucho si me contaras algo más de ti. Te lo pido no tanto por curiosidad, sino porque me interesas también como persona.
Durante unos segundos, no hay reacción alguna. Luego me contesta:
–¿Por qué te interesa mi persona?
–Porque me caes muy bien. Y porqué no creo que lo de tu abuela sea todo. Estoy segura de que tienes más para contarme.
–Eso es cierto.
–Pues cuéntamelo.
–A veces es mejor no saberlo todo.
–Pero a mí me gustaría saberlo, de verdad.
Marcos resopla.
–Carolina. Nunca dejarás de insistir, ¿verdad?
Sacudo la cabeza:
–Tienes razón, seguiré insistiendo. Además, soy capaz de mantener secretos.
–Digamos que Liam, Álex y yo ya hemos pasado algunas cosas juntos. –Su voz no suena enfadada, solo muy cansada. Al menos no se irrita ni se niega a contestar, aunque haya que tirarle constantemente de la lengua.
–¿Cómo por ejemplo? –insisto.
Se desvincula de mí, se sienta a mi lado y dice, mirando al fuego:

–De acuerdo, te lo contaré.
Me quedo inmóvil, sin decir nada; no le quiero distraer.

–Ya sabes que Liam, Álex y yo estuvimos en el mismo internado –empieza Marcos su relato.
Asiento con la cabeza.
Por un momento, parece como si cambiara de idea, luego coge aire y sigue con su relato:
–También sabes que una pandilla de chicos mayores se burlaban de Álex. Antes era un niño muy delgado. Su aspecto físico y el talento por la música no hizo más que provocarles continuamente y burlarse de él. Liam y yo le ayudamos en una situación bastante comprometida. Así fue como nos hicimos amigos. Álex me cayó muy bien desde un principio y quería ayudarle en todo lo que pudiera. Quería que las molestias acabasen para siempre. Por aquel entonces ya estaba fuertote y hacía deporte de combate. Un día me enfrenté al jefe de la pandilla y le hice saber que dejara de molestar a mi amigo. Sin el resto de sus amigotes no era tan bravo y aunque era más joven que él, le pude dejar algún que otro regalito. A partir de ahí, la pandilla dejó de molestar a Álex, pero me tocó a mí. No podía tragar que un chico más joven le ganara en la pelea y juró venganza. Un día me pillaron solo, ellos eran cinco. Luché como un león, pero no tenía la más mínima posibilidad contra cinco de ellos. Me ataron y me encerraron en el sótano de una cabaña de caza, muy cerca del internado. Estuve encerrado dos días, hasta que me encontraron. Después ya no era el mismo.

«¡No puede ser! –pienso– ¿Qué le habrán hecho?».
Me gustaría preguntárselo, pero siento que es mejor no hacerlo. Si quiere contármelo, lo hará por sí mismo.

Recoge un ramo de la arena y empieza a remover el fuego. Su voz ya no tiene la misma fluidez cuando continúa con su relato.
– No sería tan grave si solo me hubieran pegado. Pero estos sádicos me torturaron en toda regla. Yo tenía un miedo atroz de morir y ellos se estaban divirtiendo. No quiero entrar en detalles, pero algo así no se lo deseo a nadie, ni a mi peor enemigo. Después estuve unas semanas en el hospital. No tenía familia que hubiese podido apoyarme o que me viniera a ver. Álex se culpó de todo lo ocurrido. Creía que me pasó lo que me pasó por haberle defendido a él. Y durante mucho tiempo no se atrevía ni a mirarme. Lo pasó muy mal y yo tampoco le he recriminado nunca por eso. Al fin y al cabo, él también había sido víctima. La única persona que siempre estuvo a mi lado fue Liam. Después de todo eso me metí en más líos: peleas, drogas, alcohol… Era mi manera de afrontar los problemas. En todo ese tiempo, Liam nunca me dejó solo. Siempre intentó ayudarme. Liam fue y es mi familia… ¡mi única familia!

«Dios mío –me digo para mis adentros–. En mi vida he oído algo tan horroroso». No estoy segura de que Marcos lo desee, pero no puedo hacer otra cosa que abrazarle.

Se queda rígido mientras le acaricio su melena, sin embargo me deja hacer. En sus ojos entreveo de pronto un brillo sospechoso. En la luz del fuego veo como una única lágrima cae sobre su mejilla.
Me encantaría poder darle todo el cariño que necesita en este momento. Lo que ha vivido es horroroso. Era casi un niño aún y no tenía a nadie de su familia. Casi se me rompe el corazón si me paro a pensar como debió de sentirse solo en esta situación. Y siento mucha ira, ira helada, hacia las personas que le han hecho pasar por eso.
–¿Qué le pasó a los delincuentes? –pregunto, mientras le sigo acariciando la cabeza.

–Lo negaron todo, diciendo que fue una gamberrada. Los padres tenían mucho dinero y contrataron a buenos abogados. Les expulsaron del internado, pero solo fueron condenados a penas menores. Unas penas ridículas en comparación a lo que me habían hecho a mí.

–¿Y la dirección del internado?

–Intentó taparlo todo –contesta amargado–. Si alguien me hubiera creído, habría dañado la reputación de la institución.

–No sabes cuánto lo siento –le susurro. Los ojos se me llenan de lágrimas. Cómo es posible tratar así a un chico.

–Finalmente, han obtenido la pena que merecían, aunque fuera mucho más tarde, de adultos. No creo que se olviden nunca de mí.

–¿Cómo fue eso?

–Liam. Se vengó como yo lo hice en su día en nombre de Álex. Les ha arruinado a todos financieramente. Ya no podrán levantar cabeza nunca más.

Su voz no suena a satisfacción, sino simplemente a vacío.

El fuego proyecta sombras sobre su fantástico cuerpo musculoso. Aparenta ser tan fuerte cuando, en el fondo de su alma, está tan herido.

Seguimos sentados uno cerca del otro, sin decir nada. Ninguno de los dos tiene ganas de hablar.

Vaya historia que me acaba de contar. Entiendo que lo haya marcado para siempre y que esta es una de las razones por las que no quiere mantener una relación íntima con las personas.

Nadie puede ser siempre tan chulo, tampoco Marcos. Noto como algo ha cambiado entre nosotros. Ya no es ningún juego, esto es la vida misma con todas sus facetas, las bellas y las oscuras.

Tal vez no fue casualidad que me topara con los tres chicos en el bar. Tal vez no era yo a quien tenían que salvar, tal vez el destino quiera que sea yo quien les salve a ellos…

31

Me siento como John Wayne: Las agujetas en los muslos me impiden caminar. Pobre Álex, no tendrá mucha cita conmigo. Todo mi cuerpo está dolorido recordándome el día anterior. No solo el cuerpo me duele, también está tocado el corazón. Marcos me ha dejado ver detrás de su fachada y lo que he visto me ha emocionado mucho.

El resto de la tarde Marcos casi no abrió boca. Hablar de su pasado le costó mucho. Nos quedamos un rato más cerca del fuego. Luego refrescó y nos fuimos a la cama. Se arrimó a mí y se durmió enseguida. Yo me quedé despierta bastante rato, escuchando su respiración y dándole vueltas a todo lo que me había explicado. Así que hoy estoy cansadísima.

Esta mañana durante el desayuno, Marcos no ha vuelto a mencionar la noche anterior, como si no hubiera pasado nada. Le han delatado sus ojos: no brillaban como de costumbre, sino que estaban apagados y la mirada, vacía.

Tal vez tenía razón y no hubiera tenido que insistir. Lo que me contó hizo cambiar completamente mi opinión sobre él. Y es lo que, muy presumiblemente, no quería que pasase. A pesar de todo, estoy feliz de que me lo haya explicado. Lo que no me gusta para nada es que no lo veré en todo el día, hoy toca la cita con Álex y, aunque me caiga muy bien, me gustaría más pasar el día con Marcos. Le propuse a Marcos que cancelara la cita con Álex, pero Marcos no quiso ni oír hablar de ello.

–¿Todo bien? –le pregunto cuando estamos de vuelta. El conductor nos acaba de dejar en la puerta del hotel. Suerte que no tuve que volver a caballo, hubiera sido una pesadilla para mí.

–Sí, claro –asiente con la cabeza, sonriendo. Pero la sonrisa no es sincera, más bien de compromiso.

–Gracias –le susurro–. Gracias por todo. Me ha gustado mucho estar contigo.

Se le escapa una risa amarga:

–Bueno, hasta cierto momento. Escucha Carolina. No sé que me pasó ayer, pero no hubiera tenido que contártelo. No digas nada a Álex de todo eso, le abrirías viejas heridas. Basta con que me hicieras hablar a mí de cosas que normalmente prefiero callar.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. No es muy amable.

–Pero si no te he obligado en ningún momento –balbuceo.

–Olvídate, da igual –rebate frío, saltando del coche–. Que tengas un buen día con Álex y no te preocupes, yo siempre me las arreglo. –Se gira y se va, sin prestarme más atención.

Bajo del coche e intento irle detrás, pero mis piernas no me obedecen. Cada paso es como si alguien me clavara un cuchillo en los muslos. Solo puedo avanzar anadeando.

Cuando por fin llego a nuestro bungalow, Álex ya me estaba esperando y me abre la puerta, feliz de verme. En sus pantalones de lino blancos y la camiseta de polo negra ceñida está para comérselo. Sin embargo, yo no estoy para estos trotes.

–Mira, ¡mi cita! –me saluda, dándome un beso en la mejilla.

–Álex, ¿dónde está Marcos?

–Ni idea –me mira extrañado–. ¿No ibais a volver juntos? Aquí no está. ¿Qué ha pasado?

Me muerdo los labios y sacudo la cabeza. No quiero que se me note turbada. Tal vez Marcos necesite tiempo para sí mismo. No me parece del todo correcto haberme dejado así, sin decirme ni

adiós, pero entiendo que quiera estar a solas. Aun así, me duele.

¿Cómo pasar una cita despreocupada con Álex en este estado de desolación física y emocional?

–Gatita, ¿realmente estás bien? –Los ojos marrones me miran con tal intensidad que noto como me sonrojo. Maldita sea, soy tan mala mintiendo, pero no me quedará otra que intentarlo. No quiero defraudar la confianza de Marcos. Álex no debe saber nada de lo que me explicó Marcos.

–Lo que pasa es que Marcos organizó una excursión a caballo y yo, que no monto casi nunca, hoy tengo unas agujetas terribles. Casi no me puedo ni mover –le contesto, intentando aparentar lo más despreocupada posible. «Procura mantenerte siempre en las medias verdades, Carolina.»

–Típico de Marcos –se ríe Álex–. Quería asegurarse una ventaja en la contienda. Si te cuesta mover, será difícil para Liam y para mí.

–¿Álex?

–¿Sí?

–¿Te importaría hacer algo más relajante? Me duele todo, la verdad.

Menos mal que no se lo toma a mal. Es lo que me encanta de Álex, no se deja inmutar tan fácilmente.

–Pues habrá que cancelar lo que tenía pensado hacer contigo. Déjame que me lo piense y organizo otra cosa que no sea tan agotadora.

–Gracias Álex, aprecio tu comprensión. Me cambio en un momento. –Le doy un beso en la mejilla.

Al vestirme esta mañana, hice una mueca de asco: Mi ropa seguía oliendo muchísimo a caballo. Como no tenía más ropa, tuve que volver a ponerme los vaqueros y la camiseta del día anterior.

Ahora tengo la sensación de que todo mi cuerpo huele a caballo. Necesito una ducha, urgentemente.

Decido utilizar el baño de la habitación de Marcos. Tal vez cambie de idea y reaparezca. Me encantaría verle y hablar con él.

Al salir de la ducha diez minutos más tarde, sigue sin haber rastro de Marcos. ¿Quizá se haya tumbado en la piscina?

Me pongo la toalla en la cintura y me dirijo a la habitación de Liam para buscar ropa limpia. Noto mis músculos con cada paso. ¡Maldita Destiny!

Abro la puerta de la habitación de Liam. Tampoco hay nadie. Suspiro decepcionada, me hubiera gustado saludarle. ¿Dónde se han metido todos?

Dejo la toalla en el suelo y hurgo en mi maleta para buscar algún atuendo apropiado.

–Hola cariño–. Álex me mira desde el umbral de la puerta, sin disimulo–. No será fácil dejar que te recuperes. Ya tenía planificadas varias cosas– opina, encogiéndose de hombros–. Pero he logrado cambiar el tipo de excursión: El hotel organiza un safari y he podido reservar las últimas dos plazas, así te puedes quedar sentada, mirártelo todo desde el coche y no tienes que andar. Pero tenemos que salir ya. Date prisa antes de que me lo piense y te arrastre a mi habitación para follarte. –Sus ojos vuelven a tener esa mirada que tenía después del concierto de hace unos días. Qué lástima que mi físico esté comprometido y mi alma turbada. Me encanta cuando suelta el Álex salvaje.

–¿Has visto a Liam y a Marcos? ¿Están en la piscina? –pregunto, mientras me visto con unos shorts de tejanos y una camiseta blanca adornada con perlitas. El pelo lo recojo en un moño.

–Sí, Liam está en el gimnasio y Marcos en el *spa*, esperando el turno para un masaje. Parece que le has exigido mucho, si tanta relajación necesita… –comenta, guiñándome un ojo.

Respiro aliviada. Espero que el masaje le ayude a relajarse. Tal vez no fue tan buena idea intentar tirarle tanto de la lengua. Sin embargo, estoy contenta de haberlo hecho y lo volvería a hacer. Tampoco me puede recriminar que me interese como persona. No le he hecho nada malo, al

contrario, creo que fue saludable haber hablado de todo eso. Espero que más adelante lo vea de la misma manera.

–Y llévate ropa de recambio, dormiremos en un complejo turístico en la reserva –me dice Álex antes de volver a salir de la habitación. Hago una mueca, hubiera preferido volver por la noche, pero no quiero decepcionar a Álex. Es muy amable de su parte tener tanta consideración. Y quién sabe, tal vez Marcos se haya vuelto a tranquilizar cuando regresemos mañana. Tal vez tenga que aceptar que necesite distanciarse de mí. No fue fácil para él, contarme su historia.

Álex y yo estamos sentados en un todoterreno junto a una pareja de habla francesa de mediana edad y cuatro jóvenes, sobre los diecisiete o dieciocho años, observando con fascinación los animales de la reserva natural. No había visto nunca animales salvajes de tan cerca y lamento no haberme traído la cámara fotográfica. Mi móvil no hace tan buenas tomas como la cámara réflex que me regalaron mis padres para navidad. Pero la cámara está bien guardadita en un cajón en el piso.

Mientras contemplo los animales, mis pensamientos vuelven una y otra vez al día anterior y a Marcos. Definitivamente, algo ha cambiado entre nosotros. De la persona, el hombre sin máscara, que conocí ayer, hasta podría enamorarme.

Sé fuerte, Carolina, y déjate de tonterías –se queja mi mente–. *Este continuo sentimentalismo no te llevará a ningún sitio.*

Si fuera tan fácil –suspira mi corazón–. *¿Por qué me meto siempre en líos descomunales*?

Tal vez sea lo mejor que pueda hacer, pasar tiempo con Álex. Con él no es tan complicado como con Liam o con Marcos.

–¡Hooolaaa! –Alex me da golpecitos en el hombro–. ¿Estás dormida? Mira, allá hay jirafas.

Con la mirada, sigo su dedo y entreveo un rebaño de unas quince jirafas. Entre ellas, hay tres cachorros. Los animales nos miran con curiosidad.

El todoterreno se para y el chofer, un hombre diminuto con una sonrisa sin dientes y tocado con un sombrero de paja, abre la puerta del maletero.

–*Come out* –masculla, invitándonos a salir.

–¿Cómo? –Miro con espanto a Álex–. No lo dirá en serio que bajemos, ¿verdad?

Los jóvenes no tienen problema con seguir las indicaciones y saltan entusiasmados del coche. La pareja parece tan consternada como yo.

–*Come out* –vuelve a incitar el hombrecito, esta vez mucho menos cortés–. *Now. We are in a hurry*–. Se quita el tocado y lo bate contra la lona del coche–. *Come, come.*

–¡Álex! ¿Qué es lo que quiere? ¿Está loco o qué? Yo no bajo del coche en medio de la selva.

Que se lo quite de la cabeza, *só* tío raro. Con mis problemas físicos sería la merienda perfecta para los leones. Lo mismo podría matarme de un tiro, o tal vez no, sería menos doloroso que ser primer plato de los felinos. Ya veo los titulares:

Unos turistas, pasto de los leones. Rescatados todos menos una chica rubia, demasiado lenta a la hora de escapar…

–No tengo ni idea. Tenía planeado otra cosa y no tuve tiempo para informarme sobre todos los detalles del safari. Tal vez quiera que nos acerquemos a las jirafas –comenta, señalando a los cuatro

jóvenes que se acaban de poner en marcha hacia el rebaño.

–Dios mío –jadeo–. Álex, tienes que hacerles volver. Las jirafas los matarán, que pena para sus padres…

El hombrecito se da cuenta de que estoy observando a las jirafas y empieza a decir que sí con la cabeza con tal intensidad que tengo miedo de que se le arranque:

–*Yes, go*. Jirafas *go* –nos incita, señalando a los animales. Por lo visto, la pareja que viaja con nosotros acaba de entender el mensaje y sale del coche.

–Álex –le susurro–. No pienso bajar de este coche. Seguro que nos deja tirados y sale corriendo. Y… pues mira: los señores también se acercan a las jirafas, pero ¿qué pasa? ¿Todos tienen ganas de llegar antes al camposanto de tiempo?

El hombrecito presta mucha atención a mi verborrea, moviendo la cabeza de un lado a otro, y dice:

–Jirafas, *yes*. *Run with* jirafas.

–Creo que es parte del programa. Cursa de jirafas, ya he oído hablar de esto. Creo que son mansas.

Le miro con horror, sacudiendo la cabeza:

–¿Te has vuelto loco tu también? Aunque fuesen mansas, ¿qué pasa si les entra pánico y empiezan a correr? Nos dejarían aplastados como moscas.

–Si te amenazan, te salvaré. Venga, vámonos –me incita, alcanzando su mano.

Vuelvo a sacudir la cabeza.

–Venga gatita, ¡si se atreven hasta los jubilados!

Es verdad. Mientras tanto, la pareja se ha juntado con los jóvenes delante de las jirafas. Estas miran a los turistas con interés, pero sin dar ninguna muestra de atacar a nadie.

–Está bien –refunfuño, dejándome ayudar a salir del coche.

No hay leones ni otros felinos peligrosos a la vista.

Álex aprieta mi mano mientras nos acercamos al rebaño de jirafas. Oigo latir mi corazón. Normalmente no soy una gallina, pero me preocupa mi estado físico. Saber que en caso de peligro no pueda salir corriendo no ayuda a menguar mi miedo. Aunque no creo que los señores mayores sean muy rápidos corriendo tampoco.

«Pues moriremos juntos» –pienso y aprieto la mano de Álex con más fuerza.

El sensible de Álex se da cuenta enseguida de que tengo miedo:

–¿Confías en mí? –pregunta.

Asiento con la cabeza.

–Pues tengo la frase perfecta para ti: “Y de repente ya sabes: es hora de empezar algo nuevo, y confiar en la magia de un nuevo inicio.”

(Aforismo: Maestro Eckhardt ; (1260 - 1327), místico alemán)

–Es muy bonita –le contesto. Me pregunto si se refiere a la situación en la que nos hallamos o tal vez a mi rol en la comunidad.

Es una lástima que no haya podido pasar más tiempo con Álex.

Es una persona muy sensible, con mucha empatía, un lado oscuro por lo que se refiere a la vida sexual y mucho carisma. ¿Qué harían sus fans en esta situación? Muy probablemente se tirarían a las jirafas si intuyesen que su ídolo esté ante el más mínimo peligro. Y él se tiraría por mí, ¡qué buena sensación!

Me pongo recta, aprieto los dientes porque mis piernas siguen doliendo y mucho, y avanzo hacia el rebaño. Y en caso de que acabara siendo comida o pisoteada el titular sería:

Pianista famoso salva a una turista tirándose a un rebaño de jirafas desbocadas

¡Eso es!

Nos paramos a unos seis metros. El hombrecito sin dientes nos sigue a unos metros, en sus brazos lleva una fardo de hojas verdes.

–*Take, take* –refunfuña, alcanzándonos unas cuantas hojas.

Los jóvenes agarran unas cuantas y las ofrecen a las jirafas. Y efectivamente, los animales se acercan, bajan sus larguísimos cuellos y empiezan a comer de la mano.

¡Qué chulo! Mis miedos se deshacen como azúcar en agua. Los animales son tan mansos que hasta se dejan acariciar.

Se me acerca uno de los cachorros, mirándome con expectación. Le pillo un manojo de hojas y se lo pongo delante de su cara. Apunta los labios y saca una hoja del manojo. Con mucho cuidado le acaricio el cuello. En mi vida había tocado un pelo tan fino.

Miro a mi derecha y veo que Álex también está encantado con el bichito de cuello largo y sus pestañas bonitas. ¡Qué idea más encantadora!

El hombrecito asiente contento y nos regala su sonrisa sin dientes más hermosa.

32

–Qué poema tu cara cuando el hombrecito ese nos dijo de bajar del coche. Me estaba descojonando porque creías que nos echaba de comer a los animales.

–Ja ja ja. Tú tampoco sabías qué quería de nosotros–. Hundo mi mano en el agua y se la tiro a la cara.

Se limpia la mejilla riéndose.

–Tienes razón. Pero no tenía miedo de acabar como plato principal para los leones como tú.

–Al menos hubieras tenido la posibilidad de salir corriendo. Con mis agujetas no habría llegado muy lejos.

–Gracias por creerme tan rápido, pero creo que contra un león no tendría la más mínima oportunidad.

Estamos sentados en un jacuzzi fantástico, solo para nosotros, delante de la tienda de lujo que nos instalaron los del safari *lodge*, sorbiendo unos cócteles. Después de media hora, el hombrecito nos ha hecho volver al coche y continuamos con el safari. Tuvimos la suerte de ver algunos leones y algún que otro antílope. Al llegar al *lodge* disfrutamos de un menú exquisito y bebidas frescas y después se nos asignó a cada uno su tienda. De hecho, *tienda* no es la expresión correcta: vista desde fuera, tiene todas las connotaciones de una tienda, mientras que por dentro reina el lujo más absoluto. Una cama en estilo colonial, un pequeño escritorio, un baño minúsculo y un jacuzzi particular, protegido por unas cañas de bambú, tienen poco que ver con una tienda en un camping.

Me arrellano en el jacuzzi haciendo un brindis con Álex. Meterse en el agua ha sido una muy buena idea, noto como mis músculos se van relajando. Estoy mucho mejor.

–Venga gatita, ya está bien de relajarse. Acaba tu copa que tengo ganas de follarte.

Casi me ahogo con el trago que estaba tomando. Estoy acostumbrada a oír alusiones directas de Marcos, pero no de Álex. Al parecer se ha deshecho de su piel de antílope para ponerse la de tigre: sus ojos marrones brillan peligrosamente debajo de la luz de los farolillos colgados en las palmeras.

–No sé si ya estoy lista otra vez –le señalo–. Todavía tengo agujetas.

–¿Conoces la sabiduría del jinete? –me pregunta.

–No –le contesto, sacudiendo la cabeza–. ¿Por qué? ¿Qué dice?

–Si tienes agujetas por haber cabalgado, lo mejor es seguir cabalgando. Y es lo que haremos ahora.

Le miro con curiosidad, arqueando una ceja.

–Cabalgaremos hasta que desaparezcan las agujetas –me dice sonriendo, dejando su cóctel en una mesita–. Y para que sea más romántico, haré algo que solo hago en contadas ocasiones.

«Mierda, esto va en serio» –pienso.

Hay cosas peores que estar sentada desnuda en un jacuzzi con una estrella como Alec Gibraldi y además tener sexo con él, pero la verdad no sé si es muy buena idea. Obviamente me excita la idea de follar con él aquí y ahora, pero mis agujetas siguen molestando, y mucho. Además ¿qué quería decir con ‘Y para que sea más romántico, haré algo que solo hago en contadas ocasiones’?

–¿Y qué es? –le pregunto. Acabo mi cóctel de un trago. No está mal coger valor bebiendo.

Me mira con tal intensidad que me suben los calores:

–Cantaré por ti –contesta, respirando hondo.

Lo que sigue es tan bonito que se me pone la piel de gallina. Su voz es profunda y cálida con un toque erótico y la canción, una de mis favoritas, una balada de rock sobre el cielo estrellado. Y encima de nosotros las estrellas… ¡la locura hecha realidad!

Me quedo mirándolo, sin poder decir palabra.
¿Por qué solo toca el piano y no le añade su voz? Podría ser una estrella del pop.
Su voz provoca un cosquilleo en todo el cuerpo.
Dios mío, ¡qué guay!

Si fuera por mí, hubiera podido seguir cantando hasta la eternidad, pero lamentablemente, la canción se acaba demasiado pronto.
–Y ahora, bésame –me susurra con voz tomada, inclinándose hacia mí.
Me despierto del trance y me acerco a él. Sus manos bellas abrazan mi cara y me da un beso, primero con delicadeza, luego con más ímpetu. Estoy como electrizada: En muy poco tiempo, Álex es capaz de llegar a lo más profundo de mi alma.
La música desde luego es un arma… la suya, y combinada con un beso como ese…

Jadeo feliz cuando empieza a masajearme mis pechos, mis pezones se ponen rígidos en el acto.
–Salgamos de aquí –me gruña, levantándome en brazos y sacándome del jacuzzi. Rodeo mis piernas alrededor de su dorso y me dejo llevar hasta la tienda.
Nos dejamos caer en la cama, aún mojados, y me lleva mi mano hacia su pene, ligeramente erguido. Me inclino sobre él y empiezo a lengüetear su glande, mientras masajeo con una mano su tronco hasta que se levanta en todo su esplendor. Todavía tengo que tragar saliva cada vez que veo su pene, el tamaño me sigue imponiendo.
«Es un pequeño milagro que me quepa toda dentro de mí» –pienso.
Álex deja ir un leve gemido. Luego me agarra de las caderas y me da la vuelta, para acabar colocados en una posición 69. Su lengua, que antes conquistó mi boca, ahora lo hace con mi vagina. Estimula mi clítoris con lengüetazos leves hasta que empiezo a gemir también por placer. Estoy tan mojada que me podría penetrar sin ningún problema. Después de estos preliminares tan intensos, cada célula de mi cuerpo pide a grito una fusión corporal. Pero mis piernas no responden y dudo que pueda continuar. Sin embargo, Álex exige seguir y con solo una mirada, me incita a sentarme encima de él.
–Venga, a seguir cabalgando –me gruñe. Abro mis muslos y me pongo de cuclillas encima de él. Dejo ir un grito de dolor.
–Tranquila, gatita. Verás como te pasará rápido, te distraeré –me susurra, agarrándome de la cintura y apretándome hacia abajo. Su glande frota mi concha palpitante. Aprieto los dientes. Sé que no podré aguantar mucho en esa posición, me duele demasiado. Álex empieza a penetrarme, con delicadeza, pero con determinación, con su polla monumental. Mi vagina se ensancha y acoge toda su enormidad. En mis oídos oigo chasquidos cuando me empala con todo su tamaño y empieza a moverse. Me folla con golpes duros y salvajes que efectivamente, me hacen olvidar los muslos doloridos. Solo existe mi bajo vientre. Me muevo con él, le cabalgo mientras él me cabalga también, hasta que me la clava tres veces seguidas con tal intensidad que tengo la sensación que me desgarro de deseo. Me corro casi demasiado rápido. Oigo un retumbo de su garganta cuando llega al orgasmo dentro de mí.

33

Me despierto toda sudada. Necesito un momento para orientarme en la oscuridad. Luego caigo en la cuenta de donde estoy… en una tienda de lujo en medio de la nada. A mi lado, Álex duerme profundamente.

Me sacudo para deshacerme de la pesadilla. No me acuerdo de todos los detalles, pero sí que estaba encerrada y que tenía mucho miedo.

«¡Marcos! –pienso–. Yo era él y estaba encerrada.»

El sueño seguro ha sido una venganza por haberme olvidado de su historia horrorosa durante todo el día porque quería disfrutar del tiempo con Álex. Además, me ha hecho darme cuenta de que ver a Marcos tan distante me afectó más de lo pensado.

Me encantaría poder hablar con él ahora. Tal vez tenga cobertura, aunque lo dude.

Me levanto de la cama sin hacer ruido, me pongo una camiseta, agarro mi bolso y salgo de la tienda.

Busco mi móvil y lo enciendo.

No hay cobertura.

Tal vez funcione si me acerco a la tienda principal.

Me dirijo hacia allá, descalza, teniendo el móvil levantado. Me sorprende notar que ya casi no tengo agujetas. Tal vez Álex tenga razón y hay que montar rápidamente a “caballo” otra vez.

Casi me caigo por unas raíces, pero menos mal que fue solo un susto. Solo el dedo gordo está algo lesionado.

Ay, eso duele.

Me siento en la arena, debajo de una farola, y miro mi dedo. Al menos no parece sangrar. Pero un dolor pulsante me impide levantarme y continuar. Si sigo así, acabaré inválida.

Con cara de dolor miro la pantalla de mi móvil. Dos rayas… bien, ¡funciona! Busco Marcos en mis contactos y aprieto el botón de llamada.

„The person you have called is temporarily not available, please try again later.“

Oh no, por favor, no. Quiero oír su voz, ahora. Necesito saber si todo está bien entre nosotros. Lo intento otra vez, pero la misma voz monótona repite

“El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos. Inténtelo de nuevo más tarde.”

Mis ojos se llenan de lágrimas, por frustración y dolor. Odio que una voz metálica decida en ese momento sobre mi destino y no me deje hablar con él. Mi pesadilla todavía es muy presente y me hace estremecer. Necesito hablar ahora. No puedo hacerlo con Álex, Marcos me lo prohibió tajantemente. Por pura desesperación, llamo al número de Liam.

Después del quinto pitido, Liam descuelga:

–Msí –suena una voz dormida.

–Hola.

–¿Angelito? ¿Qué pasa? ¿Estáis bien? ¿Pasa algo con Álex? –Ya no suena dormido, sino alarmado.

–No, todo bien, estamos bien. Álex está durmiendo. Es que …

–¿Pero qué es lo que te pasa?
–¿Me puedes pasar con Marcos? No lo puedo localizar en el móvil.
–Lo siento, no puedo. Marcos no está. Se ha ido hoy a Nairobi. Parece haber problemas en las obras de un orfanato y ha decidido irse en persona. El viernes volará a casa desde Nairobi. Dónde está ahora, no siempre hay cobertura. ¿Qué querías de él a esas horas?

«Oh no –pienso–. No me puede hacer eso. Me hubiera gustado hablar con él. Ahora tengo que esperar hasta el sábado.»
Quien sabe si hubo realmente problemas con su proyecto.
Tal vez quería evitarme.
–¡Angelito! ¿Hola? ¿Qué pasa? ¡Habla conmigo!
–Yo, yo –Mi voz se rompe–. Creo que lo hace por mi culpa.
–¿Qué es lo que hace por tu culpa? –pregunta confuso.
–Haberse ido.
–¿Por qué crees eso? ¿Os habéis peleado?
Sacudo la cabeza. Pero al darme cuenta de que Liam no me puede ver le contesto en voz baja:
–No, peleado no, pero…
–¿Y entonces por qué crees que se fue por ti?
Respiro hondo. Sin darme cuenta, seguía masajeando mi dedo gordo.
–El…Me ha explicado lo que pasó, me habló del secuestro –tartamudeo, esperando la respuesta de Liam, algo cohibida. Tenía que decírselo, de otra forma hubiera explotado. A Marcos le prometí de no decir nada a Álex, nunca dije nada de Liam…

Al otro lado del teléfono reina el silencio. Solo su respiración más acelerada me dice que no ha colgado todavía. Mientras espero su respuesta, me muerdo los labios. Después de un minuto que se me antoja una eternidad, Liam contesta al fin:
–No te lo habrá explicado por iniciativa propia, ¿verdad? –me pregunta.
–No le he obligado en ningún momento –me justifico.
–Pero has seguido preguntando hasta que te lo explicó.
–Solo he preguntado una única vez.
–¿Carolina, por qué tuviste que hacerlo? –Su voz no suena enfadada, sino resignada–. Ya te dije que no preguntaras tantas cosas. Tenía mis razones. ¿Por qué no pudiste aceptarlo, sin más?
–Porque me importáis, y mucho. Porque quiero saber con quién estoy pasando mi tiempo. Porque tal vez pueda ayudar –. Mi voz se rompe del todo y yo empiezo a llorar. De repente, me siento muy sola. Tan sola como una de estas estrellas brillando en el cielo y tan lejos como la estrella más cercana que tal vez me podría consolar.

Intento suprimir mi llanto, pero no lo logro.
–Angelito, ¿Estás llorando?
–Mh –Es lo único que logro articular.
–Ahora podría decirte que eso fuera la razón por la que no quería que preguntaras tanto. Quería que pasaras el tiempo con nosotros sin tantas complicaciones. Pero no soy del todo un gilipollas: No creo que Marcos se haya ido por tu culpa. Fue decisión suya contarte cosas de su pasado, nadie le ha obligado. A mí me extraña que lo hiciera. Ahora tendrás que aguantar hasta el viernes para poder hablar con él. Hablemos mañana, ¿te parece? Tenemos todo el día y te haré pensar en otras cosas, prometido.
–De acuerdo –sobo, secándome las lagrimas.

–¿Dónde está Álex? –me pregunta Liam–. ¿Le has comentado algo?

–No, tuve que prometerle a Marcos que no hablaría con Álex sobre estos temas. Es de la opinión que le abriría viejas heridas.

–Creo que tiene razón. Álex es una persona muy sensible. Se sigue culpando por lo que pasó entonces.

–Pero si no fue por él.

–Claro que no. Pero él lo de ve manera diferente. Y no se deja convencer de lo contrario. Cree que si no hubiera sido por él, todo eso no hubiera pasado. Dejemos el tema, no lleva a ninguna parte. El pasado, pasado está y todos nos hemos llevado nuestras cicatrices, no solo Marcos.

«¿Qué querrá decir con 'no solo Marcos?» –me pregunto, pero no me atrevo a seguir indagando.

–Vuelve a la cama e intenta dormir. Nos vemos mañana, tengo muchas ganas de verte.

–Yo también –le contesto, colgando el teléfono.

Estoy aliviada de haber hablado con Liam y que no se haya enfadado.

Aun así, me hubiera gustado hablar con Marcos. Sin embargo, las palabras de Liam me dejan un poco más tranquila. Posiblemente sobrevalore mi influencia sobre Marcos.

Es muy probable que tuviese que salvar su proyecto y tampoco le puedo exigir que me diga lo qué hace ni por qué.

Sé que le importa mucho el bienestar de los niños y es una de las facetas que más me gustan de él. Seguro que todo está bien y que yo soy demasiado sensible.

«¿Y si le escribo un mensaje?» –me pregunto a mí misma. No tardo en teclear unas breves palabras:

Hola, ¿todo bien? Pienso mucho en ti. Gracias por la cita, me ha gustado mucho. Dime algo en cuanto leas esto. Con cariño, Carolina.

Envío el mensaje esperando que tenga cobertura pronto, reciba el mensaje y sobre todo, me conteste.

Vuelvo cojeando a la tienda, esperando que Álex no se haya despertado. Al meterme en la tienda veo que sigue acostado como lo dejé y que su respiración sigue tranquila.

«Uf, he tenido suerte» –pienso al estirarme a su lado. Intento ignorar mi dedo palpitante y espero poder dormirme con el ritmo tranquilo de su respiración.

34

Por la mañana, nos despierta bastante temprano la música que proviene de unos altavoces colocados en las palmeras. Estoy tan cansada que a penas puedo abrir los ojos. He dormido fatal: me dolió el dedo y siempre que me quedaba dormida, me aparecían imágenes horrorosas.

Álex no se dio cuenta de nada. Ha dormido como un bebé y por eso está fresco y de buen humor.

Bostezando, le sigo a la tienda principal para desayunar. El dedo sigue doliendo un poco, pero al menos no está hinchado, mis agujetas también han mejorado.

«¡Qué bien, ya solo tengo media minusvalía!» –me alegro para mis adentros.

El buffet del desayuno es espectacular. Es una lástima, porque no me apetece nada comer. Estoy demasiado cansada para masticar y decido tomarme un expreso doble y un zumo de naranja natural recién exprimido.

No tenemos mucho tiempo para desayunar, porque el hombrecito sin dientes nos mete prisa para salir.

Subimos al mismo todoterreno con los mismos viajeros: la pareja de mediana edad y los cuatro jóvenes.

El coche traquetea y todos contemplan entusiasmados las vistas, de vez en cuando se oye el clic de una cámara de fotos. Yo apoyo mi cabeza en el hombro de Álex y cierro los ojos.

–Nena, despierta, ya estamos de vuelta. –Álex me saca un mechón de mi cara.

Yo abro los ojos.

¡Me he dormido toda la vuelta! Al menos me siento algo mejor.

–¿No has dormido bien esta noche? –quiere saber Álex.

–Más que no dormir no he tenido buenos sueños –le susurro.

–¿Y porqué no has dicho nada?

–No quería despertarte.

–Lo hubieras podido hacer sin problema. ¿El mismo sueño con tu ex?

–Mhm –miento. Ya me va bien que Álex crea que he vuelto a soñar con Tobías. Al menos no seguirá preguntando.

–Pobrecita mi gatita –me dice, besándome en la frente–. Olvídate del idiota ese. Creo que está bien que hayas dormido un poco más. Conociendo a Liam, necesitarás todas tus fuerzas para hoy –comenta, guiñándome un ojo–. Que tengáis un buen día.

–Gracias –le contesto–. Muchas gracias por el día pasado juntos, me ha gustado mucho.

Álex me sonríe

–A mí también me ha gustado mucho. Ves pasando si quieres –dice, alcanzándome la tarjeta llave del bungalow–. Estoy seguro de que Liam ya te esté esperando. Ahora voy, quiero pasar por la recepción un momento.

Al abrir la puerta del bungalow se presenta Liam debajo del umbral, sonriente. Lleva vaqueros y nada más. Qué recibimiento.

–Buenos días angelito.

Me lanzo a sus brazos.

–¡Cuidado! Me vas a hacer caer –exclama–. ¿Tan horroroso fue con Álex?

–No, claro que no –le contesto, arrimándome a su pecho–. Todo lo contrario, fue muy bonito. Es que he dormido muy mal y soñado cosas horrorosas, de Marcos y de todo lo que te expliqué.

–Qué quieras que te diga, angelito. “Los fantasmas que llamé…” como bien decía Goethe– comenta, mirándome a los ojos.

Yo bajo la mirada.

Liam me agarra del mentón obligándome a mirarlo:

–No te preocupes por Marcos. Ya se las arreglará. Tú no le has hecho nada. Créeme: Si tuviera algo que reprocharte, te lo haría saber.

–¿Quieres decir?

–Sí, porque si le hubiese agobiado mucho, me habría comentado algo.

Sus palabras me hacen sentir mejor. Es muy bonito sentirse arropada por él.

Liam hunde sus manos en mi melena rubia y me besa el cuello.

–Te he echado de menos. Sin ti, la cama está muy vacía –me susurra con voz ronca.

–Pues la mía no, en la mía había Alec Gibraldi –le provoco.

–Qué cabronceta traviesa –se ríe dándome un cachete en mis nalgas–. En diez minutos empieza nuestra cita, ¿quieres arreglarte un poco?

«Uf, tres citas seguidas es muy excitante, pero también bastante agotador. Espero que no tenga planificado ninguna actividad deportiva».

–¿Qué tienes previsto? –pregunto cautelosa.

–¿En serio crees que te lo explicaré?

–Sí.

Me agarra de la cabeza. Primero me mordisquea un labio, luego me besa con tal intensidad que me quedo sin aliento, apretándome con todas sus fuerzas a su pecho desnudo.

–¿Quieres que me dé un ataque de corazón por la mañana? –jadeo sin aliento.

–Noo, esa fue mi respuesta –dice con su sonrisa de hoyuelo–. Hace dos días que no te veo. Tenemos mucho que recuperar. Déjate sorprender.

No tengo muchas ganas de desvincularme de su abrazo, pero quiero ducharme porque tengo la sensación de que el polvo de la pista se me ha metido por todo el cuerpo, hasta en el pelo. El hombrecito del sombrero de paja iba como un loco y las ruedas del todoterreno levantaron una gran polvareda, al menos durante el poco tiempo que estuve despierta para observarlo.

Me decido por la ducha de la luna de miel en la habitación de Liam. Me desvisto y abro la mampara de vidrio: ¿Cuál de los lados? Me decido por la ducha derecha y abro el grifo.

Me aplico el champú que huele a frambuesa en mi pelo mojado. Luego cierro los ojos mientras el agua corre sobre mi cabeza, aclarándola del champú.

–¡Apártate y déjanos sitio!

Me sobresalto y abro los ojos. Delante de la mampara están Liam y Álex, los dos como Dios los trajo al mundo y los dos tan calientes que todas las mujeres, y si digo todas es que me refiero a todas, se derretirían al verlos, incluyéndome a mí.

¡DIOS MÍO!

–¿Qué queréis?

–Angelito, ¿no creerás en serio que te dejaremos ducharte a solas? Además, Álex me acaba de explicar tus problemas musculares y su exitoso método terapéutico. Creo que es una buena idea

cabalgarte un poquito antes de nuestra cita, digamos como medida preterapéutica. Además, me puedes ir sumando puntos por compartirte con Álex.

Los miro embobada. Mi cara tiene que ser todo un poema.

Pero no puedo hacer otra cosa, toda la sangre ha ido a mi bajo vientre, mi mente me deja completamente abandonada, convirtiéndome en una babosa marioneta de mi feminidad.

–Pero… –es lo único que logro articular.

Álex abre la mampara de un tirón:

–Además, creo que podrías volver a darme las gracias por el día de ayer.

Primero entra Álex, luego Liam. Álex abre el grifo de la ducha izquierda.

–¿Te apetece un sándwich? –pregunta Álex, autocomplaciente.

–Siempre –contesta Liam con una sonrisa diabólica–. Venga angelito, cambiemos de sitio. Tu sitio está entre los dos.

Mi cuerpo obedece sin que tenga que hacer nada.

Me arrodillo delante de Álex. El agua cae sobre mi espalda mientras le hago una mamada.

Le chupo y le lamo hasta que su polla se pone erecta. Mientras tanto, Liam excita mi clítoris. Lo frota hasta que mi conchita empieza a contraerse.

Me ayuda a incorporarme y me da la vuelta. Con una sonrisa expectante me indica su pene. Ahora me arrodillo delante de él y le masajeo su tronco con mi boca. No tardo mucho en hacerle empalmar. Me divierte ver que una abstención sexual de dos días tenga una reacción tan inmediata. ¿Qué pasaría si estuviera una semana sin sexo?

Álex no me deja tiempo para darle más vueltas. Con los dedos me penetra mi chochito caliente. Yo contengo mis gemidos.

–Levántate –me ordena Liam, tirándome hacia su pecho mojado. Álex se coloca detrás de mí y frota su pene en mi culo. Me siento como una hoja de lechuga entre dos rebanadas de pan y no queda espacio ni para el tomate… eso da una muy buena sensación.

–Cómo gran excepción puedes decidir quién de los dos puede hacerse con tu culito –me dice Liam generoso, mirándome con expectación.

–¿Ninguno de los dos?

Liam sacude la cabeza:

–¡Respuesta errónea! Te dejo algunos segundos más para que te decidas. Si no, lo haré yo.

–Ese juego es al revés –refunfuño– YO doy la puntuación. TÚ tienes que hacer lo que me pueda gustar a MÍ.

–Si es lo que hago –rebate divertido–. Porque a ti te gustan los jueguecitos de poder, por no hablar de follar con dos hombres a la vez.

–¿Álex? –Me giro hacia él, esperando su apoyo. Pero él se quita el pelo de la cara y me mira con una mirada erótica. Me siento desfallecer.

–Estoy absolutamente de acuerdo con Liam –contesta.

Claro. El maldito cabrón tiene razón. Sabe exactamente qué tiene que hacer para convertirme en una libertina babeante. Es tan malo – ¡y tan tremendamente erótico!

–Tú –le rebato en voz baja.

–¿Yo qué? –pregunta arqueando una ceja–. ¿Te importaría decir una frase como Dios manda?

–Tú… Quiero que seas tú quien me dé por el culo –le espeto entre dientes.

–Ves como sí puedes, angelito –se ríe, dándome otra vez la vuelta.

Luego hace una señal con la cabeza a Álex y entre los dos me agarran de la cintura y me levantan del suelo.

Con mis piernas ciño el dorso de Álex. Me mantienen en posición para apretarse aún más hacia mí. Álex me desliza un poco más hacia abajo hasta que noto su glande en mi vagina palpitante.

Me penetra con un único golpe.

Liam no me deja tiempo para acostumbrarme a la polla enorme de Álex, porque pasados unos segundos me aprieta hacia abajo así que la espada del deseo me coge por completo.

Gimiendo, clavo mis dedos en el pelo de Álex. Él se queda inmóvil dentro de mí, mientras Liam acerca su polla a mi culo y empieza a penetrarme el ano.

El dolor que los dos penes me provocan dentro de mí es de muy breve durada: el deseo le vence y me invade como un huracán, haciéndome estremecer a pesar del agua caliente que sigue cayendo sobre nosotros y deshaciendo mi cuerpo en átomos individuales que solo tienen un objetivo: la culminación sublime.

Grito como si me fuera el alma mientras que los dos cuerpos me cabalgan. Noto como estoy a punto de correrme. Dios mío, voy…

–Ya está bien –oigo la voz de Liam a lo lejos, como si tuviera tapones en las oídos.

No lo dirá en serio, ¿verdad?

Pero me doy cuenta de seguida que iba muy en serio: los dos se retiran, manteniéndome agarrada para que no me pueda caer.

–¡Nooo! ¡No me podéis hacer eso! –grito aún medio inconsciente.

–Sí que podemos, ese es parte del plan. ¡Quédate así! Álex, procura que no salga corriendo –rebate Liam con su sonrisita de cabrón que tanto odio y tanto amo...

–Encantado –comenta Álex, barrándome la salida.

–Álex ¡por favor! Estoy que exploto. Por favor continúa tú por lo menos: ¡fóllame! –le suplico.

Estoy a punto de llorar por la frustración.

¡Qué pérfidos los juegos de Liam!

–Lo siento gatita. Es el día de Liam. Él decide –contesta Álex.

–¿Y tú le apoyas en eso?

–Lo adoro –me susurra en voz ronca, colocando las dos manos en mis nalgas–. Me gusta más eso que ganar. Adoro que te mueras de deseo.

Echo atrás mi cabeza y gimo. El agua corre por mi cuello y mis pechos, me vuelvo loca.

–¡Por favor! –suplico.

–No, lo siento. –Sacude la cabeza mientras sigue frotando su pene encima de mi pubis.

–¡Sois unos cabrones! –gruño.

–Me encanta que me digan eso –contesta Liam en vez de Álex. Está de vuelta y acaba de oír la última frase.

Al entrar de nuevo a la ducha, tiene dos objetos en sus manos, pero me es imposible ver qué es.

–El juego continúa –anuncia.

–¿Qué es eso?

–Sustitutos para mí y para Álex –me contesta, abriendo las manos para que pueda ver qué trae–. Para que la cita sea un poco más interesante, llevarás esos dos.

Jadeo. En una mano veo el huevo vibrador con el que ya tuve el placer y en la otra, un vibrador anal.

–¿Los dos?

–¡Los dos! Y los dos con mando a distancia –me rebate con un peligroso brillo en sus ojos. No tiene ningún problema en introducir tanto el huevo en mi vagina chorreante como el vibrador en mi culo–. Y ahora, vístete y llévate alguna cosa de recambio. Pasaremos la noche fuera.

Los juguetes dan buenas sensaciones, pero no son capaces de llenar el vacío que siento dentro de mí.

Liam es un sádico, pero me encanta por eso, por llevarme una y otra vez a mis límites. Y Álex tampoco se queda atrás: calentarme el chocho de esa manera para luego dejarme tirada…

Se acaba de despedir con un beso, deseándome un buen día, y desaparece contento hacia la piscina.

Sigo bastante frustrada, pero le sigo la corriente y me visto con unos *hotpants* ultracortos y una camiseta supersexi. Quiero que sufra un poco y se de cuenta de lo que se está perdiendo. Entro otra vez en el baño para pintarme y peinarme. Al mirarme al espejo, veo que Liam se me acerca por detrás.

–No hacía falta lavarse el pelo, angelito.

–¿Por qué no? –le pregunto.

–Ya lo verás de aquí poco.

Siempre esas alusiones… ¡Ay si no me gustara tanto que me sorprenda!.

35

Salimos del apartamento con dos maletitas y sendas gafas de sol. La primera sorpresa me espera en el parking del hotel.

–¡Cógelas! –me grita Liam, tirándome unas llaves de coche. Las alcanzo al vuelo.

–Oh lalà, nada mal para una rubita.

–¡Ojo con lo que dices! –Le enseño mi índice–. ¿Y ahora? ¿Qué quieres que haga con ellas?

–Aprieta el mando –me incita, cruzando los brazos.

Sigo sus instrucciones y miro a mi alrededor. En el parking hay unos veinte vehículos, la mayoría son de gama alta. Vuelvo a darle al mando y veo unas lucecitas al final de todo.

No puede ser… no me lo puedo creer:

–Un F-Type –jubilo.

–Sí, y si quieres conducirlo, todo tuyo. Fue Álex quien me explicó que te gusta ese coche.

–Y tanto que quiero. Ponte el cinturón y prepárate –le guiño un ojo y me acerco al deportivo negro. Le haré bailar un poco. Quiero conducir el coche como se lo merece Liam: como un caballo de carrera impaciente. No sé montar a caballo, pero sí conducir un coche.

–Madre mía –silba poco después con aprobación–. Vaya estilo de conducción, cariño. No te hubiera creído capaz.

–Creo que me infravaloras en una cuantas cosas más.

–Es cierto. De hecho, no estaba seguro de que firmaras el contrato, pero deseaba que lo hicieras– me contesta con un tintineo de pestañas, colocando su mano encima de mi rodilla.

–Prohibido tocar al conductor –le rebato sagaz, girando el volante hacia la derecha.

Liam se encoje del susto:

–Vaya, tengo al lado una pequeña Fittipaldi. De acuerdo, como Ud. lo desee, no más toqueteo. ¿Qué te parecen esos a cambio? –pregunta, sacando dos mandos a distancia del fondo de los bolsillos de sus pantalones de lino negros.

–Si tantas ganas tienes de matarte, adelante –le contesto, apretando el pedal. Por una vez que tengo el poder quiero disfrutarlo.

–De acuerdo, ningún problema –refunfuña clavando los dedos en el asiento–. Volveré a guardar los mandos. Total, su uso está previsto para más adelante.

Esa vez no le doy la satisfacción de preguntar de qué uso me está hablando. Decido esperar a ver qué pasa.

–¿Falta mucho? –pregunto a cambio. No tengo ni idea de adónde estamos dirigiéndonos. Liam utiliza el navegador de su móvil y yo sigo sus instrucciones. Por mí, podemos tardar en llegar al destino. Estoy disfrutando mucho del cochecito y conducir me distrae de mi bajo vientre frustrado. Aumentar la velocidad cada vez un poquito más es casi tan buen chute como tener buen sexo.

Y mientras Liam deja tranquilos los mandos, los juguetes eróticos dentro de mí no me molestan. No es que no notara nada, me están haciendo un poco de presión, pero puedo aguantar mi excitación sin problemas. En este preciso instante prefiero conducir ese coche que pensar en mi vagina.

Liam está mirando con atención el mapa de su móvil:

–Tiene que estar muy cerca. Al final de esta calle tienes que girar a la derecha y entrar a la Calle Gay.

–¿Calle Gay? –repito en eco.
–Sí, exacto. Espera, allá a la derecha y luego aparca donde puedas.
–De acuerdo.

«*Gay Road* qué nombre más raro para una calle normal y corriente» –me digo a mí misma al girar a la derecha. Las casitas unifamiliares se enfilan a lo largo de la calle, con un espacio entre una y otra que permite ver el mar. Aparco mi caballo negro delante de una mansión blanca de estilo colonial.
¿Qué hacemos aquí? Tal vez sea por la belleza de la playa o porque Liam ha alquilado un yate. De Liam, una se puede esperar cualquier cosa.
–Ven –me invita, abriéndome la puerta para que baje del coche–. El resto de camino tenemos que hacerlo caminando.

Caminamos cogidos de la mano bajo un sol de justicia. A pocos metros oigo el bramar de las olas. Unas cuantas gaviotas se levantan en vuelo y se disputan graznando algún resto de comida.
«Un sitio idílico para veranear –pienso–. ¿Cómo sería si Liam fuera mi pareja estable? ¿Seguiría siendo todo tan excitante? ¿O tal vez aún más?

Bajamos a la playa por un camino que se abre entre dos casas y llegamos a una pasarela de madera que bordea la playa.
–Mira, por eso hemos venido hasta aquí –me llama la atención Liam, indicando a la playa.
Cierro los ojos para enfocar mejor. No muy lejos se ensancha una cala donde una cosa pequeña de color blanco y negro está saltando por las olas.
–¿Pingüinos? –me río, dándole un codazo en el costado–. Si no te pegan nada.
–¿Cómo? ¿Por qué no? –pregunta, arqueando una ceja.
–Bueno, los pingüinos son animales monógamos. Y tú eres justo lo contrario –le explico mientras nos acercamos a la ensenada, todavía cogidos de la mano.
–Ojo con lo que dices. Todavía tengo los mandos en mi poder –me rebate. Se sienta en la arena para quitarse los zapatos. Le imito y hundo mis pies en la arena, qué sensación más agradable, tener la arena caliente debajo de los pies.
–Además te equivocas, angelito.
–¿A qué te refieres?
–Los pingüinos no siempre son monógamos. Es cierto que escogen una pareja con la cual pasan toda la vida juntos. Pero es normal observar adulterios, por ejemplo, para alcanzar mejor material para el nido. O sea que utilizan el sexo como arma. Y en eso, soy muy bueno, pero también soy capaz de compartir mi vida con una única pareja, siempre que sea la ideal y abierta a buen material para el nido.
No sé qué contestar y para no liarla, prefiero callarme. Me siento a su lado y los dos observamos a esos animales patosos jugando, comiendo y peleándose. «Casi como las personas» –pienso divertida.
Un ejemplar pequeño y atrevido se nos acerca, se para delante de nosotros, inclinando la cabeza y mirándonos de reojo.
–¿Qué pasa pequeño? –susurra Liam, estirando el brazo con cuidado.
El pingüino le sigue observando de reojo. Liam alcanza un poco más su mano hacia él y ese, por el susto, da un brinco y aterriza en mi regazo donde se queda sentado. No me atrevo ni a respirar. Luego salta a la arena y sale corriendo hacia sus compañeros, quejándose vivamente.
–Ohh, qué bonito. Nunca tuve un pingüino tan cerca.
–El peque tiene buen gusto, seguro que era un macho. Una hembra hubiera preferido saltar a mi

regazo –se ríe Liam.

–Tienes una muy buena opinión de ti mismo, querido mío –le contesto fresca.

–Ya lo creo –me rebate, guiñándome un ojo–. Te lo demostraré dentro de nada. Volvemos a la ciudad, tengo ganas de utilizar mis mandos. Es hora de que veas todo lo que he preparado para ti.

36

La vuelta de la playa de pingüinos a la ciudad fue demasiado rápida. Liam me volvió a dejar el volante y yo disfruté mucho. Pusimos la radio y empezamos a cantar todas las canciones que sonaron. Su voz tampoco está mal, obviamente no como la de Álex, pero para competir en un bar de karaoke es más que suficiente.

Nos paramos delante de un edificio moderno en el centro de la ciudad. Contemplo el escaparate y me pregunto qué demonios quiere que hagamos aquí. Creo que se ha equivocado de dirección.

–¿Estás seguro de que es AQUÍ donde tenemos que ir? –pregunto.

–Sí, claro, es aquí. Además somos puntualísimos. En cinco minutos tienes hora con Monsieur Lebac.

Sacudo la cabeza, confusa. ¿Por qué querrá que vaya al peluquero? Es lo que pone en letras mayúsculas en el escaparate:

HAIR SALON LEBAC

–¿No querrás que me corte el pelo, verdad? De eso, ni hablar. Me encanta mi pelo largo y no me dejaré persuadir para que me hagan un peinado corto.

–Por el amor de Dios. No quiero que te cortes el pelo. Me encanta hundir mis manos en tu melena durante el sexo. No, pensé que Monsieur Lebac te podría hacer un recogido elegante para la gala a la que te quiero secuestrar esta noche.

–¿Una gala? –. Eso suena mucho mejor. Por un momento temí que eso venía a ser otra prueba de valor o algo por el estilo.

–Sí, será fantástico –me contesta sonriendo mientras me abre la puerta de la peluquería.

–Pero si no me he traído nada de vestidos elegantes –le rebato–. No sabía que necesitaría uno.

–No pasa nada. Ya lo he organizado todo. Mientras tanto, tu vestido ya habrá llegado al hotel. Relájate y disfruta de la sesión de peluquería.

«¡Increíble! Este hombre es todo un talento organizando» –me digo a mí misma.

No tengo nada en contra de relajarme en una peluquería, pero el tono en que lo dice me pone en alarma. Le conozco lo suficiente como para oír las vibraciones de su voz cuando trama algo muy especial. ¿Pero qué podría ser? La peluquería está bastante llena, hay una decena de personas sentadas delante de los espejos. Tampoco entreveo ningún habitáculo para “juegos extraños”. Tal vez lo he malinterpretado y tiene algo entre ceja y ceja para la gala.

«Todo está bien, Carolina –me tranquilizo yo misma–. ¿Qué quieres que te pase aquí?»

Diez minutos más tarde me doy cuenta de lo mucho que me he equivocado. Estoy sentada en la silla de peluquero, con la cabeza echada atrás para que una asistente de Monsieur Lebac me pueda lavar el pelo, cuando de repente, dentro de mí, algo empieza a vibrar.

«No –me espanto–. Dios no. ¡Liaaammmm!»

El muy cabrón acaba de activar los dos vibradores y los hace saltar con brinco. Si tuviese solo el huevo vibrador dentro de mí, tal vez podría controlar la situación meditando, pero la combinación con el vibrador anal es tan excitante que no me puedo contener: de mi garganta sale un gemido ronco.

–¿Todo bien? –pregunta la asistente espantada–. Tal vez el agua sea demasiado caliente.

–No –jadeo– ¡no es demasiado caliente!

Aprieto las piernas con fuerza, pero no sirve de nada. La sensación es demasiado intensa y no puedo defenderme. Además, mi cabeza está mal colocada como para buscar a Liam con la mirada.

–¿Seguro que está bien? –vuelve a preguntar la chica mientras me aclara el pelo.

–Sí-í –le contesto, maldiciendo a Liam.

Dios, el cabrón acaba de aumentar la velocidad del vibrador anal. Si no lo apaga en el acto, me correré aquí y ahora, en una PELUQUERÍA. Es lo más infame que me haya hecho hasta ahora.

Como si hubiera oído mi súplica, la vibración va a menos. Los dos vibradores se quedan en la velocidad más baja.

Suspiro aliviada.

–Bueno, casi estamos. No le gusta que se le lave el pelo, ¿verdad? ¿Tiene algún problema con la postura? Me lo hubiera podido decir y le habría lavado el pelo de otra forma–. La chica me mira con aire de reproche.

«No, no tengo problemas con la postura, pero sí con un sádico cabrón» –pienso al levantarme para colocarme en el asiento del tocador.

Al pasar delante de Liam, sentado en una de las sillas de la zona de espera hojeando una revista, le envío una mirada asesina

Déjalo, articulo con mis labios, sin decir nada.

El se encoje de hombros como para indicarme que no ha entendido el mensaje, pero la expresión de su cara me delata lo contrario.

Con una toalla alrededor de mi cabeza y mis piernas acaballadas y bien apretadas espero al maestro, Monsieur Lebac.

Aparenta ser una persona extrovertida: El pelo peinado hacia arriba y fijado con mucho gel, adornado más que un árbol de navidad y envuelto en una nube de perfume, me alcanza su mano con elegancia.

–A ver ¿A quién tenemos aquí? Ay sí, un recogido. Bueno, ya que estamos no vendría mal cortarle un poco las puntas. Bueno manos a la obra –continúa cotorreando sin dejarme ni tiempo para respirar. Por lo visto, pertenece a aquellas personas que les basta con oírse hablar a sí mismas.

A mí me es completamente igual porque Liam vuelve a juguetear con los mandos.

Noto como mis pezones se están volviendo duros debajo de mi vestido y no sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar. Los juguetes más la situación insólita… no sé si reírme o llorar. Liam es capaz de sorprenderme una y otra vez.

Empiezo a sentir humedad entre mis piernas. Me muerdo los labios con tal intensidad hasta notar sabor a sangre. Menos mal que Monsieur Lebac está tan ocupado consigo mismo que por lo visto no se entera de que estoy luchando para no dejarme ir del todo. Cuando por fin acaba con el peinado, Liam también apaga los vibradores.

Mientras nos dirigimos hacia el hotel me quedo sin decir palabra.

Le quiero mantener en vilo, no puede salirse siempre con la suya sin castigo. Si cree que estoy enfadada, mejor.

Pero nada más abre la puerta de la habitación me lanzo sobre él. Lo de hoy ya fue demasiado. Primero el sexo con Liam y Álex y ahora el numerito en la peluquería. Renuncio a los preliminares, quiero sexo duro y crudo, ¡ahora!

–¡Vaya cohete!–refunfuña cuando nos hallamos exhaustos en la cama *king-size*– Temía que me ibas

a matar, aunque hubiera sido una buena muerte.

–Es lo que pasa si me excitas tanto –le rebato. Liam acaricia mi espalda desnuda.

–Tu recogido se ha quedado en un ovillo.

Me encojo de hombros.

–Ya te apañarás…De todas formas, el recogido era solo un pretexto, ¿verdad?

–Sí, me gustaba la idea de que fueras al peluquero con los dos juguetes activos.

–Muy buena –le rebato, dándole un leve puñetazo en su hombro. Él me besa la punta de la nariz.

–Me encanta pasar tiempo contigo –me dice sonriendo.

–A mí también –le contesto, acariciándole su abdomen musculado.

–¿Carolina?

–¿Mhm?

Liam se queda un momento en vilo.

–¿Te podrías imaginar quedarte más tiempo con nosotros? –pregunta, sacándome un mechón de la cara. Sus ojos azules me miran con tal intensidad que mi corazón da un brinco. ¿Lo he oído bien? Una pequeña flecha de felicidad da en la diana. ¿Lo dice en serio?

–¿Qué, qué quieres decir con eso? –balbuceo.

–Lo que acabo de decir –me contesta, mirándome con expectación.

«Dios mío –pienso–. Claro que quiero. Lo más importante es que quedemos juntos y que en quince días no tenga que salir del piso. No aguantaría perderle y tampoco a los otros dos chicos».

Antes de que le pueda contestar, suena mi móvil. En cualquier otro momento ignoraría la llamada, pero en la pantalla aparece el número de Marcos.

–Cógelo –me dice Liam al ver el nombre de su amigo–. Tenemos toda la tarde para hablar y quién sabe cuando Marcos vuelva a tener cobertura.

–¿De verdad no te importa?

–De verdad. Y después quiero volver a follarte otra vez.

Aprieto el símbolo de teléfono verde y acepto la llamada.

–¡Marcos! Qué bien que me llames. Ya empezaba a preocuparme –le digo, mientras me encamino hacia el baño. Quiero hablar a solas con él, sin que esté cerca Liam. Sé que Liam lo entenderá.

–¿No has recibido mi correo electrónico? –«Oh no, la voz suena todavía muy distante» pienso–.

–No, todavía no he mirado el correo –le contesto.

–Pues hazlo –dice y al momento, solo oigo un sonido continuo. ¿Me acaba de colgar el teléfono o está otra vez sin cobertura?

Me siento en la tapa del váter y vuelvo a llamarle. Dejo que suene varias veces, pero Marcos no lo coge.

¡Qué coño fue eso!

Con mal presentimiento, abro mi programa de correo electrónico y busco el nombre de Marcos.

Ya he encontrado el mensaje. Como asunto dice PSI y hay un adjunto.

¿Para su información?

¿Qué es eso?

Hago clic en el mensaje y veo la foto de una chica guapa y morena. Cuando leo lo que me escribe Marcos, el móvil se me desliza de las manos cayendo con estruendo al suelo. El dolor que me inunda es tan intenso que casi no puedo respirar. Las lágrimas me caen a borbotones, cierro la mano en un puño y me la pongo en mi boca para no gritar.

En ese momento me doy cuenta de lo que era evidente y no quería ver: Quiero a Liam. Pero él solo me ha utilizado y abusado de mi confianza.

No lo quiero ver nunca más, nadie de los tres frikis.

De: marcos12@wxy.cim
Para: carolina.lopez@chg.cim
Asunto: PSI

Te presento a Marie, la prometida de Liam.
Saludos, Marcos

Adjunto: 1 imagen

37

Me quedo helada, con la mente vacía y los ojos cerrados. Mi cuerpo empieza a temblar sin que lo pueda controlar y me entran náuseas. Pensé que en las últimas dos semanas había vivido todo lo que se podía vivir, y que estaba preparada a todo, pero eso, eso el absoluto clímax.

Creía que no fuera posible poder superar lo que sentí cuando Tobías cortó conmigo, pero acabo de darme cuenta de que sí lo es. Es como si me clavaran pequeños trocitos de vidrio en el alma. Cada uno duele un poquito, pero se unen como en un *puzzle* y juntos, me destrozan el corazón.

Tenía que saberlo.

Tenía que saber que hay mucho más detrás del secretismo de los tres chicos del que yo pudiera soportar. Las continuas alusiones de Marcos y la advertencia de Nicole…

Sigo sin creer que Nicole tuviera más información acerca de Marcos, Álex o Liam, pero su intuición era correcta: Los tres son verdaderos diablos.

¿Y ahora? ¿Qué hago?

¿Salgo corriendo del baño, le planto una bofetada a Liam y me escapo?

¿O lo confronto con lo que acabo de descubrir?

O mejor, ¿llamo a Marcos para que me dé más explicaciones?

Se lo ha puesto muy fácil, enviarme un correo electrónico sin comentario alguno. Es imposible ser menos personal.

Los hombres son todos unos cerdos.

–Angelito, ¿Estás bien? ¿Sigues hablando por teléfono?

La voz de Liam me sobresalta, haciéndome encoger por el dolor.

No, nada está bien, nada de nada.

Sacudo la cabeza, incapaz de decir nada.

Ya no sé qué pensar. No soporto oír su voz.

De repente, el instinto de huir es más fuerte que la razón. Sin pensarlo dos veces, alcanzo uno de los albornoces blancos colgados al lado de la ducha, me lo pongo y lo cierro con el cinturón. El albornoz me va muy ancho, pero al menos me cubre mi desnudez.

De un golpe, abro la puerta del baño, me precipito hacia la cama sin hacerle ningún caso a Liam, agarro mis *sneakers* y mi bolso y busco algo para vestirme.

Maldita sea, ¿dónde están mis cosas? Antes de lanzarnos a la cama nos quitamos la ropa mutuamente y mis vestimentas están esparcidas por toda la habitación. Si pienso que acabo de tener sexo con ese cabrón mentiroso me entran náuseas. Hace tiempo que no me sentía tan sucia.

–¿Carolina? Pero, ¿qué haces? Vuelve a la cama –me invita sonriendo, dándole golpecitos al colchón–. Todavía nos queda un poco de tiempo antes de salir, no hace falta que te pongas tan histérica. –Se incorpora. El pelo lo tiene revuelto por el revolcón y sus ojos azules me miran divertidos.

Si solo no fuera tan sexy. Pero por lo visto es su arma. Creo que emplea su físico a consciencia para volver locas a las mujeres, solo para luego dejarlas caer como una patata caliente cuando están enamoradas de él. Y, para colmo, parece disfrutarlo.

¿Cómo puede ser tan buen actor y darme la sensación de que soy algo especial para él cuando está PROMETIDO?

Dios, lo que me apetecería ahora es quitarle su sonrisa a son de golpes, pero yo no soy violenta. Quiero distanciarme cuanto antes de ese lobo con piel de cordero. No tengo ni tiempo para recoger mi ropa.

Miro a mi alrededor, agitada.

Me salta a la vista una caja blanca encima de la mesa. Ahí está el vestido que Liam me compró para la velada. De hecho, lo quería probar con toda tranquilidad y ponerme guapa para él y pasar una noche inolvidable. Qué estúpida he sido, ¡pero sanseacabó!

Alcanzo la caja y me la pongo debajo del brazo, coloco los *sneakers* en el suelo para abrir la puerta.

Al darse cuenta que no estoy bromeando y de que la cosa va en serio Liam empieza a moverse.

–¡Carolina! ¿Qué te pasa? ¿De qué acabas de hablar con Marcos? ¿Qué te ha dicho? ¡Quédate! –Salta de la cama y se me acerca, desnudo. A falta de algunos pasos recojo los *sneakers* del suelo y salgo corriendo al pasillo, haciendo volar mi albornoz. Lo único que quiero es desaparecer…

–¡Carolina! Por favor ¡vuelve! –Oigo la voz confusa de Liam desde la habitación.

Corro por el pasillo a pies desnudos, con zapatillas, bolso y cartón en las manos, intentando llegar a los ascensores cuanto antes mejor. Tengo que sacar provecho de la ventaja que llevo porque estoy segura de que saldrá a perseguirme. Pero antes tendrá que ponerse algo.

Aunque Liam se las dé de muy *cool*, no creo que se pusiera a correr por el hotel desnudo.

El pasillo hace una pequeña curva, me desvío y me encuentro delante de los ascensores, resoplando como un fuelle. Aprieto el botón con la flecha indicando hacia abajo esperando que no tarde en llegar. Si no se abre en cuestión de segundos, bajaré por las escaleras. No tengo tiempo para esperar.

Por una vez tengo suerte y después de pocos segundos se abre la puerta del ascensor. Entro rápido, dejo caer todas mis cosas y aprieto el botón de la planta baja.

Emocionalmente exhausta, mi cuerpo aún temblando, me apoyo en la pared de la cabina. Hace dos semanas que tuve mi primera experiencia sexual con Liam en un ascensor y ahora, todo se acaba con una huida, también en un ascensor.

Creo que a partir de ahora solo subiré escaleras.

No quiero recordar a Liam cada vez que entre en un ascensor.

No quiero volver a pensar en él nunca más. ¿Qué puedo hacer para olvidarme rápidamente de él y de los otros dos?

Si hubiera una posibilidad de eliminar mis recuerdos lo haría. A pesar de que perdiera inexorablemente también todos mis recuerdos de las experiencias sexuales. El dolor es insoportable.

–¿Está buscando la piscina? Si es así, no está en la planta baja, el *spa* se halla en el subterráneo –oigo una voz a mi lado.

Me doy la vuelta, asustada. Estaba tan ocupada en huir que no me había dado cuenta del chico en uniforme detrás de mí.

Me regala una sonrisa, señalando al botón con la letra **B** de “Basement”:

–¿Quiere que apriete?

«Esta es la ventaja si te paseas por un hotel en albornoz –me digo a mí misma–. Nadie se extraña, sino que todo el mundo piensa que estás buscando el *spa*.»

Tal vez sea buena idea bajar primero al subterráneo. Seguro que habrá alguna cabina de vestidor donde me pueda cambiar. Salir a la calle en albornoz y pies descalzos no es la mejor opción, aún menos en ciudades como esa.

–Sí, gracias –jadeo. El corazón lo tengo a mil todavía. Necesito tranquilizarme lo antes posible para tener la mente clara y pensar en qué hacer. Pero de entrada, tengo que salir de este hotel.

¡Lejos de Liam!

Aunque sea una sobrerreacción, en estos momentos es la única solución para mí.

–¿Se encuentra Ud. bien? –pregunta el chico en uniforme, mirándome con cierta preocupación–. Está usted pálida, ¿le pasa algo?

–No, no, ningún problema –contesto rápido, intentando darle un tono firme a mi voz. Nada fácil, si una está atrapada entre tristeza, ira y decepción.

El chico arquea una ceja, pero no sigue preguntando. Como empleado de hotel seguro que habrá visto de todo. Por lo tanto, una mujer en albornoz, con bolso y paquete debajo del brazo a punto de tener una crisis histérica no será nada de particular.

El ascensor se para en el segundo piso y el empleado se despide cordialmente. Como no entra nadie, cambio de planes y aprieto el botón **L** de *Lobby*, abro el cartón, dejo caer el albornoz y alcanzo el vestido, reprimiendo el deseo de mirármelo con detención.

«Maldita sea, la ropa interior –pienso–. Me he olvidado de mi ropa interior. Pues me lo pondré sin.»

Me pongo el vestido. Pero, por las prisas, se encalla la cremallera.

Estoy a tiempo de ponérmelo bien antes de que se abra la puerta del ascensor. Salgo corriendo por la recepción, en una mano mis zapatillas, en la otra mi bolso. Algunos me miran con asombro, pero nadie se atreve a interponerse en mi camino. Al pasar delante de un espejo me miro con el rabillo de ojo. El vestido es vertiginoso: de color negro, bordado con perlitas blancas y plateadas, tiene patrón de godet y me llega hasta las rodillas. Pero no tengo ni tiempo ni la tranquilidad para admirarlo.

Me cuelo corriendo delante de una pareja de mediana edad a la cual el portero estaba abriendo la puerta. Por fin llego a la calle.

¡Aire! Me doy unos segundos para tranquilizarme. Respiro hondo el aire fresco de la tarde. Inspiro y espiro, inspiro y espiro.

Las farolas ya están encendidas e iluminan la acera. No creo que sea buena idea pasearme sin acompañante, pero no tengo otra opción.

Me agacho para ponerme las zapatillas. No es que peguen mucho con el vestido, pero son muy prácticas si estás huyendo. Menos mal que el vestido es a godet, de otra forma no podría salir corriendo.

«Has tenido buena mano escogiendo este vestido –pienso amargada–. Un vestido para salir huyendo». Ahora solo me queda suprimir el dolor y activar mi mente. Necesito un plan, urgentemente.

Vuelvo mi mirada hacia la recepción y de repente, lo veo aparecer en vaqueros y camiseta, buscando alrededor suyo.

Tiene que haberse vestido en un santiamén y bajado las escaleras corriendo. De otra forma, no habría podido aparecer tan rápido por la recepción.

Por un momento tengo la sensación de que se me para el corazón. Tranquilízate Carolina. Respira hondo, no te ha visto todavía. Venga, ¡rápido! Agarro el bolso y bajo la calle lo más veloz que puedo. Me parece oír pasos detrás de mí, ¡venga acelera!

La calle parece larguísima, no tiene ni bocacalles. Me siento como un animal en un descampado perseguido por un cazador, sin posibilidad para esconderme. No puede ser que no haya ninguna calle

por donde doblegar y perderme, aunque fuera solo por un instante.

Suprimo el impulso de darme la vuelta, paso delante de transeúntes asombrados, buscando desesperadamente un escondijo.

Por fin veo una bocacalle, le doy la vuelta y a lo lejos veo un anuncio luminoso.

Un bar –suspiro aliviada, abriendo la puerta de un golpe. De momento todo refugio me parece fantástico. Necesito tiempo para pensar qué puedo hacer ahora. Seguir corriendo por las calles de Ciudad del Cabo, no me parece buena idea. Tampoco hace falta ponerme en situaciones comprometidas y convertirme en víctima de un crimen. Bastante tengo con lo que cometieron Liam y Marcos hoy: me basta para toda la vida.

38

Al mover la cortina de terciopelo rojo y entrar en el bar, me es imposible discernir nada por la cantidad de gente que hay. ¿No tienen otra cosa que hacer? Quizá sea algún evento privado? Con la suerte que tengo seguro que es alguna fiesta de despedida o una boda alocada. «Es lo que me faltaba –pienso cínica–, encontrarme en una fiesta en que las personas estén festejando una relación feliz.»

Buscando un sitio más tranquilo, paso al lado de un grupo de hombres que gritan dándose palmaditas en la espalda. No, no creo que sea una boda, más bien un encuentro de una pandilla de motoristas con ganas de pasárselo bien con alcohol. El tufo etílico llega hasta mí. Arrugo la nariz e intento pasar inadvertida. No tengo problema alguno porque todos miran hacia otra dirección, hacia el fondo, dónde hay algo que atrae su atención. No puedo ver qué es, pero por lo menos puedo pasar inadvertida y continúo en búsqueda de los servicios. No creo que haya un sitio más tranquilo en este antro. Sin embargo, para desaparecer no hay mejor sitio que uno lleno de gente.

Continúo abriéndome camino como puedo y, al cruzar otro grupo de hombres medio borrachos, de repente veo el interior del bar. Al darme cuenta de dónde me he metido sufro otro ataque de ansiedad. Este bar no tiene nada de ‘normal’.

Algo desesperada busco la manera de salir de ahí.

Hombres, todo el espacio está a rebosar de hombres, hombre de diferentes edades y orígenes. Las únicas mujeres presentes, excepto yo, se mueven con la música bum bum alrededor de las barras *pole dance*, vestidas con una tela de nada. Una de ellas saca unas esposas y se ata a sí misma en una de las barras. La llave en mano, levanta el brazo para invitar a un voluntario a reunirse con ella en la tarima.

Sacudo la cabeza, resignada. No me lo puedo creer. ¿Dónde me he metido para variar? ¿Cómo es que el destino se ha entestado tanto conmigo?

–¡Hola rubita! ¡Por qué no mueves un poco tus caderas! –balbucea un hombre borracho, poco atractivo y con barba descuidada, mirándome descaradamente. Unas gotitas de su saliva alcanzan mi cara y mi escote. ¡Qué asco! Intento limpiarme la cara con el dorso de la mano.

Rápido, tengo que encontrar el lavabo y lavarme esa baba antes de que vomite.

Pero aún no ha acabado conmigo. Antes de darme cuenta de lo que tiene en mente, el tío lame un billete, levanta uno de los tirantes de mi vestido y me coloca el billete mojado en mi escote.

–Espero que te deshagas rápido del vestidito, no estamos en una ópera –continúa mascullando, dándome un cachete en las nalgas–. ¿O eres un numerito especial?–constata, inclinando la cabeza hacia un lado.

Le miro desconcertada. ¡Qué asco de tío!

–¡Las manos quietas! –le bufo, despegando el billete de mi piel y tirándolo a sus pies–. ¡Ni se te ocurra volverme a tocar!

Mi intento de valentía no le impresiona lo más mínimo.

–Je je je, ¿qué? ¿Te da por hacerte la domina? Solo falta que te pongas una botas y saques el látigo–. Me mira de arriba abajo, fijándose en mis *sneakers*–. Pero si te faltan las botas. Venga, rápido, búscalas y vuelve con papi que te meterá otro billete entre las tetas.

Lo que me pide el cuerpo es escupirle en la cara, pero no quiero llamar la atención. Solo quiero llegar al lavabo para llamar a Mona. Según mis cálculos, tendría que haber vuelto de su viaje. Necesito explicarle todo lo que me ha pasado. Necesito alguien con quién hablar, espero que esté localizable. Tal vez me pueda ayudar a reservar un billete de vuelta. También tengo que recuperar mis cosas del hotel y del *resort*. Además, necesito un sitio para dormir, tal vez pueda ir unos días a su casa. No quiero volver a casa de mis padres. Mi madre necesita tranquilidad después de la operación

y no quiero molestarla con mis problemas. Todavía necesita descansar y si me viera así de alterada, no se quedaría ni un segundo más en la cama. Y peor aún, la creo muy capaz de organizarme una cita con su médico preferido. Y eso es lo último que me apetece. El doctor puede ser todo lo simpático que quiera, yo de momento no necesito más citas.

Me busco un camino entre la multitud para llegar al lavabo cuya indicación luminosa veo justo al otro lado de la sala. Intento pasar desapercibida, lo que no resulta muy fácil como única gata entre una manada de perros sarnosos. Una y otra vez noto como alguna mano toca mi cuerpo, roza mi pecho o toquetea mi nalga. Y eso por no hablar del olor nauseabundo, una combinación de alcohol y sudor masculino, y los piropos vulgares que llegan a mis oídos…

Mientras tanto, el asco se ha convertido en ganas de vomitar.

No tengo nada en contra cuando las chicas lo hacen por libre albedrío y por dinero, como las bailarinas del escenario, pero, en este instante, yo no quiero saber nada de hombres. Si hubiese un planeta libre de hombres, me dejaría teletransportar ahí ahora mismo.

Tal vez en mi otra vida hice algo para merecer esto: Hallarme en un sitio como éste y verme obligada pasar por la baqueta para llegar a los servicios. ¡No me parece justo!

Con la ayuda de mis codos me abro camino entre la multitud. Faltan pocos metros para alcanzar el pasillo que lleva a los servicios dónde me encerraré para decidir qué hacer a continuación. Unos pocos pasos más…

–¡Un momento de atención!

En vez de música, de los altavoces rebomba una voz masculina que me deja de piedra.

Me doy la vuelta sobresaltada.

En el escenario, entre acróbatas del *pole dance* y artistas del striptease, diviso el último hombre que quiero ver en este momento: Liam. ¿Cómo ha logrado encontrarme tan rápidamente? Al parecer, me seguía de más cerca de lo que pensaba.

Por si fuera poco, el cabrón tiene pinta de estar divirtiéndose. Con la camisa abierta dejando a la vista su abdomen musculado y su peinado de recién levantado podría pasar por un integrante del espectáculo. Con un micrófono en mano mira a su alrededor.

–¡Chicos, necesito vuestra ayuda! Estoy buscando a una rubia de pelo largo que lleva un vestidito de noche negro bordado con perlas. ¿Alguien sabe si está aquí?

¡No, por favor no! Quiero volverme invisible, ahora mismo.

Doy medio salto hacia el pasillo, tal vez pueda pasar inadvertida si nadie se da la vuelta ahora. Imploro que haya una salida trasera.

–¿A dónde vas muñeca? –Un tío enorme con cola de caballo me cierra el camino. Con su chaleco de cuero y los tatuajes en los brazos me recuerda a un miembro de una pandilla de moteros… ¡aquí hay peligro!

–Déjeme pasar, por favor, ¡rápido!

–Creo que te están buscando. –No tiene ni la más mínima intención de moverse. Todo el contrario, me señala al escenario–. ¿Conoces al tío ese?

Sacudo la cabeza.

–No, no lo conozco, pero me persigue, es un *stalker*. Déjeme pasar por favor, tengo que irme.

–¿Adónde quieres ir con tanta prisa? ¿Al servicio?

–¿No hay una salida trasera?

–No, claro que no, si no, la mayoría acabaría haciendo un *simpa*.

«Maldita sea. ¿Y ahora? ¿Qué hago? Encerrarme en el lavabo hasta que se haya ido Liam?»

–¿Carolina? ¿Carolina, estás aquí?

Lo que me faltaba, que empezara a gritar mi nombre. Oír tu nombre por los altavoces de un bar de alterne es más que friki. Tierra, ¡trágame!

–¿Carolina? –El oso en chaqueta de cuero arquea una ceja–. ¿Esta eres tú, verdad? ¿Por qué el Ken-de-Barbie ese sabe tu nombre, si no os conocéis?

–Escúcheme, no tengo tiempo para explicárselo todo. Solo le ruego que me deje pasar ¡ahora mismo! –Suelto un gallo por los nervios. En mi vida normal, nunca tendría el valor de gritarle a un tío con pinta de forzudo peligroso, pero esa no es mi vida normal: es todo, menos normal.

–Creo que será mejor aclararlo –me advierte, agarrándome del brazo–. No me gusta que los clientes utilicen el bar para solucionar sus problemas. Y tú, gorrioncita no tendrías que haber entrado. ¿No has visto el cartel? MEN ONLY, este es un retiro para chicos. Las únicas chicas que aceptamos son las bailarinas. Además, no me gusta que alguien se meta conmigo, y aún menos una pija vestida como la marquesa del pitiminí.

Esto ya es el colmo, me he ido a topar con el segurata. Solo ahora veo el botón negro en su oído y el pequeño micrófono en la solapa de su chaqueta de cuero. Forcejeo en vano: el tío tiene demasiada fuerza.

–Tengo la tía vestida de gala –transmite al micrófono y espera un momento. La contestación parece divertirle porque en su cara se dibuja una sonrisa socarrona. ¡Qué cabrón! Intento liberarme una vez más, sin éxito. No tengo ninguna posibilidad.

–Vamos muñeca. El tío está dispuesto a pagar un buen fajo por tu búsqueda y captura, y eso que dices que no os conocéis. El jefe dice que te lleve al tío ese. Te has escapado, ¿verdad? Chica mala. Es lo que pasa cuando solo piensas en el dinero. Los tíos ricos están todos *chalaos*. No haberte liado con él.

Estoy tan indignada, que abro y cierro la boca como un pez fuera del agua, sin poder articular palabra alguna. El forzudo ese ha conseguido hacerme callar. ¿Qué se piensa que soy? ¿Una puta de lujo?

Para mis adentros, reniego de Liam y de su maldito dinero. Me siento como un criminal al que buscan prometiendo una recompensa. Cuando, de hecho, el que tendría que ser castigado es él. Clavo mis piernas contra el suelo, con toda la fuerza de la que soy capaz. Pero el segurata se ríe con ganas y sigue arrastrándome consigo. Se abre camino como una apisonadora y a mí no me queda otra que seguirle tropezándome una y otra vez. ¿Por qué los hombres tienen que tener siempre más fuerza que las mujeres? Me parece injusto. Juro apuntarme a un curso de autodefensa, estoy harta de hacer el papel de víctima.

Poco a poco, los chulitos se van dando cuenta de mi presencia.

–Ahí, ahí –exclama uno señalándome con el dedo–. Ahí viene tu chica Carolina.

Unos cuantos me miran con curiosidad. Estiro el mentón y miro hacia arriba, hacia el escenario. Liam me acaba de discernir entre la multitud, la expresión de su cara cambia entre desconcierto total y divertimento extremo.

«¡No sabes lo qué te espera!» –pienso para mí.

Envío dardos envenenados hacia él poniendo la cara más enfadada de la que soy capaz.

El hombre de la chaqueta de cuero me levanta como si fuera una pluma, dejándome encima del escenario. Todo es tan rápido que no me queda tiempo para reaccionar. Por el empuje del tío me bamboleo, lo aprovecha el cabrón de Liam para agarrarme hacia su pecho.

–Hola angelito –susurra–. ¿Por qué no me has dicho que querías ir a un bar de alterne? Me hubiera podido preparar mejor.

–Encima te hace gracia –le bufo, pegándole con la mano encima de su pecho desnudo–. ¡Eres el colmo!

Me doy la vuelta para saltar del escenario, pero él, rápidamente, me ciñe en un abrazo.

La jauría empieza a gritar y a aplaudir. Será porqué nos creen parte del espectáculo. Lo que me faltaba.

–Suéltame ahora mismo. No quiero saber nada más de ti –le gruño, intentando morderle la mano. Liam me agarra del pelo y tira la cabeza hacia atrás, mientras yo le intento dar patatas, fuera de mí.

–¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Estoy tranquilo en la cama, esperando a que vuelvas y de repente sales corriendo como una loca y desapareces sin más. ¿Qué demonios te pasa?

–No..te..lo..voy..a..decir..ni..muerta –le espeto. Odio que físicamente esté más fuerte. En este preciso instante me gustaría tener los músculos del chico de la chaqueta de cuero. Me olvidaría de mi vena pacifista para darle un buen repaso a Liam.

–¡Des-nu-dos! ¡Des-nu-dos! –Se oye de repente de cientos de bocas.

–No me parece mala idea –refunfuña Liam, mientras me sigue manteniendo con la cabeza hacia atrás–. O me dices qué es lo que pasa o les doy a los tíos lo que quieren y te quito tu vestido. Me parece que te has olvidado de ponerte ropa interior. Debajo del vestido estás desnuda, ¿verdad?

Si antes estaba triste y abatida, ahora estoy que trino. Intento una vez más dar con las piernas de Liam, pero no doy en la diana. Resoplo de indignación y desespero.

De repente, me fijo en el anillo que estoy llevando todavía. ¡Fuera! ¡Ahora mismo! Me lo quito de un tirón y lo lanzo con fuerza al escenario donde sigue rodando hasta parar en los pies de una chica *pole dance*.

Sacarme el anillo hace que la fachada de Liam empiece a desmoronarse y me suelta de su agarre.

–¿Por qué haces eso? ¿Qué te he hecho? –Parece herido, ¡bien!

–Sabes muy bien porqué –le rebato en voz baja–. No permitiré que ni tú ni tus amigos me sigáis tomando el pelo. Tampoco quiero interponerme en una relación, ¡só cabrón!– Sin esperar su reacción me doy la vuelta y empiezo a bajar del escenario. He acabado con él.

Pero, por lo visto, él no conmigo:

–¡Espera Carolina! Quiero saber cuál es tu problema.

«No le hagas caso, Carolina» –me digo a mí misma.

De repente noto algo frío que se cierra en mi muñeca. Me sobresalto y miro mi mano.

Esto ya es el colmo, ¿de dónde ha sacado las esposas?

–No te vas a ninguna parte, angelito. No sin llevarme contigo y explicarme que está pasando. –Levanta la mano enseñando su muñeca.

La chica striptease del numerito de las esposas se ríe, señalando con el pulgar hacia arriba.

Vaya tía más tonta.

Seguro que ha sido ella quien le ha alcanzado las esposas. Si solo son un *attrezzo*, tendrían que poderse abrir sin llave.

Tiro de las esposas, pero a parte de provocarme rozaduras, no pasa absolutamente nada. Estos malditos chismes no se dejan abrir.

La jauría ríe y grita al ver como Liam me obliga a bajar del escenario por las malas. Si fuera un dragón les arrojaría fuego y destruiría todo aquí dentro. No recuerdo haber estado tan enfadada en toda mi vida.

–¡Para!¡Ahora mismo! –le ordeno tronando, pero Liam me ignora y me sigue arrastrando por todo el bar hacia la salida. Al pasar delante del tío borracho con barba, éste empieza a dar palmas:

–Qué xow máh divertío. Vaya tía buena. Cuando vuelvah, vuelve dehnuda, ¿vale?

Con la mano libre agarro su vaso de cerveza vertiéndole el contenido a sus pies. Se levanta enfadado:

–¡Pendona!

–No vuelvas a llamar así a mi novia. Siéntate y pídete otra cerveza. –Liam saca un billete de su pantalón y se lo tira a la mesa.

Luego se da la vuelta y me mira airoso:

–¿Te has vuelto completamente loca? Venga, muévete, nos vamos.

Se abre camino hacia la calle y a mí no me queda otra que seguirlo.

Haré el curso de autodefensa, decidido. No puede ser que un barriobajero me pueda arrastrar como si fuera una Barbie y yo no tenga nada con qué defenderme.

Por la ira se me llenan los ojos de lágrimas. Porqué tengo que estar atada a la persona a la que menos quiero ver. De hecho, a la que no quiero volver a ver nunca más…

¿Hay algo más cruel que te decepcione la persona a la que creías especial, la que había eclipsado todo lo vivido anteriormente, y que ahora resulta ser el peor enemigo? Yo creo que no.

39

Después de alejarnos unos metros del bar de alterne, Liam se para por fin y me obliga a dar la vuelta.

–¿Podemos hablar ahora?

Sacudo la cabeza sin poder articular palabra. Las lágrimas me están marcando surcos en las mejillas y caen al asfalto.

–Por Dios, angelito, pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué ha pasado en el baño? ¿Marcos te dijo algo que te hirió? –Con mucha ternura, me saca las lágrimas de la cara. Mentalmente, estoy demasiado agotada para defenderme.

–Liam, déjame que me vaya, por favor –susurro–. Quiero irme a casa y luego salir del piso y no veros nunca más.

Sus ojos me miran sin entender nada:

–Pero ¿por qué?

–Porque no habéis sido sinceros. De haberlo sabido, en la vida hubiera entrado a vivir en vuestro piso.

–¿Sabido el qué? ¿De qué diablos habéis hablado, Marcos y tú? Si no me lo cuentas, le llamo ahora mismo y lo aclaramos.

–Me ha enviado una foto –le contesto con un hilo de voz, mirando las puntas de mis zapatillas. Si ya no puedo salir corriendo, al menos quiero evitar tener que mirarle.

–¿Qué foto?

–La de María, tu prometida.

Durante unos segundos, reina el silencio más absoluto. No oigo ni los coches en la calle ni las voces de los transeúntes a poca distancia. Es como si Liam y yo estuviésemos envueltos en un capullo y todo al nuestro alrededor se hubiera callado de repente. Lo único que oigo es el latido de mi atormentado corazón.

–Es una lástima que no confíes más en mí.

–¿Tú quieres que yo confíe en ti? –Me limpio la nariz mientras me recompongo. Si quiero pelearme con Liam, quiero intentar mantenerme fuerte. No quiero que me recuerde como una chiquilla llorona, sino como una mujer orgullosa. Me lo debo a mí misma.

–¿Cuándo pretendías hablarme de tu prometida? Nunca, ¿verdad? Es tu *modus operandi*, ¿verdad? Follar con otras haciéndoles creer que son algo especial mientras tu prometida está en casa esperándote y sin saber nada de todo esto. Y tus amigos apoyándote. ¡Sois la última escoria! –Levanto la cabeza para mirarle directamente a sus ojos azules tan fantásticos. Esperaba ver arrepentimiento o vergüenza en su mirada, pero no hay nada de todo eso. Parece muy triste, triste y decepcionado.

–¿Quieres conocer a María?

Cada una de sus palabras es como un puñetazo en el estómago. Una pequeña parte de mí todavía tenía la esperanza de que todo eso no fuera verdad, que no hubiera ninguna prometida. Vuelvo a notar mi reflejo de huida y estoy a punto de salir corriendo otra vez, pero no me serviría de nada, al menos hasta que siga atada a mi enemigo.

–¿En serio me lo preguntas?

–Aunque lo quisiera no podría presentártela –contesta en voz baja.

–Claro, vaya idea: presentar a tu actual muñeca hinchable a la mujer con la que estás a punto de casarte. –Resoplo indignada.

–¿Es lo que piensas que eres para mí? ¿Una muñeca con la que satisfacer mis necesidades?

–Sí, yo y todas las demás damas que hubo antes de mí. Casi conseguiste engañarme, pero Marcos ha sido tan amable de abrirme los ojos –rebato mordaz–. Y ahora déjame que me vaya y cásate de una vez con tu María.

–¡María y yo no nos casaremos nunca!

–¡Déjalo! No hace falta que me vengas con eso de "por ti lo dejo todo, incluso a mi novia".

–Es que está muerta –me contesta con un hilo de voz.

Lo miro sin poder decir nada.

¿Acaba de decir que su prometida ya no está viva?

Dios mío, eso si que no me lo esperaba. Me quedo helada; mis pulsaciones van a mil. Noto como se me hace un nudo en la garganta y me vuelven a caer lágrimas. Ya no sé qué pensar. ¿Por qué Marcos me envía una fotografía de la prometida fallecida? ¿Quién de los dos miente y quién dice la verdad? ¿Y por qué el que miente me hace pasar por eso?

–En serio, Carolina. ¿Realmente me crees capaz de engañar de esta manera a la mujer con la que me quiero casar?

Nunca antes había oído tanto dolor en sus palabras.

Vuelvo a mirar las puntas de mis zapatillas, intentando secar las lágrimas pestañeando.

–Mírame.

Poco a poco alzo la vista. Su mirada es tan intensa que se me pone la piel de gallina.

–No hay nadie que me esté esperando, créeme. ¿Podemos buscarnos un sitio tranquilo y hablar?

«Alguien que te mire de esta manera no puede mentir, ¿verdad?» pienso para mí, cerrando por un momento los ojos. Mis sentimientos son una montaña rusa, tengo que recomponerme.

Inspira, espira.

Inspira, espira.

Sé que tengo que contestarle algo. Además, mi corazón hace rato ya que ha decidido escucharle.

–Creo que no me queda otra. Si quieres buscar algún lugar tranquilo para hablar tengo que ir contigo, sí o sí –le respondo, levantando la mano esposada.

En la cara de Liam se intuye una leve sonrisa.

–Tienes razón. Vamos a un sitio tranquilo.

–Te escucho y luego decidiré. Ya puedes sacarme las esposas.

Liam sacude la cabeza:

–No, no quiero correr el riesgo de que te lo pienses otra vez y salgas corriendo. No quiero que te pase algo. Es peligroso para una mujer sola ir por la ciudad vestida de esta manera. No lo volverás a hacer, ¿verdad? Estaba muy preocupado.

–¿Quieres pasearte toda la tarde conmigo así?

–Si hace falta sí. Primero tengo que asegurarme de que me crees.

«Comprometerse con alguien es más peligroso de lo que una piensa» –constato para mí, mientras camino al lado de Liam. Si alguien me hubiera dicho hace veinte días que Tobías me dejaría de esta manera tan mezquina, que yo luego entraría a vivir con tres hombres y que follaría con los tres y que unos días más tarde caminaría por la ciudad en un vestido de noche y zapatillas atada a un hombre que no sé si amar u odiar, le hubiera declarado loco de atar. Por lo visto, vivir tantas cosas en tan poco tiempo hace que una se vuelva más serena.

Aunque me ronden mil preguntas en la cabeza, no tengo ganas de hablar. Liam parece estar igual que yo. Tal vez por eso hayamos dejado pasar unos cuantos bares sin entrar en ninguno. Pero tarde o

temprano tendremos que romper el silencio. Además, empiezo a tener frío. Con las prisas, no me he llevado ninguna chaqueta y no llevar ropa interior tampoco ayuda: mis nalgas están heladas. Con la suerte que estoy teniendo, mañana seguro que tengo una cistitis de caballo.

–Tienes frío, ¿verdad?

–Un poco, sí –le contesto.

–De acuerdo, el próximo bar es nuestro. Te dejaría mi camisa, pero no sé si nos dejarían entrar así: maniatados y yo con torso desnudo.

A pesar de la situación algo tensa, sonrío.

Delante de nosotros aparecen las luces de un pub.

–¿Te parece bien este? –pregunta Liam.

Le contesto asintiendo con la cabeza. Un pub no está mal para hablar de cosas personales, desde luego mejor que uno de estos restaurantes cinco estrellas en los que no se oye ni una mosca. En un pub hay vida y es lo que prefiero ahora, vida, antes que silencio lujoso.

–Creo que sería hora de desatarnos –comento, indicando las esposas–. Podemos dar por acabado el juego. Mantengo lo dicho: escucho lo que tengas que decirme y luego decidiré cómo continuar.

–Hasta abriría las esposas, pero no puedo.

–¿Cómo?

–No tengo las llaves. Cuando vi que la bailarina me alcanzaba las esposas reaccioné en el acto porqué no quería que te escaparas otra vez. Las llaves las tendrá ella.

–¿Y ahora qué hacemos? ¿Quieres entrar aquí, así?

–No nos queda otra, a no ser que quieras desandar el camino. Además, qué nos importa lo que piensen los demás, ¿te parece?

Asiento con la cabeza. Tiene razón, da completamente igual. Tenemos otros problemas.

Liam abre la puerta de entrada al pub. Está bastante lleno y quedan pocas mesas libres. Nos sentamos en una del fondo, los dos en un banquillo. Sentarnos uno frente al otro sería algo difícil. Decido tomar una infusión, tengo mucho frío, pero no solo por no llevar prácticamente ropa, sino porque tengo la sensación que los acontecimientos de las últimas horas me han helado por dentro también. Aunque lo que me explique Liam me convenza y todo lo que diga sea verdad, tendré otro problema: Marcos. La pregunta es ¿por qué lo ha hecho?

Que Marcos me trate injustamente me duele tanto como me dolía con Liam. Lo mire por dónde lo mire, no tengo opción de ganar.

Estamos sentados uno al lado del otro, sin decir nada hasta que nos traen las bebidas. Soplo sobre el té y tomo un sorbito, esperando a que Liam empiece a hablar.

–Al verte salir corriendo, me preocupé mucho por ti. ¿Por qué te fuiste así y no intentaste hablar conmigo? –empieza.

–Porque lo único que quería era salir de ahí.

–Menos mal que el portero me pudo decir en qué dirección te habías ido. Y la ropa escogida tampoco te fue muy útil. Llamaste mucho la atención. Algunos transeúntes te vieron desaparecer en el bar de alterne. Al entrar y no verte en ningún sitio, no me quedó otra que buscarte desde el escenario. Tenía miedo de que los tíos ahí dentro pudieran agredirte. Te das cuenta de todo lo que hubiera podido pasar. Estaba tan furioso que estaba a punto de zurrarte en las nalgas, ahí mismo, delante de todos.

En otro momento, sus palabras me hubieran provocado de seguida una tensión agradable en el bajo vientre. Pero en este preciso instante, sus palabras me resbalan.

–Estás divagando, aquí no se trata de mí, se trata de ti –le rebato, sin hacer eco a sus palabras.

–Tienes razón –refunfuña, sacándose un mechón de la cara–. La historia entre María y yo es

complicada y no muy bonita. ¿Seguro que la quieres oír?

–¡Seguro!

No parece muy animado.

–De acuerdo, te cuento la variante breve –comienza su relato, mirando fijamente su bebida–. Conocí a María en la universidad. Trabajaba de camarera en un bar que mis compañeros de estudios y yo frecuentábamos bastante. Me gustó enseguida. Tenía una sonrisa dulce y nada de pelos en la lengua. Creo que íbamos tan a menudo a este bar porque nos gustaba a todos, pero María dio calabazas a todos. Hasta que una noche me la encontré sola esperando el autobús. Había nevado y hacía frío y yo iba en coche. Me paré y le pregunté si quería que la acompañase a casa. Mantuvimos una conversación muy animada y nos quedamos en el coche durante horas, delante de su casa. De vez en cuando, daba la vuelta a la manzana para que no nos muriésemos de frío. Aquella noche no hubo nada entre nosotros y en las noches siguientes, tampoco. Las pasamos hablando y es lo que nos hizo enamorar.

La primera noche de amor fue fantástica y a partir de ahí fuimos una pareja. Nos prometimos después de dos años. Fue ella quién me lo pidió. María era así, no quería dejar nada a la providencia y yo le dije que sí. De todas formas, queríamos esperar a casarnos hasta que hubiésemos acabado la carrera. Pero el destino nos reparó otra cosa. Estábamos pasándolo bien en una fiesta de amigos cuando me llamaron del hospital. –Liam se queda un momento en silencio–. Para variar, Marcos la había liado parda y tomado un cóctel de alcohol mezclado con no sé qué pastillas. Sus amigos drogadictos que normalmente estaban idos, al menos llamaron a una ambulancia. Lograron hacerle un lavado de estómago in extremis. Salí de seguida en dirección al hospital y dejé que María se quedara en la fiesta. No quería que lo viera en estas condiciones. Ella también se preocupaba mucho por él. Le dije que la iba a recoger más tarde. Pero me quedé más tiempo del previsto porqué no quise dejar solo a Marcos. Por eso María subió al coche de un amigo. Más tarde me dijeron que no se notaba que había bebido más de la cuenta. No llegaron muy lejos, después de algunos quilómetros empotró el coche contra un árbol. Ninguno de los dos sobrevivió–. La voz de Liam se muere.

No me puedo contener más las lágrimas, su historia me toca muy de cerca.

–Marcos se siente culpable hasta el día de hoy. Si no fuera por él, María nunca habría subido al coche –continúa Liam.

–Pero si el accidente no fue culpa suya.

–No, claro que no. Pero es de la opinión que si no hubiera tenido problemas con las drogas no hubiera pasado nada de todo esto. Y Álex cree que si no fuera por él, Marcos no habría sido secuestrado ni tenido problemas con las drogas. Y yo, la verdad hace tiempo que he dejado de creer en nada.

Dios mío, el pasado de los tres chicos es aún más triste y complicado de lo que me hubiera podido imaginar. Ahora entiendo por qué ninguno de los tres quiere hablar de su pasado. Empiezo a entender también por qué se conforman con damas que van y vienen. Los tres tienen heridas profundas en su alma y no quieren que les hieran otra vez.

–Después de eso, Marcos no ha vuelto a tocar drogas nunca más. Cambió radicalmente y empezó a comprometerse con proyectos sociales. La muerte de María le despertó. –La voz de Liam no tiene connotación alguna, como si suprimiera todas sus emociones cuando habla sobre el tema. Es más que probable que lo haga para protegerse. De otra forma, no lograría articular una frase coherente.

Mi mirada queda fija en la taza, intentando entender todo lo que me acaba de explicar. Siento tristeza, dolor y compasión, todo a la vez. Y no sé qué decirle. La historia de Liam me deja sin habla. Con todo eso, hay solo dos explicaciones lógicas del por qué Marcos me ha enviado la foto: Una, quería que Liam hablase conmigo sobre María para que conociera su relación y entendiera el contexto de toda la historia o dos, quería deshacerse de mí. Y si la verdad es esta última, hay que

preguntarse por qué quiso distanciarse de mí. ¿Para tener a Liam solo para él? ¿O habrá otra razón? Tal vez algo que tenga que ver conmigo.

–El piso compartido y el acuerdo con nuestras damas era una buena solución para todos nosotros. Hasta que apareciste tú. –La esposa alrededor de su mano empieza a tintinear al poner su mano encima de mi muslo–. Y despertaste sentimientos en mí, en todos nosotros.

Durante unos segundos tengo la sensación de que mi corazón ha parado de latir. Esos altibajos son demasiado para mí.

–¿Nosotros?

–Es más que evidente: A Marcos le gustas y no sabe como gestionarlo. Por eso ha decidido acortar las vacaciones antes de hora y por eso te envió la foto. Quería quitarse del medio.

–¿Lo crees de verdad?

–Sí. Conozco a Marcos casi tan bien como a mí mismo. Es como si fuera una parte de mí. A pesar de su peculiar manera de ser, es una de las personas más importantes de mi vida. Estoy aliviado de haber hablado de María contigo. Aún duele hablar de ella, pero ahora, después de tanto tiempo, al menos puedo hacerlo. Aunque no me gustó tu persecución, me puedo acostumbrar a la situación actual.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Llevas un vestido que te queda fantásticamente bien, no llevas ropa interior y no puedes salir corriendo. De acuerdo, la elección de tus zapatos no es la más adecuada, pero es aceptable.

–Eres increíble –le rebato–. Me explicas toda esta triste historia, te sacudes un momento, suprimes tus emociones y ¿vuelves a ligar conmigo?

–De eso hace más de nueve años y Dios sabe que he sufrido mucho. Pero la vida continúa y yo no soy una de estas personas que viven en el pasado. Vivo en el aquí y el ahora. Y en este momento estoy contigo y espero que me creas y que vuelvas conmigo al hotel.

–Me gustaría creerte –le contesto, sorbiendo mi té.

–Pero no estás del todo convencida, ¿verdad? Tengo una idea. Cambiaré los vuelos y tú y yo volveremos mañana por la mañana. Le pediré a Álex que nos traiga el bagaje. Y cuando lleguemos no iremos al piso, sino a mi casa para que veas cómo y dónde vivo y si quieres, te enseñaré fotos de antes. No quiero más secretos.

–Pero el contrato no permite que me lo expliques todo y me enseñes tu casa, ¿verdad?

–¿No te parece que el contrato hace tiempo que ha quedado obsoleto? Tendríamos que empezar a ser sinceros los unos con los otros. Tú y Marcos también. Sé que os gustáis y tú tendrás que decidir qué es lo que quieres. No será fácil, pero estoy preparado para intentarlo. Quiero que te quedes más tiempo conmigo, mejor dicho, con nosotros.

Su mano sigue apoyada en mi muslo, noto el calor agradable de su piel a través del tejido del vestido. Mi corazón ha vuelto a dispararse. No quiere que me vaya, eso es fantástico y alarmante a la vez.

¿Cómo quiere que le diga lo que quiero yo, si no lo sé ni yo misma; si no sé qué es correcto y qué no. ¿Seguiremos viviendo todos juntos en el piso común? ¿Cómo quiere que funcione eso? Esto solo existe en los cuentos, ¿verdad?

Además, queda algo pendiente: Tampoco he sido siempre muy sincera. Me he visto con Nicole, lo que significa que no me fiaba de mis compañeros de piso. ¿Qué dirán si les digo la verdad?

Me gustaría despertarme, despertarme de un sueño infame y darme cuenta de que todo eso no fue real. Lamentablemente, no estoy soñando y los problemas no se irán por si solos.

–¿Te parece bien si nos vamos? –pregunta Liam preocupado–. Tienes pinta de estar muy cansada. No es de extrañar con la tarde que llevamos. ¡Vámonos! también hemos de ver cómo nos podemos



deshacer de las esposas.

40

Los dos, completamente vestidos, estamos echados en la cama enorme del hotel. Liam me ciñe con un brazo y yo disfruto con estar a su lado. Ninguno de los dos tiene ganas de hablar y tampoco hace falta decir nada.

El empleado del hotel al que pedimos destornillador y alicates nos miró algo perplejo al darse cuenta de para qué necesitábamos las herramientas. Sin embargo, no dijo nada. Probablemente, habrá pensado que estábamos disfrutando de juegos eróticos y después fuimos demasiado tontos para deshacernos de las esposas. Pero me da igual, que piense lo que quiera.

Cuando por fin pudimos desatarnos, Liam cambió los vuelos y llamó a Álex para explicarle que queríamos volver antes de lo previsto. No entendí muy bien qué dijo Álex, pero tampoco pareció molestarle mucho. Liam me dijo luego que es muy probable que Álex también vuelva antes de lo previsto. Acababan de proponerle un concierto el sábado por la noche y necesitaba tiempo para prepararse.

Me alegro de poder ver cómo vive Liam, sin embargo, no logro olvidar la llamada de Marcos ni tampoco el correo electrónico. Pedí a Liam que llamase a Marcos, pensando que si Marcos veía el número de teléfono de Liam descolgaría el teléfono. Pero Liam también, escuchó la voz femenina de la cinta automática informando de que Marcos estaba “temporarily not available”. O realmente no tiene cobertura dónde se encuentre o mantiene apagado el móvil porque no quiere hablar con nadie.

Pero yo necesito hablar con él, de otra forma me volveré loca. Todavía no sé qué pensar de su actuación. No soy capaz de ignorarla tan fácilmente como Liam. Me ha hecho demasiado daño y con toda la premeditación del mundo.

Por lo que me comentó Liam, Marcos volverá el viernes e irá primero a su propia casa y el sábado al piso que tienen en común. Dudo que realmente aparezca por ahí. Lo mejor será sorprenderle en el aeropuerto y pedirle las cuentas, ahí mismo. Quiero aclarar la situación cuánto antes.

–¿En qué estás pensando angelito? –pregunta Liam acariciándome los omoplatos–. ¿En Marcos?

–Msí –refunfuño.

–El viernes te llevaré al aeropuerto y luego habláis. Seguro que se arreglará todo, dale una oportunidad. Todavía tiene que aprender a gestionar sus emociones. Después de vuestra cita estaba completamente revuelto. Tal vez te pueda distraer mientras tanto para que pienses también un poco en mí.

–No me digas que quieres follar conmigo ahora.

–¿Por qué no? Me encanta el sexo reconciliador. Además, hace más de cinco horas que no follamos, empiezo a volver a tener ganas de ti.

–Vives en el ‘ahora’, ¿verdad?

–Sí señora, y es lo que tendrías que hacer tú también.

Si no le conociera mejor, pensaría que Liam es una persona superficial, pero eso no es verdad. Sencillamente, tiene otras estrategias para abordar problemas. Tal vez sea por eso que no ha caído en un pozo y no ha intentado anestesiar su dolor con drogas y alcohol como Marcos. Alguien que ha vivido tanta pena, pero sigue siendo una persona positiva, tiene que tener una fuerza interior increíble.

–¿Y qué quieres hacer ‘ahora’?

–Tal vez un juego. Intentaré besar todos los sitios de tu cuerpo que me sea posible y tú no te puedes

mover.

–¿Y si me muevo?

–En tal caso tendré que follarte.

–De acuerdo, ¡trato hecho!

Me besa la nuca, luego me abre lentamente la cremallera del vestido.

–Estás loca perdida –susurra–. Se lo hubieras dejado muy fácil a un violador, así sin ropa alguna.

–No tenía tiempo para esas tonterías.

–No lo vuelvas a hacer nunca más, ¿de acuerdo? –Me sopla un beso en mi espalda–. Cuando vuelvas a tener un problema conmigo – con nosotros, lo dices de seguida y lo hablamos, ¿prometido?

–De acuerdo, lo prometo.

–Muy bien, pues déjanos seguir jugando –refunfuña, sacándome el vestido.

Estoy completamente desnuda delante de él. Qué loca puede ser la vida. Hace unas horas no le quería ver nunca más y ahora, hasta tengo ganas de tener sexo con él. Muchas ganas. Lo quiero sentir dentro de mí, agarrarle y disfrutar de su cuerpo. Aunque el problema con Marcos no se haya resuelto todavía, mi mente se alegra por una pequeña distracción y mi feminidad, por la atención que le brindan. Es más, vuelve a estar voraz. Creo que me voy a convertir en una ninfómana. Me encanta.

Empieza con su “juego” en los pies, besando cada uno de mis dedos. Me provoca cosquilleos y tengo que contenerme para no moverme. Es evidente que para mí es imposible ganar, pero tampoco quiero rendirme después de pocos segundos, sino disfrutar de los besos en mi cuerpo.

Pero al empezar a chupar uno de mis dedos, me estremezco. Tiene que haber alguna conexión entre el nervio de mi dedo y mi bajo vientre. Mi feminidad se despereza bajo un agradable cosquilleo.

–Sí que vas rápida –dice Liam sonriendo–. De hecho, ya he ganado. Pero no quiero ser aguafiestas. Lo hacemos como en los juegos de ordenador: Tienes tres vidas. Pero a la que te muevas la cuarta vez, te toca.

Sin esperar mi respuesta pone su atención en los tobillos y las pantorrillas.

Intento quedarme inmóvil. Pero al subir hacia los muslos y las ingles tengo que concentrarme con todas mis fuerzas para no empezar a gemir. Al menos ha dado con el objetivo y me mantiene distraída.

–Eres muy mona cuando pones esta mirada de máxima concentración –comenta, pasando su lengua por mis labios genitales. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no alcanzarle todo mi bajo vientre.

–Yo también te quiero –le rebato apretando los dientes.

–¡La segunda, por hablar!

Es injusto, en ningún momento me dijo que estaba prohibido hablar.

Menos mal que pasa a dirigir su atención a la parte superior de mi cuerpo. Me encanta que me bese la frente, los pómulos y la punta de nariz. Se para un momento en los labios de mi boca, mordiéndolos con cariño. Es como si quisiera mimar todas las partículas de mi cuerpo. Noto como se están juntando nuevas lágrimas. He sido injusta con él, hubiera tenido que escucharle antes de salir corriendo. Marcos y él han pasado por más de lo que tendría que sufrir una persona. Y los dos me dieron tanto. Nunca antes en mi vida me he sentido tan deseada como en las últimas semanas.

–¿Lloras? Pero, ¿por qué?, ¿qué pasa?

–Lo siento.

–¿Qué es lo que sientes?

–No haber hablado contigo y haber salido corriendo.

–Tranquila angelito, no pasa nada –me dice Liam poniéndose encima de mí. Noto su cuerpo

musculado en mis pezones y el calor que desprende su cuerpo en el mío. Con delicadeza me seca una lágrima con un beso–. ¿Te das cuenta de que acabas de perder?

Pestañeo intentando mirarle a los ojos. Su mirada es cálida, cálida con chispa picaresca. No me acuerdo de haber mantenido relaciones sexuales estando tan triste, pero ahora mismo, quiero follar con él. Quiero sentirlo dentro de mí, quiero abrazarlo y sentirme una con él.

Su pene erecto late contra mi pubis, pero Liam sigue sin moverse, mirándome inseguro:

–¿Quieres que pare?

–No, todo lo contrario –le susurro, sacudiendo la cabeza mientras me siguen cayendo las lágrimas–. Por favor, hazme el amor. Quiero sentirte dentro de mí.

–¿Segura?

–¡Sí! –le contesto, alcanzándole mi pelvis.

Cuando el glande abre mis labios y Liam me penetra con delicadeza, es como si fuera la primera vez con él. No sé si alguien es capaz de comprender lo que estoy sintiendo, pero es un poco como si hubiéramos muerto y volviéramos a renacer. Hace solo unas horas pensaba no volver a follar con él nunca más y ahora todo mi cuerpo suspira por él. Y me parece que a él le pasa lo mismo. Sus golpes son profundos, intensos y al mismo tiempo, muy sensibles. Con mis piernas abrazo su pelvis, moviéndome con él hasta que nuestros movimientos se acoplan a la perfección y su polla estimula dulcemente mi interior. Pone una mano debajo de mis nalgas y me acerca aún más a él. Nunca antes lo he sentido tan dentro de mí. Todas mis emociones se juntan hasta convertirse en un huracán de sentimientos. Gimo por el deseo, mientras noto las lágrimas cayendo por las mejillas.

–Córrete conmigo, angelito –me susurra al oído, secándome las lágrimas con sus besos. Le abrazo con fuerza, apretándome aún más a él. Si tuviera alguna posibilidad de meterme dentro de Liam, lo haría. Desconecto mi mente, me entrego completamente a él, me olvido de mí y de todo y me dejo sobrellevar por la onda de excitación. Empiezo a temblar por el deseo inmenso cuando alcanzamos juntos la cima de la felicidad.

–Qué bien –refunfuña Liam. Seguimos abrazados en la cama enorme, mientras Liam me acaricia la nuca. Espero que su pene siga erecto un poco más, no le quiero dejar salir todavía. Quiero sentirlo más tiempo dentro de mí. Unas últimas gotas caen sobre mis mejillas. El pecho de Liam está mojado por mis lágrimas, pero yo me siento mejor. Como si hubiera hecho un lavado de alma y las lágrimas fueran una tormenta que ya pasó.

–¿Por qué no podemos vivir siempre en el “ahora”? –le pregunto, acariciando su muslo musculado que me tiene prisionera.

–Sería demasiado bonito –suspira Liam–. Pero en la vida hay que tomar decisiones. Yo sé qué me gustaría, pero no sé si sería lo ideal para ti, para nosotros. En los próximos días tendremos que decidir cómo continuar. Lo que tengo claro es que no quiero tener más secretos contigo. Me alegro de poder enseñarte mi piso mañana y me alegraría aún más si te quedaras a dormir.

Trago saliva. Qué dulce. Sería un buen momento para ser sincera también y hablarle de Nicole. Pero para eso, de momento no tengo la fuerza necesaria, sobre todo después de un día así.

Otra vez será.

–¿Qué te parece si dormimos? Tenemos que madrugar, el vuelo sale a las 08.30 h –comenta Liam, estirando el brazo para apagar la luz. No parece tener intención de soltarme.

–¿Quieres dormir así?

–Sí, ¿tú no? No sé cuánto tiempo más aguantará mi amigo ahí abajo, pero de momento se siente muy bien. Me encantaría dormirme estando dentro de ti.

–Sería muy bonito –le contesto, apretándome más a su pecho. Tampoco quiero que salga ahora de

mí, me sentiría “vacía”.

–¿Carolina?

–¿Mhm?

–Nada –murmura, besándome la mejilla–. Que sueñes con los angelitos.

41

Al bajar del avión, nos da la bienvenida un viento helado. Me cierro la chaqueta temblando. Niebla espesa se extiende por la pista de aterrizaje y alrededor del edificio del aeropuerto, dejando todo el paisaje privo de color, en un tono gris ceniza. Me sobrecoge el deseo de volver a Ciudad del Cabo. Me hubiera gustado quedarme unos días más tomando el sol, con Liam y Álex. De vuelta, me esperan algunas cosas que no sé cómo evolucionarán y que me provocan dolor de cabeza. Tengo que hablar con Marcos, revelar mi cita con Nicole y enfrentarme con el triste pasado de Liam. Tampoco sé cómo reaccionará Álex cuando se entere de que Liam me quiere hacer partícipe de su vida privada y qué será del piso compartido. Además, están mis padres y también Mona que tendrán ganas de verme.

«En Ciudad del Cabo han pasado muchas cosas» –me digo a mí misma.

A mí se me antoja una eternidad, pero de hecho, solo han pasado pocos días. Tal vez haya sido el cambio de aires que permitió que Marcos y Liam se abrieran y hablaran de sus respectivos pasados.

Me entran muchas ganas de bostezar. Me tapo la boca y me sacudo para desperezarme del todo. Me he quedado dormida durante todo el vuelo de vuelta.

Anoche, Liam se durmió casi enseguida. Me quedé escuchando su respiración regular, sintiéndolo dentro de mí hasta que su pequeño amigo también se quedó dormido y no pude retenerle más. Y, a pesar de que Liam seguía abrazándose a mí, de repente me sentí muy sola. Añoraba a Marcos, las disputas verbales, enmarañar su pelo revuelto y reírme con él. Añoraba que entre nosotros todo fuera como antes.

Acabé preguntándome si empezaba a convertirme en carne de psiquiatra. Si una mujer podía tener a un hombre como Liam, ¿por qué desearía otras cosas, otro hombre?

Todo eso me mantuvo en vilo y no había manera de dormirme.

«Es muy probable que éste sea el problema: Una vez has bebido del cáliz del pecado, te vuelves adicta» –sigo con mis soliloquios cuando cruzamos el aeropuerto. No sé si después de la experiencia con Liam, Marcos y Álex me bastará un único hombre y es lo que me da miedo. Desde que Marcos se fue sin decir ni adiós sé que tengo sentimientos intensos también por Marcos. No puedo ni quiero tener que escoger entre ellos: Son perfectos, cada uno a su manera. Y juntos, son sencillamente increíbles.

Menos mal que tengo claro lo que siento por Álex. Me gusta mucho y el sexo con él es gigantesco, pero finalmente no es más que una amistad bonita con derecho a roce. Y creo que él, si es sincero consigo mismo, siente lo mismo. Creo que le gustaría tener pareja, pero esa no soy yo.

Si fuera por mí, desearía que Álex y yo quedásemos como amigos. Me gusta tanto su lado comprensivo como el de tigre salvaje que suelta de vez en cuando. Se merece que alguna mujer le haga feliz y tal vez tenga hijos con ella. Porque no me cayó desapercibido que, cada vez que veía algún niño, y sobre todo si era una niña de la edad de su hija Mia, su mirada se volvía triste y apagada, lo que me partía el corazón.

–¿Qué haces angelito? ¡El chofer nos está esperando! –Liam lleva, todo un gentleman, nuestro bagaje. No es mucho porque las maletas del resort las llevará Álex y las dejará en el piso compartido.

Camino al lado de Liam hacia la limusina que nos está esperando y me pregunto, si todo esto puede funcionar en la vida real. Si yo, Carolina López, puedo ser la mujer al lado de Guillermosz Aldeconde. Si su entorno privado y profesional es capaz de aceptarme o si yo me estoy montando una

película y no tengo sitio en la vida real del millonario y empresario mundano. O si solo funcionaríamos en un mundo mágico paralelo, nosotros y Marcos, manteniendo una relación a tres bandas.

–¿Por qué estás frunciendo el cejo otra vez? –Me pregunta–. ¿Qué es lo que te preocupa?

Hago un gesto con la mano como para quitarle importancia.

–Le estoy dando vueltas a cosas demasiado complicadas para un ser masculino.

–¿Ah sí? –comenta, arqueando una ceja–. ¿Crees que no soy capaz de seguir tus pensamientos?

–Más o menos.

–¡Bicho! –exclama Liam riéndose–. Espera que lleguemos a casa. Creo que tengo que volver a enseñarte modales.

–Hm –refunfuño ausente.

–Escúchame, no te preocupes tanto por lo de Marcos. Mañana podrás hablar con él. Esto se arreglará, ya verás. Si logras sacarle de su cascarón, tenemos una oportunidad.

«¿Y si no lo logro?» –pienso para mí. ¿Tendré que despedirme de él? Me resulta imposible, me faltaría algo. Desde que entendí lo que quería decirme el corazón sé que Marcos y Liam, para mí, van juntos como la tierra y el aire o el Yin y el Yang. No soportaría perder a Marcos.

«Para ti es fácil, Liam –pienso–. Tú con tu fe inquebrantable en ti mismo siempre estás convencido de que, al final, lograrás obtener lo que quieres. Pero esta vez está involucrado también tu mejor amigo. Y no sé si Marcos también lo ve todo tan relajado como para seguir viviendo con nosotros, en una comuna *kumbayá*.

Camino a su lado, ensimismada. Alcanzamos la limusina y el chofer me echa una de sus típicas miradas desdeñosas. Tuerzo los ojos, mosqueada. Es lo que me faltaba. ¿Por qué no podemos coger un taxi como todos los demás mortales? Viajar en limusina con este hombre no me produce ningún placer. No creo que me pueda hacer amiga de él nunca.

Me siento al lado de Liam en el asiento trasero y apoyo la cabeza en el respaldo suave, cerrando un momento los ojos. Estoy muy intrigada por conocer su piso. Seguro que es un ático enorme y elegante, un poco como el piso compartido.

Sin embargo, no parece querer ir directamente a su casa, porque cuando el coche se para y miro por la ventanilla veo la entrada de un cementerio.

«Parece que tomó al pie de la letra, lo de presentarme a María» –pienso estremeciéndome. Por mí no hacía falta, le creo de todas formas.

–Ya hemos llegado –comenta, respirando hondo–. Quiero que te hagas una idea tú misma. Y no quiero compasión, quiero que luego te sigas comportando conmigo como hasta ahora. En mi opinión, la compasión es un veneno humano: te contamina e impide que puedas volver a tu vida normal.

Asiento con la cabeza. Tiene razón, a mí también me fue mejor que Álex, Marcos y Liam me tratasen de manera normal que si se hubiesen compadecido de mí por el idiota de mi ex.

El chofer nos abre la puerta de la limusina y yo bajo con los sentimientos revueltos. Nunca me gustaron los cementerios. La paz y el silencio que reinan entre los árboles gigantescos, setos verdes y flores multicolor están, para mí, en macabra contraposición a las personas descomponiéndose debajo de la tierra, con gusanos y larvas en las órbitas oculares. Al entrar en un cementerio, siempre se me pone la piel de gallina. Pero si Liam estuvo tan dispuesto a contarme su historia y quiere que lo acompañe, es lo mínimo que puedo hacer.

Entramos con paso ligero, torciendo de seguida a la derecha. Las tumbas están todas muy cuidadas y decoradas con flores frescas. Liam se para delante de una lápida de mármol blanco.

–Os he traído a una persona –susurra, agarrándome de la mano.
«¿Os? ¡Por qué os?» –Me pasa por la cabeza mientras empiezo a leer, con mal presentimiento, las primeras palabras:

Aunque se evapore tu último respiro, el mundo nunca te olvidará.
Porque formas parte de él – para siempre
(A.J. Blue)

María Sofía Carlota de Arnau
**15.11.1980 † 26.07.2005*

Concebido con amor, desvanecido con amor. Nunca viste la luz del mundo,
pero siempre estarás en nuestros corazones.

Dedicado a nuestro niño en el cielo

De mi garganta sale un "no" sofocado.
Dios mío, ¡no me digas que estaba embarazada!

–Supe que estaba embarazada un día después. Me lo contó una de sus mejores amigas, también que María quería decírmelo la misma noche de la fiesta –refunfuña Liam, mirando la lápida.
–Liam, me… lo siento mucho–. Me tapo la boca con las manos. Dijo que no quería compasión, pero es prácticamente imposible no sentirla.
–Gracias.
–Gracias a ti por contármelo.
–No lo quise hacer, pero tú seguías insistiendo y Marcos no me dejó otra opción enviando ese correo. Pero ahora estoy contento de que lo sepas todo. María seguramente no aprobaría mi modo de vivir, cambiar continuamente de parejas para no tener que afrontarme a mis sentimientos… Tú le hubieras gustado.
–¿Tú crees?
–Sí, seguro. Os parecéis en muchas cosas y al mismo tiempo, sois únicas en vuestra manera de ser.
Sigo mirando fijamente a la lápida, sin decir palabra. No hay nada que pueda decir. Aunque haga casi nueve años que María falleció y Liam no quiera compasión tiene que ser muy duro para él. Con mi pulgar le acaricio el dorso de la mano: Los gestos, a veces, dicen más que las palabras.

42

Desde fuera, el edificio en que vive Liam es todo lo contrario de lo que me esperaba encontrar: En vez de mucho vidrio y acero, la casa está pintada de blanco y es de aquellas antiguas, con cenefas y una puerta de entrada negra con tallas. Una casa con historia y carácter, no una de esas lujosas ultramodernas e intercambiables. Tengo que reconocer que mi impresión de Liam no ha sido siempre la correcta. Aunque parezca distanciado, diligente y calculador, su personalidad tiene muchas más facetas y resulta ser más interesante y profundo de lo que aparenta.

«Quién sabe si la casa cuadra con su personalidad» –me digo a mí misma.

Abre la puerta de roble y me invita a entrar.

Me quedo sin aliento: ¡Qué bonito!

El suelo es de piedras de mosaico multicolor, las paredes de color blanco y con una altura de cuatro metros de las cuales cuelgan elegantes cuadros en colores calientes. La escalera que lleva al piso superior es de madera, resguardada por una imponente barandilla. Cruzo la entrada y empiezo a subir los primeros peldaños.

–¿A dónde quieres ir? –me pregunta Liam.

–Al piso superior.

–No sé qué vecino quieres ir a ver, pero si quieres ver mi casa, yo vivo aquí abajo.

–¡¿Ah?! –Daba por supuesto que viviría en el ático. Liam abre la puerta del piso. En la parte izquierda hay una placa de metal de color dorado.

Es verdad, en la placa leo, en escritura arabesca, G. Aldeconde.

Al cruzar el umbral, me espera otra sorpresa. El piso es mucho más pequeño de lo que me imaginaba, pero me gusta mucho porque no es ni ostentoso ni cargado de muebles de diseño, sino muy agradable y acogedor. El salón y el dormitorio están separados por una gran puerta corredera, los techos también tienen cenefas y los suelos son de madera. Dos sofás de tapizado claro invitan a relajarse, una cómoda antigua, estanterías que llegan hasta el techo, un sillón orejero de otros tiempos y cortinas también de tela clara le dan a la pieza un toque muy acogedor. En el dormitorio hay un armario blanco y una cama hecha de palets industriales con un colchón encima. En las paredes cuelgan cuadros con marcos modernos. Sus muebles son de una mezcla interesante entre nuevo y antiguo con un toque masculino, pero sin duda, muy acogedor. La cocina es minúscula con una superficie de trabajo de punta a punta, unos fogones y pocos armarios. No tiene pinta de haberse utilizado mucho. En cambio, el baño es enorme con una bañera independiente de estilo antiguo con dos patas doradas en forma de leones, colocada en el medio. Siempre he soñado sumergirme en una bañera de este estilo.

–¿Te gusta mi bañera? –Me ciñe un brazo alrededor de la cintura, besándome en la mejilla. No está afeitado y la barba me rasga un poco la piel. Pero no me molesta, me encantan las barbas de tres días. Además, ¡huele tan bien! Tengo que preguntarle que perfume utiliza.

–¿Te apetece bañarte? –me propone–. Me parece que te iría bien relajarte.

–Pues sí. Lo del cementerio me afectó mucho.

–¿Te acuerdas que te lo comenté? Si se quiere saber todo, hay que aguantar también las cosas menos bonitas.

–Tienes razón. Sin duda, prefiero saber cómo es la persona con la que trato.

–De todas formas, no solo somos parte de nuestro pasado, angelito. Somos también futuro y presente.

–Tienes toda la razón.

–Creo que necesitas relajarte, urgentemente. Me da miedo que me des siempre la razón. No estoy acostumbrado a que no me contradigas. Te hago una propuesta: Te dejo preparada la bañera y nos pido algo de comida. Ya habrás visto que la cocina está sin estrenar. Si hay una cosa que no sé hacer, es cocinar. Y luego nos concedemos una tarde tranquilita para los dos.

–Me encanta tu propuesta.

Froto mi mejilla en los cañones de la barba y le doy un beso corto e intensivo en la boca. Relajarme me parece una idea fantástica. Me está costando mucho centrarme en el aquí y ahora y no pensar continuamente en el pasado de Liam y el encuentro con Marcos mañana.

Adoro bañarme. Tiene algo de meditativo y después me siento como recién nacida. Soy capaz de pasarme horas en la bañera, y mejor aún si es con un vaso de vino tinto y un bueno libro. La bañera de Liam es fabulosa. Casi me pongo triste al darme cuenta de que el agua se está enfriando y mis dedos se están encogiendo y que es hora de cerrar mi hora de meditación.

Salgo de la bañera, me envuelvo con una toalla grande y suave que me alcanzó Liam y me dirijo al salón.

Me llega un olor aromático que me hace olfatear como un perro. Qué bien huele, a algo oriental.

–Hola angelito –me saluda Liam cuando entro en el salón. En la mesa del salón hay un sinfín de platos con comida oriental–. Yo aquí no suelo tener visita, por eso no tengo ni una mesa de comedor. De todas formas, me gusta más comer en el sofá. Espero que te guste la comida india. Hay un restaurante aquí al lado al que le suelo pedir bastante.

–Sí, y huele muy bien. ¿Pero no quieres que me ponga algo encima?

–Si no tienes frío, por mí te puedes quedar así –se ríe Liam–. No tengo nada en contra de mujeres medio desnudas en la mesa, sobre todo porque eres la primera en este piso.

–¿La primera chica medio desnuda? Si quieres, me puedo quitar también la toalla –le insinúo coqueta.

–No me hagas cambiar de opinión: Por una vez, hoy no quería follar contigo, este piso es virgen todavía.

–Tonterías, me estás tomando el pelo.

–No, para nada. Con las mujeres me veía en o en su casa, en una habitación de hotel o en el piso compartido. Tú eres la primera mujer en este piso.

«¡Caray! –pienso–. Eso sí que no me lo esperaba, pero me alegra. Es más, me alegra muchísimo que sea la primera a quién Liam enseñe su piso privado.

Acompañamos la comida con un buen vino tinto y mantenemos una conversación animada. Yo le cuento alguna que otra anécdota de mi infancia y él también se suelta y me explica cosas de cuando iba a la escuela. De joven, le gustaban las riñas y le encantaba llevar la contraria. Por eso sus padres decidieron que era mejor continuar su educación en un internado. También me enseña fotos de esa época. En una están los tres: Marcos, Liam y Álex. En comparación con los otros dos, Álex parece muy delicado y tiene aire de soñador. Ya me puedo imaginar cómo le debían de maltratar. ¡Pero cómo cambian las cosas! Si sus compañeros de clase se hubieran podido imaginar entonces que Álex se convertiría en una persona bien plantada, una estrella de la música con mucho carisma, seguro que le hubieran tratado de otra forma. Qué bonito es ver que el tímido patito se ha convertido en un orgulloso cisne.

Poco después empiezo a tener frío con la toalla como único abrigo y Liam se levanta para ir a

buscarme una camiseta en el armario de su habitación. Yo aprovecho el momento para mirarme los libros que tiene en su librería. Una mezcla interesante: Hay clásicos como *La feria de las vanidades*, *Guerra y paz*, *El jorobado de Notre Dame*, *Fausto* o *Don Quijote* junto a libros sobre emprendimiento, motivación del personal y derecho económico, e, intercaladas, guías eróticas. Los clásicos ya los he leído y los libros sobre economía no me llaman mucho la atención, pero las guías eróticas, eso me parece muy interesante. *Como ser un amante perfecto*, *Juegos de dedos y lengua*, *Las doctrinas de Aspasia*.... se me escapa una risita. Tiene toda la pinta de que Liam sea un hombre muy erudito. Si juntamos su sabiduría con las ganas de jugar y de probar cosas, lo hace imbatible en la cama.

–¿Qué te parece mi pequeña selección? –Liam está en el umbral de la puerta, con una camiseta en la mano, mirándome divertido.

–Me gusta la mezcla –le contesto, sacando uno de los libros de la estantería y leyendo en voz alta– *El Kama Sutra*?

–Claro, hay que saber un poco de todo.

–¿Y has probado todas las posiciones?

–Creo que sí.

–Pero hay unas que parecen muy complicadas.

–¿Cómo cuál?

Le enseño la imagen en la página que acabo de abrir al azar: El hombre está tendido boca arriba, la mujer está encima de él apoyándose con las manos en la pared y al mismo tiempo, haciendo el puente, mientras que el hombre se mueve debajo de ella.

–No me puedo imaginar que esto funcione.

Liam deja caer la camiseta, me sube a hombros y me lleva a su cama.

–¡Probémoslo! A ver si puedes competir conmigo.

Envueltos en una manta de lana, estamos tendidos en el sofá y Liam juguetea con mi pelo. Mis piernas aún tiemblan por el esfuerzo. Liam ha cumplido con su promesa, haciéndome probar todas las posiciones del Kama Sutra que le venían a la cabeza. Unas cuántas las conocía, otras… Dios mío, no sé como podré tener sexo con otro hombre que no sea tan bueno como Liam, Marcos o Álex. A partir de ahora, disfrutaré de cada segundo e intentaré retener cada momento con ellos. Liam tiene razón: El contrato está obsoleto. En los próximos días tendremos que decidir cómo continuar y no tengo idea de qué puede pasar entonces.

43

No recuerdo cuando fue la última vez que estaba tan nerviosa esperando a alguien. Eso es mucho peor que un examen oral o una entrevista de trabajo. Se me antoja una eternidad el rato sentada en el café del aeropuerto esperando a Marcos. Habré ido como seis veces al lavabo. Cuando estoy nerviosa se me irrita la vejiga.

Últimamente, el destino me está pidiendo mucha paciencia, porque, para más inri, el vuelo de Marcos llega con retraso. Liam me llevó al aeropuerto y se habría quedado si se lo hubiera pedido. Sin embargo, creo que tiene razón, es mejor que hable a solas con Marcos. Lo que me pone aún más de los nervios es no saber cómo reaccionará al verme.

¡Por fin! En el panel de vuelos, colgado en el otro lado del café, se anuncia la llegada del vuelo de Marcos. Mi mano tiembla al dejar la taza de café vacía en la mesa. «Tranquilízate Carolina, tú no has hecho nada malo. Déjate llevar, no solucionas nada con romperte la cabeza por lo que puede pasar. ¡A por él!»

Delante de la puerta automática que escupe los pasajeros de llegada hay mucha gente esperando a sus parejas, amigos o conocidos. Algunos llevan globos o flores, lo que dificulta aún más la vista de la puerta.

Me pongo de puntillas y me retuerzo para ver mejor. De ninguna manera quiero perderme a Marcos. Hubiera tenido que llegar antes y reservarme un sitio cerca de la puerta, pero no podía imaginarme que habría tanta gente. Además, me habría puesto más nerviosa si hubiese tenido que mantener la mirada fija en la puerta.

Aún antes de poder verle, mi nariz ya ha detectado su olor. Todas mis células reaccionan al instante y me doy la vuelta con un sobresalto. Está a menos de un metro, con su bolso de viaje echado encima de su hombro, observándome con una mirada impenetrable. A pesar de las horas pasadas en el avión, se le ve muy guapo. Lleva vaqueros y una camiseta blanca entallada con cuello en V que resalta su cara morena. La planta de surfista atrae la mirada de todas las mujeres. Noto como mi pulso se acelera y que se me seca la boca.

Le he dado mil vueltas a como iniciar el diálogo, de insultarle rudamente a montarle discursos grandilocuentes, pero ahora, ahora no sé qué decir.

–¿Qué demonios haces aquí? –Su tono de voz es insolente.

–Hola… –refunfuño, pero Marcos no me deja ni acabar la frase de salutación.

–¿Qué quieres de mí? –me espeta.

Si se hubiera disculpado o mostrado compungido lo habría tratado con más dulzura. Pero al oír su tono de voz, cambio directamente al modo de insulto.

–¿Qué es lo que quiero de ti? Quiero que me digas cuál es tu jodido problema, ¡*só* idiota! –le espeto a mi vez, fulminándolo con una mirada. Me acerco y le pego con la mano en su pecho–. No tienes ni idea de por todo lo que he pasado en los últimos días por tu culpa.

Marcos suelta el bolso y me agarra de la mano.

–Deja de pegarme.

–¡Tienes suerte de que no te salte a la yugular!

–No deberías estar aquí –me contesta, apartándome.

–¿Y cuál era el plan entonces? ¿Que desapareciera para que no tuvieras que verme nunca más? ¡Vaya gallina! ¿Los problemas siempre los solucionas así, esfumándote? –resoplo, mirándole directamente a los ojos. Por algo se dice que los ojos son la ventana del alma. Lo que veo ahí es lo

opuesto de lo que dicen sus palabras insolentes. Su mirada es la de un cachorro en busca de cariño. Mi ira se esfuma.

–¿Podemos hablar? ¿Cómo dos adultos? ¿Sin pelearnos? –le pregunto.

–¿Crees que somos capaces?

–Lo podríamos intentar. Te lo pido por favor.

–De acuerdo, ¿dónde?

–¿En tu casa? –Suspiro hondo porque me gustaría ver como vive en su vida “normal”. Y si acepta mi propuesta tal vez tenga una opción para sacarle de la reserva.

–¿Quieres venir a mi casa?

–Sí –le contesto asintiendo con la cabeza.

–Nunca llevo mujeres a mi casa.

–Lo mismo dijo Liam cuando me enseñó la suya.

La expresión de su cara vacila entre alivio y decepción al contestarme:

–Pues si todo está aclarado entre vosotros, ¿qué demonios quieres de mí?

–Tengo un jodido contrato contigo y como no se ha disuelto todavía no te queda otra que hablar conmigo.

–¿Qué pasa si no lo hago?

–¡Te quedarás confinado al fuego del infierno, por los siglos de los siglos!

Al contestarme, las comisuras de su boca se mueven imperceptiblemente:

–No sé porqué y puede que tenga un fondo masoquista, pero he encontrado a faltar tu amabilidad.

–Y entonces ¿por qué me enviaste el correo? La foto de una difunta, Marcos. Es lo más miserable que se puede hacer. –De hecho quería esperar a encontrar un sitio tranquilo antes de ir al grano, pero Marcos me está provocando otra vez de tal manera que olvido todos mis buenos propósitos–. Estoy muy decepcionada. Pensaba que había algo especial entre tú y yo. Luego te fuiste sin más, sin ni siquiera contestar a mis llamadas o mis SMS. ¡Eres un idiota integral! –espeto. No es de extrañar que esté tan alterada. Su manera de hablar conmigo despierta mi diablo interior. Mejor así, de otra forma no conseguiría nada y él me trataría como le diera la gana. Marcos pertenece a las personas que necesitan que les hablen claro.

–Vamos –le incito, subiéndome su bolso de viaje al hombro–. Buscamos un taxi y vamos a tu casa.

–¿Te ha crecido la barba o tal vez has cambiado de sexo? Te estás comportando como un macho –me contesta, intentando recuperar su bolso, pero yo lo tengo agarradísimo.

–No me queda otra para que me hagas caso. Estoy harta de intentarlo con amabilidad –le rebato, poniéndome en marcha hacia la salida, todavía con el bolso colgando del hombro. «Madre mía, cuanto pesa. ¿Qué lleva? ¿Piedras?» Me pierdo en mis soliloquios procurando que no se note que me cuesta llevar el bolso. No me puedo permitir agachar las orejas ahora.

–De acuerdo, hablemos, pero no en mi casa –comenta Marcos. Con las manos en los bolsillos me acompaña hacia la salida, mirándome de reojo. No sabría decir si está enfadado o triste, o si se está divirtiendo.

«Maldita cara de póker –me digo a mí misma– si solo tuviera la mitad de habilidad para controlar mis expresiones. A mí, lamentablemente, se me nota enseguida cómo me siento.»

–¿Y por qué no en tu casa? –insisto. No quiero darme por vencida tan fácilmente.

–No sería un sitio idóneo y además… –se para un momento– ya estuviste en mi casa.

Me paro también y pongo el bolso al suelo, mirándole con curiosidad.

–¿Y cuándo fue eso? ¿Me anestesiaste con gotas K.O para llevarme a tu cueva? Luego me dejaste hipnotizada y borraste toda mi memoria ¿o qué? Yo nunca he estado en tu casa.

–¡Claro que sí! Hasta conociste a mis vecinos.

–¿Qué dices? ¿Te has vuelto completamente loco? Tal vez no tengas otro sitio aparte del piso

compartido. Pero Liam me dijo que hoy querías ir a tu casa.

Estoy confusa, qué me está contando Marcos. ¿Acaso se ha contagiado de malaria estando en África y está teniendo una crisis de alucinaciones? Podría ser una razón por la que me envió el correo. Al menos sería la explicación más fácil: No sabía lo que hacía. Pero no parece estar enfermo, todo lo contrario. Tiene pinta de modelo surfista de camino a una sesión de fotos.

–A veces eres muy rubita –contesta. Por lo visto le encanta desconcertarme–. De acuerdo, te doy otra pista. Mis vecinos son todos menores de edad.

Por fin caigo. El piso de Marcos está en el centro de menores. No se me hubiera ocurrido en la vida.

–¿Vives en el centro de menores? No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

Marcos sacude la cabeza:

–No, para nada. Te estoy diciendo la verdad. Tengo una pequeña buhardilla en el ático. Antes ahí vivía el conserje con su mujer, pero se mudaron a un piso más grande cuando tuvieron hijos. Coincidió con la época en que murió Érica, la que fue mi niñera y directora del centro. Y como el edificio es mío y las educadoras estaban buscando a alguien que entrase a vivir y yo había decidido ocuparme de la dirección del centro, pensé que sería buena idea si me mudara yo. Pero las paredes son muy finas y los oídos de los niños, muy susceptibles a cosas que no les incumben. Es por esto que nunca llevo mujeres a mi piso.

¡Mira por dónde! La vivienda de Marcos tampoco es como me la imaginaba yo. Pensaba que tendría algo así como un loft de artista o viviría en el campo, lejos de la ciudad. Ahora entiendo porqué tenía llaves para el edificio y se comportaba como Pedro por su casa. Es que es su casa. Y por esto también, los niños le tenían tanta confianza, por ser un vecino suyo. Por lo visto, a Marcos no le gusta estar solo y por eso vive en el piso compartido. Pero si nunca lleva a ninguna mujer a su casa, ¿por quién me tomaron los niños?

–Pero a mí me llevaste aquel día…

–Sí, pero no estaba previsto y fue por una emergencia. Tienes razón, te llevé y fue un error. En el preciso instante en que, subida al escenario, te enfadaste conmigo porque quería que cantaras y te sacaste el numerito de “We will rock you” de la chistera, lo pensé por primera vez.

–¿Qué fue lo que pensaste? –le pregunto. Dios, ¿qué querrá decirme? Me quedo un momento sin aliento por la tensión.

–Que eres una mujer de la que me podría enamorar. Me gustaba mucho la mezcla explosiva de bruja, princesa y leona. –Al mirarme a los ojos, ya no puede esconder sus sentimientos. Parece triste, tan triste que mi corazón se encoje.

–¿Por qué me hablas en pasado? –le pregunto en voz baja.

–Ay cariño –suspira–. Nunca te das por vencida, ¿verdad? Bueno, vale, has ganado tú. Hablemos con toda tranquilidad, pero no en mi casa. No tendríamos ni un segundo de paz. Tengo una idea de dónde podamos ir. ¡Ven conmigo!

Levanta su bolso como si se tratase de una pluma y se dirige a unos de los tres cubos colocados en medio de la sala de llegadas. Ya los había visto antes, cuando le estaba esperando, pero tampoco les presté mucha atención a estos chismes con forma de dados.

–¿Qué demonios son?

–Cubos para descansar –me contesta.

–¿Cubos para descansar?

–Sí, se pueden alquilar por horas. Hace tiempo que lo quiero probar. –Marcos saca su cartera, pone su tarjeta de crédito en la apósita raya y marca su PIN. Al finalizar la operación se oye un sonido metálico y la cabina se abre.

44

«No hay cosa que no exista» pienso, mirando con curiosidad el interior del cubo de unos cuatro metros cuadrados y sin ventanas. En la pared a la derecha, una cama catre con cojín y manta ocupa la mayor parte de espacio. En la pared a la izquierda, hay una mesa minúscula con una silla, y encima de la mesa una lámpara y un cargador para móvil y portátil. En la de enfrente a la entrada, cuelga un espejo. Toda la cabina está inmersa en una luz azulada.

–Pasa –me invita Marcos con un gesto de la mano.

Entro dudosa. Me siento en la silla, cruzo las piernas y empiezo a juguetear con un mechón. Marcos cierra la puerta, coloca el bolso debajo de la cama y se sienta en el colchón. La distancia entre nuestras cabezas es menos de un metro y si me moviera hacia delante, mis rodillas tocarían las suyas. No es el mejor ambiente para hablar de cosas serias. Además no me gustan los espacios pequeños y tampoco me encuentro a gusto estando delante de Marcos metida en una caja de zapatos, sin ventanas y sin vía de escape.

–Pues hablemos –murmura Marcos mirándome con expectación, las manos colocadas en las rodillas.

Me aclaro la garganta, intentando deshacerme de la tensión y decido no andarme con rodeos. Cuanto antes nos sinceremos, mejor.

–¿Por qué desapareciste sin decir nada cuando volvimos de nuestra cita en la playa? ¿Y por qué no reaccionaste a mis mensajes?

–Tenía que ocuparme de mi proyecto y había mala cobertura.

Soplo indignada.

–Los dos sabemos que esa no es la verdad. Por alguna razón no quisiste hablar conmigo. Esto solo funciona si los dos somos sinceros.

Noto que está luchando consigo mismo.

–¿Cómo de sincero lo quieres?

–Toda la sinceridad del mundo.

Marcos respira hondo.

–Tienes razón –constata–. Tenemos que ser sinceros el uno con el otro. No quería estorbar, por eso me fui.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Carolina, por favor, es obvio, ¿no? Tú te enamoraste de Liam y yo no quería obstaculizar vuestra relación.

–Y el correo con la foto y tu comentario, ¿a eso le llamas no "querer obstaculizar"? Después de haber leído tu mail salí a la calle media desnuda y si Liam no hubiera sido tan rápido, quién sabe si nos hubiéramos vuelto a ver. ¿Es eso lo que querías? ¿Deshacerte de mí?

Me mira extrañado:

–¿Por qué saliste corriendo?

–¿Tú qué creías que haría al enterarme de que Liam estaba prometido?

Marcos se saca un mechón de la cara, mirándome algo incrédulo.

–No sé, que hablaríais y que Liam te contaría toda la historia.

–Salí corriendo porqué te creí y porqué no quería ver nunca más a Liam. –No puedo evitar que mi voz tenga un tono de reproche.

–Lo siento. En ese momento, no reparé en que a veces eres muy impulsiva. Solo pretendía que hablarais y aclararais todo, para poder tener una oportunidad como pareja. Liam se merece alguien como tú. Si lo sabes todo, sabrás también que yo tengo la culpa de que María muriera. Quería que os

juntarais, quería que Liam fuera feliz. –Marcos desvía la mirada, fijándola en sus muslos.

–No es tu culpa. No conducías tú el coche.

–Sí , pero si no hubiera por mi…

Liam tiene toda la razón, es inútil intentar convencer a Marcos de que no tiene la culpa de la muerte de María.

–Aunque estés convencido de ello, ¿te has parado a pensar en mí por un segundo?

–¿En ti?

–Cómo me sentiría yo al intentar deshacerte de mí de esta manera, haciendo de celestino de tu mejor amigo.

–¿No me dijiste que entre vosotros está todo aclarado?

–Sí estamos bien, pero tal vez no me baste. Tal vez quiera que también entre nosotros esté todo bien.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Marcos, por favor, es obvio, ¿no? –le imito intencionadamente.

Marcos levanta los ojos y me mira extrañado.

–Me he enamorado de ti también, maldito idiota. Me enamoré de los dos. Si te soy igual, vete ahora. Si no, quiero saberlo ahora. –Noto como por la excitación se dispara mi corazón.

–Me parece que ya te lo dije. Te dije que eres una mujer de la que me podría enamorar –me contesta con voz tomada.

–¿Podría? Me prometiste ser sincero.

–Maldita sea, sí. Me enamoré de ti. ¿Contenta?

–¡No! No lo estoy. Quiero que dejes de salir corriendo. Es todo culpa vuestra. Me habéis enseñado un mundo en que todo es posible. En el que una mujer puede tener más de un hombre. ¿Por qué no puedo estar con los dos? ¿Por qué me quieres dejar tirada?

–Porque una historia así, en la vida real, no puede funcionar. Despierta princesita.

–¿Te molesta que me guste tu amigo?

–No, me alegro por él, se lo merece.

–Y tú, ¿tú no te lo mereces? No te creía tan cobarde.

–Cuidado con lo que dices.

Sacudo mi melena larga.

–No.

En un santiamén me agarra de los brazos, atrayéndome a su regazo. Yo no opongo resistencia.

–No sé qué hacer contigo –refunfuña algo desesperado.

–¿Al gran Magnus no se le ocurre nada? –le pregunto provocativa.

–Te lo estás buscando, es lo que quieres ¿verdad? –pregunta, agarrándome del pelo y fijando mi cabeza.

–Te quiero a ti –le susurro, perdiéndome en el azul de sus ojos. Marcos me devuelve la mirada. El roce de nuestros labios me pone la piel de gallina en el acto. Esta pequeña caricia es tan delicada y al mismo tiempo, increíblemente intensa. Tan intensa porque es muy trascendental.

Desplazo mis manos debajo de su camiseta y acaricio su abdomen y su pecho, mientras me besa con tanta intensidad que me quedo sin aliento.

–Dios cariño –murmura–. ¿Qué estás haciendo conmigo? Mi plan era tan bueno.

–Tu plan era una mierda –le rebato.

Marcos se ríe mientras me levanta la camiseta para desabrocharme el sostén. Dejo ir un gemido cuando empieza a masajearme los pechos.

–Tal vez tengas razón, no hubiera aguantado mucho sin poder tocarte.

–Creo que te merecerías un castigo… como por ejemplo zurrarte las nalgas para resarcir todo lo

que he tenido que pasar por tu culpa. –Le pellizco levemente sus pezones.
–Hasta ahí podríamos llegar… Yo soy el encargado de zurrar culos –me contesta con una sonrisa socarrona–. O Liam. No te pases de lista.
–De todas formas lo tendrías merecido –le rebato. Marcos me ahoga las palabras con un beso. Juguetea con mi lengua que me pone a mil, pero de repente, sin aviso alguno, me muerde con fuerza mi labio inferior.
–¡¿Estás loco o qué?! –grito asustada. Paso mi lengua encima del labio y tengo sabor de sangre en la boca.
–Solo quería comprobar si eras real o si tal vez estaba soñando –se ríe Marcos, subiendo camiseta y sostén hasta arriba del todo.
«Vale, tú te lo has buscado» –me digo a mí misma. Saco las uñas como si fuera un gato y le araño la espalda. No me gusta hacer daño a nadie, pero él se lo ha ganado a pulso.
–¡Ay! –Su cara se contrae por el dolor, pero su mirada sigue limpia. Sin embargo, me la devuelve en el acto, mordiéndome un pezón. Molesta un poco, pero no duele. No le ha metido mucha fuerza, la justa para que los dos pezones se endurezcan. Noto la energía pura entre nosotros. Con una mano agarro su pelo, manteniendo firme su cabeza, y le muerdo en el cuello. Noto sangre en la boca.
Me tira la cabeza hacia atrás: Sus ojos son dos fuegos, como los de un tigre salvaje. De un tirón me da la vuelta, dejándome con el culo al aire encima de la cama. Me agarra las muñecas con una mano y con la otra, me abre los vaqueros con destreza y me los baja hasta los muslos.
–Me parece que has tenido demasiado sexo vainilla con Liam –gruñe–. Esta es una cabina insonorizada. Te lo pregunto solo una vez: ¿Quieres quedarte? Luego no te quejes. Nos queda más de media hora de tiempo, y puede ser ¡muy larga!
Me retuerzo bajo su agarre. No puedo negar que nuestro juego no me excite enormemente. Quiero que me folle. Quiero que me folle con fuerza. Quiero que me haga daño y quiero hacerle daño yo a él. Es lo que necesito ahora. Marcos y yo somos como agua y fuego, y es lo que lo hace tan interesante.
Sé que tal como estamos ahora de revueltos y cargados de emociones, es imposible tener sexo suave. La alternativa sería dejarlo aquí, pero eso también, es imposible. Nuestro juego de poder me ha dejado humedecida, tanto que necesito satisfacción, todo lo demás sería una tortura.

–Yo no tengo miedo. Tú tendrías que tener miedo de mí. A quien le tendrían que follar con fuerza es a ti, te lo has ganado a pulso. –le digo con voz ahogada.
Me aparta el cordón del tanga y pasea sus dedos encima de mi vulva.
–Me encanta lo rápido que te humedeces. Eso también lo he encontrado a faltar –me susurra al oído, penetrándome con su dedo. –Pon tus manos arriba y no te atrevas a moverte –gruñe, dejándome libres las manos. Sacudo la cabeza, intentando incorporarme. No se lo quiero poner tan fácil. Marcos aprieta mi espalda hacia abajo y deja caer tal manotazo sobre mi culo que me quedo sin aliento. Un ardor excitante se me expande por la nalga poniéndome a mil. Automáticamente, le alcanzo mi pelvis.
–Parece que tu culito me ha encontrado a faltar. –Su voz suena divertida.
–No solo él –le rebato.
–Vas en serio, ¿verdad? –me susurra al oído.
–¡Sí! –Me doy la vuelta rápidamente y le muerdo en el antebrazo.

–Joder, ¡qué bestia! –se queja Marcos, masajeándose la parte dolorida. En un santiamén y sin darme cuenta, me quita zapatos, vaqueros y tanga. Me opongo lo justo, para que no le sea tan fácil. Me hallo medio desnuda delante de él.

–Lo bueno de estos cubos es que son tan pequeños que no puedes salir corriendo por ningún lado –me comenta con una sonrisa diabólica, abriendo su bolso de viaje–. Y lo mejor es que siempre llevo algún que otro juguete en mi bagaje de mano.

«Mierda, me había olvidado completamente de que mis hombres siempre tienen algún juguete consigo, por si acaso”.

Durante unos segundos, Marcos revuelve el bolso hasta encontrar una bolsita de tela negra.

–Bueno cariño, por lo visto te acabas de decidir. Que empiecen los juegos –anuncia, vaciando el contenido del bolso encima del colchón. Intento mover la cabeza para ver algo, pero Marcos me cierra la vista–. Nononono, sin hacer trampas, mejor si te tapo los ojos. –En mi campo de visión aparece una venda negra que Marcos me coloca rápidamente alrededor de los ojos. Estoy en absoluta oscuridad–. Y ahora, querida mía, reducimos tu movilidad, eres demasiado peligrosa. –Vuelve a agarrar mis muñecas y me las coloca detrás de la espalda y las fija con algo suave y fresco, probablemente un pañuelo de seda o algo parecido. Luego me levanta la pelvis y me coloca un cojín debajo de mi cuerpo: Ahora tengo el culo levantado en el aire.

–Así, tu culo tiene la posición exacta, cariño –gruñe.

–¿Estás seguro de que la cabina está insonorizada? –pregunto dudosa.

–Segurísimo, cariño. Puedes gritar todo lo que quieras, no vendrá nadie a ayudarte. Déjamelo probar. –Me llega una batería de golpes en mis nalgas que me hacen gritar. Mi culo arde como el fuego y mi perla está latiendo por el deseo.

–Ves cariño, no viene nadie –murmura mientras me penetra con dos dedos, ensanchándome y masajeándome el punto G y mi clítoris al mismo tiempo. Gimo por deseo, alcanzándole mis nalgas–. Eso es, relájate. Así está bien, tienes que ensancharte más para que funcione.

¿Qué querrá decir con eso?

–¿Para que funcione el qué? –pregunto, invadida por el pánico.

–No te he dado permiso para hablar.

Me introduce un pequeño plug en el ano mientras me zurra las nalgas con la mano abierta hasta que grito de dolor y pasión. Cada golpe sacude el plug dentro de mí y excita mi región anal. Estoy loca de deseo y empiezo a morder las sábanas. De mi concha caen gotas de placer que buscan camino entre mis muslos. Quiero que me folle, ahora mismo.

–Cógeme, cógeme, por favor –suplico.

–Encantado –gruñe Marcos. Noto como algo se abre camino entre mis labios. Sin embargo no es caliente y suave como un glande, sino áspero y un poco espinoso.

–¿Qué es eso?

–Le he hecho un *tuning* a mi pequeño amigo. Cariño, te follaré con púas –contesta, penetrándome con una funda de púas. El juguete hace que su pene se haga aún más grande. Es enorme y por un momento dudo de si realmente puede caber. Pero poco a poco, Marcos empuja su polla dentro de mí. Las púas irritan la carne delicada de mi vagina y, además, el *plug* en mi culo me estimula aun más. Mi culo todavía está bien irrigado por los golpes recibidos. Marcos sigue follándome a golpes duros, haciéndome volver loca. Cuando me corro veo estrellitas y ya no me puedo contener. Muerdo las sábanas mientras mi bajo vientre explota en un orgasmo descomunal.

Marcos me acaricia con dulzura las nalgas ardientes hasta que vuelvo en mí. Me encantan sus caricias suaves. Marcos sabe que después de un *round* de sexo duro soy muy vulnerable y no deseo otra cosa que me traten con amor. Me quita la venda, me desata y me besa en la frente. Al abrir los ojos, veo su cara socarrona:

–¿Y? ¿Qué tal? ¿Te han gustado las púas?
–¿Me lo preguntas en serio? Fue absoluta y jodidamente fenomenal. –Cómo respuesta, Marcos esboza una sonrisa de satisfacción.
–Solo para ti, cariño. Tenías ganas de que te follasen con dureza, ¿o me equivoco?
–Sí, Liam y yo estábamos ocupados con reconciliarnos. Realmente, he echado de menos el sexo duro.
–Pero ya sabes que a Liam también le gusta.
–Claro que lo sé.
–¿Y tú crees que a la larga aguantarás dos chicos como nosotros dos? ¿Aunque te exijamos mucho?
Sus palabras provocan al instante una dulce tensión en mi bajo vientre.
–Y tanto que aguantaré –contesto muy segura de mí misma.
–Demuéstramelo –me invita desafiante.
–¿Cómo?
Marcos saca su móvil y empieza a teclear:
–Le estoy escribiendo a Liam un SMS. Seguro que está preocupado por saber si seguimos vivos. Le digo que nos vemos todos en el piso para hablar los tres tranquilamente. Luego entraremos en la segunda ronda.
Le miro con ojos como platos:
–¿Qué segunda ronda?
–Si nos quieres a los dos, tienes que acostumbrarte a esta manera de hablar.
–¿No te parece un poco injusto?
–Para nada. Con este tráfico, si cogemos un taxi tardaremos unos 45 minutos. Tienes tiempo suficiente para recuperarte un poco.

Estoy sentada en el asiento trasero del taxi, al lado de Marcos con las mejillas encendidas y las nalgas ardiendo. Me acaba de pasar el brazo alrededor de mí y yo apoyo la cabeza en su hombro, respirando su olor, una mezcla de sexo y perfume acerbo y masculino. Huele fantásticamente bien. Estoy contenta de haber hablado con él, aunque hablar lo que se diga hablar... No me hubiera podido imaginar que nos asaltásemos de esta manera, como dos hienas famélicas, en una cabina de este tipo, en medio de la gente. Por lo visto estaba más que insonorizada, porque al salir de ella, vestidos y arreglados, no había nadie esperando fuera, ni seguridad aeroportuaria ni viajantes curiosos. Nadie nos ha hecho caso.
Es completamente de locos que sea posible tener un polvo así en medio de la multitud.

Estoy encantada de volver a tener a Marcos a mi lado. Esperaba que correspondiera a mis sentimientos. No sé qué habría hecho si no hubiese querido hablar conmigo. No habría soportado perderle. Ahora estoy lista para todo. Creo que es posible, si es que los tres nos mantenemos unidos. No soy tan ingenua pensando que será fácil. Porque a lo que aspiramos, en este mundo se califica de anormal, y todo lo que no sea normal se tilda de malo. Y los problemas no han hecho más que empezar. Pero si damos un pasito tras otro, tal vez tengamos una oportunidad. Lo que más me preocupa en este momento es Álex. No sé cómo comportarme con él. Total, no podemos seguir como hasta ahora, como si no hubiera pasado nada, ¿verdad?

45

Al entrar por la puerta, Liam sale a nuestro encuentro:

–Por fin, ¿dónde os habíais metido? Estaba preocupado por si os habíais matado mutuamente. Antes de recibir el SMS de Marcos te habré llamado como diez veces Carolina, pero no me lo has cogido en ningún momento. –Su voz tiene un tono de reproche.

Abro el bolso y saco el móvil: Efectivamente, tengo diez llamadas perdidas.

–No lo habrá oído –entra en mi defensa Marcos, sin dejar de esbozar una sonrisa socarrona–. Efectivamente, estaba ocupada en matarme –continúa, enseñando un lugar concreto de su cuello. Hay una marca de color rojo intenso, hasta se entrevé la huella de dos de mis dientes. Mierda, lo mordí con más fuerza de lo pensado.

Liam arquea una de sus cejas.

–Yo tampoco tengo mejor pinta –me defiendo–. ¿Quieres ver mis nalgas?

–Más tarde, encantado. Además, ya sé qué haré con ellas. Pero primero, quiero hablar con Marcos a solas –contesta Liam.

La fachada de Marcos que parecía tan intacta empieza a tener grietas y tiene aire de estar compungido:

–Liam, me… me sabe mal, solo quería lo mejor para vosotros, tienes que creerme.

–Carolina –La voz de Liam ahora es muy firme–, ¿nos disculpas un momento? Tenemos que aclarar cosas, Marcos y yo.

Asiento con la cabeza. Estoy contenta de que los dos hablen cuanto antes. Lo nuestro solo puede funcionar si todo está aclarado y todas las partes contentas. Cuando acaben, me tocará a mí, tengo que explicarles el encuentro con Nicole y estoy algo nerviosa. Pero es lo que hay, es mejor ser sinceros los unos con los otros.

Me escabullo a la habitación de invitados y cierro la puerta detrás de mí. La maleta que me llevé de viaje está al lado del armario. Por lo visto, Álex ya tuvo que haber pasado por el piso. Encima de la cama veo un papel con mi nombre escrito encima. Reconozco la letra bonita de Álex.

Alcanzo el papel, con el corazón latiendo a mil.

Querida Carolina:

Cuando leas estas líneas ya habré dejado el piso. Creo que es mejor si de entrada estáis solos entre los tres y espero que podáis aclarar todos los problemas, os lo deseo de todo corazón. Estoy muy feliz de que te hayamos conocido. Era hora de que Liam, Marcos y yo nos atreviésemos a seguir cada uno su propio camino. Y que el mío sería otro que el vuestro, hace tiempo que lo tenía claro y está bien que sea así. Me alegraría vernos mañana por la tarde en el concierto que daré. Tengo algo para ti… ;)

Álex

Vuelvo a doblegar el papel y me siento en la cama. Siento pena, pero también alivio. Liam me dijo que no conoce persona más sensible que Álex, y tiene toda la razón. Álex ya intuía qué pasaría mucho antes de que yo supiera lo que quería. Y yo no lo entendí, no entendí que Álex, durante la cita que tuvimos los dos, se estaba despidiendo de mí. Con la canción *A sky full of stars* que cantó para mí, no se refería a sí mismo, sino a mí, Liam y Marcos. Pero yo no lo entendí aunque él hacía tiempo que lo sabía. Empiezan a caerme las lágrimas.

«Gracias, gracias por existir –me digo a mí misma–. Eres maravilloso. Espero que seas muy feliz y que podamos seguir siendo amigos.»

–Angelito, ¿qué te pasa? –Liam ha entrado a la habitación tan sigilosamente que no me había enterado de su presencia.

–Mira, léetelo tú mismo –le contesto, alcanzándole el papel y sacándome las lágrimas.

Liam lee la carta con atención, luego esboza su sonrisa tan dulce, la que le marca tan bien los hoyuelos.

–Ves como tenía razón. Álex es la persona más espléndida que conozca, excepto a ti y al idiota ese, detrás de mí. –Liam indica a Marcos que se había quedado en el umbral de la puerta, observándonos. A él tampoco le había oído. No sé por qué en este piso tienen que deambular como fantasmas y presentarse cuando menos te lo esperas; a mí eso me vuelve loca. Ese es un tema que tenemos que trabajar.

–¿Os habéis aclarado? –pregunto cautelosa.

–Sí, después de haberle metido dos puñetazos por haberme obligado a salir corriendo detrás de una pija vestida de gala y a acabar en un escenario de un bar de alterne, finalmente Marcos se ha disculpado.

Marcos está algo desmejorado. Pero me regala una sonrisa. Espero que Liam no le haya pegado de verdad.

–La pija no quiere que sus chicos se peleen –declaro con voz firme–. Ni hablar, sino tendré que zurrar vuestros culos.

–La pija es muy *echá p'alante* –rebate Liam–. Ya es hora de que me enseñes tu culito. Me comentaron que el sexo conmigo fue demasiado suave. Estoy dispuesto a cambiar, aquí y ahora. Sacaste los pies del tiesto demasiado rápido, angelito.

–¡Bocazas! –le abronco haciéndome la enfadada.

–¿No queríamos ser sinceros? –objeta Marcos sonriendo, encogiéndose de hombros.

«Sinceridad, esta es tu entrada. ¡Explícales lo de Nicole, ahora!» me susurra mi mente.

Respiro hondo. Mi corazón late a mil cuando anuncio:

–Yo también tengo una cosa que quería explicaros. Me he visto con Nicole, una de vuestras damas. –Uf, menos mal, ya lo he dicho. Miro a Liam y a Marcos, algo insegura. Marcos parece confuso, Liam frunce el cejo.

–¿Cómo?

–Un día me topé con una de vuestras vecinas, la señora de la planta baja, y charlamos un rato. Me contó que a menudo tenéis chicas de visita y que sospecha que se trate de asistentas de Europa del Este, que un día una de ellas le ayudó y que tenía su número de teléfono.

–¿Y estaba hablando de Nicole? –La mirada de Liam es fría y me provoca un escalofrío. Pero ya no hay vuelta atrás. Ahora tengo que contar toda la historia.

–Sí, la llamé yo. Al principio no quería hablar conmigo, pero luego tuvo compasión de mí y accedió a verse conmigo.

–¿Compasión? –Liam frunce el cejo aún más.

–Sí. Ella es de la opinión que esclavizáis a las chicas para luego dejarlas caer como patatas calientes.

–¿Y tú, tú que crees?

–Al principio no sabía qué creer. No me explicabais nada y quería saber más de vosotros, por eso me he visto con ella.

–¿Y qué? ¿Descubriste algo nuevo?

La mirada de Liam me cohíbe. Así tiene que sentirse un delincuente durante un interrogatorio policial. Trago saliva. Marcos nos observa atentamente, sin abrir boca.

–No –le contesto–, Nicole no sabía nada. Me parecía algo, bueno, como decirlo, algo turbada.

–Nicole tiene un grave trastorno de personalidad. Después de pocos días tuvimos que rescindirle el contrato.

–¿Tuvisteis que rescindirle el contrato? De esto no me explicó nada.

–Nicole acosaba a Álex día y noche. Una groupie que se había vuelto loca. Álex tuvo que denunciarla. Tenía orden de alejamiento. No sé cómo supo de nuestro convenio. Es muy probable que haya seguido cada paso de Álex. Cuando se presentó a nuestro anuncio fue tan convincente que nos decidimos por ella. Fue un grave error.

Dios mío. Ya me di cuenta de que Nicole tenía un problema de personalidad. Es muy probable que tuviera miedo de incumplir las normas viéndose conmigo. Por eso fue tan escueta conmigo y quiso salir tan rápido.

–Nunca haces lo que te dicen, ¿verdad angelito? –Liam me mira a los ojos.

Noto como me sonrojo y bajo la mirada:

–Solo quería saber algo más de vosotros.

–No la volverás a ver nunca más. Es peligrosa, créeme.

Asiento con la cabeza:

–Tampoco lo tenía previsto.

–¿Qué hacemos ahora contigo? Has infringido las normas, creo que te mereces un castigo.

Me encojo y noto como la adrenalina se expande por mis venas:

–Pero si el contrato ya no es vigente. Es lo que me dijiste tú.

–Y tú, cariño, me acabas de recordar que como no lo hicimos por escrito, todavía sigue en vigor. Liam tiene toda la razón, te mereces un pequeño castigo. –Ahora se mete también Marcos.

–Tú cállate que te tocaría a ti ser castigado –le increpo.

–¿Seguro que te quieres quedar con ella, Liam? –continúa Marcos.

–Y tanto. La queremos los dos. Creo que es hora de que la folle con un poco más de dureza. A ver si encuentro algún que otro juguete como castigo.

Sus palabras me provocan una dulce sensación en mi bajo vientre.

Aunque Marcos me haya dejado algo K.O. sé que estoy lista otra vez. Que quiero otra vez. Me levanto de la cama y me encamino hacia la habitación de los espejos.

–¡Seguidme si os atrevéis! –Sé que me estoy metiendo en la boca del lobo, pero es lo que me pone.

Dios mío, qué vida más extravagante, extravagante y locamente sexy.

46

La habitación está, como la primera vez durante mi iniciación al piso, iluminada por una agradable y cálida luz de las velas que Liam y Marcos encendieron una vez me tuvieron inmovilizada. No tengo nada en contra de estar atada de manos y pies con suaves pañuelos de seda, enfilados en los apósitos ganchos de las esterillas. Confío plenamente en ellos y sé que no me harán nada que no quiera.

Adoro jugar con ellos.

Adoro provocarles y me gusta que luego me follen hasta dejarme inconsciente. Los azotes de Marcos en mis nalgas no dejaron prácticamente huellas, excepto algunos pequeños moretones.

El sí que tiene vestigios de nuestro encuentro: mis uñas han dejado verdugones rojos en la espalda, y brazos y cuello están marcados por huellas de mis dientes.

–Vaya amigo, por lo que veo, la pelea la ganó Carolina. –Liam contempla el cuerpo de Marcos, sonriendo.

–¿Qué te pasa cariño? ¿Ya no te gusto? –bromea Marcos, poniéndose en pose.

–Bueno, de momento me gusto más a mí mismo –le rebate Liam, contemplando su cuerpo en el espejo.

–Eres un presumido asqueroso –se ríe Marcos.

–Te doy la razón a medias, porque lo de ‘presumido’ es una ofensa –le rebate Liam, amenazando con su dedo índice.

Me gusta observarles y estoy feliz de que se haya aclarado todo. Son tan hermosos, así, tan desnudos delante de mí. Pero podrían continuar bromeando en otro momento, yo también estoy aquí.

–Si queréis que os deje a solas tendríais que desatarme.

–Ah, ¿pero quieres jugar también? –Liam se me acerca riendo. Se arrodilla detrás de mí y yo noto su aliento caliente en mi nuca.

–Si estáis preparados para perder…

–Dios, cómo me encanta tu lengua suelta. –Me besa el cuello–. Pues prepárate para “Fuego y Hielo” –continúa Liam, mirando de reojo a Marcos que asiente con la cabeza en señal de aprobación y sale de la habitación.

¿Fuego y Hielo? ¿Qué demonios querrá decir con eso? Mierda, mis compañeros de juego hace demasiado tiempo que se conocen y se entienden a la perfección. Yo no tengo ni idea de qué está hablando Liam.

–¿Por qué no me dijiste que el sexo conmigo últimamente era demasiado suave para ti? –pregunta Liam, acariciándome la espalda desnuda.

–No es verdad, era perfecto, me has dado todo lo que necesitaba.

–Ahora, en cambio, ¿lo quieres un poco más duro?

–Tal vez, si sois capaz de ello…

Me agarra del pelo, tirándome la cabeza un poco más hacia arriba. Miro al espejo y veo su cuerpo musculoso.

–Es increíble lo fresca que eres, aunque no te puedas mover. ¿Te puedo robar una promesa? –me pregunta, cogiendo mi cabeza con las dos manos, obligándome a mirarle a los ojos.

–¿Ser siempre sincera?

–Eso también. Pero quiero que siempre digas lo que quieres y que no hagas algo por complacernos, aunque tú no lo quieras.

–Prometido –le refunfuño.
–Muy bien –rebate, besándome en la frente.
Desde el rabillo del ojo veo que, mientras tanto, Marcos está de vuelta con una bandeja y encima… ¡Dios! No puedo reconocerlo todo, pero veo ¡Fuego y Hielo! ¡No era un juego de palabra! Veo la llama de una vela y un cuenco de vidrio con cubitos de hielo. ¿Qué demonios maquinan?
–Te dejo escoger –dice Liam, dirigiéndose a Marcos.
–Entonces Hielo, ya tuve el placer de toparme con el Fuego hoy –sonríe Marcos, dejando la bandeja en el suelo, justo a mi lado.
–Angelito, espero que te acuerdes de la palabra clave –me susurra Liam, alcanzando una vela de masaje con olor a vainilla.
–Creo que sí –contesto algo desconcertada.
–Pues que empiece el juego –declara Marcos, tapándome los ojos, ya por segunda vez en el día de hoy.

No hace ni quince días, no me podía imaginar que mi cuerpo estuviera listo otra vez en tan poco tiempo. Es más, está más que listo para un juego con fuego y hielo.
Y es tan sexy que me roba el aliento.

Liam abre el juego, dejando caer unas gotas de cera caliente encima de mi cuerpo. Inmediatamente después, un cubito helado pasa exactamente por el mismo lugar. Nunca sé a qué parte del cuerpo le toca y aprendo que fuego es más que cera caliente. Fuego es también los azotes dirigidos en mis nalgas que luego se apagan con hielo. Mientras dura el juego, un sinfín de dedos busca camino entre mis muslos, masajea mi perla, penetra mi concha mojada y mi ano, solo para retirarse y volver a empezar.

Mi cuerpo entero está bajo tensión. Gimo y pido que me rediman y me follen de una vez.
–¿Te rindes? –oigo la voz de Liam.
–Sí –Mi voz no es más que un graznido–. Sí, me rindo. Por favor, no puedo más, por favor. Os quiero a los dos, ¡ahora!
Me quitan la venda de los ojos y parpadeo por la luz de la vela. Me desatan y me ayudan a colocarme de lado, Liam se pone detrás, Marcos delante de mí.
–Te quiero –refunfuña Liam, penetrándome el culo de un golpe tan profundo, que grito por deseo y susto.
–Yo también –me susurra Marcos en el oído mientras hace deslizar su polla en mi chocho mojado.
Me follan, se paran, me follan, se paran…
Me besan la cara…, me acarician…, me llenan. Yo me dejo ir, les regalo mi cuerpo, mi alma, mi corazón. Ya no soy yo, soy nosotros y nosotros somos uno.
–Os quiero tanto –suspiro, antes de que cada fibra de mi cuerpo se pierda en el infinito. Nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestra fusión, es el no va más, la plenitud.

47

Me miro en el espejo. Llevo el vestido de perlitas en el que viví unas cuantas peripecias en Ciudad del Cabo. En un primer momento pensé que sería mejor llevar otra vestimenta, pero luego decidí que el vestido se merece tener otro estreno. No es su culpa si lo utilicé para huir.

Es sencillamente bellísimo. El vuelo acaricia mis piernas y el cuerpo pone en relieve mis senos.

Tengo muchas ganas de ir al concierto de Álex, es la estrella de un evento benéfico. Y no veo la hora de disfrutar de su increíble música, con Liam y Marcos a mi lado. Sin embargo, estoy nerviosa por tener que hablar con él. Su carta es muy dulce, pero aun así, la situación es algo extraña después de todo lo que pasó.

–¿Estás lista cariño? –Me doy la vuelta. Marcos está en el umbral de la puerta y me mira sin disimulo–. Estás guapísima.

«Dios bendito…» pienso. Anda que él… El traje le queda tan bien que casi se me cae la baba de la boca. Detrás de Marcos se intuye a Liam que, como siempre, está para comérselo. Seguro que muchas mujeres me odiarían si supieran que yo los veo desnudos y follo con ellos.

«Míos –me digo a mí misma, orgullosa–, ¡míos los dos!»

Se me acerca Liam con la mano cerrada en un puño, la gira y empieza a abrirla, un dedo tras otro:

–Creo que esto pegará muy bien con el vestido –Al ver qué es, mis ojos se vuelven como platos:

–¡El anillo! Lo has traído a casa.

Liam asiente con la cabeza y sonríe:

–Tal vez tengas ganas de llevarlo una vez más, esta noche, en honor a Álex. Tendremos que comprarte otro, porque este ya no pega contigo ni con nosotros. Tendrás un anillo único, como tú lo eres. Es lo que te mereces.

Conmovida alcanzo el anillo y me lo pongo. No pensaba volver a verlo nunca más. Lo creía embelleciendo el dedo de una bailarina. Este anillo representa otra época con los chicos, que recordaré toda mi vida porque me ha ayudado a hacerme fuerte, superarme a mí misma, cambiar … para siempre.

–¿Nos vamos? –pregunta Liam.

–Yo solo me muevo si esa hermosa dama me regala un beso –contesta Marcos, con una mirada de pícaro.

–Encantada –le digo, abrazándole.

–¿Os parece justo? –pregunta Liam, haciéndose el indignado.

–Ah, ¿pero también quieres uno?

–Y tanto.

–Pues espera tu turno –le rebato, guiñándole un ojo.

Estamos haciendo cola para entrar en la sala de concierto. Tengo a Liam y Marcos uno a cada lado, agarrándome de un brazo.

–Guillermo Aldeconde, Carolina López y Marcos Beltrán –anuncia Liam cuando nos toca–. Estamos en la lista de invitados.

El chico comprueba nuestros nombres con los de la lista y asiente con la cabeza.

–Tengo un recado para la señorita López. El Sr. Gibraldi la espera en su camerino. Espere un momento que alguien la acompañará.

Suelto los brazos de mis dos hombres y sigo a la chica morena y guapa que me acompaña al camerino de Álex. Se le nota en la punta de la nariz que estaría encantada de poder estar en mi piel. Por lo visto idolatra a Álex: No hace otra cosa que hablar de él y de la suerte que tuvieron de poder contratarlo así, en el último momento.

–Sabe Ud., nosotros quisimos contratarle desde el principio, pero como siempre está muy ocupado… Es fantástico que haya podido venir– continúa cotorreando–. ¿Lo conoce bien?

–Diría que sí –le contesto, notando una pequeña punzada en el corazón. «No se puede tener todo, Carolina» –pienso.

La chica llama a la puerta del camerino y yo entro con los hombros erguidos y algo angustiada.

–Hola gatita. –Álex está sentado en un sillón, la camisa blanca aún sin abotonar del todo, su chaqueta cuelga sobre el respaldo. Al verme se levanta, se me acerca y me acoge en un abrazo.

–Álex, lo… –empiezo.

–¿Qué quieres…? –pregunta, apartándome de él para mirarme mejor con sus ojos marrones tan suaves–. ¿No estarás intentando disculparte? ¿Por qué?

–No, no sé.

–No tienes que disculparte por nada. Todo está bien. Estoy contento de haberte conocido. Fue lo mejor que les pudo pasar a Liam y a Marcos.

–¿Desde cuando lo sabes? –Álex sonríe.

–Hace algún tiempo. Probablemente, me di cuenta yo antes de que a vosotros os quedara claro lo que sentíais el uno por el otro. Soy artista, tengo antenas muy potentes para vibraciones emocionales.

Liam tiene razón. Álex es la locura.

–Lo siento, pero no tengo mucho tiempo, el concierto empieza de aquí poco. Pero quería hablar contigo a solas antes, a toda costa. Para que sepas que todo está bien. Tengo un regalo de despedida como ex amante. El otro regalo es como buen amigo, ya que no tendremos más relaciones sexuales, como ahora eres la novia de mis amigos… –Me guiña un ojo, mientras me alcanza un sobre y un pequeño regalo–. Abre primero el sobre.

Abro el sobre, saco dos documentos y empiezo a leer. En el primero pone:

RESCISIÓN DEL CONTRATO

Sonrío.

–¿O sea que quieres rescindir el contrato que tenemos?

–Te estoy muy agradecido de que hayas vuelto todo patas arriba. Hacía tiempo que notaba que el piso compartido ya no era para mí, pero estaba demasiado acomodado como para cambiar algo.

Echo un vistazo a la segunda hoja y me quedo sin aliento.

–No Álex, eso es imposible, no puedo aceptarlo.

El segundo documento es un acta de cesión de propiedad, Álex me regala su participación en el ático. Miro el papel, desconcertada.

–Insisto –me rebate en voz baja, mirándome a los ojos–. Es lo menos que puedo hacer por vosotros. Hazlos felices Carolina, a los dos. Y sé feliz tú también.

–Álex… No tengo palabras. Este documento… es lo más loco, apasionado y conmovedor que alguien haya hecho nunca por mí.

–Lo siento, pero no me queda nada de tiempo y a ti tampoco… para contradecirme –comenta, señalando al regalito–. Eso es mi regalo de ex amante. Es un huevo vibrador de música y está conectado directamente a mi piano vía Bluetooth. Quiero que lo lleves ahora… y así puedo follarte una última vez, sin tocarte, solo con mi música.

–¿Todo bien? –Liam me observa detenidamente cuando me coloco en mi asiento entre los dos chicos.

–Sí –asiento con la cabeza–. Todo perfecto.

Me pone la mano sobre mi muslo mientras que Marcos me agarra de la mano, apretándola con fuerza.

La luz se apaga y al subir Álex al escenario, empieza un aplauso ensordecedor. Hace una pequeña reverencia, se sienta delante del piano y mira en nuestra dirección guiñando un ojo.

–Buenas noches, damas y caballeros. Hoy tendrán el placer de presenciar un pequeño estreno. Para empezar, les tocaré una nueva canción que se titula “Valor” y que quiero dedicar a tres amigos muy especiales.

Mientras suenan los primeros tonos, me saltan las lágrimas por la emoción. El huevo musical empieza a moverse al ritmo de la música de Álex y me obliga a morderme la lengua para no gemir mientras mis dos hombres me tienen cogida cada uno una de mis manos. Y de repente estoy llena de esperanza. Confiada en que seamos capaces de lograrlo, siempre que creamos en nosotros mismos, de la misma manera que Álex cree en nosotros.

No sé qué nos depara el futuro. No sé cómo reaccionarán las familias y los amigos a nuestra relación, tampoco puedo apreciar cómo de difícil será el día a día. Pero sé que me he enamorado de dos personas y que lucharé por mi felicidad.

Anoche hablamos durante un buen rato y ellos me animaron a buscarme un trabajo que me satisficiera de verdad y que me gustara. Me gusta que ellos deseen que me realice. Estaba dándole vueltas si empezar lo que hace tiempo que quería hacer: escribir un libro.

Tal vez inicie con nuestra propia historia, la de Marcos, Liam y la mía. Y quién sabe si hay gente ahí fuera que sea suficientemente tolerante como para leer ese libro. Y tal vez, pero solo tal vez, el libro se convierta en superventas. El tiempo lo dirá…

- Fin –

A veces, el final es el inicio de algo nuevo, fantástico, algo indescriptiblemente bonito que te deja la libertad para vivir tus sueños, deseos y pensamientos.
A.J. Blue, noviembre de 2014

Queridos lectores:

He querido que sean las palabras de Carolina las que cierren esta serie. A propósito. No porque yo sea Carolina, para nada, pero porque quería agradeceros la tolerancia y el espíritu abierto con él que habéis aceptado esta serie, digamos, algo extraña. Es un sueño antiguo de corazones amantes de no tener que escoger o decidir a quién amar, sino de poder querer a aquellas personas de las que están enamorados, independiente de si es de una o más.

Cuando publiqué el primer fascículo de *Los caballeros del amor*,

no me hubiera atrevido a imaginar lo que deseaba Carolina, que *Los caballeros del amor* tuviesen tanto éxito.

Os agradezco de todo corazón vuestro entusiasmo y los ánimos que me habéis hecho llegar y que leáis mis libros.

Los caballeros del amor encuentran aquí su final y no habrá más fascículos de esta serie. Pero a una de las figuras, a la que he cogido mucho cariño, quiero dedicarle una novela aparte. Porqué también tiene derecho de encontrar a su amor. Por eso, Álex tendrá su propia novela prevista para 2015. Espero que os haga tanto o más feliz con mi nueva serie: Felicitas, Dominik y Quinn son, creo yo, dignos sustitutos de *Los caballeros del amor*.

Para cualquier pregunta o duda o información sobre todos mis proyectos os invito a visitar mi página de Facebook: www.facebook.com/AJBlue

Hasta pronto
A.J. Blue

Pie de imprenta

W. Holding
Jürgen-Töpfer-Str. 29
D-22763 Hamburg

- No se aceptan paquetes postales -